BERNARD CORNWELL

LA CANCIÓN DE LA ESPADA

Sajones, Vikingos y Normandos

IV

NARRATIVAS HISTÓRICAS

edhasa

Annotation

El guerrero Uthred, ahora casado, con dos hijos y propietario de tierras, parece destinado a gozar de una paz semejante a la que hay en Inglaterra, donde el reino danés del norte y el reino sajón de Wessex parecen iniciar una nueva etapa de paz. Pero los vikingos siguen al acecho en Londinium, dispuestos a conquistar Wessex, para lo cual precisan la ayuda de su viejo camarada Uthred. Por su parte, el rey Alfredo el Grande confía en que sea él quien encabece una operación destinada a expulsar a los vikingos de la capital, lo que llevará a Uthred a enfrentarse de nuevo a su ambivalente identidad, y a poner en la balanza su origen vikingo y la lealtad a su rey; en cualquier caso, su ardor guerrero pesará más que la placidez familiar.

Cornwell enfrenta al lector a una arrebatadora aventura bajo la que late un problema humano de primera magnitud.

- Topónimos
- Mapas
- PRÓLOGO
- PRIMERA PARTE: La desposada
  - Capítulo I
  - Capítulo II
  - Capítulo III
- SEGUNDA PARTE: La ciudad
  - Capítulo IV
  - Capítulo V
  - Capítulo VI
  - Capítulo VII
  - Capítulo VIII
- TERCERA PARTE: La batida
  - Capítulo IX
  - Capítulo X
  - Capítulo XI

- Nota Histórica
- Datos del libro

.

Bernard Cornwell

LA CANCIÓN DE LA ESPADA

Sajones, vikingos y normandos IV

Topónimos

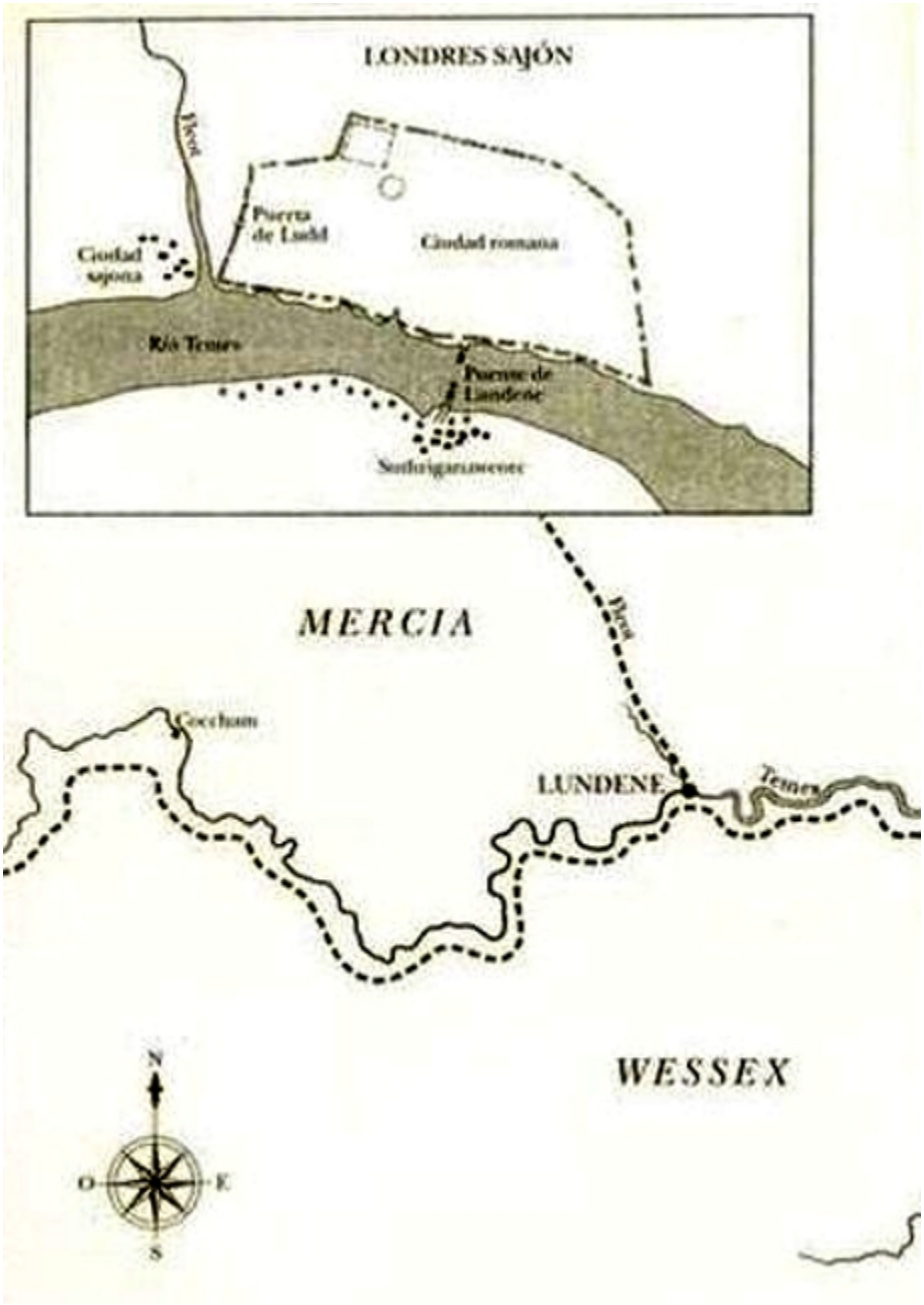
La ortografía de los topónimos en la Inglaterra anglosajona era un asunto incierto, incoherente y en el que no hay acuerdo siquiera en el propio nombre. Así, Londres podía aparecer de cualquiera de las siguientes maneras: Lundonia, Lundenberg, Lundenne, Lundene, Lundenwic, Lundenceaster y Lundres. Sin duda, algunos lectores preferirán otras versiones de los nombres enumerados abajo, pero he empleado normalmente la ortografía citada en el *Oxford Dictionary of English Place Names* [Diccionario Oxford de topónimos ingleses] durante los años más cercanos o pertenecientes al reinado de Alfredo el Grande, 871-899 d. de C, pero ni siquiera esa solución es infalible. La isla Hayling, en 956, se escribía tanto Heilincigae como Haeglingaiggae. Ni tampoco yo he sido totalmente coherente; he preferido el moderno Inglaterra a Englaland y he utilizado Northumbria en lugar de Norohymbralond para evitar sugerir que los límites del antiguo reino coinciden con los del actual condado. Así que esta lista, como la ortografía misma de los nombres, es caprichosa:

Æscengum – Eashing, Surrey
Arwan – río Orwell, Suffolk
Beamfleot - Benfleet, Essex
Beardastopol – Barnstable, Devon
Bebbanburg - Bamburgh Castle, Northumbria
Berrocscire – Berkshire
Cair Ligualid – Carlisle, Cumbria
Caninga – Isla Canvey, Essex
Cent - Ken
Cippanhamin - Chippenham, Wiltshire
Cirrenceastre - Cirencester, Gloucestershire
Coccham – Cookham, Berkshire
Colaun, río – río Colne, Essex
Contwaraburg - Canterbury, Kent
Cornwalum – Cornualles
Cracgeland – Cricklade, Wiltshire

Dunastopol – Dunstable (nombre romano, Durocobrivis)
Dunholm **-** Durham, condado de Durham
Dyflin – Dublín, Irlanda
Eoferwic **-** York (también la danesa Jorvic, que se pronuncia Yorvik)
Ethandun – Edington, Wiltshire
Exanceaster **-** Exeter, Devon
Fleot – río Fleet, Londres
Frankia – Alemania
Fughelness **-** Isla de Foulness, Essex
Granteacester **-** Cambridge
Gyruum **-** Jarrow, condado de Durham
Hastengas – Hastings, Sussex
Horseh – Isla de Horsey, Essex
Hothlege – río Hadleugh, Kent
Hrofeceastre – Rochester, Kent
Hwealf – río Crouch, Essex
Lundene – Londres
Maeides Stana – Maidstonke, Kent
Medwaeg – río Medway, Kent
Oxnaforda – Oxford, Oxfordshire
Padintune **-** Paddington
Pant – Río Blackwater, Essex
Scaepege – Isla Sheppey, Kent
Sceaftes – Islas Sashes (Coccham)
Sceobyrig – Shoebury, Essex
Scerhnesse **-** Sheerness, Kent
Sture – río Stour, Essex
Sutherge – Surrey
Suthriganaweorc – Southwark, Londres
Swealwe – río Swale, Kent
Temes **-** río Támesis
Waeced – Watchet, Somerset
Waeclingastraet – Watling Street
Werham – Wareham, Dorset
Wiltunscir – Wiltshire
Witanceaster – Winchester, Hampshire
Wocca – South Ockenden, Essex

Wodenes Eye – Isla de Odney (Coccham)

Mapas


LONDRES SAJÓN
Puerta de Ludd
Ciudad romana
Ciudad sajona
Río Tems
Puente de Londene
MERCIA
Cocchum
LUNDENE
Tems
WESSEX
N
O
E
S

ANGLIA
ORIENTAL
Estuario
del Temes
Isla de Hoeng
Isla de Canvey

PRÓLOGO

Negrura. Invierno. Noche gélida, sin luna.

Navegábamos por el Temes, mientras contemplábamos las estrellas que se reflejaban en las trémulas aguas que quedaban más allá de la proa erguida del barco. El río bajaba de las montañas crecido por el deshielo. Rebosantes, las rieras se despeñaban desde las altas tierras calizas de Wessex. En verano, sólo eran cauces secos pero, en aquel momento, las torrenteras se precipitaban por las verdes colinas abajo, iban a parar al río y seguían su curso hasta el mar lejano.

Nuestro barco, sin nada que lo identificase, bordeaba la ribera de Wessex. Al norte de aquellas aguas caudalosas, se encontraba Mercia. Nos dirigíamos río arriba, camuflados tras las ramas desnudas y combadas de tres sauces que plantaban cara a la corriente, gracias a una de ellas, que llevábamos amarrada a la embarcación con una maroma de cuero.

Éramos treinta y ocho los tripulantes de aquel barco anodino, una nave mercante que faenaba en la parte alta del Temes. El timonel se llamaba Ralla y estaba de pie a mi lado, con una mano en el gobernalle. Apenas podía verlo en la oscuridad, pero sabía que llevaba un jubón de cuero y una espada colgada de la cintura. Los demás íbamos con chalecos de cuero y cotas de malla, nos cubríamos con cascos y llevábamos escudos, hachas, espadas o lanzas. Aquella noche nos disponíamos a matar.

Sihtric, mi criado, permanecía en cuclillas junto a mí, mientras restregaba una piedra de amolar a lo largo de la hoja de su puñal.

—Dice que me quiere —afirmó.

—¡Qué te va a decir! —repuse yo.

Calló un momento; cuando continuó, parecía más animado, como si mi respuesta le hubiese infundido valor.

—¡Pero si ya debo de tener diecinueve o veinte años, señor!

—¿No serán dieciocho? —le comenté.

—¡Podría estar casado desde hace cuatro años, amo!

Hablábamos casi en susurros, aunque era una noche ruidosa. El río bajaba encrespado, el viento agitaba las ramas desnudas de los árboles; un animal nocturno se lanzó al agua, una raposa aulló como alma en pena y, en

alguna parte, una lechuza ululó. El barco crujía. La piedra de Sihtric rechinaba al frotarla contra el puñal. Un escudo golpeaba contra la bancada de uno de los remeros. A pesar de los ruidos nocturnos, no me atrevía a hablar más alto; la nave enemiga iba delante de nosotros y los hombres que habían desembarcado habrían dejado centinelas a bordo. Vigías, que podían habernos avistado cuando navegábamos río abajo por la orilla de Mercia, y que, para entonces, pensarían que ya estábamos muy lejos, camino de Lundene.

—Vamos a ver, ¿por qué quieres casarte con una puta? —le pregunté a Sihtric.

—Porque es... —empezó a decir el muchacho.

—Es vieja —rezongué—, puede que haya cumplido incluso los treinta. Y tiene la cabeza a pájaros. ¡En cuanto ve a un hombre, Ealhswith se abre de piernas! Si mandaras formar a todos los que se han trajinado a esa furcia, dispondrías de un ejército suficiente para conquistar Britania —me di cuenta de que Ralla se reía con disimulo—. ¿También vos formáis parte de la cuadrilla, Ralla? —pregunté.

—Más de veinte veces, señor —repuso el timonel.

—Pero me quiere —insistió Sihtric, de mal talante.

—Lo que quiere es tu plata —repliqué—; además, ¿qué sentido tiene meter una espada nueva en una vaina correosa?

Es curioso: antes de una batalla, los hombres hablan de cualquier cosa menos de lo que se les viene encima. En una ocasión, estaba en un muro de escudos, observando la oscura amenaza de las resplandecientes espadas del enemigo, cuando oí cómo dos de mis hombres discutían acaloradamente sobre la taberna que mejor cerveza servía. El miedo flota en el aire como una nube, y hablamos de necedades, simulando que no hay nubarrones.

—Búscate una chica en sazón y joven —le aconsejé—. La hija de ese alfarero está en edad casadera. Debe de andar por los trece años.

—Es idiota —comentó Sihtric, de mal humor.

—¿Y tú cómo eres, si a eso vamos? —le pregunté—. ¡Te pongo plata en las manos y la dilapidas en el primer orificio que encuentras! La última vez que me fijé en ella llevaba el brazalete de plata que te di.

Arrugó la nariz, y no dijo nada. Era hijo de Kjartan *el Cruel*, un danés que había dejado preñada de Sihtric a una de sus esclavas sajonas. Era un buen muchacho, aunque bien mirado ya era un hombre. Un hombre que

había participado en un muro de escudos, que había matado. Un hombre que se disponía a matar de nuevo aquella misma noche.

—Te encontraré una esposa adecuada —le prometí.

Fue entonces cuando oímos un grito. Un sonido lejano, casi imperceptible en la distancia, pero que rasgaba la oscuridad hablando de dolor y muerte hacia el sur. Voces y alaridos. Las mujeres chillaban, los hombres morían.

—¡Malditos sean! —exclamó Ralla, con un deje amargura.

—Son cosas que pasan —le espeté.

—Deberíamos... —empezó Ralla, pero prefirió guardar silencio.

Me imaginaba lo que iba a decir: que deberíamos habernos acercado al poblado y defenderlo, pero de sobra sabía cuál habría sido mi respuesta.

Le hubiera dicho que no sabíamos cuál era el sitio que los daneses pensaban atacar, y que, aun en el caso de haber estado al tanto, no habría acudido en su defensa. De haber estado seguros del lugar exacto, habríamos protegido la aldea.

Hubiera desplegado a los hombres que venían conmigo por aquellos chamizos y, en el momento en que apareciesen los saqueadores, los míos habrían salido a la calle con espadas, hachas y lanzas, y habrían acabado con unos cuantos; pero, en la oscuridad, muchos más habrían huido y yo no quería que se me escapase ni uno. Quería liquidar a todos los daneses y hombres del norte, acabar con esos depredadores. Con todos, excepto uno, a quien enviaría al este para que divulgase por los campamentos vikingos asentados a orillas del Temes que Uhtred de Bebbanburg estaba dispuesto a plantarles cara.

—Pobres almas —musitó Ralla.

Hacia el sur, por entre la maraña de negras ramas, distinguí el resplandor rojizo de unas techumbres en llamas. El fulgor fue a más: se tornó tan intenso que iluminó el cielo invernal que se cernía sobre los árboles de un soto. El brillo se reflejaba en los cascos de mis hombres, bañando el metal de un lustre rojizo. Les ordené que se los quitasen para evitar que los vigías del enorme barco enemigo que llevábamos delante advirtiesen los destellos.

También me despojé del mío, rematado con un lobo de plata como cimera.

Mi nombre es Uhtred, señor de Bebbanburg y, en aquella época, era un señor de la guerra. Ese era yo, vestido con cota de malla y cuero, embozado

en una capa y armado, joven y fuerte. La mitad de mi ejército iba a bordo del barco de Ralla; la otra mitad, a caballo, andaba por el oeste, a las órdenes de Finan.

Confiaba en que rondarían por aquellos parajes, esperándonos, velando en mitad de la noche. A nosotros, los del barco, nos había tocado en suerte lo más fácil, porque bastaba con que siguiésemos el curso del negro río hasta encontrarnos con el enemigo; Finan, en cambio, había tenido que guiar a sus hombres por tierra firme en una noche tan oscura. Pero yo confiaba en Finan. Allí estaría, nervioso, gesticulando, deseoso de empuñar la espada.

A lo largo de aquel interminable y húmedo invierno, no era la primera vez que intentábamos una emboscada en el Temes, pero sí la primera que pintaba bien. Ya en dos ocasiones me habían dicho que los vikingos habían conseguido sortear la brecha del puente desplomado de Lundene para saquear los feraces y apacibles villorrios de Wessex; en ambas ocasiones, recorrimos el río de arriba abajo y no encontramos nada. Pero esta vez habían caído en la trampa. Acaricié la empuñadura de *Hálito-de-Serpiente*, mi espada, y toqué el martillo de Thor, el amuleto que llevaba colgado al cuello.

Ayúdame a matarlos a todos, le pedí a Thor, a todos menos a uno.

Debía de hacer mucho frío aquella larga noche. El hielo cubría los surcos que la crecida del río había dejado en los campos, pero no recuerdo notarlo. Sí que recuerdo, en cambio, el nerviosismo. Eché mano de nuevo de *Hálito-de-Serpiente*, y me dio la sensación de que se estremecía. A veces me parecía que entonaba una canción, audible apenas pero penetrante. La canción del doble filo de su hoja que pedía sangre, la canción de la espada.

Nos abalanzamos sobre ellos y, más tarde, cuando todo hubo terminado, Ralla me comentó que no había dejado de sonreír ni un instante.

* * *

Por un momento, pensé que nuestra treta había fracasado porque los saqueadores no regresaron al barco hasta que el alba apuntó por el este. Imaginé que sus centinelas nos habrían avistado, pero no fue así. Las ramas del sauce llorón debieron de camuflarnos, o el naciente sol invernal los deslumbró; el caso es que no nos vieron.

Nosotros, sí que los vimos. Vimos a unos hombres vestidos de cuero que tiraban de un grupo numeroso de mujeres y niños a través de prados inundados. Calculé que habría unos cincuenta asaltantes y un número no menor de prisioneros. Las mujeres debían de ser las chicas más jóvenes del pueblo arrasado; se las llevaban para retozar con ellas. Los niños estaban destinados al mercado de esclavos de Lundene para, desde allí, cruzando el mar, enviarlos a Frankia o más lejos aún. Igual que venderían a las mujeres, una vez que hubieran gozado de ellas. No estábamos tan cerca como para oír los sollozos de los cautivos, pero me los imaginaba. Hacia el sur, allí donde se apreciaban unas pequeñas lomas verdes al cabo de la llanura por la que discurría el río, una enorme columna de humo se alzaba sobre el pueblo quemado, tiznando el diáfano cielo invernal.

Ralla hizo un movimiento.

—Aguardad —le susurré, y se quedó quieto. Era un hombre de pelo gris, tal vez diez años mayor que yo, con unos ojos que no eran ya sino un resquicio después de tantos años de contemplar el sol refulgente en el mar. Era timonel, soldado y amigo—. Todavía no —dije en voz baja, mientras acariciaba otra vez a *Hálito-de-Serpiente* y sentía la vibración del acero.

Confiados y contentos, los hombres iban dando voces. Hubo un griterío cuando metieron a empellones a los prisioneros en el barco. Les obligaron a agacharse en el frío pantoque para mantener la estabilidad de la embarcación, sobrecargada en esas aguas poco profundas por donde el Temes discurre entre riberas pedregosas, un tramo en el que sólo se aventuran los mejores y más arrojados marinos. Sólo entonces los guerreros subieron al barco. Llevaban con ellos el botín, espetones y calderos, arados, cuchillos y cualquier utensilio que pudiera ser vendido, fundido o utilizado. Sus risotadas eran estridentes, como corresponde a hombres que acababan de cometer una fechoría y esperaban enriquecerse a costa de sus prisioneros. Parecían alegres y despreocupados.

Mientras, *Hálito-de-Serpiente* seguía cantando en la vaina con voz queda.

Escuché el estruendo del otro barco al introducir los remos en las escalameras. Y una voz de mando:

—¡En marcha!

La enhiesta proa del barco enemigo, coronada con la cabeza pintada de un monstruo, enfiló el río. Los hombres hacían fuerza con las palmas de los remos para sacar la nave de la orilla. La embarcación se puso en

movimiento, arrastrada por la corriente de la avenida, hacia donde estábamos nosotros. Ralla me miró.

—¡Ahora! —grité—. ¡Cortad la maroma! —ordené, y Cerdic, que estaba a proa, cercenó la cuerda de cuero que nos ataba al sauce. Sólo disponíamos de doce remos, que se hundieron en el río a medida que saltaba entre las bancadas de los remeros, sin dejar de chillar—: ¡Que no quede ni uno! ¡Hay que matar a todos!

—¡Con fuerza! —rezongó Ralla, y los doce hombres tiraron de los remos para hacer frente a la corriente del río.

—¡Vamos a liquidar a esos hijos de puta! —volví a gritar, al tiempo que, de un brinco, me subí a la reducida tarima de proa donde había dejado el escudo—. ¡Hay que matarlos! ¡Acabemos con ellos! —chillé mientras me ponía el casco, embrazaba el escudo con la mano izquierda, acomodaba la pesada madera y rescataba a *Hálito-de-Serpiente* de su vaina revestida de lana; ya no canturreaba: aullaba—. ¡A muerte! —seguía gritando yo—. ¡A por ellos! ¡Vamos a matarlos! —mientras los remos se acompasaban con mis voces. Delante de nosotros, el barco enemigo se escoraba por el río, como si, aterrorizados, los remeros hubieran olvidado la cadencia. No dejaban de vociferar, iban en busca de los escudos, trepaban por los bancos donde algunos trataban de seguir remando. Las mujeres chillaban; los hombres se estorbaban.

—¡Adelante! —gritó Ralla.

Nuestra embarcación camuflada apareció en el río, en el instante en que la corriente arrastraba el barco enemigo hacia nosotros. Su monstruosa cabeza tenía la lengua pintada de rojo, los ojos en blanco y enseñaba unos dientes como dagas.

—¡Ahora! —le indiqué a Cerdic, que lanzó el rezón que, con cadena y todo, fue a incrustarse en la proa del otro barco, al tiempo que tiraba del amarre para hundir las puntas del ancla en la cuaderna de la nave enemiga y acercarla a la nuestra—. ¡A por ellos! —grité, al tiempo que daba un salto para abordarlos.

¡La alegría de la juventud! Tener veintiocho años, ser fuerte y, además, un señor de la guerra. Todo eso forma ya parte del pasado, y sólo queda el recuerdo. Y, aunque la memoria falle, aún reconozco aquel arrojo.

El primer golpe que asestó *Hálito-de-Serpiente* fue un tajo. En cuanto llegué al altillo de proa del barco enemigo, se lo propiné a un hombre que trataba de retirar el rezón; tan rápido y con tanta fuerza le di en el cuello

que casi le rebané la cabeza: se le fue hacia atrás y un chorro refulgió en la claridad invernal. Su sangre me dio en la cara: yo era la muerte que había llegado con la mañana, muerte salpicada de sangre, con malla, capa y casco con cimera de lobo.

Ahora ya soy viejo, muy viejo. Apenas veo, los músculos se me han debilitado, meo gota a gota, me duelen los huesos, me siento al sol, me quedo dormido y, aun así, me despierto cansado. Pero recuerdo aquellas peleas, las viejas escaramuzas. Mi última esposa, una mujer tan necia como beata, que siempre anda gimoteando, se espanta cuando cuento estas cosas. Pero, ¿qué nos queda a los viejos sino eso? Una vez se me quejó y me dijo que no quería saber nada de cabezas que se caían hacia atrás poniéndolo todo perdido de sangre. Pero, ¿cómo, si no, hemos de preparar a nuestros jóvenes para las guerras que tendrán que librar? Me he pasado la vida peleando. Era mi destino, el destino de todos nosotros. Alfredo ansiaba la paz, pero ésta le daba la espalda, mientras no dejaban de llegar daneses y hombres del norte, y no tenía otra que batallar. Y cuando Alfredo murió y su reino ya era poderoso, llegaron más daneses y más hombres del norte, aparecieron los britanos desde Gales y los escoceses bajaron desde el norte dando alaridos. ¿Qué otra cosa puede hacer un hombre sino luchar por lo que es suyo, por su familia, su casa y su terruño? Veo a mis hijos, a sus hijos y a los hijos de sus hijos, y sé que también ellos tendrán que luchar, y que, mientras haya una familia que lleve el nombre de Uhtred y un reino en esta isla barrida por el viento, no dejará de haber guerra. No podemos acobardarnos ante la guerra. No podemos cerrar los ojos ante la crueldad, la sangre, el hedor, las bajezas o las alegrías que forman parte de ella, porque, nos guste o no, la guerra nos saldrá al encuentro. La guerra es el destino, y *wyrd bid ful arad:* el destino lo es todo.

De modo que, si me solazo en estas cosas, es para que los hijos de mis hijos sepan el destino que les aguarda. Mi mujer lloriquea, pero le obligo a escucharlas. Le explico cómo nuestra nave embistió de costado al barco enemigo, y cómo, de resultas del impacto, la proa de la otra embarcación quedó apuntando a la orilla sur. Eso era lo que pretendía, y Ralla había maniobrado a la perfección para conseguirlo. Nuestro barco estaba pegado al casco del navío con el que nos enfrentábamos; los remos daneses saltaron por los aires, cuando mis hombres lo abordaron, blandiendo espadas y hachas. Me quedé pasmado después del primer tajo; el hombre muerto había caído desde el altillo de proa y dificultaba el paso a otros dos que

trataban de llegar hasta mí. Lancé un grito de desafío, y bajé de un salto para enfrentarme con ellos. *Hálito-de-Serpiente* era letal. Era, y aún lo es, una magnífica espada, forjada en las tierras del norte por un herrero sajón que conocía bien su oficio. Utilizó siete barras, cuatro de hierro y tres de acero, las calentó y las moldeó con un martillo hasta convertirlas en una larga espada de doble filo, con unos surcos como la nervadura de una hoja. A fuerza de calentarlas al rojo vivo, entrelazó las cuatro barras de hierro blando y aquellas cenefas enroscadas se fijaron en el metal como espectrales volutas que evocaban el aliento flamígero y encrespado de un dragón, de ahí que le pusiese el nombre de *Hálito-de-Serpiente.*

Un hombre de barba erizada empuñó un hacha frente a mí, que paré con el escudo levantado, mientras le clavaba las nervaduras de dragón en la barriga. Hice un movimiento rápido con la mano derecha para que la carne magullada y las tripas no se adhirieran a la hoja, la arranqué de un tirón, brotó un chorro de sangre y desplacé el escudo con el hacha clavada para protegerme y esquivar otra espada. Sihtric estaba a mi lado, y dirigía el puñal contra la entrepierna de mi nuevo adversario. El hombre chilló. Creo que yo también gritaba. Cada vez había más de los míos a bordo del barco; espadas y hachas centelleaban. Los niños lloraban, las mujeres gimoteaban, los saqueadores perdían la vida.

La proa del barco enemigo encalló en el lodo de la orilla, mientras la popa se mecía de un lado a otro a merced de la corriente. Al caer en la cuenta de que, si seguían a bordo, morirían, algunos de los asaltantes saltaron a tierra, lo que desencadenó el pánico. Cada vez eran más los que saltaban tratando de llegar a la orilla, cuando, por el oeste, apareció Finan. Una neblina evanescente cubría los prados cercanos al río, poco más que una madeja nacarada que se cernía sobre los charcos helados. Por allí aparecieron los briosos jinetes de Finan. Iban en dos filas, con las espadas alzadas como lanzas; Finan, el letal irlandés, sabía desempeñar su cometido; la primera hilera se situó a espaldas de los hombres que huían para cortarles la retirada; la segunda acosaba al enemigo que, al darse la media vuelta, se encontraba también de cara con la muerte.

—¡Acabad con ellos! —le grité—. ¡Que no quede ni uno!

Su respuesta me llegó con un ademán en forma de espada ensangrentada. Clapa, mi fornido danés, alanceaba a un contrario en la ribera del río. Rypere hincaba la espada en un hombre que se agachaba muerto de miedo. Sihtric tenía roja la mano con que sujetaba el puñal. Entre

gritos incomprensibles, Cerdic agitaba un hacha, cuyo filo se hundió y atravesó el casco de un danés, rociando de sangre y sesos a los prisioneros aterrorizados. Creo recordar que yo acabé con otros dos, pero me falla la memoria y no estoy muy seguro. Sí recuerdo que empujé a un hombre hacia la cubierta; cuando se volvió para plantarme cara, le clavé a *Hálito-de-Serpiente* en la garganta, y contemplé su rostro desencajado, mientras sacaba la lengua entre la sangre que le manaba por sus dientes ennegrecidos. Cuando murió, bajé la espada y contemplé a los hombres de Finan: obligaban a los corceles a volver grupas para dirigirse contra el enemigo acorralado. Los jinetes daban tajos y cuchilladas a diestro y siniestro. Los vikingos gritaban y algunos hicieron ademán de rendirse. Un joven se agazapó junto a uno de los bancos de los remeros, arrojó el escudo y el hacha, y me suplicó con las manos levantadas.

—Recoge el hacha —le dije en danés.

—Pero, señor... —trató de decir.

—¡Hazlo! —le interrumpí—. ¡Y vela por mí cuando te encuentres en el salón de los muertos! —esperé hasta que se hizo con el arma, y permití que *Hálito-de-Serpiente* recuperase su vitalidad. Así lo hizo, al instante y de forma compasiva, porque le rebanó la garganta de un solo y rápido tajo. Le miré a los ojos mientras expiraba, contemplé cómo se le escapaba el alma, pasé por encima de su cuerpo que se contraía, escurriéndose de la bancada de los remos hasta desplomarse, cubierto de sangre, en el regazo de una mujer joven que empezó a chillar como una histérica.

—¡Calla la boca! —le dije.

Miré con mal gesto a las mujeres y niños que gritaban o lloraban, acurrucados en el pantoque. Tomé a *Hálito-de-Serpiente* con la mano con que sostenía el escudo, le arrebaté la cota de malla al moribundo y volví a dejarlo contra el banco.

Uno de los niños no lloraba. Era un chaval, de nueve o diez años, que no dejaba de mirarme, boquiabierto, y recordé cómo era yo a esa edad. ¿Qué estaba viendo aquel chico? Veía a un hombre enfundado en metal, porque había peleado con las baberas del casco abatidas. Se ve menos con esas planchas metálicas sobre las mejillas, pero confieren un aspecto mucho más terrorífico. El niño miraba a aquel hombre alto, con cota de malla, la espada ensangrentada, el rostro cubierto de metal, al acecho en una nave que traía la muerte. Me quité el casco y me sacudí el pelo al aire; luego, le acerqué el lobo metálico que lo coronaba.

—¡Cuídamelo, chico! —dije, al tiempo que dejaba a *Hálito-de-Serpiente* en manos de la mujer que tanto chillaba—. ¡Lava la hoja en el río —le ordené— y sécala con la capa de alguno de los muertos!

Le entregué el escudo a Sihtric, estiré los brazos cuanto pude y alcé la cara al sol de la mañana.

Cincuenta y cuatro habían sido los saqueadores; aún quedaban dieciséis con vida. Eran nuestros prisioneros. Ninguno había logrado escabullirse de los hombres de Finan. Empuñé *Aguijón-de-avispa*, mi espada corta, más efectiva en la lucha de un muro de escudos, cuando los rivales se hallan tan cerca como las parejas de enamorados.

—Si alguna de vosotras —dije mirando a las mujeres— quiere matar al hombre que la haya forzado, ¡ahora tiene ocasión de hacerlo!

Dos mujeres clamaban venganza, así que puse en sus manos a *Aguijón-de-avispa*. Ambas descuartizaron a sus agresores. Una la hundió repetidas veces; la otra cortó; los dos tardaron en morir. Uno de los catorce hombres que quedaban no llevaba malla. Era el timonel del barco enemigo. Un hombre de pelo canoso, barba corta y ojos castaños, que me miraba con odio.

—¿De dónde habéis zarpado? —le pregunté.

En un primer momento, pensé que no iba a responderme, pero recapacitó y dijo:

—De Beamfleot.

—¿Y Lundene? —continué—. ¿Sigue la vieja ciudad en manos de los daneses?

—Sí.

—Sí, mi señor —le corregí.

—Sí, mi señor —repitió.

—En ese caso —le ordené—, irás a Lundene y, desde allí, a Beamfleot o a cualquier otro sitio, y les dirás a los hombres del norte que Uhtred de Bebbanburg es el señor del río Temes. Y les advertirás de que serán recibidos como les corresponde cuando lo deseen.

Aquel hombre conservó la vida. Le corté la mano derecha antes de dejarlo marchar para que nunca más pudiera blandir una espada. Encendí una hoguera y metí el muñón sanguinolento en las ascuas para cauterizar la herida. Se portó como un valiente. Pareció acobardarse en un primer momento, pero no se quejó al ver cómo le hervía la sangre mientras

crepitaba la carne. Le envolví el brazo amputado en un trozo de tela que arranqué del jubón de uno de los muertos.

—Ahora, vete —le dije, señalando hacia donde fluía el río—, vete —y echó a andar hacia el este: si todo iba bien, sobreviviría al viaje y hablaría a todo el mundo de mi crueldad.

Matamos a todos los demás.

—¿Por qué los mataste? —me preguntó una vez mi nueva esposa, con una voz que revelaba el disgusto que le producía una descripción tan minuciosa de los hechos.

—Para que aprendiesen lo que es tener miedo, faltaría más —repuse.

—Los muertos no tienen miedo —replicó.

—Un barco zarpó de Beamfleot —le expliqué, armándome de paciencia— y nunca regresó. Otros hombres que pretendían saquear Wessex se enteraron de la suerte que había corrido aquella embarcación, y decidieron ir en busca de pelea a otro sitio. Maté a la tripulación de la nave para no tener que matar a cientos de daneses.

—Nuestro Señor Jesús te hubiera pedido que te mostraras compasivo —me respondió, con unos ojos abiertos como platos.

Es tonta.

Finan acompañó a los habitantes de la localidad de vuelta a sus hogares arrasados, donde cavaron tumbas para sus muertos, mientras los míos colgaban los cadáveres de nuestros enemigos de unos árboles cercanos al río. Desgarramos las ropas que llevaban puestas y, con ellas, hicimos cuerdas. Les quitamos las cotas de malla, las armas y los brazaletes. Les cortamos sus largos cabellos, porque quería calafatear los tablones de mis naves con el pelo de los enemigos muertos; luego, los colgamos, y sus pálidos cuerpos desnudos se mecieron al aire mientras los cuervos se daban un festín con sus ojos apagados.

Cincuenta y tres cuerpos pendían a la orilla del río. Una advertencia para quienes pretendieran imitarlos. Cincuenta y tres señales de que otros saqueadores podían encontrar la muerte si se aventuraban Temes arriba.

Después, regresamos a casa, llevándonos el barco de nuestros enemigos.

Mientras, *Hálito-de-Serpiente* se adormeció en la vaina.

PRIMERA PARTE: La desposada

Capítulo I

—Los muertos hablan —me dijo Æthelwold. Por una vez en su vida, estaba sobrio, sereno, asustado y serio. Aquella noche soplaba un viento que parecía que iba a llevarse la casa; las velas de sebo dejaban escapar chispas rojas, que arrastraban las corrientes invernales que se colaban por la lumbrera, las puertas y las contraventanas.

—¿Cómo es eso? —le pregunté.

—Un cadáver sale de la tumba y habla —me respondió Æthelwold. Reparó en la mirada de asombro que le dirigí, y afirmó con la cabeza para que supiera que era verdad lo que decía. Estaba inclinado hacia mí, con las manos apretadas y nerviosas entre las rodillas—. Yo he sido testigo.

—¿De que un cadáver hable? —le insistí.

—De que abandone la tumba —y alzó una mano para recalcar sus palabras.

—¿El muerto?

—Eso es. Sale del sepulcro y habla —repuso, sin dejar de observarme con gesto contrariado—. Es verdad —añadió en un tono de voz que permitía adivinar que se daba cuenta de que no le creía.

Acerqué el asiento al hogar. Esta conversación tenía lugar, mientras una lluvia heladora golpeaba la techumbre de paja y venía a estrellarse contra las ventanas cerradas, diez días después de que hubiera matado a aquellos saqueadores y colgado sus cadáveres a la orilla del río. Dos de mis podencos se habían acomodado frente al fuego; uno de ellos me dirigió una mirada cargada de rencor cuando arrimé el banco y dejó caer la cabeza de nuevo. Era una casa que había sido construida en tiempos de los romanos, lo que significaba que disponía de baldosas en el suelo y que las paredes eran de piedra, aunque la techumbre había corrido de mi cuenta. La lluvia se colaba por el conducto del humo.

—¿Qué dice el hombre muerto? —le preguntó Gisela, esposa y madre de mis dos hijos.

Æthelwold no respondió de inmediato, quizá porque pensaba que una mujer no debía de participar en una conversación seria, pero mi silencio le

indicó que tenía a bien que Gisela hablase en su propia casa, y él estaba demasiado nervioso como para insistir en que la despidiera.

—Dice que yo tendría que ser rey —dijo, con voz queda, sin dejar de mirarme, como si temiera mi reacción.

—¿Rey de qué? —pregunté, con escaso interés.

—De Wessex, claro —contestó.

—Vaya, de Wessex —repuse, como si nunca hubiera oído hablar de aquella región.

—¡Y debería serlo! —afirmó—. Mi padre lo fue.

—Pero resulta que ahora el rey es el hermano de tu padre —dije—, y sus súbditos dicen que es un buen rey.

—¿Y tú estás de su parte? —me preguntó en tono desafiante.

No contesté. Todo el mundo estaba al tanto de lo poco que me gustaba el rey y de que Alfredo tampoco sentía ninguna simpatía por mí, pero eso no quería decir que Æthelwold, el sobrino de Alfredo, fuera a ser mejor rey. Al igual que yo, Æthelwold rondaba ya los treinta años, y tenía fama de bebedor y lascivo. Pero mantenía sus aspiraciones al trono de Wessex. Por supuesto que su padre había sido rey y, si Alfredo hubiese tenido dos dedos de frente, le habría cortado el cuello a su sobrino. En lugar de eso, Alfredo se conformaba con saciar la sed de cerveza de Æthelwold para mantenerlo apaciguado.

—¿Dónde has visto a ese cadáver viviente? —le pregunté, en vez de responder a la cuestión que me había planteado.

—Al otro lado del camino —dijo, señalando la fachada norte de la casa—, justo enfrente.

—¿En Waeclingastraet?

Dijo que sí con la cabeza. De modo que hablaba con los daneses, igual que con el hombre muerto. Waeclingastraet es un camino que recorre Lundene de norte a oeste, que discurre a lo largo de Britania hasta llegar al mar de Irlanda, al norte de Gales: todo lo que quedaba al sur de ese camino era territorio sajón; todo lo que se situaba al norte estaba en manos de los daneses. Pero en el año 885 aún había paz, una tregua preñada de escaramuzas y de odio.

—¿Es el cadáver de un danés? —le pregunté.

—Se llama Björn —dijo Æthelwold, haciendo un gesto afirmativo— y era bardo en la corte de Guthrum. Como se negó a convertirse al

cristianismo, Guthrum ordenó su muerte. Si le llaman, acude desde la tumba. Lo he visto con mis propios ojos.

Eché una mirada a Gisela. Ella era danesa, y la magia de que hablaba Æthelwold no tenía nada que ver con la que practicaban mis compatriotas sajones. Gisela se encogió de hombros, como dando a entender que aquellas prácticas le resultaban tan extrañas como a mí.

—¿Quién invoca al hombre muerto? —le preguntó mi esposa.

—Un muerto reciente —repuso Æthelwold.

—¿Alguien que acaba de morir? —insistí yo.

—Hay que enviar a alguien al reino de los muertos —nos dijo, sin más explicaciones— para que encuentre a Björn y lo traiga de vuelta.

—De modo que matan a alguien —continuó Gisela.

—¿Cómo, si no, podrían enviar un mensajero al reino de los muertos? —preguntó Æthelwold, contrariado.

—¿Y ese Björn habla inglés? —le pregunté, porque sabía que Æthelwold no sabía casi ni una palabra de danés.

—Así es —contestó Æthelwold, de malas maneras; no le gustaba que le llevasen la contraria.

—¿Quién te llevó hasta él? —quise saber.

—Unos daneses —respondió, sin más explicaciones.

—¿Así que unos daneses —le dije en son de burla— se presentaron y te comunicaron que un bardo muerto querían hablar contigo y consentiste en acompañarlos al territorio de Guthrum?

—Me dieron oro a cambio —replicó a la defensiva; Æthelwold siempre tenía deudas.

—¿Y por qué nos lo dicen a nosotros? —le insistí, pero Æthelwold no dijo nada; se puso nervioso y miró a Gisela, que devanaba una madeja de lana en la rueca—. Fuiste a los dominios de Guthrum —volví a la carga—, hablaste con el hombre muerto y ahora vienes a verme. ¿Por qué?

—Porque Björn aseguró que tú también serás rey —me contestó Æthelwold.

Aunque no lo dijo en voz muy alta, le indiqué con un dedo que guardara silencio y miré con preocupación a la puerta de la estancia, como si esperase descubrir algún espía que estuviese escuchándonos en la penumbra de la habitación contigua. Estaba convencido de que Alfredo había enviado informadores a mi casa y pensaba que sabía quiénes eran, pero no estaba completamente seguro de haberlos identificado a todos. Por

eso, había preferido que todos los criados se mantuvieran lejos del aposento en el que Æthelwold y yo estábamos hablando. Con todo, no era prudente decir esas cosas en voz alta.

Gisela dejó de cardar la lana y se quedó mirando a Æthelwold. Lo mismo que yo.

—¿Que dijo qué? —le pregunté.

—Que tú, Uhtred —continuó Æthelwold, en voz baja— serás coronado rey de Mercia.

—¿Has estado bebiendo? —le dije.

—No; sólo cerveza —me contestó, al tiempo que se inclinaba hacia mí —. Björn el muerto también desea hablar contigo y contarte el destino que te aguarda. Uhtred, tú y yo seremos reyes y vecinos. Es la voluntad de los dioses, que han enviado a un muerto para advertírmelo —Æthelwold temblaba ligeramente y sudaba, pero no estaba ebrio; algo le había asustado en estado sobrio, y eso me convenció de que estaba diciendo la verdad—. Quieren saber si deseas hablar con el muerto —añadió—; si es así, vendrán a buscarte.

Busqué con los ojos a Gisela, que se limitó a devolverme la mirada, con gesto inexpresivo. La miré de nuevo, no porque esperase una respuesta de su parte, sino porque era tan hermosa, tan bella. Mi danesa de pelo negro, mi preciosa Gisela, mi compañera, mi amor. Debió de darse cuenta de lo que estaba pensando, porque su cara, seria y alargada, se transformó con una lenta sonrisa.

—¿De modo que Uhtred será rey? —preguntó, quebrando el silencio y mirando a Æthelwold.

—Eso dice el muerto —repuso éste, en tono desafiante— que asegura que lo oyó de boca de las tres hermanas —se refería a las Parcas, a las Hilanderas, a las tres hermanas que tejen nuestros destinos.

—¿Y que Uhtred será rey de Mercia? —insistió Gisela, con voz dubitativa.

—Y tú serás reina —replicó Æthelwold.

Gisela clavó sus ojos en mí, con mirada burlona, pero ni siquiera traté de responder a lo que sabía que estaba pensando. Muy al contrario: pensaba que no había rey en Mercia. El último de todos, un perro sajón fiel a los daneses, había muerto sin heredero, por lo que el reino se lo habían dividido entre daneses y sajones. El hermano de mi madre había sido *ealdorman* de

Mercia antes de morir a manos de los galeses, así que por mis venas corría sangre de Mercia. Y no había rey en Mercia.

—Creo que harías bien en escuchar lo que tiene que decir el hombre muerto —comentó Gisela muy seria.

—Si vienen en mi busca, así lo haré —le prometí, pensando que si un muerto hablaba y quería hacerme rey, iría a verlo.

* * *

Alfredo se presentó una semana más tarde. Era un día luminoso, de cielo azul pálido. El sol del mediodía esparcía sus rayos bajos sobre una tierra helada. Se habían formado carámbanos en los perezosos canales por los que discurría el río Temes entre Sceaftes Eye y Wodenes Eye. Fochas, pollas de agua y somormujos brincaban por las gélidas orillas mientras, en el lodo ya deshelado de Sceaftes Eye, una bandada de zorzales y de mirlos escarbaban en busca de gusanos y caracoles.

Estaba en mis tierras. Llevaba dos años viviendo en aquellos parajes, situados en Coccham, en los límites de Wessex, donde el Temes iniciaba su andadura hacia Lundene y el mar. Porque yo, Uhtred, un señor de Northumbria, proscrito y guerrero, había levantado una casa, me había hecho comerciante y había sido padre. Estaba al servicio de Alfredo, rey de Wessex, no porque lo desease, sino porque le había prestado juramento de lealtad.

Alfredo me había ordenado que erigiese una ciudadela en Coccham. Una ciudadela es un pueblo que hace las veces de fortaleza. Estaba dispuesto a delimitar su reino con plazas fortificadas. En todas las fronteras de Wessex, en las que daban al mar, a los ríos, y a los páramos que nos separaban de los salvajes habitantes de Cornualles, se habían levantado esas fortificaciones. Un ejército de daneses podía llevar a cabo una invasión entre dos de esas fortalezas; pero, caso de adentrarse en los dominios de Alfredo, no tardarían en darse de bruces con otras plazas fuertes similares, con sus correspondientes guarniciones. En uno de sus escasos momentos de desaforada satisfacción, Alfredo había descrito aquellos pueblos fortificados como avisperos de los que saldrían enjambres de hombres para hostigar a los belicosos daneses. Había plazas fortificadas en Exanceaster y Werham, en Cisseceastre y Hastengas, en Æscengum y Oxnaforda, en Cracgelad y en Waeced, y en muchos otros lugares entre esas ciudadelas.

Muros y empalizadas custodiados por hombres armados con lanzas y escudos. Wessex se estaba convirtiendo en un territorio sembrado de fortalezas, y yo era el encargado de erigir uno de esos bastiones en el villorrio de Coccham.

Todos los sajones de Wessex de más de doce años habían echado una mano. La mitad de ellos trabajaban en la construcción, mientras el resto atendía los campos. Se suponía que, en Coccham, disponíamos de quinientos hombres ocupados en esas tareas a la vez, pero lo normal es que fueran menos de trescientos. Cavaron, abrieron surcos, cortaron vigas para los muros, hasta que conseguimos levantar una fortaleza a orillas del Temes. La verdad es que eran dos ciudadelas, una en la orilla sur del río y otra en Sceaftes Eye, una isla que dividía el río en dos ramales. En enero del año 885 ya casi habíamos concluido, de forma que ningún barco danés podía ir río arriba para saquear las granjas y los pueblos desperdigados por la orilla. Podían intentarlo, pero, para ello, tendrían que pasar por delante de mis nuevas murallas y hacerse cargo de que mis tropas les seguirían, los atraparían más arriba y acabarían con ellos.

Un comerciante danés, de nombre Ulf, llegó una mañana y atracó su batel en el muelle de Sceaftes Eye. Uno de mis funcionarios inspeccionó la carga para imponerle el tributo correspondiente. El propio Ulf, luciendo una boca desdentada y sonriente, saltó a tierra para presentarme sus respetos. Me regaló un trozo de ámbar, envuelto en piel de cabritilla.

—Para lady Gisela, señor —me dijo—. ¿Se encuentra bien?

—Así es —repuse, tocando el martillo de Thor que llevaba al cuello.

—Me han dicho que habéis tenido otro hijo.

—Una niña. ¿Dónde te has enterado?

—En Beamfleot —me contestó, como era de esperar. Ulf era un hombre del norte, pero, a lo largo de aquel invierno tan crudo, ninguna embarcación había hecho la travesía de Northumbria a Wessex. De modo que, durante ese tiempo, debía de haberse dedicado a ir de un lado a otro del sur de Anglia Oriental, por las largas e intrincadas marismas del estuario del Temes—. No llevo gran cosa —añadió, refiriéndose a la carga—. Compré unas cuantas pieles y unas hojas de hacha en Grantaceaster, y pensé que bien podía darme una vuelta río arriba por si podía sacaros algo a vosotros, los sajones.

—Has venido río arriba para ver si habíamos acabado la fortaleza —le repliqué—. Eres un espía, Ulf, y creo que voy a colgarte de un árbol.

—No, no lo haréis —repuso, como si no me hubiera oído.

—Estoy aburrido —comenté, mientras guardaba el ámbar; en el zurrón —, y ver cómo se retuerce un danés al extremo de una cuerda podría ser entretenido, ¿no te parece?

—En ese caso, debisteis moriros de la risa cuando colgasteis a toda la tripulación de Jarrel —respondió.

—¿Así se llamaba, pues? ¿Jarrel? No se me ocurrió preguntárselo —dije.

—He visto treinta cadáveres, quizá más —repuso Ulf, moviendo la cabeza hacia la parte baja de río—. Todos colgados de árboles, y pensé que aquel espectáculo parecía obra de mi señor Uhtred.

—¿Sólo treinta? —repliqué—; eran cincuenta y tres. Así que habrá que añadir tu miserable despojo, Ulf, para que me cuadren las cuentas.

—Vos no me queréis a mí —comentó Ulf, con despreocupación—, lo que andáis buscando es a alguien que sea joven, porque los jóvenes os incordian más que nosotros los viejos —volvió al barco, y se acercó a un muchacho pelirrojo que, mano sobre mano, contemplaba el río—. Podéis colgar a este jovencito hijo de puta. Es el mayor de los hijos de mi mujer y no es más que un remedo de sapo. Este sí que se retorcerá con garbo.

—¿Quién anda por Lundene en estos tiempos? —le pregunté.

—El *jarl* Haesten va y viene, aunque pasa allí la mayor parte del tiempo —dijo Ulf.

Me llevé una sorpresa. Conocía a Haesten, un joven danés que, tiempo atrás, me había prestado juramento de fidelidad, pero que había quebrantado su promesa y ahora aspiraba a ser un señor de la guerra. Exigía que le diesen el tratamiento de *jarl,* cosa que no dejaba de divertirme, pero me extrañaba que estuviera en Lundene. Sabía que había levantado un campamento amurallado en la costa de Anglia Oriental, pero ahora se había desplazado mucho más cerca de Wessex, claro indicio de que estaba dispuesto a ponernos en dificultades.

—¿Y a qué se dedica? —pregunté como quien no quiere la cosa—. ¿A saquear a sus vecinos los patos?

—Ha establecido alianzas, señor —repuso Ulf, dando un suspiro y meneando la cabeza.

Algo en su forma de hablar me volvió cauteloso.

—¿Alianzas?

—Los hermanos Thurgilson —contestó Ulf, tocándose el amuleto en forma de martillo.

—¿Thurgilson? —aquel nombre no me decía nada.

—Sigefrid y Erik —añadió Ulf, sin dejar de acariciar el martillo—. *Jarls* escandinavos, señor.

Aquello sí que era una novedad. Normalmente, los escandinavos no solían aventurarse hasta Anglia Oriental o Wessex. Sí que teníamos noticias de pillajes en territorio escocés y en Irlanda, pero rara vez sus jefes guerreros se acercaban hasta Wessex.

—¿Qué buscan esos hombres del norte en Lundene? —le pregunté.

—Llegaron hace dos días, señor —me contó Ulf—, con veintidós barcos. Haesten fue a verlos, y llevó nueve naves consigo.

Emití un silbido por lo bajo. Treinta y un barcos era una flota, lo que significaba que los hermanos y Haesten estaban al frente de un ejército de mil hombres por lo menos, unas huestes que estaban en Lundene, y Lundene estaba en la frontera de Wessex.

Por aquel entonces, Lundene era una ciudad sorprendente. Oficialmente, formaba parte de Mercia, pero en Mercia no había rey y tampoco gobernantes en Lundene. No era ni sajona ni danesa, sino una mezcla de ambos pueblos, una ciudad donde los hombres podían hacerse ricos, acabar muertos o ambas cosas a la vez. Asentada donde confluyen Mercia, Anglia Oriental y Wessex, era un burgo de mercaderes, comerciantes y marinos. Y a tenor de lo que decía Ulf, si estaba en lo cierto, albergaba un ejército de vikingos detrás de sus muros.

—Os tienen atrapado, como a una rata en una trampa, señor —masculló Ulf, riéndose para sus adentros.

Me preguntaba cómo habían conseguido reunir semejante flota y cruzado el mar hasta llegar a Lundene, sin que me hubiera percatado de lo que se traían entre manos. Coccham era la fortaleza más cercana a Lundene y, por lo general, no tardaba más de un día en enterarme de lo que ocurría en la ciudad, pero el caso es que un enemigo se había adueñado de ella y yo no me había dado ni cuenta.

—¿Los hermanos te han enviado para que me avisases de lo que estaba pasando? —le pregunté a Ulf; suponía que los hermanos Thurgilson y Haesten se habían apoderado de Lundene para exigir a alguien, a Alfredo lo más probable, que les diese dinero a cambio de abandonar la ciudad, en cuyo caso, delante de mí tenía a su emisario.

Ulf negó con la cabeza.

—Partí de allí cuando llegaron, señor. Bastante malo es que tenga que satisfacer vuestras exacciones, pero a ellos les he tenido que entregar la mitad del cargamento —dijo Ulf, estremecido—. El *jarl* Sigefrid es una mala persona señor. Es mejor no tener tratos con él.

—¿Cómo es que no me he enterado de que estaban del lado de Haesten? —pregunté.

—Porque no lo estaban. Se habían asentado en Frankia. Pero cruzaron el mar y siguieron río arriba.

—Con veintidós barcos de escandinavos —comenté, con mal sabor de boca.

—Son hombres de todas las procedencias, señor —añadió Ulf—. Daneses, frisios, sajones, escandinavos, de todas partes. Sigefrid saca hombres de esas cloacas que están dejadas de la mano de los dioses. Tienen hambre, señor, carecen dueño, pura canalla. Proceden de todas partes.

Un hombre sin amo es de la más baja estofa. No guarda lealtad a nadie; sólo cuenta con su espada, el hambre y avaricia. Hubo un tiempo en que yo fui uno de ésos.

—¿Así que Sigefrid y Erik nos darán quebraderos de caza? —pregunté, con delicadeza.

—De Sigefrid, no os quepa duda —repuso Ulf—. Erik es más joven, y los hombres hablan bien de él. Pero Sigefrid está impaciente por armarla.

—¿Buscará un rescate? —quise saber.

—Podría ser —dijo Ulf, con gesto dubitativo—. Tiene que pagar a todos esos hombres, y sólo dispone de las migajas que saca de Frankia. Pero, ¿quién estaría dispuesto a pagar? Lundene pertenece a Mercia, ¿no es así?

—Así es —respondí.

—Y en Mercia no hay rey —continuó—. Una situación fuera de lo normal, ¿verdad? Un reino sin rey.

Recordé la visita de Æthelwold y toqué el amuleto del martillo de Thor.

—¿Has oído hablar alguna vez de muertos que vuelve a la vida? —le pregunté a Ulf.

—¿Muertos que resucitan? —me contestó alarmado, sin apartar los ojos de mí, mientras acariciaba su propio amuleto del martillo—. Los muertos bien están en Niflheim señor.

—¿No será por casualidad un antiguo ritual mágico —aventuré—, capaz de devolver la vida a los muertos?

—Eso son cuentos —dijo Ulf, apretando el amuleto con todas sus fuerzas.

—¿Cuentos?

—Del extremo norte, señor, de las tierras heladas donde crecen los abedules, unos parajes donde suceden cosas raras. Dicen que los hombres son capaces de volar en la oscuridad; incluso me han contado que los muertos pueden caminar sobre los mares congelados. Pero nunca lo he visto con mis propios ojos —se llevó el amuleto a los labios y lo besó—. Creo que son sólo cuentos para asustar a los niños en las noches de invierno, señor.

—Quizá —repuse, mientras me volvía para ver a un chico que corría a los pies de la muralla que acabábamos de levantar. Saltó por encima de las vigas que soportarían el saliente defensivo, resbaló en el fango, trepó por el foso y se detuvo, demasiado jadeante como para hablar. Esperé a que se recuperase.

—¡El *Haligast,* señor —exclamó—, el *Haligast!*

Ulf me miró con cara de sorpresa. Como todos los comerciantes hablaba algo de inglés, pero aquello le pilló desprevenido.

—¡El *Espíritu de la Divinidad*!—le traduje en danés.

—¡Ya viene, señor! —gritaba el chico, nervioso, sin dejar de señalar río arriba—. ¡Está llegando!

—¿El Espíritu Santo se acerca? —preguntó Ulf, asustado. Lo más seguro es que no supiera qué quería decir eso del espíritu de la divinidad, pero sabía lo bastante como para tener miedo de cualquier aparición espectral, y la pregunta que acababa de hacerle sobre muertos que volvían a la vida le había dejado aterrado.

—Se trata del barco de Alfredo —le aclaré, para preguntarle al chaval a continuación—: ¿Va el rey a bordo?

—Ondea su estandarte, señor.

—Entonces, sí —comenté.

—¿Alfredo? ¿Qué se le ha perdido por aquí? —preguntó Ulf, arreglándose la túnica.

—Viene a ver de qué lado se decanta mi lealtad —repuse, con sequedad.

—Vaya, vaya, señor, ¿así que podríais ser uno de ésos que se mecen al extremo de una soga? —dijo Ulf, con una sonrisa.

—Necesito hojas de hacha —le contesté—. Lleva las mejores a casa. Ya hablaremos del precio.

La presencia de Alfredo no me había sorprendido. A lo largo de aquellos años, se pasaba la mayor parte del tiempo recorriendo las ciudadelas que edificaba para comprobar la marcha de las obras. Había estado en Coccham no menos de doce veces a lo largo de idéntico número de meses; pero, si no recuerdo mal, aquella visita no era para inspeccionar las murallas, sino para enterarse de la razón de que Æthelwold hubiera ido a verme. Los espías del rey habían cumplido la misión que tenían encomendada, y ahora el rey en persona venía a preguntarme.

Gracias a la corriente invernal del Temes, su barco se desplazaba con rapidez. En los meses más fríos era preferible viajar en barco, y a Alfredo le gustaba el *Haligast*, porque le permitía trabajar a bordo mientras recorría la frontera norte de Wessex. Era un barco de veinte remos, con capacidad suficiente para llevar a bordo a la mitad de la guardia personal de Alfredo y al inevitable ejército de curas que lo acompañaba. El estandarte real, un dragón verde, ondeaba en el palo mayor, mientras dos banderas, que podían servir como velas en caso de navegar por el mar, colgaban de la cruceta. En una de ellas, se veía la silueta de un santo; la otra era una lona verde, con una cruz blanca bordada. En la popa, disponía de un pequeño camarote en el que se acurrucaba el timonel, y donde Alfredo había colocado una mesa. En un segundo barco, el *Heofonhlaf*, se apiñaba el resto de su escolta personal y más curas. *Heofonhlaf* significa «pan celestial». Alfredo nunca fue capaz de encontrar un buen nombre para un barco.

El primero en atracar fue el *Heofonhlaf*. Un enjambre de hombres con cota de malla, escudos y lanzas saltó a tierra y formó en el embarcadero de madera. A continuación, arribó el *Haligast;* el timonel hizo que la proa chocase con fuerza contra uno de los pilotes, de modo que Alfredo, que esperaba de pie, en mitad del barco, se tambaleó. Había reyes entonces que podrían haber arrancado las entrañas a un timonel por hacerles perder la dignidad de ese modo, pero a Alfredo pareció no importarle demasiado. Hablaba muy serio con un monje de rostro enjuto, barbilla afilada y pálidas mejillas. Era Asser de Gales. Ya tenía noticias de que el hermano Asser era la nueva mascota del rey, y de sobra sabía que el fraile me odiaba con todas sus fuerzas, como yo a él. A pesar de todo le dediqué una sonrisa, aunque él

se hizo a un lado como si le hubiera vomitado encima del hábito, inclinando la cabeza ante Alfredo, que cualquiera habría tomado por su hermano gemelo, porque Alfredo de Wessex más parecía clérigo que rey. Llevaba una capa negra y larga, y una incipiente calvicie le daba el aspecto de un monje tonsurado. Siempre tenía las manos manchadas de tinta, como un escribano. De rostro enjuto y flaco, serio, grave y demacrado, era barbilampiño. La mayoría de las veces no llevaba barba, pero en aquella ocasión lucía un mentón poblado de canas.

Una vez que el *Haligast* estuvo amarrado, Alfredo tomó a Asser del brazo y bajó a tierra con él. El galés llevaba una cruz descomunal en el pecho y, antes de volverse a mí, Alfredo la rozó con la mano:

—Mi señor Uhtred —dijo, con entusiasmo. Se mostraba más afable que de costumbre, no porque estuviera contento de verme, sino porque pensaba que le estaba traicionando. El no podía imaginar otra razón para que yo hubiese cenado con Æthelwold, su sobrino.

—Mi rey —dije yo, haciendo una reverencia. Hice como que no veía al hermano Asser. En una ocasión, el galés me había acusado de piratería, asesinato y de no sé cuántos delitos más. Casi todas sus imputaciones eran ciertas, pero yo seguía con vida. Me dedicó una mirada henchida de desprecio y cruzó por el fango, para ir a asegurarse de que las monjas del convento de Coccham no estaban embarazadas, beodas o risueñas.

Alfredo, seguido por Egwine, que ahora estaba al frente de su guardia, y seis de sus hombres inspeccionaron las nuevas almenas. Reparó en el barco de Ulf, pero no dijo nada. Sabía que tenía que contarle que Lundene había caído, pero decidí no darle la noticia hasta que me hubiera preguntado lo que quería saber. Parecía satisfecho de comprobar por sí mismo el trabajo que habíamos realizado y, tal y como esperaba, no encontró nada que criticar. La ciudadela de Coccham iba mucho más adelantada que las demás. En la siguiente fortaleza hacia el oeste, siguiendo el curso del Temes, la de Welengaford, apenas habían comenzado a remover la tierra y levantado una empalizada, mientras que los cimientos de las murallas de Oxnaforda se habían venido abajo durante una semana de intensas lluvias justo antes de las fiestas de Yule. Por el contrario, la fortificación de Coccham estaba casi concluida.

—Me han comentado —dijo el Alfredo— que el *fyrd* se muestra remiso a colaborar. ¿Es eso cierto?

El *fyrd* era el ejército de cada condado, y no sólo ayudaba a levantar las fortalezas, sino que proporcionaba la guarnición que las defendía.

—El *fyrd* es muy reacio a desempeñar este trabajo, mi señor —le contesté.

—Sin embargo, casi está acabado.

—Colgué a diez hombres —respondí, con una sonrisa—, y eso animó mucho a los demás.

Se detuvo en un sitio desde el que se contemplaba la parte baja del río. Una vista preciosa, gracias a los cisnes. Le observé. Las arrugas de su rostro parecían más profundas, la tez aún más pálida. Tenía cara de enfermo, pero es que Alfredo de Wessex era un hombre que siempre estaba indispuesto. Le dolía el estómago y también la barriga, y reparé en una mueca que hizo al sentir un latigazo de dolor.

—Tengo entendido que los colgasteis sin juicio previo —comentó, con frialdad.

—Eso hice, señor.

—Pero en Wessex tenemos leyes —dijo, con severidad.

—Y si no hubiéramos erigido la fortaleza —repuse—, Wessex ya no existiría.

—Disfrutáis desafiándome —añadió, en tono apacible.

—No, señor; os presté juramento de lealtad. Me limito a sacar adelante el trabajo que me habéis encomendado.

—En ese caso, no ahorquéis a más hombres sin un juicio justo —me replicó, para darme la espalda a continuación y dedicarse a contemplar la orilla de Mercia al otro lado del río—. Un rey tiene que impartir justicia, lord Uhtred. En eso consiste el oficio de rey. Si un territorio carece de rey, ¿cómo dispondrá de leyes? —continuó en tono conciliador, pero me estaba poniendo a prueba y, por un momento, me asusté. Ya me imaginaba que había venido para enterarse de lo que me había dicho Æthelwold, pero al hablar de Mercia y de que no había rey en aquel territorio, caí en la cuenta de que estaba al tanto de la conversación que habíamos mantenido aquella noche de viento helador y lluvia torrencial—. Hay hombres —continuó, sin apartar la vista de la ribera de Mercia— a quienes les gustaría ser reyes de esa tierra —se interrumpió un instante; yo estaba convencido de que sabía todo lo que Æthelwold me había dicho, pero planteó el asunto de forma tal que bastó para revelar su ignorancia—, como mi sobrino Æthelwold, por ejemplo.

—¡Æthelwold! —dije, mientras soltaba una carcajada, que resultó demasiado estentórea como para aparentar que estaba tranquilo—. ¡Ése no quiere ser rey de Mercia! ¡Aspira a ocupar vuestro trono, mi señor!

—¿Eso te ha dicho? —me preguntó, inesperadamente.

—Por supuesto que me lo ha dicho —repuse—. ¡Se lo dice a todo el mundo!

—¿Y por eso vino a veros? —preguntó Alfredo, incapaz de ocultar por más tiempo la curiosidad que sentía.

—Vino a comprarme un caballo, señor —le mentí—. Quería mi caballo, *Smoca*, y le dije que no —la piel de *Smoca* presentaba una curiosa mezcla de tonalidades grises y negras de ahí su nombre, «humo»; había ganado todas las carreras en las que había participado y, lo que es aún mejor, no le asustaban los hombres, los escudos, las armas ni el ruido Podría haber vendido aquel caballo a cualquier guerrero de Britania.

—¿Os habló de que aspiraba a ser rey? —me preguntó Alfredo, suspicaz.

—Por supuesto que sí.

—No me dijisteis nada en su momento —comentó, con voz cargada de reproches.

—Si os tuviera que advertir de cada vez que Æthelwold habla de traición —contesté—, no cesaríais de tener noticia mías. Por eso os digo en este momento que mejor haríais en cortarle la cabeza.

—Pero si es mi sobrino —dijo Alfredo, apurado—, de sangre real.

—Lo que no impide cortarle la cabeza —insistí.

—Pensé en hacerle rey de Mercia —dijo, agitando con enojo una mano, como si mi idea fuera una necedad—, pero creo que perdería el trono.

—Sin duda —asentí.

—Es débil —comentó Alfredo, con desprecio—, y Mercia necesita alguien que gobierne con mano de hierro, alguien capaz de meter miedo a los daneses —confieso que, en ese momento, pensé que se refería a mí y a punto estuve de darle las gracias, ponerme de rodillas y besarle la mano, pero no tardó en aclararme la idea que acariciaba—: vuestro primo, por ejemplo.

—¡Æthelred! —comenté, sin poder ocultar mi desprecio. Mi primo era un engreído, muy pagado de sí mismo, pero era un hombre cercano a Alfredo, tanto que iba a casarse con la hija mayor del rey.

—Puede ser el *ealdorman* de Mercia —añadió Alfredo—, y gobernar con todas mis bendiciones.

Es decir, que mi miserable primo gobernaría Mercia bajo la tutela de Alfredo y, para ser sincero, aquélla era una solución mejor para el rey que permitir que alguien como yo se hiciese con el trono de Mercia. Casado con Æthelflaed, Æthelred sería un súbdito fiel de Alfredo, y Mercia o, cuando menos, aquella parte del territorio al sur de Waeclingastraet sería como una provincia de Wessex.

—Si mi primo va a ser señor de Mercia —dije— ¿será también señor de Lundene?

—Claro está.

—En ese caso, hay una dificultad, señor —le dije, y debo confesar que encantado ante la perspectiva de que mi presuntuoso primo habría de vérselas con un millar de bárbaros mandados por señores del norte—. Hace dos días, llegó a Lundene una flota de treinta y un barcos —le referí—, a cuyo frente están los *jarls* Sigefrid y Erik Thurgilson. Haesten de Beamfleot se ha unido a ellos. Hasta donde yo sé, mi señor, Lundene está ahora en manos de los hombres del norte y de los daneses.

La primera reacción de Alfredo fue guardar silencio, mientras seguía contemplando el maravilloso espectáculo de los cisnes por el río desbordado. Estaba más pálido que nunca, y apretaba las mandíbulas.

—Parece que os alegráis —comentó con amargura.

—No era ésa mi intención, señor —repuse.

—¿Cómo ha podido ocurrir algo así, por Dios? —se preguntó, encolerizado, al tiempo que se daba media vuelta y contemplaba los muros de la ciudadela—. Los hermanos Thurgilson estaban en Frankia —añadió.

Yo no había oído hablar nunca de Sigefrid y Erik, pero Alfredo sí ponía todo su empeño en estar al tanto de las correrías de las hordas vikingas.

—Pues ahora están en Lundene —repliqué, sin miramiento alguno.

Guardó silencio de nuevo, pero yo sabía en qué estaba pensando: que el Temes era nuestra vía de comunicación con otros reinos, con el resto del mundo, y que si los daneses y los hombres del norte bloqueaban el río, Wessex que daría aislado del mundo exterior. Por supuesto que había otros puertos y otros ríos, pero el Temes era el gran río que atraía a barcos de todos los mares.

—¿Quieren dinero? —me preguntó, con resentimiento.

—Eso es cuestión de Mercia, señor —me atreví a decir.

—¡No seáis necio! —me espetó—. Cierto que Lundene está en Mercia, pero el río es tan nuestro como suyo —y me dio la espalda de nuevo, mirando río abajo, como si esperase distinguir a lo lejos mástiles de barcos vikingos—. Si no se van —comentó en voz baja—, habrá que expulsarlos.

—Así se hará, señor.

—Y ése será mi regalo de bodas para vuestro primo —añadió, con toda intención.

—¿Lundene?

—Y vos seréis el encargado de conseguirlo —continuó, con aspereza —. Haréis que Lundene quede de nuevo bajo la tutela de Mercia, lord Uhtred. Espero que para la festividad de san David ya sepáis de qué fuerza hemos de disponer para que yo pueda hacer ese regalo —y frunció el ceño, pensativo. Vuestro primo irá al frente de ese ejército, pero ahora anda muy ocupado como para disponer los preparativos de la campaña. Vos pondréis en marcha los planes necesarios y le aconsejaréis.

—¿Que yo...? —pregunté, de mal talante.

—Eso es lo que haréis —me dijo.

No se quedó a comer. Fue a rezar a la iglesia, dejó plata en el convento de las monjas, subió a bordo del *Haligast* y desapareció río arriba.

Y a mí no me quedaba otra que recuperar Lundene, y aceptar que mi primo Æthelred se llevase toda la gloria.

* * *

Los avisos para ir a ver al hombre muerto llegaron dos semanas más tarde, y me pillaron por sorpresa.

Todas las mañanas, a menos que la capa de nieve fuera demasiado gruesa para desplazarse, una multitud de demandantes esperaba a la puerta de mi casa. Yo era la autoridad en Coccham, el hombre que impartía justicia. Alfredo me había otorgado ese poder, porque sabía que era fundamental para que se construyese la ciudadela. También me había concedido otras prerrogativas. Recibía el diezmo de todas las cosechas del norte de Berrocscire: me llevaban cerdos, ganado y grano y, con lo que sacaba por ellos, pagaba las vigas que sostenían los muros y las armas que los guardaban. Era una circunstancia de la que podía aprovecharme y, como

Alfredo no se fiaba de mí, dispuso que un astuto cura llamado Wulfstan me siguiese como mi sombra, con el único encargo de vigilar que no robase demasiado. Pero, en realidad, era él quien robaba.

Había aparecido en verano, luciendo una sonrisa taimada, para decirme que los derechos de tránsito que imponíamos a los mercaderes que viajaban por el río eran siempre impredecibles, lo que significaba que Alfredo no estaba del todo seguro de si hacíamos negocio a sus espaldas. Esperaba recibir mi aprobación; pero, en lugar de eso, lo que se ganó fue un buen coscorrón en su tonsurada cabeza. Lo puse en manos de Alfredo, debidamente custodiado, con una carta en la que describía sus manejos, y me dediqué a hacerme rico por mi cuenta. Aquel cura había sido un necio. Nunca hay que hablar con nadie de los delitos que cometemos, jamás, a no ser que sean tan graves que no haya manera de ocultarlos y, en ese caso, es preferible disfrazarlos como asuntos políticos o cuestiones de Estado.

No robé demasiado, no más de lo que se hubiera embolsado cualquier otro en mi posición, y comprobar cómo avanzaban los muros de la fortaleza bastó para que Alfredo pensase que obraba como es debido. Siempre me ha fascinado la construcción, y pocos de los placeres que nos dispensa la vida son equiparables al de tener la oportunidad de conversar con hombres entendidos en cortar, modelar y ensamblar vigas. Impartía justicia también, y lo hacía bien porque mi padre, que había sido el señor de Bebbanburg, en Northumbria, me había enseñado que las obligaciones de un señor eran para con sus súbditos, capaces de perdonarle cualquier exceso con tal de que los protegiera. De modo que todos los días me obligaba a escuchar la voz de los más desfavorecidos.

Recuerdo una mañana, debían de haber pasado dos semanas de la visita de Alfredo. Llovía a cántaros y un grupo numeroso de personas esperaba, de rodillas en el barro, a la puerta de mi casa. No recuerdo muy bien las reclamaciones, pero seguro que se trataba de las quejas normales, por los linderos de unas tierras o por alguna dote matrimonial que no se había satisfecho. Tomaba las decisiones con rapidez, apoyándome en la opinión que me merecía el comportamiento de los demandantes. Era de la opinión de que cualquier litigante que se mostrase agresivo era un mentiroso, mientras que los que lloraban me movían a compasión. No estoy seguro de que todas las decisiones que tomé fuesen correctas, pero la gente estaba contenta con las sentencias que dictaba y sabían que no aceptaba sobornos para favorecer a los ricos.

Recuerdo a un peticionario que apareció aquella mañana. Iba solo, cosa poco frecuente, porque la mayoría de los demandantes acudía en compañía de amigos o parientes dispuestos a jurar que tenían razón en lo que reclamaban, pero aquel hombre llegó solo y dejaba que los demás se le adelantasen. Estaba claro que quería ser el último en hablar conmigo; me temí que aquella conversación me llevase mucho tiempo, y tentado estuve de concluir la sesión aquella mañana sin concederle audiencia. Por fin, accedí a escucharle y su reclamación fue breve, gracias a Dios.

—Björn ha invadido mis tierras, señor —dijo; estaba de rodillas, y sólo llegaba a ver su pelo enredado, sucio y cubierto de costras.

Al principio, no caí en la cuenta al oír aquel nombre.

—¿Björn? —le pregunté—. ¿Quién es ese Björn?

—El hombre que, por las noches, se adentra en mis tierras, señor.

—¿Es un danés? —quise saber, perplejo.

—Sale de la tumba, señor —respondió aquel hombre. Entonces, me hice cargo de la situación y le insté a que guardase silencio para que el cura que transcribía las sentencias que dictaba no se enterase de nada.

Obligué al hombre a levantar la cabeza y contemplé su rostro demacrado. Por su forma de hablar, lo tomé por un sajón, pero quizá fuese un danés que hablase nuestro idioma a la perfección, así que le pregunté en danés:

—¿De dónde vienes?

—De un territorio que anda revuelto, señor —me contestó en esa lengua, aunque por su pronunciación estaba claro que no era danés.

—¿Del otro lado del camino? —le pregunté, en inglés, esta vez.

—Así es, señor —me respondió.

—¿Y cuando crees tú que Björn volverá a adentrarse en tus tierras?

—Pasado mañana, señor. Siempre aparece cuando sal la luna.

—¿Has venido para llevarme hasta allí?

—Así es, señor.

Y allá fuimos el día indicado. Gisela quería venir con nosotros, pero no se lo permití, porque no me fiaba de aquel aviso, y prueba de ello es que acudí en compañía de seis hombres: Finan, Clapa, Sihtric, Rypere, Eadric y Cenwulf. Los tres últimos eran sajones; Clapa y Sihtric, daneses, y Finan era un irlandés orgulloso que estaba al frente de mi propia guardia. Los seis me habían jurado lealtad. Mi vida estaba en sus manos, igual que yo

disponía de las suyas. Gisela se quedó tras las murallas de Coccham, custodiada por el *fyrd* y por el resto de mi guardia personal.

Vestíamos cotas de malla y llevábamos armas. Al principio nos dirigimos al oeste y al norte, porque la crecida invernal del Temes nos obligó a hacer un largo camino río arriba, antes de dar con un vado poco profundo para cruzarlo. Lo encontramos en Welengaford, otra fortificación; donde observé que las murallas aún no estaban terminadas y que las estacas de las empalizadas permanecían en el barco, en malas condiciones y pudriéndose. El capitán de la guarnición, un hombre llamado Oslac, quería saber por qué queríamos cruzar el río. Estaba en su derecho de hacerlo, no en vano era el encargado de custodiar esa parte de la frontera entre Wessex y el territorio sin ley que era Mercia. Le dije que un fugitivo había huido de Coccham y que pensábamos que se escondía en la orilla norte del Temes. Oslac hizo como que se lo creía. Alfredo no tardaría en enterarse.

Nuestro guía era el hombre que me había avisado del encuentro. Se llamaba Huda, y me dijo que estaba al servicio de un danés, de nombre Eilaf, que tenía una propiedad que llegaba hasta la parte oriental de Waeclingastraet. Eso convertía al tal Eilaf en un habitante de Anglia Oriental, súbdito del rey Guthrum.

—Ese Eilaf, ¿es cristiano? —le pregunté a Huda.

—Todos somos cristianos, señor —repuso Huda—. El rey Guthrum nos lo exige.

—Ya. ¿Y qué lleva Eilaf alrededor del cuello? —quise saber.

—Lo mismo que vos, señor —me contestó. Yo llevaba el martillo de Thor, porque no era cristiano, y la respuesta de Huda me indicó que, como yo, Eilaf adoraba a los antiguos dioses, aunque, para complacer a su rey, a Guthrum, fingía creer en el dios de los cristianos. Había conocido a Guthrum en los tiempos en que estaba al frente de grandes ejércitos dispuestos a conquistar Wessex, pero ahora se estaba haciendo mayor. Había abrazado la religión de sus enemigos y ya no parecía dispuesto a ser el señor de Britania, sino que le bastaba con los anchurosos campos fértiles de Anglia Oriental, su reino. Sin embargo, muchos de sus súbditos no parecían tan contentos, como Sigefrid, Erik, Haesten y, probablemente, Eilaf. Eran normandos y daneses, guerreros que hacían sacrificios a Thor y a Odín, de espadas prontas, que soñaban, como todos los norteños, con las ricas tierra de Wessex.

Nos internamos en Mercia, aquel territorio sin rey, y me fijé en cuántos caseríos habían sido quemados. La única prueba de su existencia eran unos terrenos chamuscados, invadidos por las malas hierbas; las mismas que cubrían las antiguas tierras de labranza. Los retoños de avellano se habían enseñoreado de los pastos. Donde todavía quedaba alguien la gente vivía atemorizada y, al vernos llegar, corría hacia los bosques o se atrincheraba tras las empalizadas.

—¿Quién manda aquí? —le pregunté a Huda.

—Los daneses —contestó y, moviendo la cabeza hacia el oeste, añadió —: Allí, los sajones.

—¿No aspira Eilaf a dominar este territorio?

—Posee una gran parte, señor —repuso Huda—; pero los sajones no dejan de hostigarle.

Según el tratado firmado por Alfredo y Guthrum, aquel territorio era sajón, pero los daneses siempre están codiciando tierras y Guthrum no era capaz de controlar a sus *thegns*. De modo que era una región disputada, un lugar en el que ambas partes libraban una guerra sucia, a pequeña escala interminable. Los daneses me estaban ofreciendo su corona.

Soy sajón, un hombre del norte, y mi nombre es Uhtred de Bebbanburg, pero fui criado por daneses y conocía sus costumbres. Hablaba su lengua, estaba casado con una danesa y adoraba a sus dioses. Si hubiera de ser el rey de aquellas tierras, los sajones sabrían que tenían a un sajón como soberano, y los daneses me aceptarían porque había sido como un hijo para el *earl* Ragnar. Pero ser rey de aquel dominio implicaba volverse en contra de Alfredo y, si el hombre muerto estaba en lo cierto, sentar al sobrino beodo de Alfredo en el trono de Wessex. ¿Y cuánto duraría Æthelwold? Calculé que menos de un año. Luego, los daneses lo matarían y toda Inglaterra quedaría bajo su poder, salvo Mercia, donde yo, un sajón que pensaba como ellos, sería rey. Pero ¿durante cuánto tiempo me respetarían los daneses?

—¿Deseas ser rey? —me había preguntado Gisela la noche antes de partir.

—Nunca pensé en ello —repuse con cautela.

—Si es así, ¿por qué vas?

Me quedé mirando el fuego.

—Porque el hombre muerto me trae un mensaje de parte de las Hilanderas —le contesté. Ella acarició su amuleto.

—Nadie puede esquivarlas —dijo, en voz baja. *Wyrd bid ful arad:* el destino lo es todo.

—Así que tengo que ir —añadí—, porque es mi destino, y porque quiero ver a ese hombre muerto que es capaz de hablar.

—¿Y si el hombre muerto asegura que vas a ser rey?

—Entonces, tú serás reina —repuse.

—¿Y te enfrentarás con Alfredo? —quiso saber Gisela.

—Si así lo decide el destino —le repliqué.

—¿Y el juramento que le hiciste?

—Las Hilanderas tendrán la respuesta; yo no la sé —contesté.

Cabalgábamos al abrigo de colinas cubiertas de hayedos, que se extendían hacia el este y el norte. Pasamos la noche en una granja desierta; uno de nosotros siempre se mantenía de guardia. Nada nos perturbó y, al amanecer, bajo un cielo del color del acero de las espadas, nos pusimos de nuevo en camino. Huda nos guiaba, a lomos de uno de mis caballos. Conversé con él durante un rato, y me enteré de que había sido montero a las órdenes de un señor sajón muerto a manos de Eilaf, y que se sentía a gusto al servicio de los daneses. Sus respuestas se tornaron más breves y tajantes a medida que nos acercábamos a Waeclingastraet, de modo que me aparté de él y me fui al lado de Finan.

—¿Os fiáis de ése? —me preguntó, señalando a Huda con un gesto.

Me encogí de hombros.

—Su amo está a las órdenes de Sigefrid y Haesten —añadí—, y conozco a Haesten. Le salvé la vida, y eso no se olvida.

Finan se quedó pensativo.

—¿Cómo le salvasteis la vida?

—Le rescaté de unos frisios. Me juró lealtad.

—¿Y quebrantó su juramento?

—Eso hizo.

—O sea, que Haesten no es hombre de palabra —sentenció Finan.

No dije nada. En el extremo de unos pastos yermos, tres ciervos parecían dispuestos a saltar. Pasábamos por un camino tupido, junto a un seto en el que crecía el azafrán.

—Lo que quieren es Wessex —continuó Finan—. Pero para apoderarse de Wessex, tienen que pelear, y saben que vos sois el mejor guerrero de Alfredo.

—Lo que quieren —le dije— es la fortaleza de Coccham.

Por eso me habían ofrecido la corona de Mercia, aunque no se lo había dicho ni a Finan ni a ninguno de los hombre. Sólo lo sabía Gisela.

Sin embargo, estaba claro que aspiraban a mucho más Querían apoderarse de Lundene, porque eso les permitiría disponer de una ciudad amurallada a orillas del Temes. Lundene estaba asentada en la orilla de Mercia y eso no les ayudaría a invadir Wessex; pero si les entregaba Coccham, pondrían un pie en la orilla sur y utilizarían la ciudadela como base de operaciones para saquear el reino. En el peor de los casos, Alfredo les pagaría lo que fuera para que se marchasen de Coccham, de modo que conseguirían mucha plata, aunque no fueran capaces de destronarlo.

Sabía que Sigefrid, Erik y Haesten no se conformaban sólo con plata. La presa apetecida era Wessex y, para conseguirla, necesitaban hombres. Guthrum no acudiría en su ayuda porque Mercia se hallaba situada entre los daneses y los sajones, y pocos hombres estarán dispuestos a abandonar sus hogares. Sin embargo, más allá de Mercia estaba Northumbria, en donde había un rey danés que contaba con la lealtad de un gran guerrero vikingo. El monarca era hermano de Gisela, y el guerrero, mi amigo Ragnar. Si me tenían de su lado, darían por hecho que Northumbria entraría en guerra, y el norte danés conquistaría el sur sajón. Eso era lo que querían, lo que iban buscando desde que los había conocido. Lo único que tenía que hacer yo era romper el juramento de fidelidad que le había hecho a Alfredo y convertirme en rey de Mercia, con lo que la tierra que algunos llamaban Inglaterra pasaría a llamarse Dinaterra. Para eso, pensaba yo, quería verme el hombre muerto.

Al atardecer, llegamos a Waeclingastraet. Los romanos habían construido una calzada sobre un lecho de arenilla y cantos rodados, que todavía podía apreciarse a través de las desvaídas hierbas invernales. Al pie, un mojón cubierto de musgo rezaba: Durocobrivis V.

—¿Dónde está Durocobrivis? —le pregunté a Huda.

—Nosotros lo conocemos como Dunastopol —contestó, encogiéndose de hombros, dando a entender que era un lugar que no merecía la pena.

Seguimos la calzada. En un territorio bien administrado, era de esperar la presencia de soldados vigilando el camino para proteger a los viajeros, pero no encontramos a nadie. Tan sólo vimos unas cornejas que volaban hacia un bosque cercano, jirones de nubes plateadas diseminadas por el oeste y, delante de nosotros, la densa y compacta oscuridad que cubría Anglia Oriental. Hacia el norte, en dirección a Dunastopol, se alzaban las

apacibles colinas hacia donde nos conducía Huda, por un largo valle poco profundo en el que, a pesar de la escasa luz, atisbamos unos manzanos desperdigados. Cuando llegamos a la mansión de Eilaf, ya se había hecho de noche.

Los hombres de Eilaf me recibieron como si ya fuera rey. Unos criados nos aguardaban a la puerta de la cerca para hacerse cargo de los caballos, mientras otro permanecía arrodillado a la entrada de la casa con un cuenco lleno de agua para que me lavase las manos y un paño para secarme. Un sirviente se quedó con mis dos espadas, la larga, *Hálito-de-Serpiente*, y la corta, *Aguijón-de-avispa*. Las recogió con gesto respetuoso, como si lamentase el uso establecido de no llevar espadas en el interior de una casa, pero era una costumbre: las espadas no casan bien con la cerveza.

El salón estaba repleto. Habría no menos de cuarenta hombres, la mayoría con cota de malla o de cuero, de pie a ambos lados del hogar, situado en el centro, donde ardía una enorme fogata cuyo humo llegaba hasta las vigas del techo. Algunos de los presentes se inclinaron al verme; otros se limitaron a observarme, mientras me acercaba a saludar al anfitrión, que me esperaba de pie, con su esposa y sus dos hijos, al lado de la lumbre. Haesten estaba a su lado, con una sonrisa de circunstancias. Un criado me brindó un cuerno de cerveza.

—¡Mi señor Uhtred! —me saludó Haesten, en voz alta, de forma que todos los hombres y mujeres allí reunidos supiesen quién era yo. Había algo de malévolo en la sonrisa de Haesten, como si fuéramos los únicos que, en aquella estancia, compartían alguna chanza en secreto. Tenía el pelo del color del oro, rostro anguloso, ojos relucientes y llevaba una túnica de lana fina de color verde, por encima de la cual colgaba una pesada cadena de plata. Sus brazos eran fuertes y lucían brazaletes de plata y de oro; sus altas botas también se ceñían con remaches de plata—. Me alegro de veros señor, —añadió, mientras me hacía una especie de reverencia.

—¡Aún sigues con vida, Haesten! —le dije, sin prestar atención al anfitrión.

—Así es, señor —contestó.

—¡No me sorprende! —aclaré—. La última vez que nos vimos fue en Ethandun.

—Un día lluvioso, señor, si no recuerdo mal —añadió.

—Tú corrías como una liebre, Haesten —concluí.

Me fijé en cómo se le cambiaba el gesto. Le había acusado de ser un cobarde, pero se trataba de un reproche ganado a pulso. Me había jurado lealtad y había roto su promesa y renegado de mí.

Temeroso de que se armase jaleo, Eilaf se aclaró la garganta. Era un hombre grueso y alto, con el pelo más rojo que había visto en mi vida, rizado y encrespado como la barba, ambos del color del fuego. Era conocido como Eilaf *el Rojo* y, aunque era alto y fornido, parecía más bajo que Haesten, que se mostraba muy seguro de sí mismo.

—Sed bienvenido, lord Uhtred —dijo Eilaf.

Le ignoré. Haesten seguía mirándome, aún enfurruñado, pero yo le respondí con una sonrisa maliciosa.

—Todo el ejército de Guthrum corrió a la desbandada aquel día —añadí—, y los que no lo hicieron están muertos. Así que me alegro de haberte visto correr.

—Maté a ocho hombres en Ethandun —replicó, sonriente, orgulloso de que sus hombres oyeran que no era un cobarde.

—Me alegro de no haber tenido que enfrentarme con tu espada —dije, transformando mi anterior insulto en un halago tan poco sincero; a continuación, me volví hacia el pelirrojo Eilaf, y le pregunté—: ¿Y vos, estuvisteis en Ethandun?

—No, mi señor —repuso.

—Pues os perdisteis una buena batalla —continué—, ¿No es así, Haesten? ¡Una de las que no se olvidan!

—Una escabechina bajo la lluvia, señor —aseguró Haesten.

—Desde entonces padezco una leve cojera —comenté; que era cierto, aunque casi no se notaba y apenas me molestaba.

Me presentaron a otros tres hombres, daneses los tres, bien vestidos y portando brazaletes que proclamaban sus proezas. No soy capaz de recordar sus nombres en este instante, pero habían ido allí para verme y habían traído a sus respectivos séquitos. Cuando Haesten me los presentó, me dio la impresión de que se jactaba de conocerme: estaba demostrando que había sido capaz de conducirme hasta allí, y que sería mejor para ellos que se aliaran con él. Haesten estaba preparando una revuelta en aquella estancia. Le llevé aparte, y le pregunté:

—¿Quiénes son ésos?

—Son señores que disponen de tierras y hombres en esta parte del reino de Guthrum.

—Y tú necesitas hombres.

—Tenemos que levantar un ejército —me respondió, escuetamente.

Le miré de arriba abajo. En mi opinión, aquella revuelta no iba contra Guthrum de Anglia Oriental, sino contra Alfredo de Wessex y, si aquello culminaba con éxito, necesitarían contar con un alzamiento en toda regla de espadas, lanzas y hachas en toda Britania.

—¿Y si me niego a unirme a ti? —le pregunté.

—Vos sabréis, señor —repuso, muy seguro.

—¿Cómo es eso? —añadí.

—Porque esta noche, mi señor, el muerto hablará con vos —dijo Haesten, con una sonrisa, momento que Eilaf aprovechó para interrumpirnos diciendo que todo estaba dispuesto—. Se levantarán hasta los muertos —añadió Haesten con solemnidad, mientras se tocaba el amuleto con el martillo que llevaba al cuello— y, más tarde, lo celebraremos. Por aquí, señor —me dijo, indicando una puerta al fondo del salón—, por aquí. Adelante.

Y fui al encuentro del hombre muerto.

* * *

Haesten nos guió en la oscuridad; recuerdo que pensé en lo fácil que tenía que ser, en medio de aquella negrura, afirmar que un muerto salía de su tumba y hablaba. ¿Cómo nos enteraríamos? Porque quizá podríamos oír lo que decía el cadáver, pero no así verlo; ya me disponía a protestar, cuando dos de los hombres de Eilaf salieron del salón con antorchas encendidas, que resplandecían en la noche húmeda. Nos llevaron a través de una pocilga; los cerdos alzaban la cabeza al ver la luz. Había llovido mientras estábamos en el interior; aunque sólo había sido un chubasco, de las ramas desnudas aún caían gotas de agua. Finan, inquieto por el sortilegio al que íbamos a asistir, no se apartaba de mi lado.

Fuimos colina abajo por un sendero hasta que llegamos a un prado pequeño en el que se alzaba lo que me pareció un granero. Una vez allí, arrimaron las antorchas a unas pilas de leña que no tardaron en prender y sus llamas bastaron para iluminar las paredes de madera y la húmeda techumbre de paja. A medida que la luz iba en aumento, reparé en que no se trataba de un prado, sino de un cementerio. El pequeño recinto estaba

delimitado por montículos de tierra, y bien vallado para impedir que los animales desenterrasen a los muertos.

—Ésa era nuestra iglesia —me explicó Huda, que había aparecido a mi lado y me indicaba con la cabeza lo que había tomado por un granero.

—¿Eres cristiano? —le pregunté.

—Sí, señor. Pero ahora no tenemos cura —dijo, al tiempo que se santiguaba—. Los muertos van a la tumba sin confesión.

—Tengo un hijo enterrado en un cementerio cristiano —le comenté, mientras me preguntaba por qué se lo habría dicho. No solía pensar en mi hijo pequeño muerto. No había llegado a conocerlo. Su madre y yo estábamos malquistados. Pero, en aquella noche oscura, en aquel terreno húmedo perteneciente a los muertos, me acordaba de él—. ¿Por qué está enterrado en un cementerio cristiano este bardo danés? —le pregunté a Huda—. Me dijiste que no era cristiano.

—Porque murió aquí, señor, y lo enterramos antes de saber que no lo era. A lo peor, ésa es la razón de que no encuentre la paz.

—Quizá —repuse; entonces, oí una refriega a mis espaldas y lamenté no haber reclamado las espadas antes de salir del salón de Eilaf.

Cuando me volví, dispuesto para el ataque, dos hombres llevaban a rastras a un tercero hacia donde estábamos nosotros. Era un hombre menudo, joven y de pelo rubio. Sus ojos parecían enormes, a la luz de la hoguera. Se lamentaba. Los dos hombres que tiraban de él eran mucho más fuertes, así que no tenía nada que hacer. Dediqué un gesto burlón a Haesten.

—Es para llamar al muerto, señor —me explicó—; enviaremos un mensajero al otro lado del abismo.

—¿Quién es?

—Un sajón —dijo Haesten, sin prestar mayor atención.

—¿Merece morir? —le pregunté. No mostraba remilgos ante la muerte de nadie, pero me dio la sensación de que Haesten lo liquidaría como un niño que estrangula a un ratón y si no había razones para hacerlo, prefería no cargar con la muerte de un hombre sobre mi conciencia. No estábamos peleando: en la batalla, un hombre siempre tiene la posibilidad de ir a disfrutar de las eternas delicias del salón de Odín.

—Es un ladrón —dijo Haesten.

—Ladrón por partida doble —añadió Eilaf.

Me acerqué al joven y le obligué a mirarme alzándole la barbilla, de modo que pude comprobar que, en la frente, llevaba la marca a fuego de un

culpable de latrocinio.

—¿Qué robaste? —le pregunté.

—Un capote, señor —susurró—. Tenía frío.

—¿Era el primer robo que cometías o el segundo? —insistí.

—Antes, había robado un cordero —me dijo Eilaf por detrás.

—Tenía hambre, señor —añadió el joven—, y mi hijo se estaba muriendo de inanición.

—Has robado en dos ocasiones, así que debes morir —sentencié. Tal era la ley imperante incluso en los territorios sin ley. El joven lloraba a lágrima viva, sin dejar de mirarme. Pensaba que me compadecería y ordenaría que lo dejasen con vida, pero le di la espalda. He robado muchas cosas a lo largo de mi vida, casi todas de mayor valor que un cordero o un capote, pero llevo a cabo mis pillajes mientras el dueño está mirando y es capaz de defender lo que es suyo con la espada. Sin embargo, el ladrón que roba al amparo de la oscuridad merece la muerte.

Huda no dejaba de persignarse una y otra vez. El jovenzuelo ladrón no paraba de gritarme cosas que yo no podía entender, hasta que uno de los que le custodiaban le cruzó la cara, el muchacho echó la cabeza hacia atrás y gritó. Finan mis tres sajones se aferraron a las cruces que llevaban al cuello

—¿Estáis dispuesto, señor? —me preguntó Haesten.

—Sí —repuse, tratando de mostrar aplomo, aunque, decir verdad, estaba tan nervioso como Finan. Hay una especie de telón que separa muestro mundo del reino de los muertos y, por mi parte, prefería que ese telón no se descorriera. Instintivamente, traté de echar mano de *Hálito-de-Serpiente* pero no estaba a mi alcance.

—Métele el mensaje en la boca —ordenó Haesten. Urde los guardianes intentó abrirle la boca, pero el prisionero se resistía, hasta que le cortó los labios con un cuchillo entonces, la abrió de par en par. Le pusieron algo encima la lengua—. La cuerda de un arpa —me explicó Haesten—; Björn sabrá qué es lo que queremos. Matadlo —les dijo a los esbirros.

—¡No! —gritó el joven, escupiendo el rollo de cuerda Y comenzó a gritar y a llorar, mientras los dos hombres le arrastraban hasta uno de los mojones de tierra. Se quedaron a ambos lados del montón de tierra, obligando al prisionero a inclinarse sobre una tumba. Un rayo de luna plateado se abrió paso en las nubes. El camposanto olía a lluvia recién caída.

—¡No, os lo ruego, no! —se desgañitaba el joven, estremecido—. Tengo mujer e hijos. ¡No, os lo ruego!

—Acabad con él —ordenó Eilaf *el Rojo.*

Uno de los esbirros volvió a poner la cuerda de arpa la boca del mensajero, y le obligó a apretar las mandíbula Tiró hacia atrás con fuerza de la cabeza del joven, dejando la garganta al descubierto, que el otro danés rebanó de un corte rápido y certero, retirando el arma con celeridad. Escuche un grito sofocado y gutural y, a la luz de la hoguera, la sangre negra manó a borbotones, salpicó a los dos hombre cayó sobre la tumba y se deslizó, untuosa, sobre la hierba. El cuerpo del mensajero se retorció y se agitó un momento hasta que el chorro de sangre comenzó a perder fuerza, por fin, el joven se desplomó, sujetado por sus captores, que hicieron lo imposible porque las últimas gotas de sangre cayeron sobre la tumba. Cuando comprobaron que ya no salía sangre, se lo llevaron de allí, y arrojaron el cadáver junto a la cerca de madera que rodeaba el cementerio. Estaba sobrecogido. Ninguno de los presentes se movió. Una lechuza, de alas increíblemente blancas en semejante noche, voló por encima de mi cabeza y, sin pensarlo dos veces, acaricié el amuleto del martillo que llevaba, convencido de que había visto cómo el alma del ladrón se iba para el otro mundo.

Haesten permanecía de pie, al lado de la tumba manchada de sangre.

—¡Ahí tienes tu sangre, Björn! —gritó—. ¡Te he sacrificado una vida! ¡Te he enviado un mensaje!

Pero no pasó nada. El viento susurraba en la techumbre de la iglesia. Un animal se movió en la oscuridad, y todo volvió a quedar en silencio. Cayó un leño en una de las hogueras, y saltaron chispas por los aires.

—¡Ya tienes la sangre! —gritó Haesten, de nuevo—. ¿Quieres más?

Pensé que no iba a pasar nada, que había hecho el viaje en balde.

Pero, de repente, la tumba se removió.

Capítulo II

La tierra que cubría la tumba se removió.

Recuerdo que se me heló la sangre y que el terror se adueñó de mí, que no era capaz de respirar ni de dar un paso. Me quedé de pie, quieto, sin apartar la vista y al acecho de aquel horror.

La tierra se apartó con suavidad a ambos lados, como si un topo estuviera excavando una galería. El terreno se agitó aún más, y apareció algo de color gris. Aquella cosa gris serpenteaba, mientras la tierra se apartaba más rápidamente a medida que el ente blanquecino salía al exterior. Estábamos medio a oscuras; las hogueras ardían a nuestras espaldas y las sombras que proyectábamos se confundían con el fantasma que había surgido de aquel suelo invernal, un espectro que tomaba la forma de un inmundo cadáver que se tambaleaba sobre su tumba abierta: un hombre muerto, crispado, medio caído, que luchaba por encontrar el equilibrio y que, por fin, se puso en pie.

Finan me apretó el brazo con fuerza, sin darse cuenta siquiera de lo que estaba haciendo. Huda permanecía de rodillas, y se asía con todas sus fuerzas a la cruz que llevaba al cuello. Yo me quedé mirando.

El cadáver renqueó y emitió un ruido sordo, como un estertor. Escupió algo, y volvió a emitir unos ruidos apagados; se estiró lentamente hasta ponerse de pie y, a la macilenta luz de las llamas, reparé en que el hombre muerto estaba cubierto con una mortaja gris manchada. Tenía el rostro pálido y sucio, pero no mostraba signos de descomposición Un pelo largo, lacio y blanco, le caía sobre los estrechos hombros. Respiraba, pero con dificultad, igual que un moribundo. Y recuerdo que no me mostré sorprendido, porque aquel hombre que regresaba del reino de los muertos hacía los mismos ruidos que cuando había emprendido su viaje al otro mundo. Emitió un largo quejido y, luego, se sacó algo de boca. Lo arrojó hacia donde estábamos nosotros y, sin querer, di un paso atrás, antes de darme cuenta de que se trataba de la cuerda de arpa enrollada. Supe entonces que aquello que me parecía imposible era real, porque había visto cómo los esbirros le metían a la fuerza en la boca al granjero la cuerda enrollada, y aquel cadáver nos advertía de que había recibido el aviso.

—¿Es que nunca vais a dejarme en paz? —dijo el muerto a media voz y en tono cortante; mientras, a mi lado, Fin emitía algo parecido a un gemido de desesperación.

—Te saludamos, Björn —dijo Haesten, que era el único nosotros a quien no parecía importarle la presencia de aquel cadáver viviente; incluso se dirigió a él en tono de chanza.

—Quiero descansar en paz —repuso Björn, con una especie de graznido.

—Este es lord Uhtred —insistió Haesten, señalándome que ha enviado a muchos daneses al reino en el que vives.

—No estoy vivo —repuso Björn, con amargura, y comenzó a soltar gruñidos, mientras su pecho se agitaba entre nosotros, como si el aire de la noche le sentase mal—. Te maldigo —le dijo a Haesten, pero con voz tan débil que sus palabras no resultaban amenazantes.

Haesten se echó a reír.

—Hoy he estado con una mujer, Björn. ¿Te acuerdas de ellas, de la sensación de sus dulces muslos, del calor que desprende su piel? ¿Recuerdas los ruidos que hacen cuando las montas?

—Que Hel no se aparte de ti hasta el caótico fin de los tiempos —dijo Björn. Hel era la diosa de los muertos, el cadáver descompuesto de una diosa, una amenaza terrible, pero Björn la había formulado con tan poca fuerza que esta segunda amenaza, al igual que la primera, cayó en el vacío. El hombre muerto cerró los ojos, mientras su pecho seguía agitándose y hacía aspavientos con las manos al aire frío.

Yo estaba aterrorizado, y no me importaba confesarlo. En este mundo damos por sentado que los muertos yacen en sus alargados cobijos bajo la tierra y allí se quedan. Los cristianos aseguran que nuestros cadáveres resucitarán un día, cuando los aires retumben al son de las trompetas de los ángeles, el cielo resplandezca como oro pulido y los muertos salgan de sus tumbas, pero nunca me lo creí. Morimos, nos vamos al otro mundo y allí permanecemos. Sin embargo, Björn había regresado. Había plantado cara a los vientos de la oscuridad y a los lazos de la muerte, había luchado para volver a este mundo, y allí estaba, delante de nosotros, alto y macilento, inmundo y rezongón, mientras yo no dejaba de temblar. Finan había doblado una rodilla. Mis otros hombres estaban detrás de mí, pero estaba seguro de que estarían temblando, igual que yo. Sólo a Haesten parecía no importarle la presencia del hombre muerto.

—Cuéntale a lord Uhtred —le ordenó a Björn— lo que te dijeron las Norns.

Las Norns son las Hilanderas, las tres mujeres que tejen los hilos de nuestros destinos al pie de Yggdrasil, el árbol de la vida. Con cada niño que nace, devanan una nueva hebra, y saben hasta dónde llegará, con qué otras se entretejerá y cuál será su final. Lo saben todo. Sentadas, hilan sin parar y se ríen de nosotros. A veces, deciden que tengamos buena suerte; otras veces, nos hunden en la miseria y en lágrimas.

—Cuéntale —le ordenó Haesten, con impaciencia— lo que las Norns dijeron de él.

Björn, con los ojos cerrados, callaba, jadeaba y se retorcía las manos.

—Díselo —insistió Haesten—, y te devolveré el arpa.

—Mi arpa, quiero el arpa —dijo en tono melodramático.

—Te la dejaré en tu tumba —replicó Haesten—, y así podrás cantar a los muertos. Pero habla primero con lord Uhtred.

Björn abrió los ojos y me miró. Retrocedí espantado al ver aquellos ojos oscuros; hice un esfuerzo por sostenerle la mirada, simulando una valentía que no tenía.

—Vais a ser rey, lord Uhtred —dijo Björn, emitiendo un prolongado gemido, como si fuera un alma en pena—. Vais a ser rey —añadió entre sollozos.

El aire era frío. Unas gotas de lluvia me dieron en la cara. No dije nada.

—Rey de Mercia —continuó Björn, de repente y en voz alta, para sorpresa de todos los presentes—. Seréis rey de sajones y daneses, enemigo de los galeses, rey de los territorios que separan los ríos y señor de todo lo que os rodea. Seréis poderoso, lord Uhtred, porque las tres Hilanderas velan por vos —dijo, mirándome fijamente y, aunque el destino que me predecía parecía placentero, reparé en que había malicia en los ojos de aquel muerto —. Seréis rey —insistió, y estas últimas palabras iban cargadas de veneno.

Me olvidé del miedo en aquel momento, y recuperé mi orgullo y mi aplomo. No dudaba del mensaje que me transmitía Björn, porque los dioses no hablan a la ligera y las Hilanderas conocen nuestro porvenir. O como decimos los sajones: *Wyrd bid ful arad:* el destino lo es todo; algo tan cierto que hasta los mismos cristianos lo aceptan. Pueden negar la existencia de las tres Norns, pero de sobra saben que *Wyrd bid ful arad,* que el destino lo es todo. El hado es inexorable. Nadie puede cambiarlo. Está por encima de

todos nosotros. Nuestras vidas ya están fijadas antes de que las vivamos, y yo iba a ser rey de Mercia.

En aquel momento, no pensaba en Bebbanburg, donde nací, donde está mi fortaleza junto al mar del Norte, mi terruño. Siempre había pensado en que dedicaría la vida a arrebatárselo a mi tío, que me lo había quitado de las manos cuando aún era un niño. Soñaba con Bebbanburg y, en mis sueños, veía las rocas contra las que rompía aquel mar gris en forma de espuma blanca y sentía el vendaval que azotaba la techumbre de mi hogar. Sin embargo, mientras Björn hablaba no pensé en Bebbanburg, sólo pensaba en que sería rey, en que dominaría un territorio, en que estaría al frente de un gran ejército capaz de derrotar a mis enemigos.

También pensé en Alfredo, en las obligaciones que tenía para con él y en los juramentos que le había hecho. Sabía que si quería ser rey tenía que quebrantarlos. Pero, al fin y al cabo, ¿a quién se presta juramento sino a un rey? Y si un monarca puede revocar la promesa de un hombre, me dije, siendo rey podría liberarme de cualquier juramento. Todas esas ideas pasaban por mi cabeza como un remolino atrapado en un granero, cuyas ráfagas levantan briznas desde el suelo y ascienden vertiginosamente hacia el cielo. No era capaz de pensar con claridad. Estaba confuso, perdido como una hebra de paja en medio de aquel vendaval, y no era capaz de decidirme por el juramento que le había prestado a Alfredo o mi futuro como rey. Veía dos sendas ante mí: una era empinada y difícil, la otra discurría por un verde valle que me conducía a un trono. Por lo demás, ¿realmente tenía elección? *Wyrd bid ful arad.*

Entonces, en mitad del silencio, Haesten se arrodilló inesperadamente ante mí.

—Mi rey —exclamó, con profundo respeto.

—Tú rompiste el juramento que me habías hecho —repuse con aspereza. ¿Por qué se lo dije en aquel preciso momento? Podía habérselo echado en cara antes, cuando estábamos en el salón, pero formulé la acusación delante de aquella tumba abierta.

—Lo hice, mi rey, y lo lamento —respondió.

Callé un momento. ¿En qué estaba pensando, en que ya era rey?

—Te perdono —contesté. Oía los latidos de mi corazón. Björn se limitaba a observarnos, mientras las llamas de las antorchas proyectaban lúgubres sombras sobre su rostro.

—Gracias, mi rey —dijo Haesten. A su lado, Eilaf *el Rojo* se postró ante mí y todos los hombres que se encontraban en aquel húmedo cementerio hicieron lo mismo.

—Todavía no soy rey —afirmé, avergonzado por el tono autoritario que había utilizado con Haesten.

—Lo seréis, mi señor —repuso Haesten—. Es lo que dicen las Norns.

Me volví hacia el cadáver.

—¿Qué más dijeron las tres Hilanderas?

—Que seríais rey —aseguró Björn— y rey de otros reyes. Serás el señor de los territorios que se extienden entre los dos ríos y el azote de vuestros enemigos. Seréis rey —se interrumpió de repente, comenzó a tener convulsiones y su torso se sacudió hacia delante. Cuando cesaron los espasmos, se quedó quieto un instante y se inclinó dando arcadas, antes de desplomarse lentamente sobre la tierra removida.

—Enterradlo de nuevo —ordenó Haesten a los hombres que le habían cortado el cuello al sajón, mientras se ponía de pie rápidamente.

—El arpa —le recordé.

—Se la devolveré mañana, mi señor —repuso Haesten, indicando que fuéramos al salón de Eilaf—. Hay comida y cerveza, mi rey, y una mujer para ti, o dos, si así lo prefieres.

—Tengo esposa —repliqué, con sequedad.

—En ese caso, disfrutaréis de comida, cerveza y una temperatura agradable —contestó con humildad. Los otros hombres seguían de pie. Los míos me miraban sorprendidos, confusos ante el mensaje que acababan de escuchar, pero decidí ignorarlos. Rey de otros reyes. Señor de los territorios entre los ríos. Rey Uhtred.

Miré a mis espaldas. Dos hombres removían la tierra para cubrir de nuevo la tumba de Björn; seguí a Haesten al interior y me senté en el centro de la mesa, en el lugar de honor. Observé a los hombres que habían asistido a la resurrección del muerto, y comprendí que, al igual que yo, estaban seguros de lo que habían visto, lo que significaba que sus tropas se pondrían del lado de Haesten. Un muerto era quien estaba al frente de aquella revuelta contra Guthrum, de aquella rebelión que se extendería por toda Britania y acabaría con Wessex. Apoyé la cabeza en las manos y reflexioné. Pensé en que sería rey y estaría al frente de los ejércitos.

—Me han dicho que vuestra esposa es danesa —comentó Haesten, interrumpiendo el hilo de mis pensamientos.

—Así es —repuse.

—De modo que los sajones de Mercia tendrán un rey sajón —añadió —, y los daneses de Mercia una reina de su pueblo. Tanto unos como otros estarán encantados.

Alcé la cabeza y me lo quedé mirando. Sabía que era listo y taimado, pero aquella noche se mostraba servil y muy comedido.

—¿Qué pretendes, Haesten? —le pregunté.

—Sigefrid y su hermano —replicó, sin responder a mi pregunta— quieren conquistar Wessex.

—Lo de siempre —dije con desprecio.

—Para ello —continuó, sin hacer caso de mi comentario— necesitaremos hombres de Northumbria. Ragnar acudirá si vos se lo pedís.

—Claro que lo haría —asentí.

—Si Ragnar viene, otros hombres le seguirán —añadió, mientras partía una hogaza de pan y me presentaba el trozo más grande. Delante de mí había una fuente de estofado, pero no lo probé; comencé a desmigajar el pan, acariciando esos granitos que siempre quedan después de moler el cereal. Ni siquiera me daba cuenta de lo que estaba haciendo; sólo mantenía las manos ocupadas, sin dejar de mirar a Haesten.

—No has respondido a mi pregunta —insistí—. ¿Qué quieres tú?

—Anglia Oriental.

—¿Ser el rey Haesten?

—¿Por qué no? —repuso con una alegre mueca.

—Claro, rey. ¿Por qué no? —respondí, mientras se le iluminaba el rostro con una amplia sonrisa.

—El rey Æthelwold en Wessex —continuó Haesten—, el rey Haesten en Anglia Oriental y el rey Uhtred en Mercia.

—¿Æthelwold? —pregunté con desdén, pensando en el sobrino beodo de Alfredo.

—El es el legítimo soberano de Wessex, mi señor —contestó Haesten.

—¿Y cuánto tiempo vivirá?

—No mucho —convino Haesten—, a no ser que sea más fuerte que Sigefrid.

—Es decir: habrá un Sigefrid de Wessex —añadí.

—Es muy posible que así sea, mi señor —replicó Haesten, sonriendo de nuevo.

—¿Qué será de Erik, su hermano?

—Erik quiere seguir siendo vikingo —me explicó Haesten—. Si su hermano se apodera de Wessex, él se queda con los barcos. Erik sería un rey de los mares.

De esa manera, seríamos Sigefrid de Wessex, Uhtred de Mercia y Haesten de Anglia Oriental. Tres comadrejas en un mismo saco, pensé, pero no dije nada.

—¿Y dónde empieza ese sueño? —le pregunté.

Se le borró la sonrisa y se puso serio.

—Sigefrid y yo tenemos hombres; no son muchos pero pueden ser el núcleo de un buen ejército. Si conseguís que Ragnar y sus daneses de Northumbria se unan a nosotros, dispondremos de fuerzas suficientes para conquistar Anglia Oriental. Cuando vean que Ragnar y vos estáis del mismo lado, la mitad de los señores de Guthrum se unirán a nosotros. Los hombres de Anglia Oriental se sumarán a vuestro ejército y conquistaremos Mercia.

—Y cuando dispongamos de los dos ejércitos, conquistaremos Wessex —concluí, al hilo de lo que decía.

—Así es —confirmó—. Cuando caigan las hojas y los graneros estén repletos, marcharemos sobre Wessex.

—Pero sin Ragnar —comenté—, estás atado de pies y manos.

Haesten asintió con la cabeza.

—Y Ragnar no se unirá a nosotros a menos que vos lo hagáis —repuso.

Aquello podía funcionar, pensé. Guthrum, rey danés de Anglia Oriental, había fracasado en todos sus intentos de conquistar Wessex y había firmado la paz con Alfredo. Pero que Guthrum se hubiera convertido al cristianismo y fuera aliado de Alfredo no significaba que otros daneses hubiesen abandonado el sueño de apoderarse de aquellas fértiles campiñas. Si lográbamos reunir un número considerable de hombres, Anglia Oriental caería en nuestras manos y los señores de ese territorio, siempre tan dados al pillaje, no dudarían en marchar sobre Mercia. Más tarde, las tropas de Northumbria, Mercia y Anglia Oriental caerían sobre Wessex, el territorio más rico y el último reino sajón en territorio sajón.

Pero yo había jurado a Alfredo que defendería Wessex. Le había prometido lealtad. Si no cumplimos nuestra palabra, no somos muy diferentes de los animales. Pero las Norns habían hablado; el destino es inexorable y nadie lo puede eludir. El hilo de mi vida ya estaba tejido y no

podía cambiarlo, igual que no podía obligar al sol a desandar su trayectoria. Las Hilanderas me habían enviado un mensajero procedente del abismo para decirme que tenía que quebrantar mi compromiso y que sería rey, así que hice un gesto afirmativo y le dije a Haesten:

—Sea como tú dices.

—Tenéis que ir a ver a Sigefrid y a Erik —repuso—, y lo juraremos.

—Sí —respondí.

—Mañana saldremos para Lundene —dijo, mirándome fijamente.

Así había empezado todo. Sigefrid y Erik estaba dispuestos a defender Lundene, lo que representaba un desafío para los pobladores de Mercia que reclamaban que la ciudad era suya, al tiempo que eran una amenaza para Alfredo, que temía que Lundene cayese en manos enemigas, y un reto para Guthrum, que deseaba que la paz reinase en Britania. Pero no habría paz.

—Mañana saldremos para Lundene —repitió Haesten.

* * *

Partimos a caballo al día siguiente. Conmigo iban los seis hombres que me habían acompañado, mientras que Haesten llevaba a veintiuno de los suyos. Marchamos hacia el sur por Waeclingastraet, bajo una lluvia persistente que cubría de espeso barro los bordes del camino. Los caballos daban pena y nosotros parecíamos dejados de la mano de Dios. Mientras cabalgábamos, como sabía que Gisela me pediría que le contase la conversación hasta el último detalle, traté de recordar todo lo que me había dicho Björn *el Muerto.*

—¿Y ahora? —me abordó Finan, poco después del mediodía. Haesten se había situado en cabeza, y Finan había espoleado su montura para ponerse a mi altura.

—¿Y ahora qué? —le pregunté yo.

—¿Vais a ser el rey de Mercia?

—Eso dicen las Hilanderas —repuse sin mirarle. Ambos habíamos sido esclavos en un buque mercante. Habíamos sufrido penalidades, nos habíamos muerto de frío, habíamos soportado privaciones y habíamos llegado a querernos como hermanos. Siempre tenía en cuenta su opinión.

—Esas hermanas juegan malas pasadas —apuntó Finan.

—¿Ésa es la opinión que le merecen a un cristiano? —le pregunté.

Sonrió. Llevaba la capucha por encima del casco y poco podía ver de su rostro feroz y enjuto pero, en cambio, sí advertía el brillo de sus dientes al reír.

—En Irlanda, yo era un personaje importante —repuso—; disponía de caballos rápidos como el viento, mujeres más hermosas que el sol y las mejores armas del mundo. Pero las Parcas me castigaron.

—Sin embargo, estáis vivo y sois libre.

—Soy un hombre que os ha prometido lealtad voluntariamente —contestó—, igual que vos, señor, hicisteis con Alfredo.

—Así es —repliqué.

—¿Prestasteis a la fuerza vuestro juramento a Alfredo? —me preguntó Finan.

—No —repuse.

La lluvia me daba en la cara, el cielo estaba bajo y la tierra parecía oscura.

—Si nadie puede eludir el destino —me preguntó Finan— ¿qué valor tienen nuestras promesas?

Hice como que no le había oído.

—Si yo rompo mi acuerdo con Alfredo —quise saber—, ¿faltaríais al que me hicisteis a mí?

—No, señor —dijo, sonriendo de nuevo—. Añoraría vuestra compañía —continuó—. ¿No echaréis vos de menos a Alfredo?

—No —admití, mientras nuestra conversación languidecía arrastrada por las ráfagas de lluvia; pero lo que acababa de decir Finan no dejaba de rondarme por la cabeza y eso me preocupaba.

Pasamos la noche cerca del gran santuario de san Albano. Los romanos erigieron allí una ciudad que, con el paso del tiempo, había venido a menos, así que nos instalamos en una casa danesa que quedaba hacia el este. Nuestro anfitrión nos recibió con afabilidad pero era un hombre parco en sus comentarios. Reconoció que había oído algo sobre el traslado de Sigefrid a la ciudad vieja de Lundene, pero sin condenar el hecho ni echar las campanas al vuelo. Como yo, llevaba el amuleto del martillo, pero también mantenía a un cura sajón que bendijo la comida: pan, tocino ahumado y judías. El clérigo era un recordatorio de que aquella casa se encontraba en Anglia Oriental, territorio cristiano y en paz con sus vecinos también cristianos. Sin embargo, nuestro anfitrión insistió en que el portón de la empalizada quedase bien asegurado y que hombres armados montasen

guardia en aquella noche tan lluviosa. El aire parecía haberse calmado en aquel lugar, una bonanza que parecía presagiar el estallido de una tormenta en cualquier momento.

Durante la noche dejó de llover y, al amanecer, cabalgamos por tierras heladas y silenciosas. A medida que avanzábamos, encontramos gente que llevaba ganado a Lundene y Waeclingastraet parecía cada vez más concurrida. Los animales estaban en los huesos, pero no los habían matado en otoño para abastecer a la ciudad durante el invierno. Los dejamos atrás, mientras los vaqueros que los llevaban se ponían de rodillas al ver tantos hombres armados. Las nubes se disiparon por el este, de modo que, cuando llegamos a Lundene al mediodía, lucía el sol por encima de la capa de humo oscuro que se cierne constantemente sobre la ciudad.

Siempre me ha gustado Lundene. Es un lugar repleto de ruinas, comercios y gentes de mal vivir, que se extiende a lo largo de la orilla norte del Temes. Las ruinas eran de las construcciones que los romanos dejaron atrás cuando abandonaron Britania. La antigua ciudad coronaba las colinas del extremo este, rodeada por una muralla de piedra y ladrillo. Los edificios romanos jamás gustaron a los sajones, pues tenían miedo de sus fantasmas, y construyeron su propia ciudad hacia el oeste. Era un lugar de estrechos callejones de paja, cañas y madera; y también de pestilentes zanjas que, según ellos, conducían las aguas residuales al río, pero que, por lo general, permanecían estancadas e insalubres hasta que una buena tormenta de agua se las llevaba. La nueva ciudad sajona era un lugar muy concurrido, que apestaba al humo procedente de las herrerías y donde sólo se oían los gritos estridentes de los comerciantes, todos demasiado ocupados, como es natural, para molestarse en erigir una nueva Muralla defensiva. ¿Para qué la necesitaban, argumentaban los sajones, si los daneses parecían encantados de vivir en la ciudad vieja y no habían dado signos de querer acabar con los habitantes de la nueva? Aquí y allá, se alzaban algunas empalizadas, prueba de que algunos habían intentado preservar la nueva ciudad que tan rápidamente crecía, pero el fervor con que se acometían tales proyectos siempre acababa por languidecer, y las cercas se pudrían o robaban las vigas para levantar nuevos edificios en calles surcadas por desperdicios malolientes.

El comercio en Lundene florecía gracias al río y a los caminos que, desde allí, llevaban a cualquier parte de Britania. Las calzadas eran del tiempo de los romanos, cómo no, y por ellas entraban lana y cerámica,

acero y pieles, mientras que por el río llegaban suntuosas mercancías procedentes de tierras lejanas, esclavos de Frankia y muertos de hambre con ganas de armar camorra. La ciudad rebosaba de todas estas cosas porque, erigida en la confluencia de tres reinos, nadie se había ocupado de gobernarla durante aquellos años.

Al este de Lundene, se extendía Anglia Oriental, regida por Guthrum. Hacia el sur, en la orilla más remota del Temes, estaba Wessex. La ciudad y el territorio al oeste pertenecía a Mercia, una tierra tullida sin rey, razón por la cual no había un gran señor que impusiera sus leyes ni nadie que mantuviese el orden en Lundene. Los hombres iban armados por las callejas, escoltas acompañaban a las esposas y, a la entrada de las casas, había enormes perros encadenados. Todas las mañanas aparecía algún cadáver en sus calles, a no ser que la marea se los llevase río abajo hacia el mar, más allá de la costa donde se asentaba el gran campamento danés de Beamfleot. De allí zarpaban sus barcos para reclamar los tributos correspondientes a los comerciantes que hacían negocio en el anchuroso estuario del Temes. Esos hombres del norte carecían de autoridad para imponer tales exacciones, pero contaban con barcos, hombres, espadas y hachas, frente a los que nada se podía hacer.

Haesten había sacado buena tajada de aquellas tasas ilegales y había llegado a ser muy rico y poderoso gracias a la piratería, pero, a medida que nos aproximábamos a la ciudad, se iba poniendo nervioso. Durante el camino no había dejado de parlotear sin sentido; incluso había reído tontamente cuando hice algún comentario desagradable acerca de sus vanas palabras. Pero, cuando pasamos bajo las ruinosas torres que se alzaban a ambos lados de una enorme puerta, se quedó callado como un muerto. Los centinelas que guardaban el paso debieron de reconocer a Haesten, porque no nos importunaron y se limitaron a retirar las vallas que impedían el acceso a través de aquel arco derruido. Al otro lado, se veía un montón de vigas hacinadas, señal de que estaban reconstruyendo la puerta.

Habíamos llegado a la ciudad romana, a la ciudad vieja, y los caballos marchaban a paso lento por una calle pavimentada con anchas losas, entre las que crecían las malas hierbas. Hacía mucho frío. Aún había hielo en las esquinas en penumbra, donde el sol no había calentado las piedras durante todo el día. Las ventanas de las casas estaban cerradas, pero el humo de las fogatas se escapaba por ellas remolineando calle abajo.

—¿Habéis estado aquí antes? —me preguntó Haesten, abandonando de repente su silencio.

—Muchas veces —dije, mientras seguíamos adelante.

—Sigefrid... —añadió Haesten, sin saber cómo continuar.

—Dicen que es un hombre del norte —comenté yo.

—Es un hombre impredecible —afirmó Haesten; por el tono de su voz, me di cuenta de que era Sigefrid quien le ponía nervioso. Haesten había hecho frente a un cadáver viviente sin titubear pero, sólo de pensar en Sigefrid, se volvía cauteloso.

—También yo puedo ser sorprendente —repuse—, igual que tú.

Calló la boca y se limitó a tocar el martillo que llevaba al cuello, antes de conducir su caballo a través de un portalón. Unos cuantos sirvientes acudieron nada más vernos.

—El palacio del rey —dijo Haesten.

Ya conocía aquel palacio. Lo habían construido los romanos y era un enorme edificio abovedado de columnas y piedras esculpidas, restaurado por los reyes de Mercia, de modo que techumbres de paja, zarzos y mortero recubrían los boquetes de los muros medio derruidos. El enorme patio estaba rodeado de columnas romanas, con paredes de ladrillo, aunque quedaban algunos restos de los revestimientos de mármol. Contemplé aquella portentosa construcción y me quedé maravillado al pensar en que unos hombres hubiesen levantado semejantes muros. Nuestras construcciones son de madera y paja, y con el tiempo se pudren, sin dejar rastro de nuestra presencia; pero los romanos habían dejado mármol y piedras, ladrillos y gloria.

Un administrador nos dijo que Sigefrid y su hermano pequeño se encontraban en el antiguo circo romano que se alzaba en el ala norte del palacio.

—¿Qué están haciendo allí? —preguntó Haesten.

—Un sacrificio, señor —repuso el sirviente.

—En ese caso, nos reuniremos con él —añadió, dirigiéndome una mirada para que le diera mi asentimiento.

—De acuerdo —accedí.

El paseo fue corto. Los mendigos se apartaban a nuestro paso. Llevábamos dinero y lo sabían, pero no se atrevían a pedírnoslo porque éramos extranjeros armados. De los lomos cubiertos de barro de nuestras caballerías, colgaban espadas, escudos, hachas y lanzas. Los tenderos se

inclinaban a nuestro paso, mientras las mujeres escondían a los niños entre sus faldas. La mayoría de los habitantes de la ciudad romana de Lundene eran daneses, pero incluso ellos parecían inquietos. Los soldados de Sigefrid, ansiosos de dinero y mujeres, se habían instalado en sus casas.

Ya había estado en aquel circo romano, un espacio oval, rodeado de gradas de piedra casi en ruinas que, en su día, soportaron bancos de madera. Allí, de niño, había aprendido a manejar la espada gracias a las magníficas lecciones de Toki *el Armador.* Los graderíos de piedra estaban casi vacíos, a excepción de unas pocas personas que no tenían nada mejor que hacer que observar a aquellos hombres en el centro del circo cubierto de hierbajos. Debía de haber unos cuarenta o cincuenta en aquel recinto y unos cuantos caballos ensillados en uno de los extremos, pero lo que más me sorprendió a medida que cruzaba los altos muros de la entrada fue contemplar una cruz cristiana plantada en medio de una pequeña multitud.

—¿Es cristiano Sigefrid? —le pregunté a Haesten, sorprendido.

—No —respondió éste con determinación.

Aquellos hombres oyeron los cascos de nuestras monturas y se volvieron para ver quiénes éramos. Llevaban atuendo guerrero, y resultaban feroces con aquellas cotas de malla, tanto cuero y armados con espadas y hachas. Sin embargo, parecían pasárselo bien. De repente, en el centro de aquella congregación que rodeaba la cruz, majestuoso, se alzó Sigefrid.

Aunque nadie me había dicho que fuera él, lo reconocí de inmediato. Era un hombre corpulento, que lo parecía más aún cubierto como iba con un gran capote de piel negra de oso, que le cubría del cuello a los tobillos. Llevaba unas botas altas de cuero negro, una resplandeciente cota de malla, un tahalí tachonado de roblones de plata del que pendía la espada y una barba oscura y enmarañada, que sobresalía por debajo de su yelmo de hierro, con adornos de plata también. Al acercarse a nosotros, se quitó el casco, dejando al descubierto un pelo tan oscuro y enmarañado como la barba. Tenía una cara ancha, de ojos negros, la nariz rota y aplastada y una boca tan descomunal como un tajo. Su aspecto era feroz. Se detuvo delante de nosotros y separó las piernas, como quien espera que lo ataquen.

—¡Mi señor Sigefrid! —le saludó Haesten, con afectada alegría.

—¡Lord Haesten! ¡No sabéis cuánto me alegro de que estéis de vuelta! —Sigefrid tenía una voz sorprendentemente aguda, no era femenina pero resultaba extraña procediendo de aquel hombre tan enorme y malcarado—.

¡Vos —dijo apuntándome con una mano cubierta con un guante negro— vos debéis de ser lord Uhtred!

—Uhtred de Bebbanburg —me presenté.

—¡Vos también sois bienvenido! —dio un paso adelante, tomó la brida de mi caballo, todo un honor, y me dedicó una sonrisa; su rostro, tan aterrador hasta ese momento, se me antojó travieso, casi amigable—. Dicen por ahí que sois un hombre alto, lord Uhtred.

—Eso dicen, sí.

—Vamos a ver quién de los dos es más alto, si vos o yo —dijo en tono afable; bajé de la silla y estiré las piernas; Sigefrid, enorme con aquel capote de piel, sujetaba las riendas, sin dejar de sonreír—. ¿Qué os parece? —preguntó a los hombres que estaban más cerca.

—Vos sois más alto, mi señor —se apresuró a decir uno de ellos.

—Y si te preguntara cuál de los dos es más apuesto —continuó Sigefrid—, ¿qué responderías?

El hombre paseó la mirada de Sigefrid a mí y de mí a Sigefrid, y no supo qué decir. Parecía aterrorizado.

—Tiene miedo de que le mate, si no responde correctamente —me confió Sigefrid, muy divertido.

—¿Lo haríais? —le pregunté.

—Tendría que pensarlo. ¡Ven aquí! —le gritó al hombre, que se acercó nervioso—. Sujeta la brida y hazte cargo del caballo —ordenó Sigefrid, al tiempo que se volvía hacia Haesten y le preguntaba—: A ver, ¿quién es más alto?

—Los dos sois de la misma altura —repuso Haesten.

—E igual de apuestos —apostilló Sigefrid, echándose a reír de buena gana. Adelantó los brazos y pude oler el rancio aroma que desprendía su capote de piel; luego, me dio un abrazo—. ¡Sed bienvenido, lord Uhtred! —dio un paso atrás y sonrió; aquella sonrisa de sincera bienvenida me agradó —. ¡Me han hablado mucho de vos! —afirmó.

—Y a mí de vos, señor.

—¡Y seguro que a los dos nos han contado un montón de mentiras! Todas piadosas, por supuesto. Sin embargo, tengo un asunto pendiente con vos —añadió sin dejar de sonreír, mientras aguardaba mi respuesta, que no llegó—. Jarrel —me aclaró—, a quien vos matasteis!

—Eso hice —dije; Jarrel era el hombre que iba al frente de la tripulación de vikingos con la que había acabado en el Temes.

—Le tenía cariño a Jarrel —dijo Sigefrid.

—En ese caso, tendríais que haberle advertido de que tuviera cuidado con Uhtred de Bebbanburg —repuse.

—No os falta razón —comentó Sigefrid—. ¿Es cierto que matasteis también a Ubba?

—Pues sí.

—¡No debió de ser fácil acabar con él! ¿Y también a Ivarr?

—También —le confirmé.

—Ya era viejo; estaba a las puertas de la muerte. ¿Sabéis que su hijo os odia?

—Lo sé.

Sigefrid aguantó la risa.

—El hijo no vale para nada en absoluto. Es un incordio. Os odia, eso es indudable, pero ¿habría de preocuparse el halcón del rencor de un jilguero? —sonrió de nuevo y se quedó mirando a *Smoca*, mi caballo, mientras le daban una vuelta por el recinto para que se refrescase después de un viaje tan largo—. ¡Eso es un caballo! —exclamó Sigefrid, con admiración.

—Lo es —admití.

—Podría arrebatároslo.

—No pocos lo han intentado —repliqué.

Aquella respuesta le gustó. Se echó a reír de nuevo, al tiempo que dejaba caer una de sus pesadas manos en mi hombro y me llevaba hasta la cruz.

—Me han dicho que sois sajón.

—Lo soy.

—Pero no cristiano.

—Venero a los verdaderos dioses —repuse.

—Que ellos velen por ti y te recompensen por ello —continuó, al tiempo que me apretaba el hombro; pude calibrar su fuerza, a pesar de la cota de malla y el cuero que llevaba, se volvió y gritó—: ¡Erik, no seas tímido!

Su hermano se apartó de la multitud. Tenía el mismo pelo oscuro y enmarañado, pero Erik lo llevaba recogido hacia atrás y atado con una cuerda, y la barba recortada. Era joven, no más de veinte o veintiún años, y tenía un rostro sincero, con unos ojos resplandecientes tanto de curiosidad como de bienvenida. Me había llevado una sorpresa al descubrir que

Sigefrid no me caía mal, pero sería difícil no simpatizar con Erik. Sonrió al instante, con gesto franco y sincero. Era como el hermano de Gisela, uno de esos hombres que te caen bien desde el primer momento.

—Yo soy Erik —me dijo, a modo de saludo.

—Aquí está mi consejero —añadió Sigefrid—, la voz de mi conciencia, mi hermano.

—¿De vuestra conciencia?

—Erik no privaría de la vida a un hombre por decir una mentira, ¿a que no, hermano?

—Claro que no —contestó Erik.

—Está loco, pero es un loco al que adoro —dijo Sigefrid, con una risotada—. No penséis, sin embargo, que este necio es un cobarde, lord Uhtred. A la hora de pelear, es como un demonio del Niflheim —añadió, mientras daba una palmada en el hombro a su hermano y a mí me llevaba por el codo hacia aquella inexplicable cruz—. He hecho algunos prisioneros —explicaba mientras nos acercábamos y, entonces, vi a cinco hombres de rodillas, con las manos atadas a la espalda. Les habían despojado de capotes, armas y túnicas, así que sólo llevaban unos calzones y estaban temblando de frío.

Era una cruz recién hecha con dos vigas de madera que habían clavado toscamente e incrustado en un agujero excavado a toda prisa. Estaba ligeramente inclinada. En el suelo, había unos cuantos clavos grandes y un enorme martillo.

—En sus estatuas y esculturas vemos a un muerto en una cruz —me explicó Sigefrid—, incluso en los amuletos que llevan al cuello. Pero nunca he visto algo así en persona. ¿Y vos?

—Tampoco yo —hube de reconocer.

—Igual que no entiendo cómo se puede matar así a un hombre —añadió, con voz de sorpresa no fingida—. ¡No son más que tres clavos! Más estocadas he recibido yo peleando.

—También yo —repliqué.

—¡Por eso me he propuesto saber cómo es eso! —concluyó alegremente, mientras señalaba con su enorme barba al prisionero que estaba más cerca del pie de la cruz—. Estos dos cabrones no son más que dos curas cristianos. Vamos a crucificar a uno de ellos, a ver si muere. Me apuesto diez monedas de plata a que no ocurrirá tal cosa.

Apenas podía identificar a los dos curas, excepto por la prominente barriga que lucía uno de ellos. Tenía la cabeza inclinada, pero no porque estuviera rezando, sino por la tremenda paliza que le habían propinado. Tanto la espalda como el pecho, ambos al descubierto, los tenía magullados y ensangrentados, y la sangre manchaba su rizado pelo castaño.

—¿Quiénes son? —le pregunté a Sigefrid.

—¿Quiénes sois? —preguntó a regañadientes a los prisioneros; al ver que ninguno de los dos decía nada, le dio una brutal patada en las costillas al que tenía más cerca—. ¿Quiénes sois? —insistió.

El hombre alzó la cabeza. Era un anciano de más de cuarenta años, con un rostro surcado de profundas arrugas, que reflejaba la resignación de todos los que saben que van a morir.

—Soy el *jarl* Sihtric —contestó—, consejero del rey Æthelstan.

—¡Guthrum! —aulló Sigefrid, con todas sus fuerzas, con un grito de rabia incontrolable que le salió de dentro. Un instante antes, se había mostrado afable y, de repente, parecía un demonio. Lanzó un salivazo, y repitió a voces aquel nombre—: ¡Guthrum! ¡Se llama Guthrum, hijo de puta! —chilló, mientras le daba una patada lo bastante fuerte en el pecho como para romperle una costilla—. ¿Cuál es su nombre? —preguntó Sigefrid.

—Guthrum —contestó Sihtric.

—¡Eso es, Guthrum! —gritó Sigefrid, dando otra patada al viejo. Tras firmar la paz con Alfredo, Guthrum se había convertido al cristianismo y adoptado el nombre cristiano de Æthelstan. Yo siempre pensaba en él como Guthrum, al igual que Sigefrid, que parecía dispuesto a acabar con Sihtric. El anciano trataba de evitar los golpes, pero Sigefrid lo había tumbado en el suelo de forma que no pudiera librarse. Erik no parecía conmovido ante la feroz cólera de su hermano. Al cabo de un momento, sin embargo, dio un paso adelante y tomó a Sigefrid del brazo: el grandullón consintió que lo apartase de allí.

—¡Cabrón! —gritó Sigefrid al hombre que no dejaba de gemir—. ¡A quién se le ocurre referirse a Guthrum con un nombre cristiano! —me dijo. Sigefrid aún temblaba de cólera. Tenía los ojos medio cerrados y el rostro congestionado, pero pareció recuperar el dominio de sí mismo cuando dejó caer uno de sus pesados brazos en mi hombro—: Guthrum los envió —me aclaró— para decirme que tenía que salir de Lundene. ¡Como si Guthrum

pudiera ordenar algo así! ¡Lundene no pertenece a Anglia Oriental sino a Mercia, al rey Uhtred de Mercia!

Era la primera vez que alguien recurría a ese título de manera oficial, y confieso que me gustó cómo sonaba. Rey Uhtred. Sigefrid se volvió hacia Sihtric, que sangraba por la boca:

—¿Cuál era el mensaje de Guthrum?

—Que la ciudad pertenecía a Mercia y que debíais abandonarla —dijo Sihtric a duras penas.

—Así que Mercia puede expulsarme de aquí —repuso Sigefrid, con sorna.

—A menos que el rey Uhtred nos dé su consentimiento para quedarnos —aventuró Erik, con una sonrisa.

Guardé silencio. Aquel título me halagaba, pero me resultaba extraño, como si fuera un desafío a los destinos que tejían las tres Hilanderas.

—Alfredo no permitirá que os quedéis aquí —se atrevió a decir otro de los prisioneros.

—¿Y a quién coño le importa el mierda de Alfredo? —bramó—. Que ese cabrón se atreva a mandar aquí su ejército y acabaremos con él.

—¿Es ésa vuestra respuesta, señor? —preguntó el prisionero, humildemente.

—Mi respuesta serán vuestras cabezas cercenadas —repuso Sigefrid.

Clavé los ojos en Erik en ese momento. Era el hermano pequeño, pero estaba claro que era quien pensaba por los dos. Se encogió de hombros.

—Si nos sentamos a negociar —me explicó—, daremos tiempo a que nuestros enemigos reúnan sus fuerzas. Más vale mostrarse temerarios.

—¿Vais a guerrear contra Guthrum y Alfredo a la vez? —pregunté.

—Guthrum no se atreverá —repuso Erik, muy seguro de lo que decía —. Amagará pero no peleará. Se está haciendo viejo, mi señor Uhtred, y prefiere disfrutar de lo que la vida le ha dado. Si le enviamos unas cuantas cabezas, creo que entenderá el mensaje de que será la suya la que esté en peligro si nos pone obstáculos.

—¿Y Alfredo? —volví a preguntar.

—Es un hombre prudente, ¿verdad? —indagó Erik.

—Lo es.

—¿Nos ofrecerá dinero a cambio de que abandonemos la ciudad?

—Es probable.

—Igual que es posible que nosotros lo aceptemos pero decidamos seguir aquí —dijo Sigefrid.

—Alfredo no nos atacará hasta el verano —continuó Erik pasando por alto el comentario de su hermano—. Para entonces, mi señor Uhtred, confiamos en que hayáis convencido al *jarl* Ragnar para que vaya al sur, a Anglia Oriental. Alfredo no podrá mantenerse indiferente ante semejante amenaza, y tendrá que enfrentarse con nuestras fuerzas a un tiempo, sin poder marchar contra la guarnición de Lundene. vuestro objetivo es acabar con Alfredo y sentar a su sobrino en el trono.

—¿A Æthelwold? —comenté, con una expresión de duda—. Es un borrachín.

—Borrachín o no —repuso Erik—, un rey sajón hará que se tolere mejor que hemos conquistado Wessex.

—Hasta que ya no os haga falta —apunté.

—Efectivamente —asintió Erik.

El cura barrigudo que estaba al final de la hilera de prisioneros arrodillados había oído nuestra conversación. Se me quedó mirando y, luego, clavó los ojos en Sigefrid. Este se dio cuenta.

—¿Qué estás mirando, so mierda? —le preguntó; pero el cura no dijo nada; me miró de nuevo y agachó la cabeza—. Vamos a empezar con él —dijo Sigefrid—, vamos a clavar a ese gordo cabrón a una cruz y vamos a ver si muere.

—¿Por qué no le permitís que pelee? —propuse.

Sigefrid se me quedó mirando, como si no estuviera seguro de haberme oído bien.

—¿Que pelee? —preguntó.

—El otro cura es delgaducho —añadí—; será más fácil clavarle en la cruz. Dadle una espada al gordo y que luche.

—¿Acaso pensáis que un cura sabe luchar? —bramó Sigefrid.

Me encogí de hombros, como si me diera lo mismo.

—Lo que pasa es que me encanta ver cómo caen estos barrigudos —le aclaré—. Me gusta verlos con la panza abierta y las tripas al aire —mientras hablaba así, miré al cura, que volvía a alzar los ojos en busca de los míos—. Quiero ver varas de tripas por el suelo —dije, en tono sanguinario—, y contemplar cómo vuestros perros se comen sus intestinos mientras a está con vida.

—O también podemos obligarle a que se los coma él mismo —reflexionó Sigefrid, dirigiéndome una sonrisa a continuación—. Me caéis bien, señor Uhtred.

—Sería una muerte muy rápida —dijo Erik.

—Pues dadle algo con lo que pueda luchar —comenté.

—¿Cómo va a pelear este cura, si está tan gordo como un cerdo? —se preguntó Sigefrid, haciendo un gesto de desprecio.

No dije nada, pero fue Erik quien le dio la respuesta.

—¿Qué tal a cambio de su libertad? —aventuró—. Si gana, todos los prisioneros quedarán en libertad; pero, si pierde, los crucificaremos a todos. Ya veréis cómo lucha con denuedo.

—Aun así saldrá perdiendo —afirmé.

—Sí, pero al menos habrá hecho un esfuerzo —dijo Erik.

Sigefrid se echó a reír; parecía divertido con aquella situación tan disparatada. Medio desnudo, con la panza al aire y horrorizado, el cura no dejaba de mirarnos a los tres, pero no advirtió en nosotros nada que no fuera regocijo y ferocidad.

—¿Has tenido alguna vez una espada en las manos, cura? —preguntó Sigefrid al gordo, pero éste no dijo nada.

Me burlé de aquel silencio con mis risotadas.

—Se pondrá a chillar como un cerdo —añadí.

—¿Queréis pelear con él? —me preguntó Sigefrid.

—No fue a mí a quien enviaron semejante mensajero señor —repuse, con respeto—. Además, he oído que no hay nadie que os aventaje con la espada. A ver si sois capaz de rajarle la barriga de arriba abajo.

A Sigefrid le gustaban aquellas bravatas, de modo que se volvió hacia el cura y le preguntó:

—Santurrón, ¿te apetece luchar por tu libertad?

El cura temblaba de miedo. Miró a sus compañeros, pero no le valió de nada, y afirmó con la cabeza:

—Sí, señor.

—En ese caso, pelearás conmigo —dijo Sigefrid, encantado—. Si gano yo, moriréis todos; si vences tú, podréis iros libremente. ¿Sabes pelear?

—No, señor —contestó el cura.

—¿Nunca has tenido una espada en las manos?

—No, señor.

—Así que estás dispuesto a morir —comentó Sigefrid.

El clérigo miró a aquel hombre del norte y, a pesar de las magulladuras y cortes que tenía, había un fulgor de rabia en sus ojos que desmintió la humildad con que afirmó:

—Así es, señor; estoy preparado para morir e ir al encuentro de mi salvador.

—Dejadlo libre —ordenó Sigefrid a uno de los esbirros—. Dejad a esta mierda en libertad y dadle una espada —añadió, blandiendo su propia espada de hoja de doble filo—. *Aterradora* —así llamó a su espada con cariño— necesita hacer ejercicio.

—Aquí tenéis —dije yo, sacando de la vaina a *Hálito-de-Serpiente,* mi magnífica espada, dándole la vuelta y sosteniéndola por la hoja, tendiéndosela al cura al que acababan de quitarle las ataduras de las manos. Pero no llegó a recogerla, y *Hálito-de-Serpiente* cayó al suelo, entre los raquíticos hierbajos invernales. Por un momento, se quedó mirando la espada, como si nunca antes hubiera visto semejante objeto; luego, se inclinó para recogerla. No estaba seguro de si debía sujetarla con la mano derecha o con la izquierda. Lo intentó con la siniestra y trató de dar una torpe estocada, que provocó las risotadas de todos los presentes.

—¿Por qué le habéis dado vuestra espada? —me preguntó Sigefrid

—¡Para lo que le va a servir! —repuse, con desdén.

—¿Y si la rompo? —preguntó Sigefrid, pletórico.

—No tendré más remedio que aceptar que el herrero que la forjó no sabía hacer su trabajo —respondí.

—Se trata de vuestra espada, así que allá penas —comentó Sigefrid, a modo de disculpa, antes de encararse con el cura que sujetaba en sus manos a *Hálito-de-Serpiente* de forma que la punta tocaba el suelo—. ¿Estáis listo, cura? —preguntó.

—Sí, señor —dijo el clérigo, y aquella fue la primera respuesta sincera que le dio el vikingo. Aquel cura había tenido una espada en sus manos muchas veces antes, sabía luchar y yo tenía mis dudas de que estuviera dispuesto a dejarse matar. Era el padre Pyrlig.

* * *

Cuando los campos están húmedos y cubiertos de arcilla, es el momento de uncir una pareja de bueyes a un buen arado y azuzar a los

animales para cavar buenos surcos en la tierra. Los dos bueyes deben estar juntos, por eso decimos que van uncidos. Lo mismo pasa en la vida, sólo que uno de los bueyes se llama *Destino* y el otro *Juramento.*

El destino rige todas nuestras acciones, no podemos eludirlo. *Wyrd bid ful arad.* No podemos tomar decisiones sobre nuestra vida. Desde el momento en que llegamos al mundo, las tres hermanas saben adonde nos conducirá el hilo de nuestro destino, por qué derroteros discurrirá y cuál será su final. *Wyrd bid ful arad.*

Por supuesto que todos hacemos promesas. Cuando Alfredo me presentó su espada y sus manos para que las estrechase entre las mías, no me pidió que jurase nada. El me lo ofreció y yo elegí. Pero, ¿decidí yo o las Parcas lo hicieron por mí? Y si así fue, ¿por qué damos tanta importancia a esas cosas? Muchas veces me lo he preguntado, e incluso ahora, que ya soy viejo, no dejo de hacerlo. ¿Fui yo quien eligió a Alfredo o lo hicieron las Hilanderas, muertas de risa mientras me arrodillaba ante él y tomaba su espada y sus manos entre las mías?

Las tres se lo estaban pasando en grande en Lundene, aquel frío pero soleado día. Sin embargo, desde el momento en que reparé en que el cura barrigudo era el padre Pyrlig, supe que las cosas no iban a resultar tan sencillas. En ese momento, caí en la cuenta de que las Parcas no habían tejido para mí un hilo de oro que conducía hasta el trono. Oía sus risas al pie de Yggdrasil, el árbol de la vida. Era víctima de sus bromas y debía actuar.

¿Acaso fui yo? Quizá las Hilanderas ya lo hubieran hecho por mí, pero, en aquel momento, a la sombra de aquella tosca cruz, pensé que no tenía otra salida que elegir entre los hermanos Thurgilson y Pyrlig.

Sigefrid no era amigo mío pero era un hombre formidable y, si me aliaba con él, llegaría a ser rey de Mercia y Gisela, reina. Si ayudaba a Sigefrid, Erik, Haesten y Ragnar a saquear Wessex, podría hacerme rico. Mandaría ejércitos, que seguirían el estandarte desplegado de la cabeza de lobo y una guardia de hombres armados con cotas de malla marcharía tras los cascos de *Smoca.* Incluso en sus pesadillas, nuestros enemigos escucharían el retumbar de nuestras cabalgadas. Todo eso sería mío, si me decidía a sellar una alianza con Sigefrid.

Mientras que, si me inclinaba por Pyrlig, me despedida de todo lo que el hombre muerto me había prometido. Lo que significaba que Björn me habría mentido; pero, ¿es posible que un hombre que sale de la tumba con

un menaje de las Norns sea capaz de mentir? Recuerdo que todo eso lo pensé en tan sólo un segundo, antes de tomar una decisión, aunque lo cierto es que no dudé, no vacilé ni un instante.

Pyrlig era galés, un britano, y nosotros los sajones odiamos a los britanos. Son todos unos ladrones redomados. Se ocultan en lo más intrincado de las colinas y sólo bajan de allí para saquear nuestras tierras, llevarse nuestro ganado y, en ocasiones, a nuestras mujeres y a nuestros hijos; siempre que vamos tras ellos, se internan en parajes salvajes, en los que sólo hay niebla, peñascos, pantanos y miseria. Por si fuera poco, Pyrlig era cristiano, y a mí no me gustaban los cristianos. ¡La elección parecía fácil! De una parte, un reino amigos vikingos y riquezas; por otro lado, un britano que era cura de una religión que reniega de la alegría de vivir igual que el anochecer acaba con la luz del día. De modo que no lo pensé. Me limité a elegir, o el destino lo hizo por mí, decantándome por la amistad. Pyrlig era amigo mío. Lo había conocido durante un crudo invierno en Wessex, cuando los daneses parecían haberse apoderado del reino y Alfredo, con unos pocos seguidores, se había visto obligado a buscar un escondrijo en los pantanos del oeste. Pyrlig había aparecido como emisario del rey de Gales para enterarse, y quizá sacar provecho, de la pésima situación de Alfredo; pero, olvidó el encargo, se unió a Alfredo y luchó a su lado. Pyrlig y yo habíamos peleado en un muro de escudos codo con codo. Éramos un galés y un sajón, un cristiano y un pagano; deberíamos haber sido enemigos, pero lo cierto es que lo quería como a un hermano.

Por eso, le entregué mi espada y, en lugar de ver cómo lo clavaban a una cruz, preferí que tuviera una oportunidad de luchar por salvar la vida.

Claro está que no fue un combate justo. Concluyó en un abrir y cerrar de ojos. Apenas había comenzado y ya había terminado, y sólo a mí no me sorprendió el desenlace.

Sigefrid confiaba en que habría de enfrentarse con un cura gordo y poco ducho, pero yo sabía que Pyrlig había sido guerrero antes de encontrar a su dios. Había sido un magnífico guerrero, un exterminador de sajones, un hombre en cuyo honor los suyos habían escrito canciones. En aquellos momentos, medio desnudo, gordo, desgreñado, magullado y azotado, no parecía un contrincante serio. Aguardó la acometida de Sigefrid con un gesto horrorizado que sólo revelaba terror, y con la punta de *Hálito-de-Serpiente* aún tocando el suelo. Al ver que Sigefrid se acercaba, dio un paso atrás, emitiendo una especie de maullido. Sigefrid se echó a reír y blandió la

espada casi con desgana, con la esperanza de apartar el arma de Pyrlig de su camino y tener vía libre para que su acero, *Aterradora*, propinase un buen tajo en aquella enorme barriga.

Pyrlig se apartó como una comadreja.

Alzó a *Hálito-de-Serpiente* con elegancia y dio un paso atrás, de modo que detuvo con su hoja la indolente estocada de Sigefrid; luego, se adelantó hacia su contrincante y le asestó un fuerte mandoble con *Hálito-de-Serpiente;* con un rápido giro de muñeca la dirigió contra el brazo del norteño, aún adelantado con su espada. No fue un golpe lo bastante fuerte como para traspasar la cota de malla, pero obligó a Sigefrid a adelantar más el brazo y recibió una estocada. Pyrlig no se arredró y se movió con tanta rapidez que *Hálito-de-Serpiente,* como una sombra plateada, golpeó con violencia el pecho de Sigefrid.

La hoja tampoco consiguió atravesar la cota de Sigefrid, pero obligó a retroceder a aquel hombre tan corpulento. Reparé en la cólera que brillaba en sus ojos y cómo tomaba impulso desde atrás con *Aterradora,* tratando de asestar un golpe que habría decapitado a Pyrlig en aquel preciso y sangriento momento. Era un mandoble ineludible, asestado con fuerza y ferocidad, pero el cura, que parecía encontrarse de nuevo a un paso de la muerte, recurrió otra vez a su muñeca. Ni siquiera dio la impresión de haberse movido, pero *Hálito-de-Serpiente* refulgió de filo.

Detuvo el golpe mortal con la punta de mi espada, que fue a clavarse en la muñeca de Sigefrid, y un chorro de sangre salpicó el aire como una niebla rojiza.

Observé una sonrisa en el rostro de Pyrlig. Más bien parecía una mueca, pero aquella especie de sonrisa ponía de manifiesto el orgullo del vencedor y el triunfo del guerrero. Había rasgado el antebrazo de su contrincante de arriba abajo, había conseguido atravesar la malla y dejado al aire la carne, la piel y el músculo, desde la muñeca hasta el codo, de modo que Sigefrid se quedó sin fuerzas y se detuvo. El brazo con el que el hombre del norte sujetaba la espada estaba indemne, pero Pyrlig dio un rápido paso atrás, y le asestó una estocada baja con *Hálito-de-Serpiente,* al tiempo que pareció hacer fuerza sobre el filo. La espada emitió una especie de silbido en el momento en que el galés asestó un mandoble contra la muñeca ensangrentada de Sigefrid. Casi se la seccionó, pero la hoja rebotó en un hueso y sólo le rebanó el pulgar, mientras *Aterradora* caía sobre la

arena del circo y *Hálito-de-Serpiente* apuntaba directamente a la barba y a la garganta de Sigefrid.

—¡No! —grité.

Sigefrid estaba tan asustado que ni siquiera parecía furioso. No podía creerse lo que había pasado. En ese momento, tenía que haberse dado cuenta de que tenía que habérselas con un espadachín consumado, pero no podía aceptar la derrota. Alzó las manos ensangrentadas como pretendiendo asir la hoja de Pyrlig; la espada del galés hizo un movimiento y él quedó paralizado, al borde de la muerte.

—¡No! —repetí.

—¿Por qué no puedo rematarlo? —preguntó Pyrlig, como un guerrero curtido y despiadado, con la mirada fría y colérica de un hombre de armas.

—¡No! —insistí. Sabía que si Pyrlig mataba a Sigefrid, los hombres de éste se tomarían cumplida venganza.

Erik también lo sabía.

—Has ganado tú, cura —dijo, en voz baja, al tiempo que se acercaba a su hermano—. Has ganado tú —dijo de nuevo—, así que baja la espada.

—¿Admite que lo he derrotado? —quiso saber Pyrlig, sin apartar la mirada de los ojos oscuros de Sigefrid.

—Hablo en su nombre —afirmó Erik—. Has ganado la pelea, cura, así que sois libres.

—Antes he de comunicaros el mensaje que se me ha encomendado —dijo Pyrlig; Sigefrid seguía perdiendo sangre por la mano pero no apartaba los ojos del galés—. El mensaje del rey Æthelstan —dijo Pyrlig, en vez de Guthrum— es que debéis salir de Lundene. No forma parte del territorio que Alfredo ha dejado en manos danesas. ¿Me habéis entendido? —añadió blandiendo una vez más a *Hálito-de-Serpiente;* Sigefrid no dijo nada—. Quiero caballos —continuó Pyrlig—, y que lord Uhtred y sus hombres nos den escolta hasta que hayamos salido de Lundene. ¿De acuerdo?

Erik me dirigió una mirada y me dio su conformidad.

—De acuerdo —le dijo a Pyrlig.

Me hice con *Hálito-de-Serpiente,* aún en manos de Pyrlig. Erik, por su parte, sujetaba el brazo herido de su hermano. Por un momento, pensé que Sigefrid sería capaz de atacar a un galés desarmado, pero Erik se encargó de quitarle semejante idea de la cabeza.

Trajeron los caballos. Los hombres que estaban en el circo guardaban silencio y nos miraban con resentimiento, habían visto cómo su jefe era

humillado, y no entendían que Pyrlig pudiera irse de allí con los otros enviados, pero aceptaron la decisión de Erik.

—Mi hermano es testarudo —me comentó Erik, en un aparte, mientras ensillaban los caballos.

—Al parecer el cura sí sabía pelear —repuse, a modo de disculpa.

Erik frunció el ceño, no airado, sino sorprendido.

—Tengo curiosidad por ese dios —admitió, mientras observaba cómo vendaban las heridas a su hermano—. Parece un dios poderoso —añadió Erik; devolví mi espada a la vaina, y él reparó en la cruz de plata que adornaba la empuñadura—. ¿Sois también de esa opinión?

—Fue un regalo —repuse—, de una mujer buena, a la que quise un día. Más tarde, el dios de los cristianos se erigió en su dueño y, desde entonces, ya no quiere saber nada de hombres.

Erik extendió una mano y tocó la cruz con cierto temor.

—¿No pensáis que resida ahí el poder de la espada? —me preguntó.

—Del recuerdo de aquel amor, quizá, pero la fuerza procede de aquí —contesté, echando mano del amuleto con el martillo de Thor.

—Ese dios suyo me da miedo —apostilló Erik.

—Es un dios intransigente y desabrido —repuse—, un dios que sólo sabe dictar leyes.

—¿Leyes?

—No consiente que se retoce con la mujer del prójimo —dije.

Al oírme, Erik se echó a reír, pero se dio cuenta de que hablaba en serio.

—¿De verdad? —me preguntó, como si no acabara de creérselo.

—¡Cura! —llamé a Pyrlig—. ¿Permite tu dios que se pueda retozar con la mujer del prójimo?

—No lo impide, señor —contestó Pyrlig con humildad, como si me tuviera miedo—, pero no lo ve con buenos ojos.

—¿Y no dictó un mandamiento sobre eso?

—Así es, señor, igual que estableció otro que estipula que no hay que desear el buey del vecino.

—Ya lo veis —le dije a Erik—; cuando se es cristiano, no se pueden albergar deseos ni siquiera sobre un buey.

—Sorprendente —repuso, pensativo, mientras observaba a los enviados de Guthrum que, de casualidad, seguían con la cabeza encima de los hombros—. ¿No os incomoda darles escolta?

—No.

—Sería bueno que regresasen con vida —comentó, en voz baja—. ¿Por qué darle una excusa a Guthrum para atacarnos?

—Los matéis o no, no lo hará —repuse muy seguro.

—Probablemente, no —admitió—, pero les prometimos que si el cura vencía, todos seguirían con vida, y así ha de ser. ¿Estáis seguro de que no os importa darles escolta?

—Claro que no —contesté.

—Volved aquí —añadió Erik, con afecto—, os necesitamos a nuestro lado.

—A quien necesitáis es a Ragnar —le atajé.

—Cierto —asintió, con una sonrisa—. Conducid sanos y salvos a estos hombres fuera de la ciudad y, luego, regresad.

—Antes, he de ocuparme de mi mujer y mis hijos —dije.

—Cierto —convino, sonriendo de nuevo—. Sois afortunado. Pero, ¿regresaréis después?

—Eso fue lo que me recomendó Björn *el Muerto* —repuse, evitando contestar directamente a su pregunta.

—Eso hizo —afirmó Erik, dándome un abrazo—. Os necesitamos porque, juntos, podremos conquistar toda la isla.

Partimos, recorrimos a caballo las calles de la ciudad hasta salir por la puerta oeste, conocida como Puerta de Ludd, y seguimos hasta el vado que cruza el río Fleot. Todavía dolorido por la patada que le había propinado Sigefrid, Sihtric cabalgaba inclinado sobre el pomo de la silla de montar. Después de cruzar el vado, eché una ojeada a mis espaldas temiendo que Sigefrid hubiera revocado la decisión tomada por su hermano y hubiese enviado hombres en nuestra persecución, pero no venía nadie. Espoleamos los caballos, cruzamos las tierras pantanosas y subimos hasta la ciudad sajona por una suave ladera.

No seguí por el camino que va hacia el oeste, sino que me dirigí a los muelles, donde permanecían atracados no menos de doce barcos. Eran las barcazas que comerciaba con Wessex y Mercia. Pocos eran los timoneles que se atrevían a remontar la peligrosa grieta que permitía el paso a través del puente derruido que los romanos habían erigido de una orilla a otra del Temes. Se trataba, pues, de pequeñas embarcaciones de remo, que me pagaban tributo en el lado de Coccham. Todos me conocían, porque siempre le compraba algo en cada viaje.

Nos abrimos camino a través de montones de mercancías, dejando atrás unas cuantas hogueras y cuadrillas de esclavos que cargaban o descargaban las barcas. Sólo una de ellos estaba dispuesta para zarpar. Se llamaba *Cisne*, y la conocí de sobra. La tripulación era sajona, y supe que se disponía partir, porque los remeros ya aguardaban en el muelle mientras el timonel, un hombre llamado Osric, concluía la transacción con un comerciante cuyas mercancías llevaba bordo.

—Zarparemos contigo —le dije.

Dejamos casi todos los caballos en tierra, aunque insistí en que quería que *Smoca* viniera conmigo, al igual que Finan insistió en no apartarse de su montura. Así que atamos a las caballerías en el pantoque del *Cisne*, y allí se quedaron temblando. Zarpamos. La marea estaba subiendo, los remos golpeaban, íbamos río arriba.

—¿Adonde he de llevaros, señor? —me preguntó Osric.

—A Coccham —le ordené.

Con Alfredo, una vez más.

* * *

El río iba crecido, turbio y revuelto. Bajaba con fuerza por las lluvias de aquel invierno, y la marea que subía ofrecía una resistencia cada vez menor. Al principio, al *Cisne* le costó lo suyo hasta que los diez remeros lograron imponerse a la corriente; Finan me estaba mirando y los dos sonreímos. Seguro que se acordaba, igual que yo, de los largos meses que habíamos sido esclavos remeros en un buque mercante. Lo pasamos mal, sangramos y nos helamos de frío, convencidos de que sólo la muerte podría librarnos de aquella maldición. Ahora, otros eran los hombres que remaban para nosotros, mientras el *Cisne* se enfrentaba con los rápidos de los enormes meandros del Temes, que se remansaban gracias a la enorme cantidad de agua que inundaba las marismas.

Me senté en el angosto altillo que se alzaba en la proa redondeada de la barcaza, y el padre Pyrlig hizo lo propio, a mi lado. Le había dejado mi capote y estaba embozado en él. No sé cómo se las había compuesto para hacerse con un poco de pan y queso, pero no me extrañó nada: nunca había conocido a un hombre que comiese tanto.

—¿Cómo se os ocurrió que podría vencer a Sigefrid? —me preguntó.

—No lo pensé —repuse—. La verdad es que confiaba en que fuera él quien acabase con vos; un cristiano menos.

Esbozó una sonrisa al oír mis palabras, y se quedó mirando las aves acuáticas que sobrevolaban el río.

—Sabía que sólo disponía de dos o tres oportunidades de atacarle —comentó—, antes de que se diera cuenta de que sabía manejarme bien, tras lo cual me hubiera rebanado y arrancado la carne a tiras.

—Por supuesto —respondí—, pero pensé que las tendríais en cuenta y las aprovecharíais bien.

—Gracias por lo que hicisteis, Uhtred —dijo, al tiempo que cortaba un trozo de queso y me lo daba—. ¿Cómo estáis?

—Aburrido.

—Me enteré de que os habíais casado.

—No estoy aburrido de mi mujer —le repliqué.

—¡Qué suerte! Porque yo no soporto a la mía, con esa lengua viperina que tiene. En cuanto abre la boca, ya está criticando a alguien. No la conocéis, ¿verdad?

—No.

—A veces, reniego de Dios por haber hecho a Eva de aquella costilla de Adán; pero cuando veo a una muchacha y mi corazón brinca de alegría, pienso que Dios bien sabía lo que se traía entre manos.

—Pensaba que los curas cristianos tenían que dar ejemplo —dije, con una sonrisa.

—¿Qué hay de malo en admirar a las criaturas de Dios —se preguntó Pyrlig, no sin indignación—, y más si son jóvenes, con unas buenas tetas y un precioso culo redondito? Si ignorase esas gracias con las que tiene a bien dispensarnos, sería un hereje —para preguntarme, a continuación, con gesto preocupado—: Me enteré de que os habían hecho prisionero.

—Así fue.

—Recé por vos.

—Os lo agradezco —repuse, sinceramente. No adoraba al dios de los cristianos, pero, como Erik, temía que tuviera algún poder, así que las oraciones que a él iban dirigidas nunca estaban de más.

—Y también que fue el rey Alfredo quien os liberó —añadió Pyrlig.

Me quedé callado un instante. Como siempre, no estaba dispuesto a reconocer la deuda que tenía contraída con Alfredo y, a regañadientes, admití que me había ayudado.

—Envió a los hombres que me sacaron de aquella situación —dije.

—¿Y ésa es vuestra forma de agradecérselo, lord Uhtred, proclamándoos rey de Mercia?

—¿También estáis al corriente de eso? —pregunté con cautela.

—¡Pues, claro, naturalmente! Ese zoquete de hombretón del norte bien se encargó de gritármelo al oído. ¿Sois, pues, el rey de Mercia?

—No —me limité a responder, aguantándome las ganas de añadir «todavía».

—Eso pensé yo, que era mentira —añadió Pyrlig, más tranquilo—. De lo contrario, me habría enterado. Y no creo que lo seáis, a menos que sea por expreso deseo de Alfredo.

—Me importa un bledo lo que diga Alfredo —contesté.

—Pero debería informarle de esos rumores —dijo Pyrlig.

—Faltaría más —repliqué, cortante.

Me apoyé contra la viga curvada de la roda de la barcaza, y contemplé la espalda de los remeros. Aproveché de paso para asegurarme de que ningún barco venía siguiéndonos, por si alguna nave guerrera venía detrás de nosotros impulsada por largos remos, pero no atisbé ningún mástil a lo largo del río, señal de que Erik había conseguido convencer a su hermano para que no se tomase la revancha de inmediato por la humillación que había sufrido a manos de Pyrlig.

—¿A quién se le habrá ocurrido que os habíais proclamado rey de Mercia? —insistió el cura, a la espera de una respuesta que nunca llegó a oír—. Seguro que a Sigefrid, un locura de Sigefrid.

—¿Locura? —pregunté, como quien no quiere la cosa.

—Ese hombre no es un necio —aseguró Pyrlig—, y su hermano, menos aún. Saben que Æthelstan, el rey de Anglia Oriental ya es viejo, y se preguntan quién será su sucesor. Por otra parte, en Mercia, no hay rey. Pero no dispone de fuerzas para conquistarla. Los sajones de Mercia le plantarían cara, Alfredo acudiría en su ayuda y los hermanos Thurgilson tendrían que pelear contra una horda de sajones. De modo que a Sigefrid se le ocurrió la idea de levantar un ejército y conquistar Anglia Oriental en primer lugar, después Mercia, ¡y más tarde, Wessex! Pero, para llevar a cabo todo eso, tiene que contar con los hombres de Northumbria del *jarl* Ragnar.

Me sorprendió que Pyrlig, amigo de Alfredo, estuviera al tanto de los planes de Sigefrid, Erik y Haesten, pero permanecía impasible.

—El *jarl* Ragnar no se sumará a esa contienda —dije, tratando de dar por terminada la conversación.

—A menos que vos se lo pidáis —repuso Pyrlig, de inmediato, si bien yo me limité a encogerme de hombros—. ¿Qué puede ofreceros Sigefrid? —añadió Pyrlig y, al ver que yo no decía nada, se respondió a sí mismo—: Mercia.

—Todo eso me parece muy complicado —repuse, con una sonrisa de circunstancias.

—Sigefrid y Haesten —continuó Pyrlig, ignorando mi frívolo comentario— aspiran a ser reyes. Pero aquí sólo disponemos de cuatro reinos. No pueden conquistar Northumbria, porque Ragnar no se lo permitiría. Tampoco pueden apoderarse de Mercia, porque Alfredo se lo impediría. Pero como Æthelstan ya está viejo, bien pueden invadir Anglia Oriental. Y, ¿por qué no acabar lo ya comenzado y conquistar Wessex de paso? Sigefrid asegura que sentará en el trono al beodo del sobrino de Alfredo, lo que contribuiría a calmar los ánimos de los sajones durante unos cuantos meses, los suficientes hasta que Sigefrid lo asesinase. Pero, para entonces, quizá Haesten ya fuera rey de Anglia Oriental, y vos, quizá rey de Mercia. Claro que se alzarían contra vos y se dividirían Mercia como buenos hermanos. Por ahí van los tiros, lord Uhtred, ¡y preciso es reconocer que no es mala idea! Pero, ¿quién se uniría a ese par de forajidos?

—Nadie —mentí.

—A menos que estén convencidos de que tienen a las Parcas de su parte —dijo Pyrlig, de pasada, antes de taladrarme con la mirada—. ¿Habéis visto al hombre muerto? —me preguntó con la mayor candidez del mundo, aunque me sorprendió tanto que no fui capaz de responder; me lo quedé mirando, a aquella cara tan redonda como magullada—. Dicen que se llama Björn —añadió el galés, engullendo otro trozo de queso.

—¡Los muertos no mienten! —le espeté.

—Pero los vivos, sí, ¡os lo juro! Hasta yo miento, lord Uhtred —me comentó, con un gesto de desdén—. ¡Le envié un mensaje a mi mujer, y le dije que no le gustaría nada vivir en Anglia Oriental! —añadió, entre risas. Alfredo había ordenado a Pyrlig que fuera a Anglia Oriental porque era cura y hablaba danés, con la intención de instruir a Guthrum en la fe cristiana—. Lo cierto es que le habría encantado —continuó Pyrlig—. Hace mejor clima que donde vivimos nosotros y no hay colinas contra las que se pueda despotricar. Toda Anglia Oriental es un territorio llano y húmedo, sin

nada que se asemeje a una colina. A mi mujer jamás le gustaron las colinas, Por eso, quizás, encontré a Dios. Me gustaba vivir en las cimas con tal de mantenerme apartado de ella y, allí arriba, siempre se siente uno más cerca de Dios. Björn no está muerto.

Lo dijo de repente, sin más, y yo le respondí con idéntica brusquedad.

—Yo lo vi.

—Visteis a un hombre que salía de una tumba, eso fue lo que visteis.

—¡Os digo que lo vi con mis propios ojos! —insistí.

—Por supuesto que sí. Y nunca os preguntasteis qué es lo que en realidad habías visto, ¿a que no? —replicó el galés—. A Björn lo habían enterrado antes de que llegaseis, y respiraba gracias a un junco.

Recordé en aquel momento que Björn había escupido algo en el momento en que se alzó con paso vacilante. No una cuerda de arpa, desde luego; era otra cosa. Pensé que sería un poco de tierra, pero lo cierto es que era de un color más claro. En aquella ocasión, ni pensé en ello siquiera, pero en aquel momento comprendí que la presunta resurrección no era más que una triquiñuela; me quedé sentado en la cubierta del *Cisne* y pensé en cómo se venían abajo los últimos atisbos de mis sueños. No sería rey.

—¿Cómo os habéis enterado? —pregunté, enojado.

—El rey *Æ*thelstan no es tonto, y dispone de espías — Pyrlig dejó caer una mano sobre mi brazo—. ¿Os pareció muy convincente?

—Mucho —repuse con amargura.

—Es uno de los hombres de Haesten y, si alguna vez lo atrapamos, lo mandaremos de verdad al infierno. ¿Qué o dijo?

—Que sería rey de Mercia —respondí, en voz baja—, que sería rey de los sajones y de los daneses, enemigo de los galeses, rey del territorio entre los ríos y señor de mis dominios y yo me lo creí —añadí, arrepentido.

—Pero, ¿cómo habríais de ser rey de Mercia —insistió Pyrlig —, a menos que Alfredo os proclamase?

—¿Alfredo?

—Le prestasteis juramento de lealtad, ¿no es así?

Avergonzado, no me quedó más remedio que confesar la verdad, no tenía otra salida.

—Así es —admití.

—Razón de más para que le informe de todo lo que ha pasado —replicó Pyrlig, con severidad—, porque un hombre que falta a su palabra no es un asunto banal, lord Uhtred.

—No os falta razón —asentí.

—Y Alfredo estará en su derecho de quitaros la vida cuando se lo diga.

Me limité a encogerme de hombros.

—Más vale que mantengáis vuestro juramento —dijo Pyrlig—, en vez de hacer caso de hombres que hacen pasar por cadáver a un hombre vivo. Las Parcas no están de vuestra parte, lord Uhtred. Hacedme caso.

Le miré, y contemplé sus ojos tristes. Yo le caía bien, pero me estaba diciendo que me habían engañado, y no le faltaba razón, y todos mis sueños se venían abajo.

—¿Qué puedo hacer? —le pregunté, con tristeza—. Bien sabéis que fui a Lundene para unirme a ellos; vos debéis contárselo a Alfredo, y nunca más se fiará de mí.

—Dudo que confíe en vos —me dijo Pyrlig, para darme ánimos—. Alfredo es un hombre prudente, pero os conoce bien, Uhtred; sabe que sois un guerrero y necesita a gente como vos —interrumpió un momento su discurso para sacarse la cruz de madera que llevaba colgada al cuello—. Jurad sobre esto —me dijo.

—¿Qué debo jurar?

—¡Que mantendréis el juramento que le hicisteis! Hacedlo y no diré nada. Hacedlo y negaré todo lo que pasó. Hacedlo y yo me encargaré de protegeros.

Vacilé.

—Si quebrantáis el juramento que habéis hecho a Alfredo —añadió—, seréis enemigo mío y no me quedará otro remedio que acabar con vos.

—¿Pensáis que seríais capaz? —le pregunté.

Hizo aquel gesto tan suyo de desdén.

—Aunque sea galés y cura, sé que os caigo bien, mi señor así que no os agradaría matarme, y tendré tres oportunidades antes de que reparéis en el peligro que corréis, y en ese caso, mi señor, acabaría con vos.

Puse la mano derecha sobre la cruz.

—Lo juro —dije.

Seguía siendo un hombre de Alfredo.

Capítulo III

Llegamos a Coccham aquella misma noche y Gisela, que sentía tan poco aprecio por los cristianos como yo, saludó afectuosamente al padre Pyrlig, que se mostró con ella más galante de lo habitual, le dirigió cumplidos extraordinarios y jugó con nuestros hijos. Teníamos dos por entonces, y éramos afortunados, porque los dos vivían, al igual que su madre. Uhtred era mi hijo mayor. Tenía cuatro años, un pelo tan rubio como el mío y una carita decidida, de nariz chata, ojos azules y barbilla prominente. Mi hija, Stiorra, tenía dos años. Tenía un nombre extraño que, al principio, no me había gustado, pero Gisela me había rogado que le pusiésemos ese nombre y, como yo era incapaz de decirle que no a casi nada, mucho menos me habría opuesto a aquel nombre para mi hija. Stiorra significaba «estrella», y Gisela me perjuraba que ella y yo nos habíamos encontrado gracias a una buena estrella, bajo la cual había nacido nuestra hija. Así que me había acostumbrado a llamarla así, y había acabado por gustarme ese nombre tanto como quería a la niña, que tenía el pelo oscuro como su madre, cara alargada y sonrisa desdeñosa. Stiorra, Stiorra, le decía mientras le hacía cosquillas o le dejaba jugar con mis brazaletes. ¡Qué hermosa era Stiorra!

Jugué con ella la noche antes de partir con Gisela hacia Wintanceaster. Era primavera y el caudal del Temes ya había bajado, de modo que era posible contemplar las marismas de las orillas y el mundo era un estallido de verdor con el despuntar de las hojas. Los corderos primerizos daban sus primeros pasos titubeantes por los prados en los que pastaban las vacas, y el aire traía el murmullo de los cantos de los mirlos. Los salmones habían remontado el río y las trampas de sauce llorón que habíamos preparado nos proporcionaban alimento. Los perales de Coccham estaban cargados de brotes rodeados de una legión de camachuelos, que los niños se encargaban de ahuyentar para que pudiéramos disfrutar de los frutos en verano. Era una buena época del año, la estación en que el mundo se despereza y el momento en que Alfredo nos había invitado a su capital para asistir a los esponsales de su hija, Æthelflaed, con mi primo, Æthelred. Aquella noche, mientras simulaba que mi rodilla era un caballo montado por mi hija

Stiorra, pensé en mi promesa de entregar la ciudad de Lundene como regalo de bodas a Æthelred.

Gisela estaba hilando; se había encogido de hombros cuando le dije que no iba a ser reina de Mercia, y asintió muy seria cuando le aseguré que mantendría el juramento de lealtad que había prestado a Alfredo. Aceptaba el destino con mejor presencia de ánimo que yo. Según ella, el destino y aquella buena estrella nos habían unido, a pesar de que todo el mundo estaba empeñado en separarnos.

—Si mantienes el juramento que le hiciste a Alfredo —me preguntó de repente, impidiéndome jugar con Stiorra—, tendrás que echar a Sigefrid de Lundene.

—Así es —contesté, asombrado como tantas otras veces de la coincidencia entre lo que pensábamos ella y yo.

—¿Podrás hacerlo?

—Sí —repuse.

Sigefrid y Erik ocupaban todavía la antigua ciudad, y sus tropas custodiaban las murallas romanas que habían reconstruido con madera. Ningún barco podía ir Temes arriba sin pagar tributo a los dos hermanos. El derecho de tránsito tenía un importe tan elevado que los comerciantes habían buscado otras vías para llevar sus mercancías a Wessex y el tráfico fluvial se había interrumpido. Guthrum, el rey de Anglia Oriental, había amenazado a Sigefrid y Erik con declararles la guerra, pero tal desafío no había llegado a hacerse realidad. Guthrum no quería la guerra; sólo trataba de convencer a Alfredo de que hacía cuanto estaba en su mano para respetar los términos del tratado de paz. De modo que si había que echar a Sigefrid, serían los sajones de Wessex los encargados de hacerlo, y yo tendría que ponerme al frente de las tropas.

Ya había hecho mis planes. Había escrito al rey y éste, a su vez, había enviado mensajes a los *ealdormen* de los condados, y me había contestado que podía contar con cuatrocientos guerreros de verdad además de los hombres del *fyrd* de Berrocscire, una hueste de labradores, guardabosques y braceros, numerosa quizá, pero carente de preparación. Sólo dispondría en realidad de los cuatrocientos hombres armados, mientras nuestros informadores aseguraban que, en aquellos momentos, Sigefrid disponía de no menos de seiscientos en la antigua ciudad. Los mismos espías afirmaban que Haesten había regresado a su campamento de Beamfleot, que no estaba lejos de Lundene, y no tardaría en acudir en ayuda de sus aliados, al igual

que los daneses de Anglia Oriental que no aceptaban que Guthrum se hubiese convertido al cristianismo y estaban deseando que Sigefrid y Erik comenzasen una guerra de conquista.

—El rey —me dijo Gisela, con delicadeza— querrá saber qué planes tienes.

—Si es así, se los expondré —contesté.

—¿Estás seguro? —me preguntó, no muy convencida.

—Pues, claro. El es el rey.

Dejó la rueca en el regazo y me miró con el ceño fruncido.

—¿Vas a decirle la verdad?

—Claro que no —le aseguré—. El será monarca, pero y no soy ningún mentecato.

Se echó a reír, acompañada por las sonoras carcajadas de Stiorra.

—Me gustaría ir contigo a Lundene —continuó Gisela melancólica.

—No puedes —le recordé.

—Ya lo sé —me contestó con una mansedumbre poco usual, al tiempo que se tocaba el vientre con la mano—. Es cierto que no puedo hacerlo.

Me la quedé mirando, durante largo rato, hasta que comprendí el alcance de la noticia que acababa de darme La contemplé, sonreí y, luego, me eché a reír. Lancé a Stiorra a lo alto, de modo que su oscuro pelo casi rozó la techumbre ennegrecida por el humo.

—Tu madre está preñada —le dije a la pequeña, que estaba encantada.

—Y la culpa la tiene tu padre —aseguró Gisela, muy segura de lo que decía.

Éramos muy felices.

* * *

Æthelred era primo mío, hijo de un hermano de mi madre Natural de Mercia, aunque leal a Alfredo de Wessex desde hacía muchos años. Aquel día, en Wintanceaster, en la enorme iglesia que Alfredo había erigido, Æthelred de Mercia obtuvo la recompensa por su fidelidad.

Recibió como esposa a Æthelflaed, la hija mayor de Alfredo y segunda de sus vástagos. Era una muchacha de cabellos dorados, con unos ojos resplandecientes del color del cielo en verano. Debía de tener unos trece o catorce años, la mejor edad para una chica casadera, y ya se había convertido en una jovencita espigada, muy derecha y de aspecto

desenvuelto. Era tan alta como el hombre que iba a convertirse en su esposo.

Ahora, Æthelred es un héroe. Me cuentan cosas de él, aventuras que se explican en los salones sajones de toda Inglaterra, al amor de la lumbre. Æthelred *el Osado*, Æthelred *el Guerrero*, Æthelred *el Leal*. Cuando las oigo, me limito a sonreír, pero nunca digo nada, ni siquiera cuando me preguntan si es cierto que llegué a conocer a Æthelred. Claro que lo conocí, y es cierto que fue un guerrero antes de que la enfermedad lo paralizase hasta dejarlo postrado. Por supuesto que era osado, aunque sus más taimados mandobles consistían en pagar a bardos y atraerlos a su corte para que compusieran trovas que ensalzasen sus proezas. Cualquiera podía hacerse rico en la corte de Æthelred con tal de que desgranase unas cuantas palabras, como si fueran cuentas de un rosario.

Nunca fue rey de Mercia, aunque anhelaba serlo. Bien se encargó Alfredo de que así fuera, porque no quería que en Mercia hubiera rey. Quería que un hombre leal a él gobernase Mercia y se las ingenió para que tan fiel servidor dependiese del dinero que recibía de los sajones de Wessex, y Æthelred fue la persona que eligió para tal cometido. Recibió el título de *ealdorman* de Mercia y en todo, menos en el nombre, actuaba como rey, aunque los daneses del norte de aquel territorio nunca reconocieron su autoridad. Sí reconocían su superioridad, como yerno de Alfredo que era, razón por la que los *thegns* sajones del sur de Mercia lo aceptaron. Quizá no les convenciese el *ealdorman* Æthelred, pero sabían que bastaba una palabra suya para que las tropas sajonas de Wessex acudiesen a sofocar cualquier incursión danesa en el sur.

Así fue cómo un día primaveral, en Wintanceaster, un día luminoso y soleado, mientras los pájaros cantaban, Æthelred adquirió su posición. Entró muy ufano en la nueva enorme iglesia construida por Alfredo, luciendo una amplia sonrisa en su rostro de barba pelirroja. Quizás, en sus fantasías, pensase que los demás le apreciaban, y seguramente había hombres que lo estimaban, pero yo no. Mi primo era de pocas luces, pendenciero y jactancioso, de mandíbula ancha y agresiva, y mirada desafiante. Doblaba en edad a la novia y, durante casi cinco años, había estado al frente de la guardia personal de Alfredo, un nombramiento que había recibido más por nacimiento que por sus dotes. Gracias a su buena estrella, había heredado unas tierras que se extendía por casi todo el sur de Mercia, lo que le había convertido en el noble más importante de aquellos

territorios y, aunque me cueste aceptarlo, en el caudillo natural de aquellos tristes parajes. No tengo inconveniente en reconocer, sin embargo que era un mierda.

Pero Alfredo nunca se dio cuenta. Estaba cegado con la extravagante devoción que le profesaba Æthelred, quien nunca estaba en desacuerdo con lo que decía el rey de Wessex. Sí, mi señor; no, mi señor; permitidme que vacíe vuestro orinal, mi señor, y tened la bondad de dejarme lamer vuestro regio culo, mi señor. Así era Æthelred y, como recompensa, recibió a Æthelflaed.

La joven llegó a la iglesia al poco de haber hecho su entrada Æthelred; iba tan sonriente como el novio. Se notaba que estaba enamorada de verdad, transportada en un especie de éxtasis que traslucía su dulce y radiante rostro. Es una muchacha esbelta, que ya movía las caderas al andar. Tenía unas piernas largas y finas, y una nariguilla chata, sin cicatriz alguna de enfermedad. Llevaba un vestido de lino de color azul claro, con entrepaños bordados de santos con sus aureolas y cruces, y un cinturón de tela dorada, con unas bolas y unas campanillas de plata colgando. Se cubría los hombros con una capa de hilo blanco, que llevaba sujeta al cuello con un broche de cristal, y que arrastraba al andar sobre las hierbas que crecían entre las losas del pavimento. El pelo, tan rubio y brillante, lo llevaba enrollado en un moño que sujetaba con alfileres de marfil. Aquel día de primavera era la primera vez que lucía el cabello peinado, dejando al descubierto su largo y delicado cuello, símbolo de que era una mujer casada. Estaba realmente preciosa.

Mientras caminaba hacia el altar, vestido y adornado de blanco, cruzó una mirada conmigo, y en sus ojos, rebosantes de alegría, pareció brillar un fulgor renovado. Me sonrió, le devolví la sonrisa, y rompió a reír de felicidad, antes de seguir andando al encuentro de su padre y del hombre que iba a ser su marido.

—Parece que te tiene mucho cariño —comentó Gisela, con una sonrisa.

—Hemos sido amigos desde que era niña —contesté.

—Todavía lo es —añadió Gisela, en voz baja, mientras la novia se adelantaba hasta el altar, cubierto de flores y presidido por una cruz.

Recuerdo que pensé que Æthelflaed iba a ser sacrificada en aquel altar, pero si así fuera, parecía la víctima propiciatoria más condescendiente del mundo. Siempre había sido una niña traviesa y revoltosa y estaba seguro de

que se ponía furiosa al tener que someterse a la mirada de su amargada madre y a las rígidas normas de su padre. Veía el matrimonio como una forma de escapar de la devota y austera corte de Alfredo, y aquel día era tanta su felicidad que ella sola llenaba la nueva iglesia del rey. Me fijé en cómo lloraba Steapa, quizás el mejor guerrero de Wessex. Al igual que yo, le tenía mucho cariño a *Æ*thelflaed.

En la iglesia habría casi trescientas personas. Emisarios que habían llegado desde los reinos de Frankia, al otro lado del mar, al igual que de Northumbria, Mercia, Anglia Oriental y los reinos de Gales. Aquellos hombres, al igual que lo curas y nobles, ocupaban sitios de honor, cerca del altar. Los *ealdormen* y otros potentados de Wessex estaban allí también mientras que, alrededor del altar, había una negra bandada de curas y monjes. No presté demasiada atención a la misa porque Gisela y yo estábamos colocados al final de la iglesia y charlábamos con unos amigos. Sólo una vez un cura no exigió silencio con gesto autoritario, pero ninguno nos dimos por aludidos.

Hild, abadesa de un monasterio de Wintanceaster, estrechó a Gisela entre sus brazos. Gisela tenía dos buenas amigas cristianas. En primer lugar, Hild, quien en una ocasión abandonó las órdenes para ser mi amante, y la otra era Thyra, hermana de Ragnar; con quien me había criado y a la que quería como a una hermana. Thyra era también danesa había crecido adorando a Thor y a Odín, pero se había convertido al cristianismo y había dejado su país para irse al sur a Wessex. Vestía como una monja. Un tosco hábito gris con capucha ocultaba su extraordinaria belleza. Un cíngulo que rodeaba su cintura, tan delgada como la de Gisela, pero, en aquellos momentos, rebosante por la preñez. La acaricié suavemente con la mano.

—¿Otro? —le pregunté.

—Y no tardará mucho —me contestó Thyra. Había parido tres hijos, uno de los cuales, un chico, aún vivía.

—Tienes un esposo insaciable —dije, con severidad fingida.

—Es la voluntad de Dios —repuso Thyra, muy seria, gracia que yo recordaba de su niñez se había esfumado después de la conversión, aunque lo más probable es que la hubiera perdido cuando los enemigos de su hermano la hicieron esclava en Dunholm. Sus captores la habían forzado y abusado de ella hasta volverla majareta. Aunque Ragnar y yo habíamos conseguido entrar en Dunholm para liberarla, fue su conversión al

cristianismo lo que, de verdad, le salvó de la locura, hasta convertirla en aquella mujer apacible que me miraba tan seria.

—¿Cómo está tu marido? —le pregunté.

—Bien; muchas gracias —dijo, ruborizándose mientras hablaba. Thyra había encontrado el amor, no el de Dios, sino el de un buen hombre, y yo me alegraba.

—Como es natural, pondrás a la criatura el nombre de Uhtred, si es un chico —le dije, muy serio.

—Si el rey nos da su consentimiento —me contestó Thyra—, le llamaremos Alfredo y, si es una niña, se llamará Hild.

Lo que provocó que Hild diese un grito de alegría, Gisela les revelase que también estaba esperando y las tres se enzarzaran en una interminable discusión sobre recién nacidos. Me escabullí como pude y fui a ver a Steapa, con aquella cabeza y aquellos hombros que sobresalían por encima de los allí reunidos.

—¿Ya os habéis enterado de que voy a echar a Sigefrid y Erik de Lundene? —le pregunté.

—Algo había oído —me dijo, con su forma de hablar cachazuda.

—¿Vendréis conmigo?

Observé una fugaz sonrisa, que tomé por una aceptación. Tenía una cara que daba miedo, con una piel tan estirada por encima de su cráneo que parecía que siempre estaba haciendo muecas. En la batalla, era un hombre terrible, un magnífico guerrero, todo arrojo y manejaba la espada como nadie. Nacido esclavo, su complexión y sus dotes para luchar le habían ayudado a llegar muy lejos. Formaba parte de la guardia personal de Alfredo, tenía esclavos a sus órdenes y cultivaba un buen trozo de terreno en lo mejor de Wiltunscir. A la vista de aquel gesto de perpetuo enojo presente en su rostro, los hombres tenían buen cuidado de no enfrentarse con él, pero yo sabía que era un buen hombre No era listo, nunca fue un erudito, pero sí cariñoso y leal.

—Le pediré al rey que os deje venir conmigo —le dije.

—Quiere que me vaya con Æthelred —repuso Steapa.

—Sin embargo, desearíais estar con el hombre que dirige la batalla, ¿o no? —insistí.

Steapa me guiñó un ojo, con suficiente lentitud, como si tratase de digerir el insulto que le había hecho a mi primo.

—Claro que lucharé —repuso, mientras estrechaba con su enorme brazo los hombros de su esposa, una mujer menuda, con cara de preocupación y ojos pequeños. Nunca fui capaz de recordar su nombre, así que la saludé amablemente y me mezclé con la multitud.

Æthelwold dio conmigo. El sobrino de Alfredo se había dado a la bebida de nuevo y tenía los ojos inyectados en sangre. Había sido un hombre apuesto, pero ahora mostraba una cara redonda, surcada de venillas rojas y rotas bajo la piel. Me llevó hasta una de las naves laterales de la iglesia, bajo un estandarte en el que estaba escrito con letras bordadas en lana roja: «Si crees en Él, todo lo que le pidas a Dios lo recibirás. Cuando alguien le reza con fe y humildad, todo lo consigue». Me imaginé que las esposas y las damas de Alfredo habían bordado aquellas palabras, aunque el sentido de las mismas parecía haberlo inspirado el mismísimo Alfredo. Æthelwold me daba tales codazos que me hacía daño.

—Pensé que estabais de mi parte —me susurró, en tono de reproche.

—Y lo estoy —le dije.

Se me quedó mirando, sin creérselo del todo.

—¿Visteis a Björn?

—Contemplé a un hombre que se hacía pasar por muerto —repuse.

Hizo como que no había oído el comentario, lo que no dejó de sorprenderme. Recordé cómo le había afectado su encuentro con Björn, tanto que había permanecido sobrio una temporada. Sin embargo, ahora parecía darle igual el comentario desdeñoso que había hecho sobre aquel cadáver resucitado.

—¿No os dais cuenta de que es la mejor posibilidad que tenemos? —me preguntó, sin dejar de magullarme el codo.

—¿Nuestra mejor posibilidad de qué? —le pregunté, armándome de paciencia.

—De librarnos de él —me respondió con vehemencia, de forma que algunas de las personas que estaban a nuestro alrededor se volvieron a mirarnos. Callé la boca. Estaba claro que Æthelwold quería librarse de su tío, pero le faltaban arrestos para hacerlo por sí mismo y, por eso, no cejaba en la búsqueda de aliados, como yo. Me miró a los ojos y, evidentemente, no encontró lo que esperaba, porque me soltó el brazo.

—Quieren saber si le habéis pedido a Ragnar que acuda —dijo, en voz baja.

De modo que Æthelwold seguía en relación con Sigefrid; interesante, aunque no me sorprendió.

—No, no lo he hecho —le contesté.

—¿Por qué no, por el amor de Dios?

—Porque Björn mintió —repuse—: No está escrito en mi destino que haya de ser rey de Mercia.

—Si alguna vez llego a ser rey de Wessex —me contestó Æthelwold, decepcionado—, más vale que huyáis, si queréis seguir con vida.

Sonreí ante aquella amenaza, me lo quedé mirando sin parpadear y, al cabo de un rato, se dio media vuelta, musitando algo que no podía oír, pidiendo disculpas probablemente. Dirigió su peor mirada al otro lado de la iglesia.

—Esa puta danesa —dijo, en un arrebato.

—¿Qué puta danesa? —le pregunté, pensando por un segundo que podía referirse a Gisela.

—Ésa —dijo, haciendo un gesto hacia Thyra—, la que se casó con ese idiota. La furcia devota. La que tiene la panza bien llena.

—¿Thyra?

—Es hermosa —comentó Æthelwold, desafiante.

—Lo es.

—¡Y está casada con un viejo imbécil! —insistió, dirigiendo a Thyra una mirada de asco—. Cuando haya parido al cachorro que lleva dentro, la tumbaré de espaldas —añadió— y ya le enseñaré yo cómo riega un campo un hombre de verdad.

—¿Sabéis que es amiga mía? —le pregunté.

Pareció asustarse. Estaba claro que nada sabía del gran cariño que me unía a Thyra, y trataba de dar marcha atrás.

—Sólo he dicho que era hermosa —comentó, de malhumor—, nada más.

Sonreí y le dije al oído, en un susurro:

—Tócala, y te meto una espada por el ojo del culo, te rajo desde los cojones hasta la garganta y echo tus tripas a los cerdos. Hazlo, Æthelwold, sólo una vez, y estarás muerto.

Me aparté de él. Era un imbécil, un borracho y un lascivo, y lo dejé por imposible. En lo que no anduve muy acertado, como se verá. Después de todo, él era el rey legítimo de Wessex, pero sólo él y algunos pocos tan locos como él pensaban que debería ocupar el trono de Alfredo. Porque, al

contrario que su sobrino, Alfredo era sobrio, inteligente, trabajador y mantenía su palabra.

También él parecía feliz aquel día. Estaba presente en el matrimonio de su hija con un hombre al que quería casi tanto como a un hijo, escuchaba los cánticos de los monjes, contemplaba la iglesia que él había construido, con sus vigas doradas y las estatuas policromadas y se daba cuenta de que, gracias a ese matrimonio, pasaba a dominar el sur de Mercia.

Lo que significaba que Wessex, al igual que los niños que Thyra y Gisela llevaban en su vientre, seguía creciendo.

* * *

El cura Beocca vino a verme a la salida de la iglesia, donde los invitados a la boda estábamos tomando el sol, esperando a que nos avisasen para asistir al festín en el palacio de Alfredo.

—Hay que ver cuánta gente estaba hablando en la iglesia —se me quejó Beocca—, y eso que era un día santo, Uhtred, un día sagrado. Celebrábamos un sacramento, ¡pero la gente hablaba como si estuviese en un mercado!

—Lo mismo que hacía yo —le contesté.

—¿De verdad? —preguntó, mirando a otra parte—. Bien sabéis que eso no se puede hacer. ¡Es de mala educación y un insulto a Dios! ¡Me dejáis atónito, Uhtred, no tengo palabras! ¡Estoy disgustado!

—Así son las cosas, padre —respondí, con una sonrisa.

Beocca llevaba reprobando mi conducta desde hacía años. De niño, él había sido el cura y el confesor de mi padre y, como yo, había huido de Northumbria cuando mi tío se quedó con Bebbanburg. Había encontrado cobijo en la corte de Alfredo, porque el rey se deleitaba con su devoción, sus enseñanzas y su entusiasmo. El favor regio de que disfrutaba había logrado que dejaran de burlarse de él, que era, a decir verdad, uno de los hombres más feos con que uno podía toparse en Wessex. Tenía una pata de palo, la mano izquierda paralizada, y por si esto fuera poco, era bizco. No veía nada en aquel ojo extraviado, que se le había puesto tan blanco como el pelo, porque ya tenía casi cincuenta años. Los niños se burlaban de él cuando iba por la calle; había personas que se santiguaban, porque pensaban que semejante fealdad era una marca del diablo, aunque, en realidad, era el mejor cristiano que he conocido en toda mi vida.

—Me alegro de haberos visto —dijo, como quien no quiere la cosa, como si temiese que no había de creerle—. ¿Sabéis que el rey desea hablar con vos? Le dije que sería mejor después del festín.

—Para entonces, ya estaré borracho.

Me miró de arriba abajo y, con su mano buena, me ocultó bajo la túnica que llevaba el amuleto del martillo de Thor que lucía colgado del cuello.

—Procurad estar sobrio —me aconsejó.

—¿Por qué no mañana?

—¡El rey está muy ocupado, Uhtred! No puede esperar al momento en que os venga bien a vos.

—En ese caso, tendrá que hablar conmigo cuando esté borracho —le advertí.

—Y yo os digo que quiere saber cuánto tardaréis en apoderaros de Lundene. Por eso desea hablar con vos.

Calló al ver que Gisela y Thyra se acercaban a nosotros, y su rostro pareció transido de felicidad. Miraba a Thyra como quien contempla una visión, y cuando ella le dedicó una sonrisa, pensé que el corazón le iba a estallar del orgullo y la adoración que sentía.

—¿No tenéis frío, querida? —le preguntó, solícito—. Puedo ir a por una capa.

—No, no tengo frío.

—¿Vuestra capa azul?

—Estoy bien, querido —repuso ella, poniéndole una mano en el brazo.

—No sería una molestia —insistió Beocca.

—Te digo que no tengo frío, cariño —repitió Thyra, mientras Beocca daba la impresión de que no podía soportar tanta felicidad.

Beocca había soñado siempre con mujeres, con mujeres guapas, con una mujer hermosa que se casase con él y le diese hijos y, durante toda su vida, con aquel aspecto tan grotesco que tenía, sólo había recibido negativas, hasta que, en un momento de suerte, había conocido a Thyra y le había ayudado a olvidar todos los demonios que infestaban su alma. Llevaban ya cuatro años casados. Al verlos, uno se quedaba con la impresión de que no había dos personas tan hechas la una para la otra. Uno era un escrupuloso cura, viejo y feo; la otra era una danesa joven y rubia; pero, a su lado, uno podía sentir que eran tan felices como el calor de una enorme fogata en una noche de invierno.

—No deberíais estar de pie, querida —le dijo—, no en vuestro estado. Os traeré un taburete.

—Dentro de un momento, estaré sentada, querido.

—Eso es, un taburete o, mejor, una silla. ¿Estáis segura de que no queréis cubriros? ¡De verdad que no me cuesta nada ir en busca de una capa!

Gisela me miró y sonrió, mientras Beocca y Thyra se habían olvidado de nosotros y se hacían arrumacos. A continuación, Gisela hizo un leve gesto con la cabeza y reparé en un monje joven que estaba de pie cerca de nosotros y no dejaba de mirarme. Estaba claro que había estado esperando a que me fijase en él, se notaba que estaba nervioso. Era delgado, no muy alto, de pelo castaño y su pálida cara guardaba un parecido notable con la de Alfredo. Parecía igual de inquieto y nervioso que el rey, la misma mirada seria y los mismos labios finos, y, a juzgar por la sotana, también era devoto. Era un novicio, porque aún no llevaba tonsura, Y dobló una rodilla cuando me fijé en él.

—Mi señor Uhtred —dijo con humildad.

—¡Osferth! —exclamó Beocca, al reparar en la presencia del joven monje—. Deberías estar estudiando. La boda ha terminado y los novicios no están invitados al banquete.

Osferth no hizo caso de lo que le decía Beocca. En vez de eso, con la cabeza inclinada, me dijo:

—Vos conocisteis a mi tío, señor.

—¿Sí? —pregunté, con desconfianza—. He conocido a muchos hombres —añadí, preparando el camino para la negativa que iba a darle a cualquier petición que me formulase.

—Leofric, mi señor.

Al oír aquel nombre, mis recelos y mi hostilidad se disiparon, incluso esbocé una sonrisa.

—Claro que lo conocí, y lo quería.

Leofric había sido un bravo guerrero sajón de Wessex, que me había enseñado todo lo que yo sabía sobre la guerra. *Earsling*, cagarruta, solía llamarme. Él fue quien me enseñó a ser fuerte, curtiéndome, riñéndome, pegándome; se hizo amigo mío y siguió siéndolo hasta el día en que murió en el campo de batalla barrido por la lluvia de Ethandun.

—Mi madre es hermana suya, mi señor —dijo Osferth.

—¡A estudiar, joven! —le ordenó Beocca, con severidad. Puse mi mano en el brazo paralizado de Beocca un instante y lo retiré.

—¿Cómo se llama tu madre? —le pregunté a Osferth.

—Eadgyth, mi señor.

Me incliné y le obligué a alzar la cara. Cómo no se iba a parecer a Alfredo, si era el hijo bastardo que Alfredo había tenido con una de las sirvientas de palacio. Nadie admitió jamás que Alfredo fuera el padre de aquel muchacho, pero era un secreto a voces. Antes de que Alfredo encontrase a Dios, había descubierto los placeres que le proporcionaban las criadas de palacio, y Osferth era el resultado de aquellos excesos juveniles.

—¿Vive todavía Eadgyth? —le pregunté.

—No, mi señor; murió de unas fiebres hace dos años.

—¿Y a que te dedicas aquí, en Wintanceaster?

—Estudia para ser un hombre de iglesia —se entrometió Beocca—, porque tiene vocación de monje.

—Me gustaría ponerme a vuestro servicio, mi señor —dijo Osferth, nervioso y mirándome a la cara.

—¡Largo! —dijo Beocca, intentado ahuyentar al joven—. ¡Fuera, largo de aquí! ¡Vuelve a tus estudios, o le diré al maestro de novicios que te azote!

—¿Has tenido alguna vez una espada en tus manos? —le pregunté a Osferth.

—La que me dio mi tío, señor, aún la conservo.

—Pero nunca has peleado con ella, ¿verdad?

—No, mi señor —me contestó, alzando de nuevo los ojos hacia mí, inquieto y asustado, con aquel rostro tan parecido al de su padre.

—Estamos estudiando la vida de san Ceda —amenazó Beocca a Osferth—, así que antes de que anochezca habrás copiado las diez primeras páginas.

—¿Quieres ser monje? —le pregunté a Osferth.

—No, mi señor —contestó.

—¿Qué quieres hacer? —insistí, ignorando al cura Beocca que no dejaba de farfullar protestas, pero desde atrás, incapaz de desasirse del brazo con el que blando la espada.

—Me gustaría seguir los pasos de mi tío, mi señor —repuso Osferth.

Me contuve para no echarme a reír. Leofric había sido el guerrero más arrojado de cuantos han existido, mientras que Osferth era un jovencito

pálido y enclenque. Conseguí mantenerme serio.

—¡Finan! —grité.

—¿Mi señor? —dijo el irlandés, una vez que estuvo a mi lado.

—Este joven entrará a formar parte de mi guardia personal —le dije, al tiempo que le entregaba unas cuantas monedas

—Ni se os ocurra... —empezó a decir Beocca, que calló la boca cuando Finan y yo nos lo quedamos mirando.

—Llevaos a Osferth —le dije a Finan—, vestidlo con ropas decentes y entregadle armas.

Finan miraba a Osferth, sin acabar de creérselo.

—¿Armas? —me preguntó.

—Por sus venas corre sangre guerrera —respondí—, así que le enseñaremos a pelear.

—Muy bien, mi señor —dijo Finan, en un tono que daba a entender que pensaba que me había vuelto loco, pero luego se quedó mirando las monedas que le había dado y pensó que no era mala ocasión de hacer negocio; hizo una mueca, y dijo, a sabiendas de que mentía—: Haremos de él un guerrero, a pesar de todo, mi señor —y se llevó a Osferth de allí.

Beocca empezó a dar vueltas de un lado para otro.

—¿Os dais cuenta de lo que acabáis de hacer? —farfulló.

—No os quepa duda.

—¿Sabéis quién es ese muchacho?

—El bastardo del rey —dije, sin contemplaciones—, y acabo de hacerle un favor a Alfredo.

—¿Estáis seguro? —insistió Beocca, todavía encolerizado—. ¿A qué favor os referís, si puede saberse?

—¿Cuánto tiempo resistirá —pregunté a mi vez—, si le coloco en un muro de escudos? ¿Cuánto durará antes de que una espada danesa lo raje de arriba abajo como a una anguila? Ése es el favor, padre. Acabo de librar a vuestro devoto rey de su incómodo bastardo.

Nos dirigimos al banquete.

* * *

El banquete nupcial resultó tan malo como yo me había temido. La comida de Alfredo, además de escasa, nunca era buena, y la cerveza siempre demasiado ligera. Hubo discursos, a los que nadie prestó atención,

y cantores con arpas a los que no pude escuchar. Me dediqué a hablar con mis amigos, a fruncir el ceño ante unos cuantos curas a quienes no les gustaba mi amuleto del martillo, y me acerqué al estrado en el que se encontraba la mesa de los desposados para darle un casto beso a Æthelflaed. Estaba encantada.

—Soy la muchacha más afortunada del mundo —me dijo.

—Ahora eres una señora —le respondí, contemplando con una sonrisa su pelo recogido en lo alto de la cabeza.

Se mordió el labio inferior, como si le diera vergüenza, e hizo un mohín travieso al ver que Gisela se acercaba. Se dieron un abrazo, quedando aquel cabello rubio junto al otro tan oscuro, mientras Ælswith, la amargada esposa de Alfredo, me miraba con mal gesto. Le hice una reverencia.

—Os deseo que paséis un día muy feliz, señora —dije.

Ælswith hizo como que no me oía. Estaba sentada al lado de mi primo, que me hacía señas con una chuleta de cerdo.

—Tú y yo tenemos que hablar —me indicó.

—Ya lo estamos haciendo —repuse.

—Ya lo estamos haciendo, mi señor —me corrigió Ælswith con acritud—. Lord Æthelred es el *ealdorman* de Mercia.

—Y yo soy el señor de Bebbanburg —le respondí, en tono no menos desabrido—. ¿Cómo estás, primo?

—Mañana por la mañana, te pondré al tanto de los planes que tengo —me comentó.

—Pensaba que íbamos a ver al rey esta noche —le dije, como si no supiera nada de que Alfredo me había ordenado que hiciese los preparativos para apoderarnos de Lundene.

—Hay otros asuntos que requieren mi atención esta noche —repuso Æthelred, mirando a su joven esposa, con una fugaz expresión feroz, casi salvaje, antes de dedicarme una sonrisa—. Mañana por la mañana, después de las oraciones —y volvió a hacerme un gesto con la chuleta de cerdo, a modo de despedida.

Aquella noche, Gisela y yo ocupamos el aposento principal de la taberna de *Las Dos Grullas.* Nos acostamos muy juntos, le pasé los brazos alrededor y casi no hablamos. El humo del hogar de la taberna se colaba por las rendijas de las maderas del suelo y, debajo de nosotros, oíamos cantar a

los hombres. Nuestros hijos dormían al otro lado de la estancia con el ama de Stiorra, mientras los ratones se paseaban por la techumbre de paja.

—Estará pasando ahora, me imagino —dijo Gisela, pensativa, interrumpiendo el silencio.

—¿Qué?

—Pues que la pequeña Æthelflaed ya será toda una mujer —me contestó.

—Estaba deseando que pasara —le comenté.

Gisela negó con la cabeza.

—La forzará como un jabalí —añadió, susurrando las palabras. No dije nada. Gisela dejó caer la cabeza sobre mi pecho, su pelo me rozaba la boca—. El amor tiene que ser ternura —añadió.

—Es ternura —dije yo.

—Contigo, sí —repuso y, por un momento, me pareció que estaba llorando.

Le acaricié el pelo.

—¿Qué te pasa?

—Pues que la quiero, nada más.

—¿Te refieres a Æthelflaed?

—Es inteligente, y él no tiene cabeza —se echó a un lado para mirarme y, en la oscuridad, contemplé sus ojos brillantes—. Nunca me habías dicho —dijo en tono reprobatorio— que *Las Dos Grullas* era un burdel.

—No hay muchos sitios donde dormir en Wintanceaster —me disculpé —, ni siquiera hay bastantes camas para todos los invitados, así que hemos tenido suerte de encontrar este cuarto.

—Pero eres muy conocido aquí, Uhtred —continuó, con un deje de reproche.

—También es una taberna —me defendí.

Se echó a reír, estiró un brazo alargado y fino, y abrió una contraventana por la que se veía un cielo reluciente de estrellas.

Cuando fui a palacio al día siguiente por la mañana, el cielo seguía despejado. Entregué mis dos espadas a la entrada, y un cura joven y muy circunspecto me condujo al aposento de Alfredo, el mismo cuarto pequeño y austero, atestado de pergaminos, en el que tantas veces le había visto. Me estaba esperando, vestido con esa túnica marrón que hacía que pareciese un monje. Con él estaba Æthelred, que llevaba sus espadas, ya que como

ealdorman de Mercia gozaba de aquel privilegio en el interior del palacio. Había un tercer hombre en la estancia, Asser, el monje galés, que se me quedó mirando con un gesto de asco que no podía disimular. Era un hombre menudo y bajito, con una cara muy pálida y perfectamente rasurada. No le faltaban razones para odiarme. Yo fui quien organizó una carnicería en el reino al que había ido como emisario, y a punto estuve de acabar con él también, una omisión de la que habría de arrepentirme durante toda la vida. Puso mala cara al verme y yo le recompensé con un gesto efusivo, consciente de que le sacaría de quicio.

Alfredo no apartó la vista de lo que estaba haciendo, Pero me indicó con la pluma que pasase. Era una forma de darme la bienvenida como otra cualquiera. Estaba de pie encaramado sobre aquel pupitre en el que escribía y, durante un rato, oí cómo arañaba la vitela con la pluma. *Æ*thelred lucía una sonrisa como si estuviera encantado de haberse conocido, algo que hacía siempre por aquel entonces.

—*De consolatione philosophiae* —dijo Alfredo sin levantar los ojos.

—Parece que va a llover, sin embargo —repuse yo—; parece que viene algo por el oeste y el viento sopla con más fuerza.

Me dirigió una mirada cargada de enojo.

—¿Qué hay mejor y más dulce en esta vida —me preguntó— que servir y estar de lado del rey?

—¡Nada! —replicó *Æ*thelred, muy seguro.

Yo estaba tan sorprendido que no fui capaz de decir nada. Alfredo gustaba de la afectación de los buenos modales, pero rara vez admitía que alguien se mostrase servil en su presencia. Su pregunta, sin embargo, ponía de manifiesto que deseaba que me mostrase dispuesto a poco menos que adorarlo.

—Es una de las preguntas que se plantean en la obra que estoy copiando —nos explicó.

—Estoy deseando leerla —dijo *Æ*thelred. Asser calló la boca, y se quedó mirándome con sus oscuros ojos de galés. Era un hombre inteligente, tan de fiar como un barco que hace agua.

Alfredo dejó la pluma.

—En el contexto, mi señor Uhtred, podría pensarse que el rey es un representante de la autoridad divina, y la pregunta tiene que ver, claro está, con la tranquilidad que nos da la proximidad de Dios. Mucho me temo, no obstante, que vos no encontráis consuelo ni en la filosofía ni en la religión

—dijo, negando con la cabeza, mientras trataba de quitarse la tinta de los dedos con un trapo húmedo.

—Más le valdría buscar el consuelo de Dios, mi rey —sostuvo Asser, abriendo la boca por primera vez—, a no ser que pretenda que su alma arda en el fuego eterno.

—Amén —contestó Æthelred.

Alfredo contempló con tristeza sus manos manchadas de tinta.

—Lundene —dijo, de repente, cambiando de asunto.

—Custodiada por forajidos —repuse yo— que pretenden servirse de los muertos.

—Eso ya lo sé —comentó, con extrema frialdad—. ¿Qué hay de Sigefrid?

—Sigefrid, el hombre de un solo pulgar, gracias al padre Pyrlig —repuse.

—También estoy al tanto de eso —aseguró el rey—. Lo que me gustaría saber es qué hacíais vos con el tal Sigefrid.

—Los espiaba, señor —se me ocurrió decirle—, igual que vos espiasteis a Guthrum hace unos cuantos años —me refería a aquella noche de invierno en que Alfredo, que parecía haberse vuelto loco, se había disfrazado de músico para enterarse de lo que pasaba en Cippanhamm, ocupada entonces por Guthrum, cuando éste era enemigo de Wessex. Aquella locura de Alfredo no salió del todo bien y, de no haber estado yo allí, seguro que Guthrum se habría convertido en rey de Wessex. Le dediqué una sonrisa a Alfredo y él se dio cuenta de que le recordaba que le había salvado la vida; pero, en vez de mostrarse agradecido, parecía disgustado.

—No fue eso lo que nos contaron —inició el ataque el monje Asser.

—¿Qué os dijeron, pues, hermano? —le pregunté.

Alzó un largo y escuálido dedo.

—Que llegasteis a Lundene con el pirata Haesten —otro dedo se unió al primero—, que Sigefrid y su hermano Erik os recibieron con los brazos abiertos —hizo un alto, y me lanzó una maliciosa mirada a la que se sumó un tercer dedo—, y que los paganos se dirigían a vos con el título de rey de Mercia —y se guardó los tres dedos con lentitud, como si las acusaciones que acababa de formular fueran irrefutables.

Negué con la cabeza, con fingida sorpresa.

—Conozco a Haesten desde que le salvé la vida, hace ya muchos años —dije—, y me aproveché de esa circunstancia para que me invitase a ir a

Lundene. ¿Qué culpa tengo yo de que Sigefrid me diera un título que ni anhelo ni poseo?

Asser no dijo nada. *Æ*thelred no dejaba de moverse a mis espaldas, mientras Alfredo no me quitaba los ojos de encima.

—Si no me creéis, podéis preguntarle al padre Pyrlig.

—Lo hemos enviado de vuelta a Anglia Oriental para que siga con sus prédicas —añadió Asser, en tono cortante—. Pero tened por seguro que se lo preguntaremos.

—Ya lo he hecho yo —dijo Alfredo, indicándole a Asser que mantuviese la compostura—, y el padre Pyrlig responde por vos —aunque esto último lo afirmó con cautela.

—¿Cómo es posible que Guthrum no se haya vengado de las tropelías cometidas contra sus emisarios?

—El rey *Æ*thelstan —apuntó Alfredo, recurriendo al nombre cristiano de Guthrum— no quiere saber nada de Lundene. La ciudad pertenece a Mercia y sus tropas no se adentrarán en ese territorio. Pero le he prometido que le enviaría a Sigefrid y a Erik presos, y eso es cosa vuestra —me limité a negar con la cabeza, pero no dije nada—. Así que contadme los planes que tenéis para apoderaros de Lundene —me dijo Alfredo.

Callé un momento.

—¿Ofrecisteis un rescate por la ciudad, mi señor? —quise saber.

Alfredo pareció molesto al oír aquella pregunta, pero aseguró que sí con la cabeza.

—Ya les ofrecí plata —reconoció, avergonzado.

—Ofreced más —le propuse.

—¿Más todavía? —preguntó, dirigiéndome una mirada cargada de rencor.

—No será fácil tomar la ciudad, mi señor —le aseguré—. Sigefrid y Erik disponen de centenares de hombres, y Haesten se les unirá en cuanto se entere de que nos dirigimos contra ellos. Tendremos que asaltar muros de piedra, señor, y los hombres mueren como moscas en esos embates.

*Æ*thelred no dejaba de agitarse a mis espaldas. Sabía que pretendía tildar mis temores de cobardía, pero tuvo el suficiente sentido común para no abrir la boca.

Alfredo volvió a afirmar con la cabeza.

—Les ofrecí plata —afirmó, disgustado—, más plata de toda la que pueda soñar un hombre. Les ofrecí oro. Me respondieron que se

conformarían con la mitad de lo que les prometía, si les daba sólo una cosa más —dijo, mirándome con gesto desafiante; me encogí de hombros ligeramente, como dando a entender que no hubiera aceptado semejante petición—. Querían a Æthelflaed —confesó.

—Antes se encontrarán con mi espada —advirtió un agresivo Æthelred.

—¿Querían a vuestra hija? —cuestioné, sorprendido.

—Eso fue lo que me pidieron —repuso Alfredo—, porque sabían que no aceptaría tamaña exigencia; sólo pretendían ultrajarme —añadió encogiéndose de hombros, como si semejante insulto le pareciese tan vano como pueril—. Si alguien puede echar a los hermanos Thurgilson de Lundene, ése sois vos. Así que explicadme qué pensáis hacer.

Traté de dar una respuesta coherente.

—Sigefrid no dispone de suficientes hombres como para custodiar todo el perímetro de la muralla que rodea la ciudad —mencioné—, así que podemos iniciar un asalto de distracción contra la puerta oeste y, desde el norte, emprender un ataque en toda regla.

Alfredo frunció el ceño, y echó un vistazo a los pergaminos amontonados en el alféizar de una ventana. Encontró la página que buscaba, y leyó lo que allí estaba escrito.

—Por lo que aquí veo, la ciudad antigua cuenta con seis puertas —dijo —. ¿A cuál de ellas os referís?

—A la del oeste, la más cercana al río —contesté—. Los habitantes de la ciudad la conocen como Puerta de Ludd.

—¿Y por el lado norte?

—Hay dos puertas —repuse—: una que desemboca en la antigua fortaleza romana; la otra va a dar a la plaza del mercado.

—Al foro —me corrigió Alfredo.

—Tomaremos la que conduce al mercado —le dije.

—¿No la que lleva a la fortaleza?

—La fortaleza forma parte de las murallas —le expliqué—; si entramos por esa puerta, tendremos que dominar la muralla que da al sur. Pero si nos hacemos fuertes en la plaza del mercado, nuestros hombres cortarán la retirada a Sigefrid.

Sabía a ciencia cierta que no estaba diciendo más que tonterías, aunque no dejaban de tener un cierto sentido. Si iniciábamos el ataque desde la nueva ciudad sajona, al otro lado del río Fleot, contra las murallas de la

ciudad vieja, los defensores se concentrarían en la Puerta de Ludd; si entretanto, una fuerza más reducida y aguerrida atacaba desde el norte, no encontraría demasiada resistencia en aquella parte de la muralla. Una vez dentro de la ciudad, esa segunda fuerza podría atacar a los hombres de Sigefrid desde la retaguardia y abrir la Puerta de Ludd para dar paso el resto de nuestro ejército. No había duda de que era la mejor forma de atacar la ciudad, pero me parecía tan evidente que estaba seguro de que Sigefrid habría tomado sus medidas.

Alfredo sopesó la idea.

Æthelred no abrió la boca. Esperaba a ver qué decía su suegro.

—El río —comentó Alfredo, dubitativo, negando a continuación con la cabeza, como si aquella idea no condujese a nada.

—¿El río, mi señor?

—¿Y un ataque por barco? —insistió Alfredo, sin estar aún muy seguro.

Le di tiempo para que lo pensara. Era como lanzarle un hueso a un cachorro sin amaestrar. Y el animalito fue tras él.

—Un ataque por barco es una idea estupenda —aseguró Æthelred —. ¿Cuatro o cinco naves? Si nos dejamos llevar por la corriente, podemos desembarcar en los muelles y atacar las murallas desde la retaguardia.

—Un ataque por tierra sería arriesgado —dijo Alfredo, todavía inseguro, aunque la duda hacía pensar que no le parecían mal las ideas de su yerno.

—Y probablemente estéril —añadió Æthelred, exultante. No trataba de ocultar cuánto desprecio le merecía mi plan.

—¿Habéis considerado la posibilidad de llevar a cabo un ataque por barco? —me preguntó Alfredo.

—Lo hice, mi señor.

—¡A mí me parece una idea magnífica! —insistió Æthelred, con firmeza.

Momento que aproveché para darle a aquel cachorrito el manotazo que se merecía.

—Hay una muralla que da al río, mi señor —expliqué—. Podríamos llegar a los embarcaderos, pero aún tendríamos que superar una muralla —una barrera erigida junto a los muelles, otro vestigio de las obras que hacían los romanos, construida en losas y ladrillos y reforzada con torreones circulares.

—No lo sabía —comentó Alfredo.

—Así es, mi señor, y habrá que tenerlo en cuenta, si mi primo está pensando en lanzar un ataque contra la muralla que da al río.

Æthelred no abría la boca.

—¿Es alta esa muralla? —preguntó Alfredo.

—Bastante, y la han reconstruido hace poco —le dije— pero, como es natural, me inclino ante la experiencia de vuestro yerno.

Alfredo sabía que eso no era cierto, y me dirigió una mirada de enojo, antes de atacarme como yo había hostigado a Æthelred.

—El padre Beocca me ha dicho que habéis tomado al hermano Osferth a vuestro servicio.

—Así es, señor —respondí.

—No eran ésos los planes que tenía para el hermano Osferth —añadió Alfredo, con firmeza—, así que devolvedlo a su sitio.

—Así se hará, mi señor.

—Está llamado a servir a la iglesia —añadió, como si no acabase de creerse lo que le acababa de decir; se volvió y miró por la estrecha ventana —. No puedo permitir que Sigefrid siga donde está —continuó—; necesitamos que el río quede expedito, y hemos de hacerlo cuanto antes —lo dijo con las manos a la espalda, mientras yo observaba cómo apretaba y soltaba los dedos—. Y lo quiero antes de que se oiga el canto del cuclillo. Lord Æthelred irá al frente del ejército.

—Gracias, mi señor —dijo Æthelred, poniendo una rodilla en tierra.

—Pero escucharéis los consejos de lord Uhtred —le insistió el rey, mirando a su yerno.

—Faltaría más, mi señor —repuso Æthelred, mintiendo.

—Lord Uhtred tiene más experiencia en la guerra que vos —le explicó el rey.

—No dejaré de pedirle consejo, mi señor —fingió Æthelred, de manera muy convincente.

—¡Y quiero que la ciudad caiga antes de que se oiga el canto del cuclillo! —repitió.

Lo que significaba que apenas disponíamos de seis semanas.

—¿Convocaréis ya a los hombres? —le pregunté a Alfredo.

—Lo haré —repuso el rey—, y los dos comenzaréis los preparativos necesarios.

—Os entregaré Lundene —aseguró Æthelred, ufano—. Cuando alguien reza a Dios con fe y humildad, todo lo consigue.

—No quiero Lundene para mí —replico Alfredo, no sin acritud—; pertenece a Mercia, es decir, a vos —añadió, inclinando levemente la cabeza hacia Æthelred—, pero quizá no os importe que designe un obispo y un gobernador de la ciudad.

—Faltaría más, mi señor —repuso Æthelred.

Me despidieron, y allí dejé al suegro y al yerno, en compañía del amargado de Asser. Me detuve al salir, bajo el sol, y pensé en cómo me apoderaría de Lundene, porque sabía que eso era lo que debía hacer y tendría que llevarlo a cabo sin que Æthelred sospechase siquiera lo que me traía entre manos. Podía hacerse, pensé, pero sólo con mucha cautela y contando con la buena suerte. *Wyrd bid ful arad.*

Fui en busca de Gisela. Crucé el patio que daba al exterior y me encontré con un grupo de mujeres junto a una de las puertas. Eanflaed estaba entre ellas, y me volví para saludarla. Había sido puta; luego, amante de Leofric y, ahora, era una de las damas de compañía de la esposa de Alfredo. Suponía que Ælswith no sabía que una de sus damas había sido una ramera, aunque quizá sí y no le importase demasiado, porque ambas estaban unidas por lazos de amargura. Ælswith no se resignaba a que en Wessex no se considerase como reina a la esposa del rey, y Eanflaed sabía lo bastante acerca de los hombres como para que alguno le gustase. Le tenía mucho aprecio y me desvié de mi camino para hablar con ella; pero, al ver que me acercaba, me hizo un gesto con la cabeza para que me alejase de allí.

Me detuve; Eanflaed rodeaba con el brazo a una mujer joven, que estaba sentada en una silla, con la cabeza gacha. La muchacha alzó el rostro y me vio. Era Æthelflaed. Tenía el rostro macilento, magullado y arañado. Había estado llorando, y aún tenía los ojos llenos de lágrimas. En un primer momento, no me reconoció; después, se dio cuenta de quién era y me dedicó una sonrisa forzada, que le devolví, junto con una reverencia, y me alejé de allí.

Me puse a pensar en Lundene.

SEGUNDA PARTE: La ciudad

Capítulo IV

Habíamos acordado en Wintanceaster que Æthelred iría río abajo hasta Coccham, con las tropas que formaban parte de la guardia personal de Alfredo, sus propios soldados y todos los hombres que consiguiera reunir en las extensas posesiones que poseía al sur de Mercia. Una vez allí, nos dirigiríamos a Lundene con el *fyrd* de Berrocscire y mis tropas. Alfredo había insistido en meternos prisa, y Æthelred se había comprometido a estar preparado en un plazo no superior a dos semanas.

Un mes entero había transcurrido, y Æthelred seguía sin dar señales de vida. Ya echaban plumas los polluelos en los árboles, que empezaban a despuntar. Ya habían brotado las blancas flores del peral, y las lavanderas iban y venían revoloteando a los nidos que habían construido en los aleros de paja de nuestra casa. No le quitaba los ojos de encima a un cuclillo que no dejaba de mirarlos para depositar su huevo en una nidada de lavanderas. El pájaro en cuestión aún no había cantado, pero no tardaría en hacerlo, momento señalado por Alfredo para apoderarnos de Lundene.

Esperé. Estaba tan aburrido como mis tropas que, dispuestas ya para guerrear, tenían que soportar aquella tregua. No eran sino cincuenta y seis soldados, no demasiados en realidad, apenas los suficientes para constituir la tripulación de una nave, pero mantener a esos hombres costaba dinero, Y era yo quien ponía la plata en aquellos momentos. Cinco de ellos eran tan jóvenes que nunca se habían visto en el momento culminante de una batalla, es decir, en un muro de escudos. Así que, mientras esperábamos a Æthelred, puse todo mi empeño en que aquellos cinco hombres se preparasen a conciencia. Uno de ellos era Osferth, el bastardo de Alfredo.

—No está dotado para esto —me decía Finan, siempre que tenía ocasión.

—Dadle tiempo —le respondía yo, con la misma frecuencia.

—Ojalá se tope con una espada danesa —comentó Finan, con desprecio, lanzando un escupitajo— que le raje esa barriga frailuna. Me había parecido entender que el rey quería que volviese a Wintanceaster.

—Esa es su voluntad.

—Entonces, ¿por qué no le decís que vuelva? Aquí no nos sirve de nada.

—Alfredo tiene muchas cosas en la cabeza —repuse, haciendo caso omiso de su pregunta—, y no volverá a acordarse de Osferth —lo que no era cierto, porque Alfredo estaba dotado de una mente metódica, y jamás olvidaría la ausencia de Osferth ni mi desobediencia al no permitir que el joven regresase a sus estudios en Wintanceaster.

—¿Por qué no le ordenáis que regrese? —insistió.

—Porque le tenía mucho cariño a su tío —lo que era cierto; mucho había querido a Leofric y, en memoria suya, me comportaría con su sobrino como Dios manda.

—¿No será que estáis buscando cómo provocar al rey, mi señor? —replicó Finan, que hizo un gesto y se fue sin esperar respuesta—. ¡Híncasela y tira, cabrón! —le gritó a Osferth—. ¡Clávala y tira hacia ti!

El muchacho se volvió para mirar a Finan y, en ese mismo instante, recibió un hachazo simulado propinado por Clapa. Si el filo del hacha hubiera estado al descubierto, habría cortado en dos el casco de Osferth y, tras él, su propia cabeza, pero la protección bastó para que sólo quedase atontado y cayese de bruces.

—¡En pie, cobarde! —bramó Finan—. ¡Levántate, híncala y tira!

Osferth trató de hacerlo. Daba pena ver aquella cara tan pálida, cubierta con el casco abollado que yo le había proporcionado. Logró ponerse en pie, pero perdió el equilibrio y volvió a caer.

—Trae acá —dijo Finan, arrebatando el hacha de sus manos desmayadas—. ¡Y ahora, mira cómo se hace! ¡No tiene mucho secreto! ¡Hasta mi mujer sería capaz de hacerlo!

Los cinco recién reclutados tenían que vérselas con otros tantos de mis experimentados guerreros. Les habíamos entregado hachas de verdad, y les habíamos ordenado que abriesen una brecha en el muro de escudos que tenían delante. Era una birria de muro, en realidad: cinco escudos superpuestos, defendidos con espadas de madera, y Clapa no dejaba de hacer muecas al ver que Finan se acercaba.

—Lo que tienes que hacer —le decía este último a Osferth— es hincar el filo del hacha en la parte superior del escudo del cabrón de tu rival. ¿Acaso es tan difícil? Clávala, haz que baje el escudo y que tu compañero acabe con la cagarruta, *earsling*, que se protege con él. Clapa, vamos a hacerlo más despacio para que aprendan, y deja de gesticular.

Se dedicaron a clavar el hacha y a tirar de ella hacia abajo con una lentitud exasperante: dejaban caer despacio la hoja del hacha por detrás del escudo que sostenía Clapa, mientras éste permitía que Finan tirase de la parte superior del escudo hacia sí.

—¡Así es cómo se desbarata un muro de escudos! —le dijo Finan a Osferth, una vez que el cuerpo de Clapa había quedado al descubierto—. Ahora, Clapa, vamos a hacerlo de verdad.

Este hizo una mueca de nuevo, disfrutando de la posibilidad de propinar un buen testarazo a Finan. El irlandés se echó hacia atrás, se humedeció los labios y cargó con rapidez. Blandió el hacha como les había dicho, pero Clapa inclinó el escudo hacia atrás para recibir el golpe en la superficie de madera, al tiempo que atacaba con ferocidad a la entrepierna de su contrincante con la maza que escondía bajo el escudo.

Siempre disfrutaba viendo pelear a Finan. Era el más rápido con la espada, y eso que he visto a muchos hombres así en mi vida. Pensé que el golpe certero de Clapa lo dejaría doblado y le obligaría a revolcarse desesperado por la hierba, pero se echó a un lado, atrapó la parte inferior de escudo con la mano izquierda y lo impulsó hacia arriba hasta incrustar en la cara de Clapa el reborde de hierro de la parte superior. Éste se fue hacia atrás dando tumbos y sangrando por la nariz, mientras el hacha caía de nuevo con la celeridad de una serpiente reluciente y su hoja fue a clavarse en el tobillo de Clapa. Finan tiró y Clapa cayó de espadas, mientras el irlandés le decía a Osferth con muchos aspavientos.

—No es precisamente como hincarla y tirar, pero el resultado es el mismo.

—No hubiera salido bien, si hubieras sostenido tú el escudo —se quejó Clapa.

—¿Qué tienes en la cara, Clapa —replicó Finan—, eso que se abre y se cierra, ese espantoso orificio por el que engulle la comida? ¡Manténlo cerrado! —añadió, arrojando el hacha a Osferth que trató de atraparla por el mango mientras volaba por los aires. No lo consiguió, y el hacha fue a parar un charco.

* * *

La primavera fue muy húmeda. Llovía sin cesar, el río bajaba crecido y había barro por todas partes. Las botas y los uniformes se echaron a perder.

El escaso grano que teníamos almacenado germinó y tuve que enviar a mis hombres a cazar y a pescar para tener algo de comida. Nacieron los primeros terneros que, ensangrentados, llegaron a un mundo lleno de humedad. No pasaba día sin que esperase la llegada de Alfredo para inspeccionar la marcha de las obras de Coccham. Sin embargo, en aquellos días tan lluviosos, prefirió quedarse en Wintanceaster. Eso sí, envió un mensajero, un cura pálido, que llevaba una carta cosida a un mugriento zurrón de piel de cordero.

—Si no sabéis leer, mi señor —dijo con humildad, mientras yo abría el morral—, quizá pueda...

—Sé leer —rezongué, y claro que sabía. No era algo de lo que me sintiera especialmente orgulloso, porque sólo los curas y los monjes lo necesitan. Pero el padre Beocca me había enseñado de niño, gracias al método de la letra con sangre entra, y sus lecciones me habían sido de gran utilidad. Alfredo había ordenado que todos los señores que le prestaban vasallaje supiesen leer, no sólo para que no se arredrasen ante los evangelios que el rey insistía en enviarles como regalo, sino para que también entendieran los mensajes que les mandaba.

Pensaba que en la carta me daría noticias de Æthelred, una explicación de por qué estaba tardando tanto en llevar a sus hombres a Coccham. En vez de eso, descubrí que sólo me ordenaba que, cuando marchase contra Lundene, llevase un cura por cada treinta hombres.

—¡No se le ocurre nada mejor! —exclamé en voz alta.

—El rey mira por las almas de sus súbditos, mi señor —comentó el cura.

—¡Así que encima pretende que me encargue de la sor boba! Dile que, si me manda grano, no tendré inconveniente en cargar con algunos de sus malditos curas —volví a leer la carta, puesta en limpio por uno de los escribientes del rey y reparé en que, al final, figuraba una línea con la clara caligrafía de Alfredo, en la que me decía—: «¿Qué hay de Osferth? Debe estar de vuelta hoy mismo, con el padre Cutberto».

—¿De modo que vos sois el padre Cutberto? —le pregunté al cura, que parecía inquieto.

—Sí, mi señor.

—Osferth no podrá acompañaros, porque está enfermo —le expliqué.

—¿Se encuentra mal?

—Tan mal que no sé si no se morirá —le dije.

—Juraría que acabo de verlo —replicó el padre Cutberto, señalando a la puerta abierta que daba a donde Finan trataba de que Osferth mostrase un poco más de interés y de ganas por hacer bien las cosas—. ¡Mirad! —añadió el cura, con gesto vivo, para que lo viese con mis propios ojos.

—A punto de morir, como os he dicho —repuse, lentamente y con coraje. El padre Cutberto se volvió con intención de decir algo pero, al ver la mirada que le echaba, se quedó sin palabras—. ¡Finan! —grité, y esperé hasta que el irlandés entró en casa, con una espada desenvainada en la mano —. ¿Cuánto tiempo creéis que vivirá el joven Osferth?

—Con mucha suerte, un día a lo sumo —contestó Finan pensando que le estaba preguntando cuánto tiempo resistiría Osferth en una batalla.

—¿Lo habéis oído? —le dije al padre Cutberto—. Está enfermo y no durará mucho. Decidle al rey que lamentaré su perdida. Comentadle, de paso, que cuanto más tarde mi primo en llegar, más fuertes se harán nuestros enemigos en Lundene.

—Es por culpa del tiempo, mi señor —respondió el padre Cutberto—. Lord *Æ*thelred no es capaz de reunir suficientes provisiones.

—Decidle que en Lundene hay comida —repliqué, aun a sabiendas de que no valdría de nada.

*Æ*thelred apareció, por fin, a mediados de abril. Nuestras fuerzas conjuntas ascendían a casi ochocientos hombres, de los que poco más de la mitad valía la pena. Los demás procedían del *fyrd* de Berrocscire o habían sido reclutados en las tierras del sur de Mercia que *Æ*thelred había heredado de su padre, el hermano de mi madre. Los hombres del *fyrd* eran granjeros, armados con hachas o con arcos de caza. Sólo algunos disponían de espadas o dagas, y muchos menos llevaban armadura: sólo jubones de cuero, mientras otros empuñaban únicamente azadones afilados. Una azada puede ser un arma terrible en una reyerta callejera, pero no es lo más adecuado para hacer frente a un vikingo con cota de malla, armado con escudo, hacha, puñal y espada.

Los hombres útiles de verdad eran los de mi propia guardia, los de la escolta de *Æ*thelred, en número similar, y trescientos hombres de la guardia de Alfredo, a cuyo frente estaba el ceñudo y amenazante Steapa. Sobre aquellos hombres adiestrados recaería el peso de la batalla; el resto sólo servía para que nuestras fuerzas parecieran mucho más numerosas e impresionantes.

Lo cierto es que Sigefrid y Erik estarían perfectamente al tanto del peligro que representábamos. A lo largo de todo el invierno y al comienzo de la primavera, habíamos recibido a unos cuantos visitantes que llegaban río arriba procedentes de Lundene, y no hay la menor duda de que unos eran espías de los hermanos. Sabrían con cuántos hombres contábamos y cuántos de ellos eran guerreros en realidad. Los mismos informadores habrían advertido a Sigefrid del día exacto en que habíamos vadeado el río pasado a la orilla norte.

Cruzar el río más allá de Coccham nos llevó todo un día. Æthelred echaba pestes por culpa del retraso, pero el vado había estado impracticable durante todo el invierno y hubo que engatusar a los caballos para que lo pasasen y cargar las provisiones en barcazas, ya que Æthelred dejó muy claro que su embarcación no era un carguero.

Para aquella campaña, Alfredo había consentido en que su yerno utilizase el *Heofonhlaf*. Era más pequeño que las naves en las que el rey solía desplazarse por el río; pero Æthelred se las había ingeniado para levantar un dosel en la popa, un pequeño refugio, justo delante del altillo del timonel, adecentado con cojines y pieles, una mesa y unos taburetes, del que no salió el día en que vadeamos el río, mientras los criados le llevaban comida y cerveza.

Lo observaba todo al lado de Æthelflaed que, para mi sorpresa, había acompañado a su marido. La primera vez que la vi se encontraba en el altillo de la nave y, al reparar en mí me dirigió un saludo con la mano. A mediodía, Gisela y yo fuimos convocados por su esposo, y Æthelred saludó a Gisela como si de una amiga de toda la vida se tratase, con grandes muestras de contento, y pidiendo que le llevasen una capa de piel. Æthelflaed contemplaba asombrada tanta agitación, y me miró desconcertada.

—¿Vais a regresar a Wintanceaster, señora? —le pregunté; era una mujer casada con un *ealdorman*, de ahí el tratamiento.

—Iré con vosotros —me dijo, con dulzura.

Me quedé sorprendido.

—Que vais a venir... —comencé a decir, sin acabar la frase.

—Ése es el deseo de mi esposo —me contestó con una dignidad que, enseguida, dio paso a la Æthelflaed que yo conocía, que añadió con una sonrisa—: Estoy encantada. Me muero de ganas de ver una batalla.

—Una contienda no es un asunto apropiado para mujeres —repliqué con firmeza.

—¡No os preocupéis por ella, Uhtred! —gritó Æthelred, que había escuchado lo que había dicho desde el otro lado de la cubierta—. Mi mujer no correrá ningún peligro. Le he dado mi palabra.

—La guerra no es cosa de mujeres —insistí.

—Desea contemplar nuestra victoria —repuso Æthelred—, y eso es lo que verá, ¿a que sí, patito mío?

—Cuá, cuá —graznó con ironía Æthelflaed, tan bajo que sólo yo pude oírla. Se notaba cierto enfado en su voz pero, cuando la miré, observé que le dedicaba una cariñosa sonrisa a su marido.

—Si estuviera en condiciones, también iría yo —comentó Gisela, tocándose la barriga, aunque aún no se le notaba su estado.

—No puedes —dije yo, con lo que me gané una mueca burlona; de repente, oímos un bramido, procedente de la proa del *Heofonhlaf*.

—¡Aquí no hay quien duerma! —decía quien así gritaba—. ¡Tú, *earsling*, cagarruta sajona, me has despertado!

El padre Pyrlig se había quedado dormido bajo el altillo de proa del barco y, sin querer, uno de los hombres lo había despertado. El galés salió gateando a la luz de aquel día tan plomizo y se me quedó mirando como si no acabara de creérselo.

—¡Dios mío —exclamó, poniendo cara de asco—, pero si es mi señor Uhtred!

—Pensé que estabais en Anglia Oriental —repuse.

—Y lo estaba. Pero el rey Æthelstan me mandó venir para asegurarse de que vosotros, inútiles sajones, no os cagaríais por la pata abajo cuando vierais a los hombres del norte encaramados a las murallas de Lundene.

Tardé un poco en recordar que Æthelstan era el nombre cristiano de Guthrum. Pyrlig se acercó a nosotros, cubriéndose la barriga con una camisa sucia sobre la que colgaba una cruz de madera.

—¡Buenos días, señora! —saludó, con gracejo, a Æthelflaed.

—Ya es por la tarde, padre —repuso ésta y, por la dulzura con que se expresó, caí en la cuenta de que le caía bien el cura galés.

—¿Que ya es por la tarde? Dios mío, me he quedado dormido como un niño. ¡Mi señora Gisela, que alegría! ¡Quién me iba a decir que había de encontrarme aquí con las mujeres más hermosas del mundo! —añadió dirigiendo una sonrisa de satisfacción a las dos mujeres—. Si no estuviese

lloviendo, pensaría que ya estaba en el cielo. Mi señor —le dijo a mi primo y, por el tono en que habló, estaba claro que no eran amigos—, ¿necesitáis algún consejo, mi señor? —quise saber Pyrlig.

—No —repuso éste, de forma desabrida.

El padre Pyrlig me dedicó una sonrisa.

—Alfredo me pidió que viniera en calidad de consejero —y calló, mientras se rascaba una picadura que tenía en barriga—; estoy aquí como consejero de lord Æthelred.

—Lo mismo que yo —le aclaré.

—Y no me cabe ninguna duda de que el consejo de señor Uhtred será el mismo que el mío —continuó Pyrlig— que debemos movernos a la velocidad de un sajón cuando atisba una espada galesa.

—Lo que significa que hemos de darnos prisa —traté de explicarle a Æthelred, que había entendido perfectamente lo que el galés intentaba decirnos; mi primo simuló que me había oído.

—¿Estáis tratando de provocarme deliberadamente? —preguntó a Pyrlig, abochornado.

—Así es, mi señor. Eso es lo que estoy haciendo —dijo el otro, haciendo una mueca.

—He matado galeses por decenas —repuso mi primo.

—En ese caso, los daneses no serán ningún problema para vos —repuso Pyrlig, sin darse por ofendido—. Pero ahí queda mi consejo, señor. ¡Daos prisa! Los paganos saben que vamos a caer sobre ellos y, cuanto más tiempo les demos, mejor será su defensa.

De haber dispuesto de barcos que nos llevasen río abajo, podríamos haber ido mucho más deprisa, pero como Sigefrid y Erik sabían que íbamos a por ellos habían interrumpido la navegación por el Temes y, sin contar el *Heofonhlaf*, sólo disponíamos de siete barcos, apenas los necesarios para trasladar a los hombres, sin olvidar que también los holgazanes, las provisiones y los cobistas de Æthelred venían con nosotros. Con todo, nos pusimos en marcha; cuatro días tardamos y no hubo uno siquiera que no viéramos jinetes hacia el norte y embarcaciones hacia el sur. De sobra sabía que eran los exploradores de Sigefrid, que hacían un recuento definitivo de nuestras tropas, a medida que nuestro improvisado ejército se aproximaba a trancas y barrancas a Lundene. Perdimos un día entero, porque cayó en domingo y Æthelred se empeñó en que los curas que iban con nosotros tenían que decir misa. Mientras escuchaba las voces de aquellos zánganos,

los jinetes enemigos daban vueltas a nuestro alrededor. Estaba seguro de que Haesten ya había llegado a Lundene, y de que unos doscientos o trescientos hombres suyos estarían ya apostados en las murallas.

Æthelred no se bajaba del *Heofonhlaf más* que al anochecer, para darse una vuelta por los senderos que, antes, yo había encargado de escudriñar. Tenía mucho interés en recorrer aquellos parajes, como dando a entender que cumplía del todo bien mi cometido. Yo le dejaba hacer, la última noche de nuestro viaje acampamos en una isla, protegida por un estrecho arrecife al norte y cuyo extremo sur estaba cubierto de lodo espeso, de modo que, si Sigefrid tenía pensado atacarnos, no le hubiera sido fácil acercarse. Pusimos a buen recaudo nuestras embarcaciones en la corriente que discurría por el lado norte del islote y, a medida que fue bajando la marea y el croar de las ranas se impuso al anochecer, los cascos quedaron atrapados en aquel enorme brezal. Encendimos unas cuantas hogueras en tierra firme para advertir la presencia de cualquier enemigo y aposté hombres en todo el perímetro.

Æthelred no bajó a tierra aquella noche. Apareció un criado que me pidió que fuera a verlo a bordo del *Heofonhlaf* así que me quité las botas y los calzones y me sumergí en aquel barro pegajoso, antes de subir por el costado del barco. Le acompañaba Steapa, que iba al frente de los hombres de guardia personal de Alfredo. Desde la otra punta del bar llegó un criado con cubos llenos de agua del río; nos quitamos el barro de las piernas, antes de volver a vestirnos para al encuentro de Æthelred, que se encontraba bajo su dosel en la popa. Mi primo estaba en compañía del comandante de su escolta, un joven noble de Mercia, de nombre, Aldelmo, de cara alargada y arrogante, ojos oscuros y pelo negro y espeso untado de aceite para que pareciese más lustroso.

También estaba Æthelflaed, acompañada por una doncella y un gesticulante padre Pyrlig. Me incliné ante ella, y me dedicó una simple sonrisa antes de volver a inclinar sobre su labor de bordado, a la luz de un farol protegido por un cuerno. Daba puntadas de lana blanca en una tela de col gris oscuro, reproduciendo la imagen de un caballo encabritado, el estandarte de su marido, el mismo que, de dimensiones colosales, pendía inmóvil del mástil del barco. No había viento, y el humo procedente de las dos ciudades de Lundene no era sino una mancha oscura al este, por donde ya empezaba a anochecer.

—Atacaremos al amanecer —me espetó Æthelred a modo de saludo; llevaba cota de malla y sus dos espadas, la corta y la larga, colgadas de la cintura. A pesar de que trataba de que su voz sonase normal, parecía más pagado de sí mismo que de costumbre—. Pero no daré la orden a mis tropas —continuó—, hasta que vos hayáis iniciado el ataque.

Fruncí el ceño al escuchar tales palabras.

—¿No vais a decidiros a atacar —repetí, midiendo lo que decía— hasta que no lo haya hecho yo?

—Me he expresado con claridad, ¿no? —preguntó Æthelred, con gesto hosco.

—Muy claro —dijo Aldelmo, con sorna. Trataba a Æthelred del mismo modo que éste se comportaba con Alfredo y, como él, seguro también de gozar del favor de mi primo, se sentía con libertad para dirigirme un insulto velado.

—¡Pues yo no lo tengo tan claro! —exclamó el padre Pyrlig, acalorado —. El plan acordado —continuó el galés, dirigiéndose a Æthelred— es que simuléis un ataque contra las murallas del oeste y, cuando los defensores abandonen el muro que da al norte, los hombres de lord Uhtred iniciarán el ataque en toda regla.

—Bueno, pues he cambiado de opinión —dijo Æthelred, con impertinencia—. Ahora serán las fuerzas de Uhtred quienes se encarguen de ese simulacro de ataque, y el asalto de verdad lo llevarán a cabo las mías —aseguró, señalándome en su ancho mentón y sin apartar la mirada, como si quimera lanzarme un desafío.

Æthelflaed también alzó los ojos hacia mí: esperaba que le llevase la contraria a su marido. En vez de eso, dejé boquiabiertos a los allí presentes, agachando la cabeza y dando entender que estaba de acuerdo.

—Si tales son vuestras órdenes —me limité a comentar

—Pues claro que sí —repuso Æthelred, encantado de reconocer el placer que sentía por haber obtenido tan fácilmente aquella victoria pírrica —. Podéis contar con vuestros propios hombres —dijo al desgaire, como si dispusiese de autoridad para relevarme del mando sobre ellos— y otros treinta más.

—Acordamos que serían cincuenta —repliqué.

—¡Da la casualidad de que también he cambiado de idea en cuanto a eso! —añadió, con tenacidad. Había insistido en que los hombres del *fyrd* de Berrocscire, mis hombres, engrosarían sus filas, y yo había dicho, con

humildad, que me parecía bien, igual que en aquellos momentos me mostraba de acuerdo en que se llevase los laureles del asalto—. Podéis contar con treinta —añadió, en tono cortante. Podría haberme opuesto y, quizá, debería haberlo hecho, pero me di cuenta de que tal actitud no nos beneficiaría en nada. Æthelred no estaba dispuesto a escuchar ningún argumento; sólo pretendía dejar bien sentada su autoridad en presencia de su joven esposa—. No olvidéis —concluyó— que Alfredo me confió el mando.

—No lo había olvidado —contesté.

El padre Pyrlig me observaba con ojos maliciosos, no dejaba de preguntarse cuál era la razón de que hubiera cedido tan fácilmente al hostigamiento de mi primo. Aldelmo me dedicaba una sonrisa desdeñosa; pensaba que Æthelred me tenía en sus manos.

—De modo que seréis los primeros en partir —orden Æthelred.

—En ese caso, nos iremos cuanto antes —dije.

—Serán mis propias tropas —continuó Æthelred, mirando esta vez a Steapa— las que lleven a cabo el ataque de verdad—. Vos iréis al frente de las huestes reales, inmediatamente detrás.

—Yo voy con Uhtred —afirmó Steapa. Æthelred se le quedó mirando, sin acabar de creerse lo que había oído.

—¡Sois el jefe de la guardia personal de Alfredo! —dijo con lentitud, como si estuviese hablando con un niño pequeño—. Conduciréis a esos hombres hasta la muralla, en cuanto mis hombres hayan dispuesto las escalas.

—Me voy con Uhtred —insistió Steapa—. Ordenes del rey.

—El rey no dictó tales órdenes —negó Æthelred.

—Lo hizo por escrito —aseguró Steapa, quien frunció el ceño, rebuscó en el morral y sacó un pequeño fragmento de vitela. Lo miró un momento, como si no estuviera muy seguro de por qué lado debía leerlo, se encogió de hombros y entregó el escrito a mi sobrino.

A medida que leía el mensaje a la luz del farol que alumbraba a su esposa, Æthelred parecía más contrariado.

—Deberías haberme entregado este escrito antes —dijo, con insolencia.

—Se me olvidó —replicó Steapa—; conmigo vendrán seis hombres que yo mismo elegiré.

Steapa se expresaba con tal firmeza que no era posible poner en duda lo que decía. Se explicó con calma y aspereza, sin apasionamiento, como si quisiera dar a entender que no valían excusas ante lo que acababa de exponer, dando al mismo tiempo la impresión de que estaba dispuesto a acabar allí mismo con cualquiera que se atreviese a llevarle la contraria. Tras escuchar su tono inapelable y ante su porte de hombre alto, fornido y de rostro cadavérico, Æthelred se avino sin oponer resistencia.

—Si el rey así lo ha dispuesto... —dijo, al tiempo que le devolvía el trozo de pergamino.

—Así es —afirmó Steapa, que recogió el escrito, sin sabe muy bien qué hacer con él. Por un momento, pensé que iba a tragárselo; pero se limitó a arrojarlo por el costado de la nave para, a continuación, quedarse mirando hacia el este, a la enorme capa de humo que se cernía sobre la ciudad.

—Procurad presentaros a tiempo mañana —me dijo Æthelred—; de eso depende el éxito de la expedición.

Estaba claro que era una despedida en toda regla. Cualquier otro hombre nos hubiera ofrecido cerveza y algo de comer, pero Æthelred se limitó a darnos la espalda. Steapa y yo nos arremangamos los pantalones de nuevo y nos dispusimos a volver a tierra firme, cruzando aquel lodo pegajoso.

—¿Fuisteis vos quien le dijo a Alfredo que queríais venir conmigo? —le pregunté mientras caminábamos entre los juncos.

—No, fue el rey quien me dijo que fuera con vos. Fue idea suya.

—En tal caso, me siento halagado —dije, con toda sinceridad. Steapa y yo nos habíamos visto las caras como rivales pero, a la larga, habíamos acabado por ser amigos, gracias a los lazos forjados aguantando escudo con escudo frente al enemigo—. Nadie mejor que vos para estar a mi lado —le comenté, con afecto, cuando me agaché para calzarme las botas.

—Iré con vos —me dijo con su cachazuda forma de expresarse—, porque seré yo quien haya de mataros.

Me detuve y me quedé mirándole en la oscuridad.

—¿Qué habéis dicho que tendréis que hacer?

—Que tendré que acabar con vos —dijo, como si acabara de recordar que las órdenes de Alfredo iban más allá—, si os ponéis de parte de Sigefrid.

—Pero no estoy de su lado —rebatí.

—Quiere estar seguro —explicó Steapa—, lo mismo que ese monje, Asser: está convencido de que no sois persona de fiar. Así que si no cumplís sus órdenes, habré de mataros.

—¿Por qué me contáis todo esto? —le pregunté.

Se limitó a encogerse de hombros.

—No importa si estáis preparado o no —continuó—; os mataré de todas formas.

—No —repuse, enmendándole la plana—: trataréis de hacerlo.

Se quedó pensándolo durante un buen rato, y luego negó con la cabeza.

—No —dijo—, seré yo quien os mate —absolutamente convencido de que, llegado el caso, así lo haría.

* * *

Salimos cuando todavía era de noche, bajo un cielo cubierto de nubes. Los jinetes enemigos que nos habían estado vigilando habían regresado a la ciudad al anochecer, pero yo estaba convencido de que Sigefrid disponía también de informadores nocturnos, así que durante una hora o más marchamos por tierras pantanosas en dirección norte. Al principio, nos costó bastante avanzar pero, al cabo de un rato, llegamos a un terreno más firme y nos acercamos hasta un villorrio, en cuyas cabañas de adobe cubiertas con montones de paja ardían pequeñas fogatas. Empujé una puerta y me encontré con una familia agazapada y muerta de miedo alrededor del hogar. Nos habían oído llegar, y sabían que, de noche, sólo acechan criaturas peligrosas, funestas y nocivas.

—¿Cómo se llama esta aldea? —pregunté. Nadie me comentó al principio, hasta que un hombre agitó nervioso la cabeza y dijo que creía que aquello era Padintune—. ¿Padintune? —pregunté—. ¿Estamos en tierras de Padda? ¿Anda Padda por aquí?

—Murió hace años, señor —repuso el hombre—. Ninguno de los que vivimos aquí llegamos a conocerlo, señor.

—Venimos en son de paz —le dije—, pero si alguno trata de abandonar su casa, tendrá que vérselas con nosotros.

No quería que ninguno de aquellos aldeanos fuese corriendo a Lundene para avisar a Sigefrid de que habíamos hecho un alto en Padintune.

—¿Me has entendido? —le pregunté al hombre.

—Sí, señor.

—Abandona tu hogar y serás hombre muerto —le recalqué.

Reuní a mis hombres en la pequeña calle del pueblo y le ordené a Finan que pusiese un centinela delante de cada cabaña.

—No quiero que nadie salga de aquí —le expliqué—. Pueden dormir tranquilamente en su choza, pero que nadie abandone la aldea.

Steapa apareció en mitad de la oscuridad.

—¿No teníamos que dirigirnos hacia el norte? —me preguntó.

—Sí, pero no vamos a hacerlo —le repliqué—. Así que ha llegado el momento de matarme, puesto que no acato las órdenes recibidas.

—¡Vaya! —dijo con un gruñido, y se agachó. Oí cómo crujía el cuero de su armadura y el tintineo al ponerse la cota de malla.

—Podríais sacar vuestra daga ahora mismo y destriparme con un solo gesto. Bastaría con que me la clavaseis en la barriga. Daos prisa, Steapa. Rajadme y no dejéis de mover la hoja hasta que lleguéis al corazón. Pero, antes, tened la bondad de permitirme desenvainar la espada. Os juro que no la utilizaré contra vos. Sólo quiero asegurarme un puesto en el salón de los muertos de Odín, cuando llegue el momento.

—Nunca llegaré a entenderos, Uhtred —dijo, riendo para sus adentros.

—Soy un hombre sencillo —repuse—. Sólo quiero acercarme hasta mi casa.

—¿No queréis ir al salón de Odín?

—Eso, después —contesté—; primero, quiero volver a casa.

—¿A Northumbria?

—Soy el dueño de una fortaleza cerca del mar —dije, con melancolía; y pensé en Bebbanburg, en lo alto de un risco, y en el mar gris embravecido que se agitaba sin cesar y rompía contra las rocas, y en el viento frío que soplaba del norte, y en los graznidos de las blancas gaviotas en el malecón —. Allí está mi hogar.

—¿El sitio que os arrebató vuestro tío? —me preguntó Steapa.

—Ælfric —repuse vindicativo, mientras pensaba en el destino una vez más. Ælfric era el hermano pequeño de mi padre y se quedó en Bebbanburg, mientras yo iba con mi padre a Eoferwic. No era más que un niño entonces. Atravesado por una espada danesa, mi padre perdió allí la vida, y yo me convertí en esclavo de Ragnar *el Viejo*, que me crió como si fuera hijo suyo. Haciendo caso omiso de los deseos de mi padre, mi tío se

apoderó de Bebbanburg. Nunca había olvidado aquella traición, que me ahogaba de cólera y de la que algún día tomaría cumplida venganza—. Llegará el día —le dije a Steapa— en que raje a Ælfric desde la entrepierna hasta el esternón y no dejaré de mirarlo mientras muere. No será una fuerte rápida. No le traspasaré el corazón. Quiero verlo morir y mearme encima de él mientras agoniza. Después, mataré a sus hijos.

—¿Y esta noche? ¿A quién pensáis liquidar esta noche?

—Esta noche vamos a tomar Lundene —repuse.

No podía verle la cara en la oscuridad, pero me dio impresión de que estaba sonriendo.

—Ya le dije a Alfredo que podía confiar en vos —me aclaró Steapa.

Entonces fui yo quien sonrió. En alguna parte de la aldea de Padintune un perro aulló y alguien le mandó callar

—No estoy seguro de que Alfredo deba fiarse de mí —dije al cabo de un rato.

—¿Por qué lo decís? —preguntó Steapa, confundido.

—Porque, en cierto sentido, soy un buen cristiano —contesté.

—¿Cristiano, vos?

—Amo a mis enemigos —repuse.

—¿A los daneses?

—Así es.

—Pues yo no —aseguró, con frialdad. Los daneses habían asesinado a sus padres. No respondí, mientras pensaba en futuro. Si las tres Hilanderas saben cuál es nuestra suerte, ¿para qué hacer juramentos? ¿Por qué se considera una traición quebrantarlos y no nuestro ineludible destino?—. ¿Así que pensabas enfrentaros con ellos mañana? —quiso saber Steapa.

—Por supuesto —repuse—, pero no como pretende Alfredo. Desobedeceré sus órdenes, y vos habéis recibido encargo de quitarme la vida si lo hago.

—Lo dejaré para más adelante —replicó Steapa.

Æthelred había trastocado nuestros planes, sin parar a pensar siquiera en que no tenía ninguna intención de seguir sus instrucciones. Pero estaba claro que no lo haría. ¿Cómo puede un ejército asaltar una ciudad, a menos que consiguiera que los defensores abandonen las murallas que la rodea? Sigefrid pensaría que nuestro primer ataque no era más que un simulacro, y ordenaría que no se moviese nadie hasta estar seguro de identificar de dónde venía el peligro real, en cuyo caso, todos perderíamos la vida al pie

de las murallas, y Lundene seguiría siendo una plaza fuerte en manos de los hombres del norte. Así que la única forma de apoderarse de Lundene era recurriendo a la astucia, actuando con sigilo y corriendo un enorme riesgo.

—Vamos a esperar a que Æthelred abandone el islote —le expuse a Steapa—. Entonces, volveremos allí y nos haremos con dos barcos. Ya sé que correremos un grave peligro, porque tendremos que cruzar las ruinas del puente en la oscuridad y son muchos los barcos que no lo consiguen ni a la luz del día. Pero si lo logramos, dispondremos de un camino fácil para llegar a la ciudad vieja.

—Pero, ¿no habíamos quedado en que había una muralla que daba al río?

—Así es, pero hay un sitio en que se ha venido abajo —un romano había construido una enorme mansión junto al río con un pequeño canal que llegaba hasta la casa. Me imaginaba que aquel romano tenía que haber sido un hombre rico, que había querido disponer de un atracadero para su barca, y había horadado un camino hacia el río, atravesando la muralla; por aquel agujero, entraría en Lundene.

—¿Por qué no se lo dijisteis a Alfredo? —me preguntó Steapa.

—Porque si bien Alfredo sabe guardar un secreto —le respondí—, Æthelred no es capaz de hacerlo. Se lo habría comentado a alguien y, en menos de dos días, los daneses hubieran estado al tanto de nuestros planes.

Tenía razón. Tanto nosotros como ellos contábamos con espías y, si hubiera revelado mis intenciones, Sigefrid y Erik hubieran taponado el canal con barcos y apostado más hombres en la enorme mansión que se erguía junto al río. Habríamos muerto en los amarraderos. Algo que todavía podía ocurrimos, porque no estaba seguro de dar con el paso entre las ruinas del puente y, si lo encontrábamos, conseguir cruzar aquel peligroso reducto, en que el río iba más crecido y el agua se agitaba con furia. Si fallábamos, si uno de los barcos se desplazaba medio remo más hacia el norte o hacia el sur, nos veríamos arrastrados hasta los restos de los pilares, los hombres serían engullidos por el río y ni siquiera me enterarían porque sus armas y armaduras se hundirían al instante.

Steapa había estado pensando, algo que siempre le llevaba su tiempo, pero acabó por plantearme un asunto que me pareció de sentido común:

—¿Por qué no desembarcamos antes de llegar al puente? —me preguntó—. Tiene que haber unas cuantas puertas de ese lado de la muralla.

—Las hay —repuse—, puede ser que incluso más de veinte. Seguramente, Sigefrid las habrá asegurado todas. Pero no se imagina que unos barcos se arriesguen a cruzar la brecha del puente.

—¿Porque los barcos naufragan? —quiso saber Steapa

—Eso es —le respondí.

Una vez había visto cómo había ocurrido. Una embarcación mercante había tratado de cruzar el puente mientras la marea estaba baja; el timonel había virado demasiado hacia un lado, y los restos de los pilares del puente rasgaron los tablones del casco de la nave. La brecha tenía unos cuarenta pasos de anchura y, cuando el río bajaba tranquilo, sin mareas ni vientos que agitasen las aguas, parecía un inocente pasaje, pero nunca lo era. El puente de Lundene era criminal y, si quería tomar la ciudad, tendría que sortearlo.

¿Qué pasaría si salía bien, si dábamos con el embarcadero del romano y llegábamos a tierra? Seríamos pocos y nuestros enemigos muy numerosos, de modo que alguno de nosotros nos dejaríamos la vida en las calles antes incluso de que las fuerzas de Æthelred consiguieran llegar a la muralla. Toqué la empuñadura de *Hálito-de-Serpiente,* y noté la pequeña cruz de plata que llevaba incrustada. Un regalo de Hild, el presente de una mujer enamorada.

—¿Habéis oído ya el canto del cuclillo? —le pregunté a Steapa.

—Todavía no.

—Entonces, es hora de irnos, a no ser que prefiráis liquidarme.

—Lo dejaremos para más adelante —repuso Steapa—. Por ahora, voy a pelear a vuestro lado.

Por supuesto que íbamos a luchar. No me cabía duda. Toqué el amuleto del martillo, y dirigí una súplica en la oscuridad: que llegase a conocer a la criatura que Gisela llevaba en su vientre.

A continuación, nos pusimos en marcha hacia el sur.

* * *

Uno de nuestros timoneles era Osric, el mismo hombre que me había sacado de Lundene junto al padre Pyrlig; el otro piloto era Ralla, el que nos había guiado durante la emboscada contra aquellos daneses, cuyos cadáveres dejé colgados a orillas del río. Ralla había conseguido cruzar la brecha del puente de Lundene más veces de las que podía recordar.

—Pero nunca de noche —me dijo ya tarde aquel día, cuando volvíamos al islote.

—¿Es posible o no?

—Ya se verá, señor, ¿no os parece?

Como regresamos de improviso, me salió al encuentro Egberto, un viejo guerrero de cuyo valor daba fe la cadena de plata que llevaba al cuello. *Æ*thelred había apostado cien hombres a sus órdenes con la misión de defender la isla en la que habíamos dejado los barcos. No me creyó, porque pensaba que había abandonado mi proyectado ataque contra el norte con tal de que *Æ*thelred no se saliera con la suya. Necesitaba que me permitiese disponer de unos cuantos combatientes pero, cuanto más le insistía, más testarudo se ponía él. Mis propios hombres estaban trepando a bordo de los dos barcos tras empaparse en agua helada y encaramarse por los flancos.

—¿Cómo puedo estar seguro de que no pretendéis regresar a Coccham? —me preguntó Egberto, con desconfianza.

—¡Steapa —grité— decidle a Egberto lo que tenemos en mente!

—Vamos a matar daneses —rezongó Steapa, que se había quedado junto a una de las hogueras; las llamas se reflejaban en su cota de malla y en su dura y feroz forma de mirar.

—Dadme veinte hombres —le supliqué a Egberto.

Se me quedó mirando y negó con la cabeza.

—No puedo.

—¿Por qué no?

—Porque tengo órdenes de custodiar a lady *Æ*thelflaed —contestó—. Tales fueron las instrucciones de lord *Æ*thelred, que debía quedarme aquí para guardarla.

—En ese caso, que veinte hombres se queden con ella en el barco —le insistí—, y yo me llevaré al resto.

—No puedo —repitió Egberto, obcecado.

Me quedé mirándole, y le dije:

—Tatwine me hubiera dado esos hombres —Tatwine había sido el jefe de la guardia personal del padre de *Æ*thelred—. Ya sabéis que llegué a conocerlo.

—Lo sé. No se me ha olvidado —repuso Egberto cortante, como queriendo darme a entender que yo no le caía bien. De joven, había servido durante unos cuantos meses bajo las órdenes de Tatwine; por aquel entonces

yo era insolente, ambicioso y arrogante. Egberto seguramente pensaba que aún lo era, y quizá no le faltase razón.

Se dio media vuelta, y pensé que tal era su despedida, cuando reparé en que se había quedado mirando una pálida y espectral figura que había surgido más allá de las hogueras. Era Æthelflaed embozada en una capa blanca. Sin duda, nos había oído llegar y se había decidido a bajar a tierra firme para saber qué estábamos haciendo allí. Llevaba el pelo suelto y le caía en bucles dorados sobre los hombros. El padre Pyrlig venía con ella.

—¿No habéis partido con Æthelred? —le pregunté, sin ocultar la sorpresa que me causaba ver allí al cura galés.

—Su señoría tuvo a bien pensar que no necesitaba ya de mis consejos —repuso Pyrlig—, y me pidió que me quedase aquí y rezara por él.

—No os lo pidió —le corrigió Æthelflaed—; os ordenó que os quedarais aquí y rezaseis por él.

—Así fue —corroboró Pyrlig— y, como podéis ver, estoy dispuesto para orar —llevaba cota de malla y dos espadas, colgadas a la cintura—. ¿Y vos? —me preguntó, desafiante—. Pensaba que ya caminabais hacia la parte norte de la ciudad.

—Iremos río abajo —le expliqué—, y trataremos de atacar Lundene desde el embarcadero.

—¿Puedo ir con vosotros? —pregunto Æthelflaed, sin dudar.

—No.

Se sonrió al escuchar una negativa tan tajante.

—¿Está mi esposo al tanto de lo que pensáis hacer?

—Tiempo tendrá de descubrirlo, señora.

Sonrió de nuevo, se colocó a mi lado, me tiró de la capa para que me inclinase hacia ella y pasó mi capa oscura por encima de la suya, blanca.

—Tengo frío —le aclaró a Egberto, cuyo rostro reflejaba presa de indignación ante semejante comportamiento.

—Hace mucho que somos amigos —le expliqué.

—Desde hace muchísimo tiempo —insistió Æthelflaed, que me rodeó la cintura con su brazo y se arrimó a mí. Bajo mi capa, Egberto no podía ver dónde había puesto el brazo. Yo sólo sentía el roce de su rubio pelo bajo la barba y su menudo cuerpo que no dejaba de temblar—. Uhtred es como un tío para mí —le dijo a Egberto.

—Un tío que va a conducir a vuestro marido a la victoria —le dije—, y para conseguirlo, necesito hombres, pero Egberto no está dispuesto a

proporcionármelos.

—¿Por qué no?

—Porque asegura que necesita a todos esos hombres para protegeros como es debido.

—Dadle a vuestros mejores hombres —le dijo a Egberto, con voz cálida y agradable.

—Pero, señora —replicó Egberto—, mis órdenes son que...

—¡Dadle a vuestros mejores hombres! —restalló la voz de Æthelflaed que, tras desembarazarse de mi capa, dio un paso adelante hasta situarse bajo la vivida luz de las hogueras—. ¡Soy la hija del rey —dijo en tono imperativo— y la esposa del *ealdorman* de Mercia! ¡Os ordeno que entreguéis ahora mismo a Uhtred a vuestros mejores hombres!

Se había expresado con voz lo suficientemente alta como para que todos los hombres del islote se la quedaran mirando. Egberto pareció dolido, pero no dijo nada. Se puso muy tieso y se mantuvo en sus trece. Pyrlig me miró y me dirigió una sonrisa socarrona.

—Ninguno de vosotros tenéis valor para enfrentaros con Uhtred —les espetó a los hombres que la miraban embobados. Tenía sólo catorce años y era una chica menuda y delicada, pero en su voz se adivinaba que era descendiente del linaje de los antiguos reyes—. A mi padre le encantaría que le ofrecieseis una muestra de valor esta noche —continuó—; de lo contrario, no tendré más remedio que regresar a Wintanceaster y decirle que os quedasteis sentados alrededor de las hogueras, mientras Uhtred peleaba —añadió sin apartar los ojos de Egberto.

—Veinte hombres nada más —le supliqué.

—¡Dadle más! —dijo Æthelflaed, con coraje.

—En los barcos sólo caben otros cuarenta —expuse.

—¡Pues dadle cuarenta! —ordenó Æthelflaed.

—Señora —dijo Egberto vacilante, antes de callarse la boca cuando Æthelflaed alzó su pequeña mano. Se volvió para mirarme.

—¿Puedo confiar en vos, lord Uhtred? —me preguntó.

Se me hacía extraño oír aquella pregunta en boca de una niña a la que casi conocía de toda la vida, y sonreí.

—Podéis fiaros de mí —le dije, con cariño.

Su rostro se endureció y me miró con determinación. Quizá no fuera más que el reflejo de las llamas en sus pupilas, pero, de repente, me di cuenta de que era mucho más que una niña, era la hija de un rey.

—Mi padre —dijo con claridad para que todos pudieran oírla— asegura que sois el mejor de sus guerreros, pero no se fía de vos.

Se produjo un incómodo silencio. Egberto se aclaró la garganta y clavó los ojos en el suelo.

—Nunca he desairado a vuestro padre —repuse con acritud.

—Piensa que vuestra lealtad lo es sólo de boquilla —me replicó.

—Se lo he jurado —le espeté, con idéntica dureza.

—Y yo os reclamo ahora vuestro juramento —me dijo, tendiéndome su mano menuda.

—¿Qué clase de juramento? —le pregunté.

—El de que mantendréis la promesa que hicisteis a mi padre —contestó Æthelflaed—, que seréis leal a los sajones por encima de los daneses y que lucharéis por Mercia cuando sea preciso.

—Señora —titubeé espantado, al oír aquellas peticiones.

—Egberto —me interrumpió Æthelflaed—, ¡no daréis ningún hombre a lord Uhtred hasta que no jure que estará al servicio de Mercia mientras yo viva!

—Así lo haré, señora —musitó Egberto.

¿Mientras viviese? ¿Por qué habría dicho eso? Recuerdo que me pregunté qué se proponía y si creía que mis planes para la conquista de Lundene pendían de un hilo. Æthelred me había privado de las fuerzas que necesitaba. Æthelflaed tenía el poder de devolvérmelas; pero, para conseguirlo, tenía que comprometerme a otro juramento que no deseaba. ¿Qué más me daba a mí Mercia? Lo único en lo que pensaba aquella noche era que tenía que conducir a uno hombres a través de un puente letal y que era capaz de hacerlo. Mi reputación estaba en juego, al igual que mi nombre. Eso sí que me preocupaba.

Desenvainé a *Hálito-de-Serpiente* porque sabía que para eso había extendido la mano, y le entregué el arma por la empuñadura. Luego, me puse de rodillas y junté las manos alrededor de las suyas que, a su vez, sostenían el pomo de mi espada.

—Lo juro, señora —dije.

—¿Juráis que serviréis a mi padre con lealtad? —me preguntó.

—Así lo haré, señora.

—¿Y que también estaréis al servicio de Mercia mientras yo viva?

—Durante toda vuestra vida, señora —afirmé, de rodilla en el lodo, sin dejar de preguntarme si no me habría vuelto loco.

Lo que yo quería era irme al norte, y verme libre de las tácticas devotas de Alfredo. Deseaba estar con mis amigos y sin embargo, allí estaba, jurando lealtad a las ambiciones de Alfredo y a las de su hija de cabellos dorados.

—Lo juro —repetí, apretándole levemente las manos como muestra de fidelidad.

—Dadle esos hombres, Egberto —ordenó Æthelflaed.

Me dio treinta de los suyos y, para ser sincero, he de decir que me entregó a los mejores que tenía, a los más jóvenes, mientras él se quedaba con los más viejos y tullidos para custodiar el campamento y a Æthelflaed. De modo que, en aquellos momentos, disponía de setenta hombres, entre los que se contaba el padre Pyrlig.

—Os doy las gracias, mi señora —le dije a Æthelflaed.

—Ocasión tenéis de demostrarlo —repuso, con voz de nuevo infantil, cargada de malicia, lejos de toda solemnidad.

—¿Cómo?

—Llevándome con vos.

—Eso, jamás —sentencié, con aspereza.

Frunció el ceño al escucharme y me miró a los ojos.

—¿Estáis enfadado conmigo? —me preguntó con voz cariñosa.

—Conmigo mismo, señora —repuse, y me di media vuelta.

—¡Uhtred! —dijo con desesperación.

—Cumpliré las promesas que he hecho, señora —le contesté; estaba furioso por haberlas formulado de nuevo, pero me habían servido, cuando menos, para disponer de setenta hombres para conquistar una ciudad, setenta hombres a bordo de dos barcos que salían a trompicones de aquel arroyo para sumirse en la vigorosa corriente del Temes.

Iba a bordo de la embarcación pilotada por Ralla, la misma que le habíamos arrebatado a Jarrel, el danés cuyo cadáver, colgado de un árbol, ya debía de ser un esqueleto desde hacía tiempo. Ralla iba en la popa, inclinado sobre la barra.

—No tengo muy claro que debamos hacerlo, mi señor —me dijo.

—¿Por qué no?

Echó por la borda un escupitajo a las negras aguas.

—El río baja muy rápido, tanto que en las ruinas puente parecerá una catarata. Ese paso es un peligro, incluso cuando el río está tranquilo, señor.

—Pues esmérate —le repliqué—, y encomiéndate al dios en el que creas.

—Y eso si llegamos a dar con la brecha —continuó con pesimismo. Echó un vistazo atrás para ver si distinguía el barco de Osric, pero la oscuridad se lo impidió—. He visto cómo alguien lo conseguía al bajar la marea —añadió—, pero era de día y el río no venía tan crecido.

—¿A pesar de la resaca?

—Con un buen reflujo —repuso Ralla, en tono lúgubre.

—Pues ya puedes ponerte a rezar —le ordené, con voz tajante.

Eché mano al amuleto del martillo y acaricié, después, el pomo de *Hálito-de-Serpiente*, mientras la embarcación ganaba velocidad por la fuerza de la corriente. Estábamos lejos de las dos orillas. De vez en cuando, se veía algún destello, señal de una fogata prendida en alguna casa, mientras que delante de nosotros, bajo aquel cielo sin luna, sólo se observaba un resplandor difuso bajo una capa negra, que identifiqué como la nueva Lundene sajona. El resplandor procedía de las hogueras encendidas en la ciudad y el velo no era sino el humo de esos fuegos. Supuse que, en alguna parte, bajo aquella capa, Æthelred estaría dando las órdenes pertinentes para que sus hombres avanzasen por el valle del Fleot hasta llegar a la antigua muralla romana. Sigefrid, Erik y Haesten ya sabrían que andaba por allí, porque alguien habría ido corriendo a avisarlos desde la ciudad nueva hasta la vieja. Daneses, hombres del norte y frisios, sin olvidar unos cuantos sajones sin amo ni señor, estarían preparándose para marchar a toda prisa a las murallas de la ciudad antigua.

Mientras, nosotros íbamos río abajo como flechas.

Todos estábamos muy callados: de sobra sabíamos los peligros con los que habríamos de enfrentarnos los dos barcos. Me abrí camino como pude entre los hombres acurrucados, y el padre Pyrlig debió de darse cuenta de que me acercaba, o quizá le llegase un reflejo de la cimera de plata en forma de lobo que coronaba mi casco, porque me saludó antes de que yo llegase a verle.

—Aquí, mi señor —dijo; estaba sentado en el extremo de uno de los bancos de los remeros; me quedé de pie junto a él, chapoteando en el agua del pantoque.

—¿Habéis rezado? —le pregunté.

—No he dejado de hacerlo —me contestó, muy serio—. A veces pienso que Dios ya debe de estar harto de escucharme. Lo mismo que el

hermano Osferth.

—No soy fraile —repuso Osferth, molesto.

—Vuestras oraciones serán mejor atendidas, si Dios considera que aún lo sois —advirtió Pyrlig.

El hijo bastardo de Alfredo estaba agazapado junto al padre Pyrlig. Finan le había proporcionado una cota de malla remendada, que debió de pertenecer a algún danés destripado por una espada sajona. También llevaba casco, botas altas, guantes de cuero, un escudo redondo, una espada larga y un puñal; parecía un guerrero de verdad.

—Me ordenaron que regresaseis a Wintanceaster —le dije.

—Ya lo sé.

—Ya lo sé, señor —le corrigió Pyrlig.

—Señor —añadió Osferth, a regañadientes.

—No me gustaría tener que enviar al rey vuestro cadáver —continué —, así que no os separéis del padre Pyrlig.

—Siempre a mi lado, chaval —dijo Pyrlig—, como si fuerais mi amante.

—Pegaos a su espalda —le ordené.

—En ese caso, olvidad lo de amante —replicó Pyrlig de inmediato—; pensad en que sois mi perro.

—Y no olvidéis vuestras oraciones —concluí.

No podía darle mejor consejo a Osferth, a no ser que le obligara a desprenderse de las ropas que llevaba, nadara hasta la orilla y regresase al monasterio. Tenía tan poca confianza como Finan en cuanto a sus dotes para la pelea. Osferth era un joven amargado, inepto y torpe. De no haber sido por aquel tío suyo ya muerto, Leofric, de buena gana lo habría enviado de vuelta a Wintanceaster; pero Leofric me aceptó a su lado cuando yo no era más que un muchacho desmañado y me convirtió en un guerrero hábil con la espada, que, en recuerdo de Leofric, trataría de hacer lo mismo con Osferth.

Pasábamos frente a la ciudad nueva. Podía oler los carbones prendidos de las herrerías; veía los destellos de las hogueras que, a lo lejos, parpadeaban en las callejuelas. Miré adelante, allá donde el puente atravesaba el río, pero todo estaba oscuro.

—Tengo que ver dónde está el paso —gritó Ralla, desde el altillo del timonel.

Volví sobre mis pasos hacia popa, pisando a ciegas entre los hombres que seguían agazapados.

—Si no lo veo, mal podré intentarlo —me explicó Ralla al ver que me acercaba.

—¿Cómo estamos de cerca?

—Muy cerca —repuso, con voz de pánico.

Me subí de un salto hasta donde él estaba. Gracias que tuve el resplandor de las hogueras que ardían en la ciudad, pude ver la ciudad antigua, extendiéndose por las colinas y rodeada por la muralla romana. Ralla tenía razón. Estábamos muy cerca.

—Algo habrá que hacer —dijo—; tendremos que desembarcar antes de llegar al puente.

—Si hacemos eso, nos verán sin duda —le respondí; estaba seguro de que los daneses habrían apostado soldados a lo largo del lienzo de la muralla que se alzaba antes de llegar al puente.

—O morís ahí, espada en mano —exclamó Ralla tajante—, o perecéis ahogado.

Volví a mirar adelante, pero nada.

—En ese caso, me inclino por la espada —repuse con desánimo; sabía cuál sería mi suerte, si tomaba aquella decisión desesperada.

Ralla tomó aire para darles una voz a los remeros, pero nunca llegó a gritar porque, de repente y mucho más adelante, allá donde el Temes se ensancha camino de su abrazo con el mar, observamos un resplandor amarillo. No era un áureo subido de tono, un gualdo chillón, sino un rubio mate, desvaído y apagado, que se colaba entre jirones de nubes. Era como un atisbo del amanecer más allá del mar, un apunte oscuro, un alba que se despereza, una claridad, y Ralla ni gritó ni movió la barra para llevarnos hasta la orilla. En vez de eso, se tocó el amuleto que llevaba colgado del cuello y mantuvo el curso endiablado de la embarcación.

—Agachaos, mi señor —dijo—, y agarraos con fuerza.

El barco se encabritaba como un caballo antes del combate. Nos arrastraba la fuerza de la corriente. Con las lluvias de aquella primavera y las inundaciones que habían proseguido, el agua bajaba con fuerza desde tierra adentro y, al chocar contra el puente, se agolpaba en tumultuosas y blancas crestas. Se revolvía, bramaba y echaba espumarajos al llegar a los pilares pero, en el centro del puente, al llegar al paso, formaba una especie de nube de vapor, provocada por una corriente que caía desde una altura no

menor que la de un hombre hasta alcanzar el nivel del otro lado, donde el río retumbaba y se arremolinaba antes de volver a estar en calma. Oía cómo se estrellaba el agua contra el puente, y el estruendo, como cachones que van a morir a la playa.

Ralla mantenía el rumbo, derecho hacia la brecha recortada contra el amarillo pálido del cielo que apuntaba por el este. A nuestras espaldas, sólo había oscuridad aunque, en una ocasión, me pareció observar a la lívida luz de la mañana un destello en el agua, la roda de la nave de Osric, y comprendí que nos seguía de cerca.

—¡Adelante y con fuerza! —gritaba Ralla a los remeros, mientras el barco se encabritaba, estremecido, y parecía ir todavía más rápido. El puente se nos venía encima y se tornaba lóbrego por encima de nosotros, momento en el que me agazapé en un costado y me así con todas mis fuerzas a una cuaderna.

Estábamos en mitad de la brecha. Tuve la sensación de que me desplomaba, como si nos precipitáramos en el abismo que separa los dos mundos. El ruido del agua al romper contra la piedra era ensordecedor, el agua que desgarraba, destrozaba y seguía adelante, un fragor que dominaba los cielos, un estruendo más fuerte que el del trueno de Thor. El barco sufrió una sacudida; pensé que habíamos chocado, que íbamos a volcar y acabar muertos, pero el caso es que resistió y siguió adelante. Por encima, sólo veíamos la oscuridad, una oscuridad que llegaba hasta el final de las vigas derrumbadas del puente, donde el estrépito era aún mayor. La espuma barría la cubierta, mientras nos precipitábamos de cabeza con el barco; todo crujía, como cuando se cierran las puertas del salón de los muertos de Odín; la fuerza del agua me tiró al suelo. Pensé que habíamos chocado con una piedra y que íbamos a naufragar; incluso recuerdo que acaricié el pomo de *Hálito-de-Serpiente* para morir empuñando la espada. Pero el barco se tambaleó tan sólo, y caí en la cuenta de que el golpe que había oído era el de la proa al chocar de nuevo contra el río y de que estábamos a salvo.

—¡Adelante! —gritó Ralla—. ¡No paréis de remar, afortunados bastardos!

Había mucha agua en el pantoque, pero seguíamos a flote. El cielo por el este se abría por momentos y, gracias a aquella luz macilenta, podíamos ver la ciudad y el sitio en el que la muralla se había resquebrajado.

—Ahora es cosa vuestra, mi señor —dijo Ralla, con orgullo.

—De los dioses más bien —repuse, mientras miraba atrás y observaba cómo el barco de Osric hacía frente a los remolinos donde el río se desplomaba como una catarata. Las dos embarcaciones habían conseguido cruzar el puente, y la corriente nos arrastraba hacia el lugar donde habíamos pensado desembarcar, pero los remeros dieron media vuelta y, plantando cara a la corriente, llegamos al embarcadero por el este, lo que nos vino de perlas. Así, cualquiera que nos viese pensaría que habíamos partido de Beamfleot. Pensarían que éramos daneses que acudían a reforzar la guarnición, que ya estaría en condiciones de hacer frente al asalto de Æthelred.

A resguardo, en el amarradero en el que habíamos pensado tocar tierra, había un enorme barco, de ésos que navegan por alta mar. Pude verlo con toda claridad, porque las antorchas que lo alumbraban se reflejaban en la pared blanca de la mansión que daba al muelle. Era una magnífica nave, que alzaba su proa y su popa con orgullo. No llevaba adornos con cabezas de animales, porque ninguna embarcación vikinga se avendría a que semejantes monstruos esculpidos aterrorizasen a los espíritus de un territorio amigo. A bordo del barco sólo había un hombre que, al ver cómo nos acercábamos, gritó:

—¿Quiénes sois?

—¡Ragnar Ragnarson! —respondí, mientras le arrojaba una cuerda de piel de morsa—. ¿Ya ha comenzado la batalla?

—Todavía no, señor —dijo, tirando de la maroma y enrollándola en la proa—. ¡Ojalá acabemos con ellos!

—Así que no llegamos demasiado tarde —repuse, mientras nuestra embarcación se acostaba a la nave; trepé por la amurada hasta llegar a uno de los desiertos bancos de los remeros—. ¿De quién es este barco? —le pregunté.

—Es el de Sigefrid, señor, el *Domador de olas*.

—Es precioso —le dije, al tiempo que me volvía—: ¡Todos a tierra! —grité en inglés, mientras observaba cómo mis hombres recuperaban escudos y armas después del torbellino que habíamos pasado. Medio inundado, el barco de Osric llegó a continuación. Supuse que había estado a punto de zozobrar al cruzar el puente. Mis hombres comenzaron a subir al *Domador de olas* y, en ese momento, el hombre que se había hecho cargo de la maroma, reparó en las cruces que llevaban colgadas del cuello.

—Pero, vosotros... —intentó decir, hasta que se dio cuenta de que era mejor callar. Ya se disponía a bajar corriendo a tierra, pero le corté el camino. Parecía asombrado, atónito y perplejo.

—Pon la mano en el pomo de tu espada —le dije, mientras empuñaba a *Hálito-de-Serpiente*.

—Mi señor —dijo, como si pretendiera que lo dejase con vida, aunque no tardó en darse cuenta de que ésta tocaba a su fin. No podía dejarle escapar. No podía, porque podría advertir a Sigefrid de nuestra presencia y, aunque lo hubiera atado de pies y manos y dejado a bordo del *Domador de olas*, entraba dentro de lo posible que otro de los suyos lo encontrase y lo pusiese en libertad. El hombre se dio cuenta de lo que estaba pensando y su rostro, hasta ese momento confuso, se tornó desafiante; en lugar de limitarse a tocar la empuñadura de su arma, comenzó a sacar la espada de la vaina. Y murió.

Hálito-de-Serpiente le seccionó el cuello, de forma rápida, con limpieza. Sentí como le perforaba el músculo con la punta y noté un tejido más duro. Brotó la sangre y dejó caer el brazo, mientras la hoja de su espada volvía a hundirse en la vaina; con la mano izquierda, me las apañé para que mantuviese la espada en la mano y no dejase de asir la empuñadura. Me aseguré, pues, de que llevaba la espada en la mano al morir, para que participase del festín en el salón de los muertos. Le mantuve la mano con firmeza, hasta que se desplomó contra mi pecho, mientras su sangre caía sobre mi cota de malla.

—Vete al salón de Odín —le dije en voz baja—, y guárdame un sitio.

No podía hablar. Se desmayó en cuanto la sangre comenzó a subirle por la tráquea.

—Me llamo Uhtred —le dije—, y llegará el día en que me reuniré contigo en el salón de los muertos, donde lo festejaremos, beberemos y seremos amigos.

Dejé caer su cuerpo, me puse de rodillas y busqué el amuleto que llevaba, que resultó ser el martillo de Thor. Se lo arranqué del cuello con ayuda de *Hálito-de-Serpiente.* Me lo guardé en el zurrón, limpié la punta de mi espada en la capa del muerto y la guardé de nuevo en su vaina de cuero forrado. Mi criado Sihtric me trajo el escudo, y lo tomé en mis manos.

—Ahora vamos a tierra, a conquistar la ciudad —dije.

Había llegado el momento de combatir.

Capítulo V

De repente, una extraña calma. Todo parecía estar en silencio pero no era así. Se oía el silbido del río al pasar bajo el puente, pequeñas olas se estrellaban contra el casco de los buques, crepitaban las antorchas colgadas en el muro de la casa, y oía los pasos de mis hombres al bajar a tierra. Escudos y vainas golpeaban los maderos del barco, unos perros ladraban en la ciudad y, en algún lugar, un ganso lanzó un estridente graznido. Todo lo demás parecía estar en silencio y el alba era una tímida luz amarilla, apenas oculta por unos nubarrones oscuros.

—¿Qué hacemos? —me preguntó Finan, acercándose, mientras Steapa, a su lado, no decía nada.

—Vamos a la Puerta de Ludd —dije.

No me moví de donde estaba, no di ni un paso adelante. Sólo pensaba en volver a Coccham al lado de Gisela. No era cobardía. Todos somos cobardes. El valor, eso que sirve de inspiración a los bardos para que compongan sus trovas sobre nuestras gestas, no es sino la determinación de vencer el miedo. Aunque no físico, una especie de cansancio me impedía ponerme en marcha. Y eso que entonces era joven y habría de pasar tiempo antes de que las heridas recibidas en combate minasen mi salud. Creo que estaba cansado de Wessex, harto de pelear por un rey que no me caía simpático y, de pie, en aquel embarcadero de Lundene, no se me alcanza por qué seguía haciéndolo. Al volver la vista atrás, al recordar esos años, me pregunto si aquel tedio no se debía al hombre que acababa de matar, al que le había prometido que nos encontraríamos en el salón de Odín. Los hombres que matamos quedan unidos a nosotros para siempre. Las Parcas se encargan de enhebrar el destino de sus vidas ya espectrales, con el nuestro, y cargamos con ese fardo que nos hechiza, hasta que la afilada guadaña siega nuestras vidas

—¿Os estáis quedando dormido? —me interrumpió el padre Pyrlig, que se había colocado junto a Finan.

—No; vamos a la puerta —contesté.

Me parecía estar viviendo un sueño. Me puse en camino, pero tenía la cabeza en otra parte. Pensé que así era cómo los muertos se paseaban por la

vida, porque los muertos siempre acaban por regresar. No al modo imaginado por Björn, sino que, en las noches más oscuras, cuando ningún ser vivo puede verlos, se dan una vuelta por el mundo. Me imaginaba que sólo podrían apreciarlo en parte, como si los lugares que hogaño hubieran hollado permanecieran cubiertos por una bruma invernal, y me preguntaba si mi padre estaría viéndome en aquellos momentos. ¿Por qué me habría dado por pensar en eso? Nunca había querido a mi padre, ni él a mí; había muerto cuando yo era pequeño todavía. Pero había sido un hombre de armas y los bardos cantaban sus gestas. ¿Qué estaría pensando de mí en aquel instante, en que dirigía mis pasos hacia Lundene, en vez de atacar Bebbanburg, que era lo que tenía que hacer? Tendría que estar camino del norte. Tenía que haberme gastado toda la plata en reunir hombres y guiarlos al combate por el istmo de Bebbanburg, trepar por sus murallas hasta el elevado bastión, hacer una carnicería y quedarme a vivir para siempre en mi propio hogar, en la casa de mi padre, cerca de Ragnar y lejos de Wessex.

Gracias a los espías con que contaba en Northumbria, estaba al tanto de las reformas que mi tío había llevado a cabo en la fortaleza. Había clausurado las puertas que daban a tierra firme, las había arrancado y, en su lugar, había construido nuevas murallas, más altas y reforzadas con piedra. Cualquiera que pretendiese llegar al interior de la ciudadela tenía que seguir un sendero que conducía hasta el extremo norte del risco sobre el que se alzaba, un camino que discurría a la sombra de esas altas murallas, desde donde se podía lanzar un ataque. En el extremo norte, allí donde rompe el mar que todo lo engulle, había un portillo que, una vez traspasado, daba a un empinado sendero que, a su vez, llegaba hasta otra muralla y otra puerta. Bebbanburg estaba aislado del mundo exterior y, para tomarlo, hubiera sido necesario contar con un ejército que no habría conseguido reunir ni poniendo todo mi dinero.

—¡Suerte! —restalló una voz femenina, al hilo de mis pensamientos. Los habitantes de la ciudad vieja permanecían despiertos y, al vernos pasar, como había ordenado a mis hombres que ocultasen las cruces que llevaban, nos habían tomado por daneses.

—¡Acabad con esos sajones cabrones! —gritó otro.

Nuestros pasos retumbaban entre los altos edificios, todos de tres alturas cuando menos. Los ladrillos de algunas casas estaban recubiertos de preciosas piedras sillares y pensé que una vez el mundo había estado sembrado de construcciones así. Recuerdo la extrañeza que sentí la primera

vez que subí por una escalera romana: entonces me di cuenta de que había habido un tiempo en que los hombres daban tales cosas por descontadas. El mundo que yo conocía era una mezcla de estiércol, paja y madera húmeda. También había casas de piedra, claro está, pero era mucho más rápido construir con madera, si no te importa que ésta acabe pudriéndose. El mundo entero parecía estar pudriéndose, como cuando pasamos de la luz a la oscuridad, acercándonos al negro caos del día en que este mundo intermedio, el combate de los dioses, habrá de tocar a su fin y desaparecerán de su faz el amor, la luz y la risa.

—Treinta años —dije, en voz alta.

—¿Es ésa vuestra edad? —me preguntó el padre Pyrlig.

—Es lo que dura en pie una casa, a menos que uno se ocupe de ella —repuse—. Nuestro mundo se viene abajo, padre

—¡Vaya por Dios! Os veo pesimista —comentó el cura divertido.

—Pienso en Alfredo —continué—, y me doy cuenta de que trata de introducir orden en este mundo. ¡Guerras, guerra; y pergaminos! Es como poner puertas al campo para frenar una inundación.

—Si la puerta está bien asegurada —terció Steapa, que había escuchado nuestra conversación—, desviará la crecida.

—Siempre es mejor plantar cara a una inundación que ahogarse en ella —añadió Pyrlig.

—¡Mirad eso! —les dije, señalando la cabeza de un animal esculpida en una pared de ladrillo. Jamás había visto nada igual: un enorme felino peludo, con las fauces abiertas, asomado a una pila de mosaico, como si, tiempo atrás, el agua hubiera fluido desde aquella boca hasta el pilón ¿Somos capaces de hacer algo así? —pregunté, con desánimo

—Disponemos de artesanos que pueden hacerlo —repuso Pyrlig.

—¿Dónde están, que no los veo? —requerí, furioso, mientras pensaba que todas aquellas cosas, las esculturas, los ladrillos y el mármol pertenecían a una época anterior al asentamiento del cristianismo en la isla. ¿Cuál era la razón de decadencia del mundo? ¿Era una venganza de los verdaderos dioses contra los hombres que adoraban a aquella deidad crucificada? No le comenté nada a Pyrlig, preferí callar.

Los edificios se cernían sobre nosotros, todos menos uno que se había venido abajo y convertido en un montón de cascotes. Un perro hozaba junto a una pared, levantó la pata y se volvió para olisquearnos. Un pequeño lloraba en el interior de una casa. Las paredes nos devolvían el eco de

nuestros pasos. La mayoría de los hombres marchaban en silencio, espantados por los fantasmas que, en su imaginación, habitaban aquellas reliquias de una época remota. El niño chilló de nuevo, más fuerte.

—Una madre que acaba de dar a luz —dijo Rypere, encantado; era un anglo del norte, flacucho, despierto y avezado. El mote por el que le conocíamos significaba «ladrón» y, por lo menos, no le tenía miedo a los fantasmas.

—Yo, en vuestro lugar, me ataría bien esos apestosos machos —contestó Clapa, un danés que me había prestado juramento de fidelidad y me servía con lealtad. Era un muchacho fornido, criado en una granja, fuerte como un buey y siempre de buen humor. El y Rypere eran amigos y siempre estaban lanzándose pullas.

—¡Silencio! —les ordené, antes de que Rypere le replicase.

Sabía que estábamos llegando a las murallas del lado oeste. Desde donde habíamos desembarcado, la ciudad ascendía escalonadamente por una colina hasta la cima; pero el suelo ya parecía llano, lo que significaba que no andábamos lejos del valle del Fleot. A nuestras espaldas, el amanecer se abría paso a codazos en el cielo. Me imaginé que Æthelred estaría pensando que mi ataque imaginario al alba había salido mal, y mucho me temía que aquella circunstancia le hubiera llevado a desistir del asalto. A lo peor, ya regresaba con sus hombres al islote, en cuyo caso, estaríamos solos, rodeados de enemigos y perdidos sin remisión.

—Que Dios se apiade de nosotros —dijo Pyrlig, de improviso.

Alcé la mano para ordenar a mis hombres que se detuvieran. Delante de nosotros, en el extremo de la calle que pasaba por debajo de aquel arco de piedra conocido como Puerta de Ludd, había un enjambre de hombres armados, hombres en cuyos cascos, en los filos de los puñales y en las puntas de las espadas se reflejaba la mortecina luz de un sol que trataba de abrirse camino entre nubes.

—Que Dios nos ayude —repitió Pyrlig, al tiempo que se santiguaba—. Deben de ser unos doscientos.

—Más —le aclaré. Había tantos que no cabían en la calle y se desparramaban por los callejones que iban a dar allí Todos estaban delante de la puerta y eso me hizo comprender lo que pretendía el enemigo. En ese instante mi mente se despejó como si se quitara una niebla de encima. Recuerdo que había un patio a mi izquierda.

—Entrad ahí —les dije.

* * *

Recuerdo a un cura, un hombre despierto que, una vez vino a verme para que le contase cosas de Alfredo para escribir un libro. Nunca llegó a hacerlo porque, al poco, murió de disentería, pero era un hombre comprensivo, más dispuesto a perdonar que la mayoría de los clérigos. Recuerdo cuando me pidió que le hablase del fragor de la batalla.

—Ya os lo contarán los poetas de mi esposa —le contesté.

—Esos bardos no han peleado jamás —me explicó—; se limitan a reproducir gestas de otros héroes, cambiando los nombres.

—¿De verdad hacen eso?

—Por supuesto —me respondió—; ¿acaso no haríais vos lo mismo?

Aquel cura me cayó simpático, así que se lo conté. El relato que le ofrecí podía resumirse en que el intríngulis de una batalla consiste en la satisfacción de dar esquinazo al rival, en saber qué hará antes de que lo lleve a cabo y en disponer de una respuesta adecuada, de forma que cuando se supone que te van a matar que sean ellos los que mueran. En aquel momento, en la oscura humedad de aquella calle de Lundene, supe qué iba a hacer Sigefrid, igual que adiviné que me apoderaría de la Puerta de Ludd, aunque a él ni se le hubiera pasado por la cabeza.

El patio pertenecía a un cantero, que se surtía de la materia prima de los edificios romanos de Lundene y contra sus muros se apilaban montones de piedras sillares, dispuestas para ser enviadas a Frankia. Muchas otras quedaban amontonadas contra la puerta que conducía a los embarcaderos, desde la muralla que daba al río. Temiéndose un ataque desde el río, pensé que Sigefrid habría cegado todas las puertas de la muralla oeste que daban al Temes, pero que no se habría parado a considerar siquiera que alguien cruzase el puente y llegase al extremo oriental, que nadie custodiaba. Nosotros, sí. Mis hombres se ocultaron en el patio. Yo me quedé a la entrada, contemplando el tropel de enemigos que guardaba la Puerta de Ludd.

—¿Nos ocultamos? —me preguntó Osferth, con su voz siempre quejumbrosa, como si nunca dejase de gimotear.

—Cientos de hombres nos separan de la puerta —le expliqué, armándome de paciencia— y somos muy pocos para hacerles frente.

—Así que hemos perdido —repuso, no a modo de pregunta, sino de afirmación petulante.

Me hubiera gustado darle un manotazo, pero me contuve.

—Explicadle qué tratamos de hacer —le pedí a Pyrlig.

—Dios, en su sabiduría —comenzó el galés—, ha persuadido a Sigefrid para que lleve a cabo un ataque fuera de la Ciudad. Van a abrir esa puerta, muchacho, galoparán hacia las Marismas y se lanzarán sobre los hombres de lord Æthelred. Como nuestro señor cuenta con los hombres del *fyrd* y la mayoría de los hombres de Sigefrid son guerreros de verdad, ¡todos nos imaginamos cómo acabará la cosa! —añadió el padre Pyrlig, llevándose la mano a la cota de malla bajo la que ocultaba su cruz de madera—. ¡Gracias, Dios mío!

Osferth se quedo mirando al cura y, al cabo de van momento, le dijo:

—¿Estáis diciendo que algunos de los hombres de lord Æthelred van a ser sacrificados?

—¡Algunos morirán, sin duda! —repuso Pyrlig, encantado—. Y espero que estén en gracia de Dios, muchacho, o nunca escucharán los cánticos celestiales.

—Detesto esos coros —rezongué.

—No digáis eso —me recriminó Pyrlig—. Veréis, jovencito —prosiguió, volviendo la mirada a Osferth—, en cuanto salgan por esa puerta, sólo quedará un puñado de ellos para guardarla. En ese momento, ¡atacamos nosotros! De repente, Sigefrid se encontrará con un enemigo delante y otro detrás, y te aseguro que es una situación que lleva a cualquiera a preguntarse cómo habrá tenido la ocurrencia de levantarse de la cama.

Se abrió una de las contraventanas de las ventanas de arriba que daban al patio. Una mujer joven se quedó contemplando el cielo del amanecer, estiró los brazos cuanto pudo y bostezó a gusto, un gesto que resaltó la silueta de sus pechos; vio a mis hombres allí, y se cubrió instintivamente con las manos. Iba vestida, pero debió de sentirse como si estuviera desnuda.

—¡Gracias, mi amado Salvador, por esta bendición también! —exclamó Pyrlig, sin dejar de mirarla.

—Pero si asaltamos la puerta —dijo Osferth, dando rienda suelta a sus cavilaciones—, los hombres que aún quedan en la ciudad caerán sobre nosotros.

—Por supuesto —respondí.

—Y Sigefrid... —siguió diciendo.

—Dará media vuelta para dar buena cuenta de nosotros —concluí en su lugar.

—En cuyo caso... —añadió, como si quisiera estar seguro de lo que decía, porque no veía sino un futuro de sangre y muerte delante de sus narices.

—Todo depende de mi primo —repuse—. Si acude en nuestra ayuda, ganaremos. Si no lo hace —añadí, encogiéndome de hombros—, echad mano de la espada que lleváis al cinto.

Se oyó un estruendo en la Puerta de Ludd; la habían abierto de par en par y los soldados se precipitaban ya por el camino que llevaba al Fleot. Si aún estaba preparando el ataque, Æthelred los vería llegar y no le quedaría más remedio que tomar una decisión: podía quedarse y hacerles frente en la nueva ciudad sajona o salir corriendo. Confiaba en que aguantase. No era un hombre que me agradase, pero nunca lo había tenido por cobarde. Más bien lo consideraba vanidoso, lo que me llevaba a pensar que no se echaría atrás a la hora de pelear.

Los hombres de Sigefrid tardaron lo suyo en cruzar la puerta. Oculto en la penumbra de la entrada que daba al patio, conté no menos de cuatrocientos guerreros que abandonaban la ciudad. Æthelred disponía de unos trescientos hombres preparados, la mayoría de ellos de la guardia personal de Alfredo, pero el resto de sus tropas eran hombres del *fyrd*, incapaces de hacer frente a un ataque tan duro como devastador. Sigefrid contaba con la ventaja de que sus hombres estaban en inmejorables condiciones, descansados y alimentados, mientras que las tropas de Æthelred estarían exhaustas después de andar dando tumbos durante toda la noche.

—Cuanto antes lo hagamos, mejor —dije, sin mirar a nadie en Particular.

—Vamos allá, pues —indicó Pyrlig.

—¡A la puerta! —les grité a los míos—. ¡No corráis! ¡Que parezca que pertenecéis a la guarnición!

Así lo hicimos. A paso lento por una calle de Lundene comenzó una pelea sin cuartel.

* * *

No habría más de treinta hombres en la Puerta de Ludd. Algunos eran centinelas que guardaban la arcada; la mayoría eran soldados que, no teniendo nada mejor que hacer, se habían encaramado a la muralla para ver la estampida de Sigefrid. Un hombre enorme, con una sola pierna y apoyado en unas muletas, subía por los desiguales peldaños de piedra. Al ver que nos acercábamos, se detuvo a medio camino, y gritó:

—¡Si os dais prisa, señor, podréis alcanzarlos!

Me llamaba señor porque me veía como tal, como un señor de la guerra.

Éramos sólo un puñado de hombres quienes, como yo, hacíamos la guerra. Caudillos, nobles, reyes y terratenientes, es decir, hombres que habían matado a sus semejantes en número suficiente y amasado las fortunas necesarias para disponer de cotas de malla, cascos y armas. Y no cotas de malla corrientes. La mía, por ejemplo, una pieza que venía de Frankia, costaba más que una nave de guerra. Sihtric se encargaba de pulir el metal con arena, de modo que brillaba como si fuera de plata. Me cubría hasta las rodillas y de ella colgaban treinta y ocho martillos de Thor, de hueso, de marfil y hasta alguno de plata; todos los habían llevado al cuello valerosos enemigos que había matado en combate. Los llevaba encima para que, cuando llegase al salón de los muertos, sus antiguos propietarios supieran quién era yo, me agasajasen y bebiesen cerveza conmigo.

Llevaba también una capa de lana teñida de negro, en la que Gisela había bordado un relámpago blanco desde los hombros hasta los pies. En ocasiones, podía ser un inconsciente a la hora de la lucha, pero en aquellos momentos la llevaba encima porque, a pesar de que era más alto y fornido que la mayoría, me daba un aspecto más imponente. Llevaba colgado del cuello un martillo de Thor, un humilde mísero amuleto de hierro, siempre cubierto de herrumbre, que, a fuerza de rasparlo y limpiarlo durante tantos años, se había achicado y deformado. Era un amuleto que había recogido de niño con mis propias manos y me encantaba. Todavía lo llevo.

Mi casco era digno de admiración, tan pulido que dañaba la vista, taraceado en plata y con una cimera que representaba la cabeza de un lobo, también de plata. Las baberas llevaban adornos de plata en espiral. Bastaba aquel yelmo para que cualquier enemigo cayese en la cuenta de que se enfrentaba con un hombre importante. Quien me matase y se quedase con él, se haría rico de inmediato; pero mis adversarios preferirían los brazaletes

que, al igual que los daneses, lucía en las mangas de la cota de malla. Eran de plata y de oro, y llevaba tantos que alguno tenía que ponérmelo más arriba de los codos: representaban los hombres que había matado y las riquezas que había atesorado. Mis botas eran de cuero grueso, recubiertas de planchas de hierro para esquivar los mandobles que podía recibir por debajo del escudo. Rodeado de un aro también de hierro, en el escudo lucía pintada la cabeza de un lobo, mi divisa; al lado izquierdo de la cintura, colgaba *Hálito-de-Serpiente* y, a la derecha, *Aguijón-de-avispa*. De tal guisa, avancé hacia la puerta, con el sol naciente a las espaldas, que proyectaba mi larga sombra en aquella calle llena de inmundicias.

Era un señor de la guerra en todo mi esplendor y me disponía a matar, aunque ninguno de los que estaban en la puerta se lo imaginasen.

Nos vieron llegar pero pensaron que éramos daneses. La mayoría de los hombres estaba en lo alto de la muralla pero en la puerta abierta de par en par se habían quedado cinco soldados que observaban cómo las tropas de Sigefrid se abalanzaban por la empinada cuesta que llevaba hasta el Fleot. La posición sajona no se encontraba lejos de allí; confiaba en que Æthelred no hubiese dado media vuelta.

—Steapa —grité, lo bastante lejos de la puerta para que nadie me oyera hablar en inglés—, reunid a vuestros hombres y acabad con esas piltrafas que están bajo el arco.

—¿Queréis que cierre la puerta? —me preguntó, al tiempo que forzaba una sonrisa en su rostro cadavérico.

—Mejor dejadla abierta —quería que Sigefrid volviese sobre sus pasos para evitar que los salvajes que lo acompañaban hicieran de las suyas entre los hombres del *fyrd* de Æthelred; además, si permanecía abierta, estaría más dispuesto a atacarnos.

La puerta se alzaba entre dos macizos baluartes de piedra, ambos con escalera propia, y me acordé de una vez en que, de niño, el padre Beocca me había descrito cómo era el cielo cristiano. Según decía, allí se llegaba por una escalera de cristal y, casi extasiado, me contó que una infinidad de escalones transparentes subía hasta un trono de oro, colgado allá en lo alto, en el que estaba sentado su dios. Unos ángeles, más resplandecientes que el sol, rodeaban el trono, mientras que los santos, que era el nombre con el que se refería a los cristianos que habían muerto, se congregaban en torno a aquella escalera, sin dejar de cantar. Me pareció tan tedioso entonces como ahora.

—En la vida futura, todos seremos dioses —le dije a Pyrlig, que se me quedó mirando pensativo, preguntándose cómo se me habría ocurrido semejante barbaridad.

—Todos estaremos con Dios —me corrigió.

—En vuestro cielo quizá, pero no así en el mío —repuse.

—Sólo hay un cielo, lord Uhtred.

—En ese caso, que sea el mío —le contesté; en ese momento supe que mi verdad era la verdad, y que Pyrlig, Alfredo y todos los cristianos andaban errados, descarriados. No nos encaminábamos hacia la luz, nos apartábamos de ella y nos sumergíamos en el caos. Íbamos hacia la muerte, al encuentro de un cielo de muerte y, a medida que nos acercábamos al enemigo, empecé a gritar—: ¡Un cielo para hombres! ¡Un cielo para guerreros! ¡Un cielo en el que resplandezcan las espadas! ¡Un cielo para los valientes! ¡Un cielo de ferocidad! ¡Un cielo de dioses muertos! ¡Un cielo de muerte!

Todos, amigos y enemigos, se me quedaron mirando; me observaron y pensaron que me había vuelto loco, y quizá subí enloquecido por la escalera de la derecha bajo la mirada escrutadora del hombre de las muletas. Le di una patada a una de las andas y cayó de bruces. La muleta se fue rodando escaleras abajo y uno de mis hombres la mandó al suelo de un puntapié.

—¡Un cielo de muerte! —grité, mientras los hombres de las murallas no me quitaban los ojos de encima, confiados en que era amigo, porque gritaba en danés aquel insólito grito de guerra.

Sonreí, oculto tras las baberas, y desenvainé a *Hálito-de-Serpiente*. A mis pies, sin que yo pudiera verlos, Steapa y sus hombres habían comenzado la carnicería.

No hacía ni diez minutos que había estado soñando despierto, pero ahora se había apoderado de mí la locura. Debería haber esperado a que mis hombres subiesen por la escala y haber formado un muro de escudos, pero algo me impulsó a seguir adelante. Aún seguía vociferando, pero era mi propio nombre lo que gritaba, mientras *Hálito-de-Serpiente* musitaba su balada de venganza, y yo era un señor de la guerra.

El delirio de la pelea, el éxtasis, no consiste sólo en derrotar al enemigo, sino en sentirse como un dios. Una vez que estaba tratando de explicárselo a Gisela, ella me acarició el rostro con sus largos dedos y me preguntó, con una sonrisa:

—¿Mejor que esto?

—Igual de bueno —repuse.

Pero no es así. En una pelea, el hombre se lo juega todo para mantener una reputación. En la cama, no arriesga nada. La satisfacción es parecida, pero el disfrute de una mujer es algo pasajero, mientras que la aureola de la fama perdura para siempre. Los hombres y las mujeres mueren, todos morimos, pero la reputación de un hombre le sobrevive. Por eso no dejaba de gritar mi nombre, mientras *Hálito-de-Serpiente* se cobraba su primera víctima. Era un hombre alto, con el yelmo bajado y una espada de larga hoja que, sin pararse a pensarlo, se me vino encima, del mismo modo que yo detuve la estocada con mi escudo y le clavé a *Hálito-de-Serpiente* en la garganta. Había otro hombre a mi derecha; cargué sobre él con el hombro, lo tiré al suelo y le herí en la entrepierna, mientras con el escudo paraba un mandoble que se cernía sobre mí por la izquierda. Pasé por encima del hombre al que había herido en la ingle, y comprobé que las almenas de la muralla quedaban a mi derecha, que era lo que iba buscando, y mis enemigos delante. Me abalancé sobre ellos, sin dejar de gritar:

—¡Uhtred, Uhtred de Bebbanburg!

Estaba retando a la muerte. Aquel ataque en solitario bastó para que también tuviera al enemigo a mis espaldas, pero, en aquel momento, era inmortal. El tiempo pareció detenerse: mis rivales se movían a paso de tortuga, mientras que yo los fulminaba como el rayo de mi capa. Seguía gritando cuando le clavé *Hálito-de-Serpiente* a un hombre en un ojo con todas mis fuerzas hasta que el hueso de la cuenca le impidió hundirse más, para blandirla a continuación por mi izquierda y dejarla caer sobre una espada que se me venía a la cara; al tiempo que alzaba el escudo para frenar un hachazo; dejé caer el brazo con el que sujetaba a *Hálito-de-Serpiente* y la empuñé con toda mi alma hasta traspasar el jubón de cuero del hombre cuya estocada había esquivado. Hice un giro de muñeca para que no se quedase adherida en su barriga mientras le arrancaba la sangre y las tripas, me eché a la izquierda y la dejé caer sobre el tachón de hierro del escudo del hombre que blandía el hacha.

Se echó hacia atrás, tambaleándose. *Hálito-de-Serpiente* salió del vientre del hombre y voló al encuentro de otra espada. Sin dejar de dar gritos, me dejé arrastrar por ella, y descubrí el terror con que me miraba mi rival. El horror de un contrario aviva la crueldad.

—¡Uhtred! —grité, y me quedé mirándolo; vio que la muerte se le venía encima, y trató de escabullirse, pero a sus espaldas aparecieron otros

hombres que le cortaron la retirada. Sonreí mientras le descerrajaba la cara con *Hálito-de-Serpiente* y su sangre teñía el amanecer. Al retirar la espada, le rebané el cuello, y me enfrenté con los dos que venían detrás; esquivé a uno con la espada, y al otro, con el escudo.

Aquellos dos hombres sabían lo que se hacían. Me empujaron con los escudos; su único objetivo era arrinconarme contra la muralla con sus escudos para que no pudieran echar mano de *Hálito-de-Serpiente*. Una vez acorralado, ordenarían a otros hombres que me acribillasen con sus espadas hasta que perdiera bastante sangre como para no tenerme en pie. Aquellos dos hombres querían verme muerto y estaban dispuestos a alcanzar su meta.

Pero yo reía, reía sin parar, porque sabía lo que trataban de hacer y parecían moverse con lentitud, de forma que les devolví el golpe con mi propio escudo, y se confiaron en que me tenían en sus manos; nadie se podía imaginar que me libraría de ellos. Se protegieron con sus escudos y continuaron acosándome; retrocedí, aferrado al mío para que siguieran adelante, aunque notaba que me fallaban las fuerzas. A medida que avanzaban, mantenían los escudos ligeramente bajos. *Hálito-de-Serpiente* refulgió como la lengua de una víbora y hundió su punta ensangrentada en la frente del hombre que estaba a mi izquierda. Sentí cómo le abría la cabeza, contemplé sus ojos vidriosos, escuché el estruendo de su escudo al caer, lo retiré a la derecha y el otro hombre se apartó. Me golpeó con el escudo para hacerme perder el equilibrio y, en ese momento, escuché un fuerte grito a mi izquierda:

—¡Por Cristo Jesús y Alfredo! —era el padre Pyrlig; tras él, en el torreón, sólo se veía a los nuestros—. ¡Estúpido pagano! —me increpó Pyrlig.

No pude por menos de reír. Pyrlig hirió a mi rival en el brazo con su espada y *Hálito-de-Serpiente* se encargó de su escudo. Recuerdo cómo me miraba en aquel instante. Llevaba un casco excelente, con alas de cuervo a ambos lados de la cabeza. Era un hombre de barba rubicunda y ojos azules, unos ojos que revelaban que se daba cuenta de que su muerte era inminente, mientras trataba de blandir la espada con el brazo herido.

—No sueltes la espada —le dije, y él asintió.

Fue Pyrlig quien acabó con él. Yo no llegué a verlo. Ya lo había dejado atrás para hacer frente a los enemigos que aún quedaban; a mi lado, Clapa blandía una enorme hacha con tal violencia que era tan peligrosa para

nosotros como para nuestros contrarios, pero ninguno de ellos se atrevió a hacernos frente. Echaron a correr por las murallas. La puerta ya era nuestra.

Me asomé, apoyándome en la parte baja del exterior de la muralla, y tuve que incorporarme de inmediato; las piedras se movían por culpa de mi peso. Las defensas se estaban viniendo abajo. Di una manotada a una piedra medio desencajada y, feliz, me eché a reír de buena gana. Con la espada ensangrentada, Sihtric me dedicó una sonrisa.

—¿Queréis conservar algún amuleto, mi señor? —me preguntó.

—Ese hombre murió en condiciones; me quedaré con el suyo —dije, señalando al hombre cuyo yelmo estaba adornado con las plumas de cuervo.

Sihtric se agachó para retirar el martillo del muerto. Más allá, Osferth contemplaba los seis cadáveres que yacían sobre las piedras entre charcos de sangre. Llevaba una lanza con la punta ensangrentada.

—¿Habéis matado a alguno de ellos? —le pregunté.

—Sí, mi señor —me contestó, haciendo un gesto afirmativo y con unos ojos como platos.

—Eso está bien —repuse, mientras hacía un gesto con la cabeza hacia los cuerpos allí tumbados—. ¿A cuál de ellos?

—No fue aquí, señor —replicó, con gesto de aturdimiento, mientras se volvía hacia los peldaños por los que habíamos subido—. Fue por allí, señor.

—¿En los escalones?

—Sí —respondió.

Me lo quedé mirando, lo suficiente como para que se entiese incómodo.

—Contádmelo; ¿os amenazó?

—Era un enemigo, señor.

—¿Qué hizo —le insistí—, te amenazó con la muleta?

—El... —comenzó a decir Osferth, pero no pasó de ahí, y se quedó mirando a uno de los hombres que yo había matado, y comentó con mal gesto—: Mi señor...

—¿Sí?

—Dijisteis que quien abandonase el muro de escudos sería reo de muerte.

Me incliné para limpiar la hoja de *Hálito-de-Serpiente* en la capa de uno de los muertos.

—¿Y bien?

—Vos lo hicisteis, señor —dijo Osferth, con un deje reproche.

Me incorporé y me toqué los brazaletes que llevaba.

—Mientras obedezcáis las órdenes, seguiréis con vida —le contesté, con aspereza—. Sólo adquiriréis fama cuando os atreváis a quebrantarlas. Algo que nunca conseguiréis, si os dedicáis a ir por ahí matando tullidos —le espeté lentamente; luego, me volví para ver si los hombres de Sigefrid habían cruzado el río Fleot; acababan de darse cuenta de lo que había ocurrido a sus espaldas y se habían vuelto para ver lo que pasaba en la puerta. Pyrlig apareció a mi lado.

—Vamos a retirar ese harapo —me dijo, lo que me llevó a reparar en un gallardete que colgaba de la muralla; Pyrlig se hizo con él, y me lo mostró: lucía el emblema del cuervo de Sigefrid—. Vamos a darles la noticia de que hay un nuevo señor de esta ciudad —dijo, levantándose la cota de malla y sacando una banderola que llevaba doblada y enrollada a la cintura que, al extenderla, dejó al descubierto una cruz negra sobre un campo blanco mate—. ¡Alabado sea Dios! —añadió, y la dejó caer por encima de la muralla, asegurándola en la base con las armas de los hombres que habían muerto. Sigefrid ya sabía, pues, que había perdido la Puerta de Ludd. La bandera cristiana ondeaba delante de sus narices.

Durante un rato, se impuso la calma. Supuse que los hombres de Sigefrid se habían quedado desconcertados y trataban de reponerse de la sorpresa. Ya no se dirigían hacia la nueva ciudad sajona, sino que se habían vuelto para contemplar la cruz que colgaba de la puerta. En el interior de la ciudad, se iban formando grupos de hombres que no nos perdían de vista.

Yo me quedé mirando en dirección a la ciudad nueva. No advertí la presencia de los hombres de Æthelred. Una empalizada de madera rodeaba la suave ladera en la que se alzaba la ciudad sajona. Cabía la posibilidad de que las tropas de Æthelred estuvieran emboscadas tras aquella cerca, medio caída en algunos tramos, inexistente en otros.

—Si Æthelred no da señales de vida... —dijo Pyrlig, en voz baja.

—Estamos perdidos —finalicé yo la frase.

A la izquierda, el río, lúgubre y gris, se deslizaba hacia las ruinas del puente y el mar lejano. Unas gaviotas blancas se recortaban sobre el fondo gris. A lo lejos, en la orilla sur, se veía salir el humo de unas cuantas chozas. Aquello era Wessex. Frente a mí, donde los hombres de Sigefrid

permanecían inmóviles, se extendía Mercia. A mis espaldas, al norte del río, Anglia Oriental.

—¿Y si cerramos la puerta? —propuso Pyrlig.

—No; le dije a Steapa que la dejase abierta.

—¿Eso hicisteis?

—Intentamos que Sigefrid nos ataque —repuse, mientras no dejaba de pensar que, si *Æ*thelred se había echado para atrás, mis días habrían llegado a su fin en esa misma puerta en la que confluían los tres reinos.

Aunque no podía atisbar las fuerzas de *Æ*thelred, confiaba en que los hombres de mi primo nos ayudasen a alcanzar la victoria. Si conseguía que los guerreros de Sigefrid volasen a la puerta y lograba contenerlos, *Æ*thelred podría atacarlos por la retaguardia. Por eso quería que la puerta permaneciese abierta para tentar a Thurgilson. Si procedía a cerrarla, podría utilizar cualquiera de las otras entradas el la ciudad romana, y sus hombres habrían escapado al ataque de mi primo.

El problema más acuciante nos lo presentaban los daneses que aún quedaban en la ciudad, que parecían reponerse, al fin, de aquel ataque por sorpresa. Algunos merodeaban por las calles, mientras otros formaban grupos al pie de las murallas a ambos lados de la Puerta de Ludd. Las murallas eran más bajas que los baluartes de la puerta, lo que significaba que la única posibilidad de atacarnos era intentarlo en las estrechas escaleras de piedra que iban de la muralla a los bastiones. Había que disponer de no menos de cinco hombres para defender cada peldaño, sin olvidar que eran dos las escalinatas que subían desde la calle. Pensé en abandonar la cúspide del baluarte. Pero si las cosas no nos pintaban bien en el portalón, allá en lo alto de la muralla encontraríamos un refugio adecuado.

—Dispondréis de veinte hombres para defender el baluarte —le dije a Pyrlig—, y también podéis quedaros con ése —dije, señalando a Osferth. No quería que el hijo de Alfredo, aquel asesino de tullidos, se quedase en la puerta, donde la lucha sería más encarnizada. Allí abajo, formaríamos dos muros de escudos: uno de cara a la ciudad; el otro mirando al río Fleot. Allí sería donde chocarían los dos muros de escudos y donde, pensaba yo, moriríamos, porque seguía sin ver el ejército de *Æ*thelred.

Sentí la tentación de escapar por piernas. Si conteníamos al enemigo en las calles, no sería muy difícil emprender la retirada por el mismo camino que habíamos llegado. Podríamos apoderarnos del barco de

Sigefrid, del *Domador de olas*, y pasar a la orilla sajona de Wessex. Pero yo era Uhtred de Bebbanburg, un guerrero pletórico de orgullo, y había jurado que conquistaría Lundene. Así que nos quedamos.

Cincuenta de los nuestros bajaron por las escaleras y ocuparon la puerta. Veinte hombres se pusieron de cara a la ciudad; el resto, mirando hacia donde estaba Sigefrid. Bajo el arco de la puerta no cabían más de ocho hombres de frente, escudo con escudo, lo que nos permitió organizar los dos muros de escudos a la sombra de aquellas piedras. Steapa se puso al frente del grupo de veinte, mientras yo me puse al mando en primera fila, delante de la muralla que miraba al oeste.

Abandoné el muro de escudos y di unos cuantos pasos hacia el valle del Fleot. Aquel pequeño río, de aguas fétidas debido a las curtidurías por las que pasaba, discurría, perezoso y sucio, a su encuentro con el Temes. Al otro lado, Sigefrid, Haesten y Erik habían reagrupado sus fuerzas, y su retaguardia se disponía a vadear el poco profundo Fleot, amenazando a los escasos hombres que me acompañaban.

Permanecí dentro de su campo de visión. El sol, cubierto de nubes, seguía a mis espaldas, pero ya se encargarían la plata de mi casco y el brillo apagado de la hoja de *Hálito-de-serpiente* de reflejar su luz mortecina. La había desenvainado de nuevo, y allí estaba yo, con la espada en la mano derecha y el escudo en la siniestra. Me erguía por encima de ellos, un señor en toda su gloria, un hombre con su cota de malla, un guerrero invitando a luchar con otros como él. Pero seguía sin ver tropas amigas en la colina vecina. De nuevo pensé que, si Æthelred había retrocedido, todos moriríamos.

Apreté con fuerza el pomo de *Hálito-de-Serpiente*. Me quedé mirando a los hombres de Sigefrid, golpeé mi escudo con la hoja de la espada hasta tres veces; el eco se encargó de llevar el sonido desde las murallas que se alzaban detrás; me di media vuelta y me integré en el muro de escudos.

Coléricos y lanzando los aullidos propios de quienes están seguros de alcanzar la victoria, los guerreros de Sigefrid se abalanzaron sobre nosotros.

* * *

Un bardo tendría que haber compuesto una canción de gesta sobre aquella batalla. Para eso están. Mi esposa actual que está como una cabra, les paga para que alaben mensajes a cristo, que es su dios, pero cierran el

pico y guardan silencio en cuanto irrumpo en la estancia. Se saben fragmentos de las gestas de sus santos y entonan cantos melancólicos sobre el día en que su dios fue crucificado. Cuando estoy presente, sin embargo, ensalzan gestas de verdad, poemas que, según aquel cura tan listo, se habían escrito para recordar las hazañas de otros hombres, cuyos nombres habían sustituido por el mío. Porque hay trovas sobre carnicerías y poemas que hablan de guerreros, canciones de gesta de verdad.

Los guerreros son hombres que defienden lo que es suyo, su casa, sus hijos, sus mujeres y sus cosechas, que acaban con otros que se presentan con intención de robárselos. Sin ellos, el mundo que vemos sería un lugar desierto, desolado, donde sólo escucharíamos lamentos. La recompensa de un hombre de guerra no tiene nada que ver con los brazaletes de oro y de plata que cubren sus brazos, sino con su renombre, y ahí es donde entran los bardos. Ellos son quienes nos cuentan cosas de esos hombres que defienden lo que es suyo y acaban con sus enemigos. Para eso están, aunque ninguno de ellos haya cantado el combate de la Puerta de Ludd en Lundene.

Aún pervive una canción de gesta en la antigua Mercia, que refiere cómo lord Æthelred se apoderó de Lundene, un precioso poema, por cierto, pero en el que no aparece ni mi nombre, ni el de Steapa, ni el de Pyrlig, ni tampoco los de los hombres que lucharon de verdad aquel día.

Cualquiera que lo escuche pensaría que bastó con que Æthelred hiciera acto de presencia para que los paganos se dieran a la fuga, según el poeta.

No fue así. Desde luego que no fue eso lo que ocurrió. Decía que los hombres del norte se abalanzaron sobre nosotros, y eso fue lo que pasó, pero Sigefrid no era un inconsciente a la hora entablar pelea. Cayó en la cuenta de que sólo unos pocos habíamos bloqueado el paso, y pensó que, si era capaz de desbaratar el muro de escudos con rapidez, todos perderíamos la vida bajo aquel antiguo arco romano.

Había regresado al lado de los míos. Mi escudo se solapaba con los de los hombres que tenía a mi derecha y a mi izquierda. En el momento de colocarme entre ellos, dispuesto a aguantar su embestida, me di cuenta de los planes que tenía Sigefrid en la cabeza.

Sus hombres no se habían limitado a contemplar la Puerta de Ludd, sino que se había reorganizado, de modo que ocho de sus guerreros se habían colocado en cabeza. Cuatro de ellos eran portadores de enormes espadas macizas, de ésas que, para alzarlas, hay que recurrir a las dos manos. No llevaban escudo pero, al lado de cada uno de ellos, marchaba un

fornido guerrero provisto de escudo y hacha. Tras ellos, iban muchos más hombres, provistos de escudos, lanzas y largas espadas. En ese instante, supe lo que iba a ocurrir. Los cuatro hombres se precipitarían sobre nosotros, dirigiendo aquellos espadones contra cuatro de nuestros escudos. El peso de las espadas y el ímpetu de la carga desplazarían a cuatro de los nuestros hacia atrás, momento en el que actuarían los que iban armados con hachas. No intentarían reducir a astillas nuestros escudos, sino que profundizarían en la brecha abierta por los portadores de espadones, y engancharían y echarían abajo los escudos de la segunda fila, dejándonos al descubierto frente a las largas armas que blandían hombres que se situaban más atrás. Sólo una ambición guiaba a Sigefrid, la de deshacer nuestra defensa cuanto antes y no me cabía duda de que aquellos hombres no sólo se habían ejercitado para derribar un muro de escudos, sino que ya lo habían hecho con anterioridad.

—¡Arrejuntaos! —grité, aunque tenía poco sentido. Mis hombres sabían de sobra lo que tenían que hacer: aguantar y morir; eso era lo que habían jurado ante mí.

Sabía que estábamos perdidos, si Æthelred no aparecía. El imparable ataque de Sigefrid iba a estrellarse contra nuestro muro de escudos y no disponíamos de espadas lo bastante largas como para responder a las cuatro que se nos venían encima. Lo único que podíamos hacer era resistir, pero nos sobrepasaban en número y parecían actuar con absoluta seguridad. Se produjeron los insultos de costumbre, nos prometieron que allí perderíamos la vida y, efectivamente, la muerte estaba a punto de hacer acto de presencia.

—¿Cierro la puerta, señor? —me preguntó Cerdic, nervioso, a mi lado.

—Demasiado tarde —respondí.

El ataque había comenzado.

Al precipitarse contra nosotros, los cuatro hombres aullaban. Sus espadones eran tan grandes como remos, y los pomos no menores que espadas cortas. Los mantenían bajos, de modo que adiviné que pensaban arremeter contra la parte inferior de nuestros escudos para que empujásemos el borde superior hacia delante, y así los hombres de las hachas pudieran engancharnos con facilidad y destrozar nuestra defensa rápidamente.

La maniobra les saldría bien, porque los hombres que nos atacaban eran duchos en echar abajo muros de escudos. Para eso estaban entrenados,

ya lo habían hecho, y el salón de los muertos de Odín debía de estar repleto de sus victimas. Mientras nos embestían, seguían lanzando aquellos gritos incoherentes, y yo observaba sus rostros desencajados, éramos ocho, ocho hombres fornidos, con largas barbas y cotas de malla, guerreros que inspirábamos terror; sujeté el escudo, y me acurruqué ligeramente, esperando que una de aquellas espadas chocase contra el pesado tachón de metal que ostentaba en el centro.

—¡Empujadnos desde atrás! —grité a los que estaban en segunda posición.

Lo único que veía era que una de aquellas espadas se venía contra mi escudo. Si chocaba contra la parte inferior, mi escudo se vería propulsado hacia delante y el hombre del hacha descargaría su enorme hoja contra mí. Veía cómo me llegaba la muerte en una mañana de primavera. Así que apoyé la pierna izquierda contra el escudo con la esperanza de impedir que se venciera hacia dentro, pero mucho me temía que aquel espadón pudiera hacer pedazos la madera de tilo y que la hoja se me clavase en la entrepierna.

—¡Arrejuntaos! —volví a gritar.

Los espadones vinieron a nuestro encuentro. Observé los gestos que hacía aquel hombre, mientras se preparaba para descargar el golpe contra mi escudo. Ya me disponía a escuchar el estruendo del metal al chocar contra la madera, cuando intervino Pyrlig.

Nunca supe lo que sucedió con exactitud. Estaba esperando el mandoble de aquel espadón, dispuesto a esquivar el hacha con ayuda de *Hálito-de-Serpiente*, cuando algo se precipitó desde el cielo y cayó sobre quienes nos atacaban. Los espadones se vinieron abajo y sus hojas cayeron al suelo a escasos pasos de mí, mientras los ocho nos mirábamos asombrados, olvidándonos de resistir y mantenernos unidos. En un primer momento, pensé que dos de los hombres de Pyrlig habían saltado desde la alta muralla que coronaba la puerta, pero no tardé en darme cuenta de que el galés había lanzado dos cadáveres desde lo alto del baluarte. Eran los cuerpos de dos hombres enormes, con su cota de malla y todo, que, al caer sobre las hojas de los espadones, les habían obligado a bajarlos, confundiendo a la primera fila de nuestros enemigos. En cosa de un instante habían pasado de mostrarse amenazantes a dar traspiés con aquellos cadáveres.

Me adelanté sin pensarlo. Tomé impulso desde atrás con *Hálito-de-Serpiente* y su hoja atravesó el casco de uno los que llevaban hacha; la retiré, y manó sangre a través del metal resquebrajado. El hombre se vino abajo, al tiempo que golpeaba en la cara con el pesado tachón de mi escudo a uno de los portadores de los espadones y noté cómo le partía los huesos.

—¡Muro de escudos! —grité, dando un paso atrás.

Al igual que yo, Finan se había adelantado y había acabado con otro de los portadores de espadones, de modo que en aquel momento, mientras me volvía hacia la arcada la puerta, había tres cadáveres en el camino y, por lo menos un hombre fuera de combate y otros dos cuerpos que había sido arrojados desde lo alto del baluarte. Aquellos cuerpos habían caído a plomo y rebotado en el camino, y allí seguía dos obstáculos que impedían el avance de Sigefrid. Fue en ese momento cuando lo vi.

Estaba en segunda fila; envuelto en su capa de piel de oso, parecía una funesta aparición. Aquella piel bastaba para frenar muchos mandobles y, por si fuera poco, llevaba una cota de malla reluciente. No dejaba de gritar a sus hombres que siguiesen adelante, pero los cadáveres que se les había venido encima los había frenado en seco.

—¡Adelante! —bramaba Sigefrid, mientras se ponía mando y se dirigía de frente contra mí. Me miraba y no dejaba de gritar, pero no recuerdo lo que decía.

El ataque de Sigefrid había perdido todo el empuje. En lugar de venir a por nosotros a la carrera, se nos acercaban a paso lento. Recuerdo que adelanté mi escudo, el estruendo de nuestros dos escudos al estrellarse y el choque contra el peso de Sigefrid. El debió de tener una sensación parecida, puesto que ninguno de los dos perdimos el equilibrio. Blandió la espada contra mí y sentí un golpe seco contra el escudo, al tiempo que yo hacía lo mismo. Había envainado a *Hálito-de-Serpiente,* una espada de primorosa factura, pero de poco sirve una espada larga cuando, como amantes, estamos a solas tan cerca del adversario. Eché mano de *Aguijón-de-avispa*, mi espada corta, busqué un hueco entre los escudos enemigos y lancé un tajo, pero no encontré nada.

Sigefrid se abalanzó contra mí y los dos retrocedimos. Los muros de escudos chocaron entre ellos. En ambos bandos, los hombres peleaban y juraban, gritaban y cargaban. Blandida por el hombre que estaba a espaldas de Sigefrid, reparé en un hacha que se me venía encima, pero Clapa, por detrás, alzó el escudo y paró el golpe, un hachazo tan fuerte que su escudo

se estrelló contra mi casco. Por un instante no vi nada, pero sacudí la cabeza y recuperé la visión. Otro hombre había hundido la hoja de su hacha en mi escudo y trataba de arrebatármelo tirando de la parte superior, pero estaba entrelazado con el de Sigefrid con tanta fuerza que no consiguió moverlo. Sigefrid me escupía en la cara y no dejaba de echar pestes contra mí, mientras yo le llamaba hijo de puta y cabrón, e intentaba clavarle a *Aguijón-de-avispa*. Había dado con algo sólido por detrás del muro de escudos enemigo, de modo que hundí la hoja hacia delante, con fuerza, sin parar. A día de hoy, no sé todavía el estropicio que provocó.

Los bardos hablan de estas cosas, pero ninguno de los que conozco ha estado jamás en primera fila en un muro de escudos. Cacarean las proezas del guerrero y dejan constancia de los hombres que liquidó. Loan la rapidez con que regía su espada y las grandes carnicerías que llevó a cabo, la realidad era bien distinta. Las espadas estaban herrumbrosas y los hombres juraban, se daban empellones y sudaban. Una vez que los escudos entrechocaban y comenzaba el forcejeo no morían muchos hombres, porque no había sitio siquiera para blandir una espada. La matanza de verdad comenzaba cuando se abría una brecha en el muro de escudos, pero el nuestro resistió el primer ataque. No veía mucho, porque llevaba el casco caído sobre los ojos, pero recuerdo a Sigefrid con la boca abierta, aquellos dientes podridos y aquellos escupitajos amarillos. No dejaba de maldecirme, igual que yo a él mientras mi escudo iba de un lado para otro entre aquellos apretujones y los hombres no dejaban de gritar. De repente, se oyó un chillido; luego, escuché otro, y Sigefrid, de repente, retrocedió. Se apartaban de nosotros. Por un momento, pensé que trataban de tentarnos para que abandonáramos el arco de la puerta, pero me quedé donde estaba. No me atreví a exponer mi reducido muro de escudos más allá de la arcada, porque los enormes muros de piedra protegían nuestros flancos. Se oyó un tercer chillido y, por fin, comprendí, qué era lo que echaba para atrás a los hombres de Sigefrid. De de las murallas, les arrojaban enormes moles de piedra. Como Pyrlig y sus hombres no tenían que repeler ninguna embestida, arrancaban trozos de la muralla y los lanzaban contra enemigo. Le habían dado en la cabeza al hombre que esta detrás de Sigefrid, y éste había tropezado con él.

—¡Quietos todos! —grité a mis hombres, que tenían ganas de echar a correr y sacar ventaja de la confusión que reinaba en las filas enemigas, lo

que habría supuesto abandonar el refugio que nos ofrecía la puerta—. ¡Quietos todos! —grité enfurecido, y eso fue lo que hicieron.

Era Sigefrid quien emprendía la retirada. Parecía furioso y confundido. Había confiado en lograr una fácil victoria y en vez de eso, había perdido algunos hombres y nosotros habíamos salido ilesos. Cerdic tenía la cara cubierta de sangre, pero negó con la cabeza cuando le pregunté si estaba herido. A mis espaldas, escuché un tumulto, y mis hombres, encajonados bajo el arco, se estremecieron al observar al enemigo que se acercaba por la calle. Pero allí estaba Steapa; así que ni me molesté en darme la vuelta para contemplar la pelea; estaba seguro de que sabría cómo componérselas. Por encima de mí, oí espadas que entrechocaban, y caí en la cuenta de que también Pyrlig se estaba jugando el pellejo.

Al ver que los hombres de Pyrlig estaban peleando y pensando que aquella circunstancia le libraría de la lluvia de pedruscos, Sigefrid ordenó a sus hombres que se preparasen para combatir.

—¡Matad a esos cabrones! ¡Acabad con ellos! —les decía enardecido —. Pero a ese grandote lo quiero vivo —dijo, al tiempo que me señalaba con la espada, cuyo nombre recordé en aquel momento: *Aterradora*—. ¡Ya eres mío —me gritó— y te crucificaré! ¡A ti, sí! —se echó a reír, enfundó a *Aterradora* y se hizo con un hacha de guerra de mango largo que llevaba uno de sus hombres. Me dedicó una perversa sonrisa, se protegió con su escudo con la enseña del cuervo y gritó a sus hombres que siguieran adelante—: ¡Matadlos a todos! ¡A todos, menos a ese cabrón alto! ¡Acabad con ellos!

En esta ocasión, en lugar de arremeter y empujarnos contra la puerta, igual que un tapón por el cuello de una botella, ordenó a sus hombres que se detuvieran a la distancia de una espada, mientras trataban de derribar nuestros escudos con las hachas de guerra de mango largo. Lo que hacía que nuestro empeño resultase casi inalcanzable.

En un enfrentamiento en un muro de escudos, un hacha es un arma muy peligrosa. Aunque no lo eche abajo puede hacerlo astillas. Notaba los hachazos de Sigefrid contra mi protección, incluso llegué a ver el filo del arma por una hendidura que hizo en la madera de tilo. No podía hacer otra cosa que resistir. No me atreví a dar un paso adelante porque habría desbaratado nuestro muro y, si el muro de escudos avanzaba, los hombres de los flancos quedarían desprotegidos y se enfrentarían a una muerte segura.

Una espada me lanzaba estocadas a los tobillos, y noté que un hacha más venía a estrellarse contra mi escudo. Llovían hachazos sin parar sobre la corta hilera que formábamos; la defensa se iba desmoronando; la muerte rondaba al acecho. Yo no blandía hacha alguna porque, si bien reconocía sus letales consecuencias, era un arma que nunca me había gustado. Empuñaba a *Aguijón-de-avispa*, con la esperanza de que Sigefrid se acercase un poco más para pasar la hoja por detrás de su escudo y clavársela en su voluminosa barriga, pero se mantenía a la distancia del mango largo del hacha. Como tenía el escudo hecho trizas, me imaginé que no tardaría en oír un crujido en mi antebrazo, que pronto sería un amasijo inservible de sangre y huesos astillados.

Me arriesgué a dar un paso adelante. Lo hice de repente, de modo que el hachazo de Sigefrid fue a parar al vacío, aunque me magulló el brazo izquierdo con el mango. No le quedó más remedio que bajar el escudo para hacer un molinete con el hacha, momento que aproveché para clavarle a *Aguijón-de-avispa*: la hoja chocó contra su hombro derecho, pero su costosa cota de malla resistió. Retrocedió. Le di un tajo en la cara, pero adelantó su escudo contra el mío empujándome hacia atrás y, al cabo de un instante, su afilado metal volvía a golpear con violencia contra mi escudo. Hizo una mueca, con aquellos dientes podridos, la mirada colérica y la barba enmarañada.

—Os quiero vivo —dijo, mientras volteaba el hacha de lado, aunque me las arreglé para pegar el escudo contra mí, de forma que el filo fue a estrellarse contra el tachón—. Os quiero con vida —repitió—, para que sepáis cuál es la muerte reservada a los hombres que quebrantan sus promesas.

—No os he prestado ningún juramento —repuse.

—Pero moriréis, como si tal hubierais hecho —replicó—, con las manos y los pies clavados a una cruz, y no dejaréis de gritar hasta que me canse —añadió, mientras hizo un gesto de nuevo para tomar impulso con el arma y descargar el golpe definitivo que acabase con mi escudo—. Desollaré vuestro cadáver, el cadáver de Uhtred el Traidor —continuó—, recubriré mi escudo con vuestra piel curtida, me mearé en vuestra garganta sin vida y bailaré sobre vuestros huesos —volteó el hacha, y el cielo se nos vino encima.

De la muralla, se había desprendido toda una hilera de pesadas piedras que fue a caer sobre las filas de Sigefrid. No había más que polvo y gritos

de hombres heridos. Seis guerreros estaban tendidos en el suelo, o llevándose las manos a sus huesos destrozados. Como todos quedaban detrás de Sigefrid, éste se volvió, atónito, momento en el que Osferth, el hijo bastardo de Alfredo, tomó la decisión de saltar desde lo alto de la muralla.

Podría haberse roto los tobillos en aquel salto a la desesperada, pero seguía con vida. Se vino al suelo entre los cascotes y los cuerpos destrozados de los hombres de Sigefrid que formaban la segunda hilera, chillando como una muchacha mientras dirigía su espada contra la cabeza de aquel fornido hombre del norte. La hoja cayó sobre el casco de Sigefrid, sin llegar a traspasar el metal, aunque debió de dejarle atontado un momento. Di un par de pasos adelante, abandonando el muro de escudos, dirigí lo que quedaba de mi escudo contra aquel hombre aturdido y le clavé a *Aguijón-de-avispa* en el muslo izquierdo. En esa ocasión, sí que consiguió abrirse paso por los vericuetos de su cota de malla, y giré la daga rasgándole la carne. Sigefrid no acababa de creérselo y, en ese instante, Osferth, con rostro aterrorizado, clavó la espada en los riñones del hombre del norte. No creo que se diese cuenta de lo que estaba haciendo. Se había meado encima de miedo, estaba aturdido, confuso; su rival había vuelto en sí y se disponía a acabar con él; Osferth sólo lanzaba mandobles a la desesperada, pero con el ímpetu suficiente para traspasar la capa de piel de oso, la cota de malla y, de paso, al propio Sigefrid.

El hombretón daba gritos de agonía. A mi lado, Finan bailaba, como hacía siempre que peleaba, engañando con un remedo de estocada al hombre que estaba junto a Sigefrid; giró la hoja y le cruzó la cara con la espada, al tiempo que, a voces, le decía a Osferth que se uniera a nosotros.

El terror había paralizado al hijo de Alfredo. De no haberme desprendido de lo que quedaba de mi escudo y, dejando atrás a un Sigefrid que vociferaba, echado a correr para llevarme a Osferth de allí, no creo que hubiera durado ni un segundo con vida. Lo empujé hasta colocarlo en la segunda fila y, sin escudo para protegerme, me dispuse a esperar el siguiente ataque.

—Gracias, Señor; gracias, Dios mío —decía Osferth, sin parar; resultaba patético.

Sigefrid estaba de rodillas, quejándose. Dos hombres lo sacaron de allí, y reparé en Erik, espantado al ver que su hermano estaba herido.

—¡Ven y lucha hasta morir! —le grité; Erik sólo respondió a mi grito encolerizado con una mirada triste. Movió la cabeza afirmativamente, como si aceptase aquella costumbre que me obligaba a provocarlo, pero como si tal amenaza no mermase ni un ápice el aprecio que sentía por mí—. ¡Vamos —le insistía—, atrévete a probar a *Hálito-de-Serpiente*!

—A su debido tiempo, lord Uhtred —me respondió, con cortesía, como un reproche al desafío que le lanzaba. Se inclinó sobre su hermano herido, y la difícil situación de Sigefrid bastó para que el enemigo dudase antes de disponerse a atacarnos de nuevo. La perplejidad duró lo bastante como para que, al darme la vuelta, comprobase que Steapa había dado buena cuenta del ataque que habían intentado los de la ciudad.

—¿Qué está pasando ahí arriba? —le pregunté a Osferth.

—¡Gracias, mi Señor Jesús! —acertó a balbucir, mientras me miraba con el rostro desencajado.

—¿Que qué está pasando ahí arriba? —le grité, golpeándole en la barriga con el puño izquierdo.

—Nada, señor. Los paganos no pueden ir escaleras arriba —me dijo aturdido, titubeando de nuevo, hasta que logró expresarse con claridad.

Eché un vistazo al enemigo. Pyrlig aguantaba en lo alto del baluarte. Steapa hacía lo propio en el lado de la puerta que daba a la ciudad. No me quedaba otro remedio que resistir a cualquier precio. Me llevé la mano al amuleto del martillo, rocé con la mano izquierda el pomo de *Hálito-de-Serpiente* y di gracias a los dioses por seguir con vida.

—Dadme vuestro escudo —le dije a Osferth, arrebatándoselo de las manos, e introduciendo el brazo magullado en las tiras de cuero, sin perder de vista al enemigo, que se disponía a formar un nuevo muro.

—¿Habéis visto a los hombres de Æthelred? —le pregunté a Osferth.

—¿Æthelred? —me contestó, como si nunca hubiese oído aquel nombre.

—¡Mi primo! —rezongué—. ¿Le habéis visto?

—¡Oh, sí, señor! ¡Ya está cerca! —repuso Osferth, como si me informase de un hecho banal, o me dijese que había visto que llovía a lo lejos.

—¿Está cerca? —dije, volviéndome para mirarle en aquel momento.

—Sí, mi señor —contestó Osferth.

Efectivamente, allí estaba Æthelred. La pelea, más o menos, concluyó allí, porque Æthelred no había olvidado su propósito de atacar la ciudad. En

aquellos momentos, cruzaba con sus hombres el Fleot y, por la retaguardia, atacaba al enemigo, que huía hacia el norte en busca de la puerta más cercana. Fuimos tras ellos durante un rato. Desenvainé a *Hálito-de-Serpiente*, un arma magnífica para luchar en campo abierto, y alcancé a un danés demasiado gordo para escapar a toda prisa. Se volvió, arremetió contra mí con su espada. Gracias al escudo que había tomado prestado, la intentona quedó en simple amago, y lo envié al salón de los muertos con un mandoble de los míos. Los hombres de Æthelred no dejaban de gritar, mientras peleaban ladera arriba; en ese momento, recordé que podían confundir a los míos con el enemigo y di una voz para que todos regresasen a la Puerta de Ludd. El arco estaba vacío, aunque a ambos lados había cadáveres ensangrentados y escudos destrozados. El sol ya estaba en lo alto; un velo de nubes sólo dejaba pasar una sucia luz amarillenta.

Algunos de los hombres de Sigefrid murieron al pie de las murallas. Estaban tan aterrorizados que los hubo que encontraron la muerte en aquellos azadones afilados. Pero la mayoría llegó hasta la siguiente puerta y se dispersaron por la ciudad vieja, donde conseguimos atraparlos.

Fue una labor tan sangrienta como escandalosa. Aquellos que no habían abandonado el recinto amurallado iban recuperándose, poco a poco, de la derrota sufrida. Permanecieron en las murallas, hasta que comprendieron que la muerte les acechaba, momento en el que echaron a correr por calles y callejones atestados de hombres, mujeres y niños que huían del ataque de los sajones. Corrieron hacia las colinas de terrazas escalonadas que rodeaban la ciudad, en busca de los botes amarrados a los muelles que había más allá del puente. Algunos de ellos, lo más necios, trataron de poner a salvo sus pertenencias, decisión fatal porque, con aquellos fardos a cuestas, los atrapamos en plena calle y los liquidamos. Una muchacha gritó al verse arrastrada al interior de una casa por un guerrero de Mercia. Los muertos yacían en los arroyos, y los perros se acercaban a olisquearlos. En algunos edificios, ondeaba la cruz para advertir de que eran cristianos quienes allí vivían, protección que valía de poco si la muchacha de la casa era bonita. En el exterior de una puerta baja, un cura sostenía un crucifijo de madera, mientras proclamaba a voces que un grupo de mujeres cristianas había buscado refugio en una pequeña iglesia, pero al cura le rebanaron el cuello de un hachazo, mientras el tumulto continuaba. Atrapamos a un grupo de hombres del norte en el palacio; eran los encargados de custodiar los tesoros acumulados por

Sigefrid y Erik; todos murieron y su sangre regó los pequeños azulejos del suelo de mosaico del salón romano.

Los hombres del *fyrd* fueron devastadores. Los soldados guardaban la disciplina y se mantenían juntos. Ellos fueron quienes expulsaron de Lundene a los hombres del norte. Me quedé en la calle que discurría al pie de la muralla que daba al río**,** la misma por la que habíamos llegado desde nuestros barcos medio hundidos; los fugitivos huían al vernos, como ovejas en presencia de lobos. El padre Pyrlig había atado la banderola con la cruz a la espada de un danés y la agitaba sobre nuestras cabezas, para que los hombres de Æthelred cayesen en la cuenta de que éramos de los suyos. Se oían gritos y aullidos procedentes de las calles de más arriba. Tropecé con el cadáver de una niña, con sus rubios rizos empapados en la sangre de su padre, que yacía muerto a su lado Su postrer gesto había sido tender el brazo hacia la niña. La mano, carente ya de vida, aún permanecía crispada junto al codo de la pequeña. No pude por menos que pensar en mi propia hija, en Stiorra.

—¡Mi señor, mi señor! —me llamó a gritos Sihtric, mientras señalaba a algún sitio con la espada.

Había visto que un numeroso grupo de hombres del norte, a quienes seguramente les habíamos cortado la retirada cuando trataban de llegar a los barcos, había buscado refugio en las ruinas del puente. El extremo norte del puente estaba guardado por un baluarte romano en el que se abría un arco, aunque hacía mucho que aquel pasaje carecía de salida: el camino que conducía hasta las vigas del puente que se habían venido abajo estaba ocupado por un muro de escudos, en la misma posición en que yo había dispuesto el nuestro en la Puerta de Ludd, es decir, con los flancos cubiertos por aquella enorme mole de piedra. Los escudos taponaban el arco, y observé no menos de seis hileras de hombres tras la línea del frente, formada por escudos redondeados y superpuestos.

Steapa rezongó algo en voz baja y balanceó el hacha:

—No —le dije, poniéndole una mano en aquel brazo que era como un escudo macizo.

—Vamos a hacerles un colmillo de jabalí a esos cabrones —dijo con rencor—. Acabemos con ellos.

—No —le insistí.

La táctica del colmillo de jabalí consistía en lanzar unos hombres en cuña contra un muro de escudos, como si formasen una espada humana,

pero nada sería capaz de desbaratar el muro de escudos de aquellos hombres del norte. Estaban demasiado comprimidos bajo el arco y, por si fuera poco, desesperados; cualquier hombre en semejantes circunstancias es capaz de luchar encarnizadamente por su vida. Al final seguramente morirían, pero se habrían llevado por delante a unos cuantos de mis hombres.

—Quedaos aquí —les dije a los míos. Me hice con el escudo prestado que me tendía Sihtric, le entregué mi casco y devolví a *Hálito-de-Serpiente* a su vaina. Pyrlig hizo lo mismo que yo y se quitó el casco—. No hace falta que vengáis conmigo —le aclaré.

—¿Y por qué no habría de hacerlo? —me preguntó, con una sonrisa. Le pasó el estandarte que enarbolaba a Rypere y dejó el escudo en el suelo. Encantado de llevar al galés como acompañante, los dos nos dirigimos a la entrada del puente.

—Soy Uhtred de Bebbanburg —me presenté ante los hombres de rostro tenso que me observaban por encima de sus escudos—. Os juro que, si lo que buscáis es celebrarlo esta noche en el salón de los muertos de Odín, estoy dispuesto a enviaros allí.

Atrás quedaba el griterío de la ciudad y un humo denso se alzaba hasta el cielo. Los nueve hombres que formaban la primera hilera del enemigo se me quedaron mirando, pero no abrieron la boca.

—Pero si queréis disfrutar de los goces de este mundo durante un poco más de tiempo —continué—, tendréis que hablar conmigo.

—Sólo obedecemos las órdenes de nuestro *jarl* —aventuró uno de los hombres.

—¿Quién es?

—Sigefrid Thurgilson —afirmó.

—Un gran guerrero —repuse. No hacía ni dos horas que se había dirigido los insultos más soeces, pero ahora había llegado el momento de hablar con tranquilidad, el instante de llegar a un acuerdo con el enemigo y salvar la vida de mis hombres—. ¿Sigue con vida el *jarl* Sigefrid? —me interesé.

—Así es —repuso el hombre al instante, dando a entender con un movimiento de cabeza que Sigefrid se hallaba en el puente, en algún sitio a sus espaldas.

—En ese caso, ve y dile que Uhtred de Bebbanburg desea hablar con él para llegar a un acuerdo sobre si vivirá o morirá.

No se trataba de una decisión mía. Las Parcas ya la habían tomado por mí: yo no era más que un instrumento en sus manos. El hombre que había hablado transmitió el mensaje que le había dado al hombre que tenía detrás, y aguardé. Pyrlig no dejaba de rezar, aunque nunca llegué a preguntarle si implorando misericordia para quienes gritaban a nuestras espaldas o para acabar con los hombres que teníamos delante.

Al cabo de un rato, el impenetrable muro de escudos que obstruía el arco se deshizo, mientras los hombres dejaban expedito un camino en el centro.

—El *jarl* Erik hablará con vos —me dijo el hombre.

Pyrlig y yo fuimos al encuentro con el enemigo.

Capítulo VI

Mi hermano dice que debería mataros —tales fueron las palabras con que me saludó Erik.

El pequeño de los hermanos Thurgilson me esperaba en el puente y, si bien sus palabras habían sonado amenazadoras, no reflejaba lo mismo su rostro, que parecía tranquilo y sosegado, como si no creyese lo que acababa de decir. Tenía el pelo oscuro, recogido bajo un casco liso, y su preciosa cota de malla manchada de sangre; advertí un desgarrón en la parte baja, supuse que causado por una espada que se le había colado por debajo del escudo, pero no veía indicio alguno de que estuviera herido. Sigefrid, por el contrario, sufría lo indecible. Pude verlo tumbado en el paso del puente, encima de su capa de piel de oso, sin dejar de moverse y retorcerse de dolor, entre dos hombres que lo atendían.

—Vuestro hermano —dije, sin apartar los ojos de Sigefrid— es de esos hombres que piensan que la muerte es la única respuesta para todo.

—En ese sentido, se parece mucho a vos —repuso Erik, con una sonrisa desmayada—, si estáis a la altura de lo que se comenta.

—A ver, ¿qué se dice de mí? —pregunté, llevado por la curiosidad.

—Que matáis como un hombre del norte —contestó Erik que en ese momento, se volvió para mirar río abajo: una flota reducida de embarcaciones danesas y de hombres del norte había conseguido salir de los muelles, y ahora remaba contra la corriente intentando socorrer a los fugitivos que se agolpaban en las orillas del río, a pesar de que los sajones estaban a punto de darles alcance. En los embarcaderos los hombres se daban empellones, enzarzados en cruel pelea—. En ocasiones pienso —añadió Erik con tristeza— que el significado real de la vida es la muerte: la adoramos y la procuramos, porque creemos que nos conduce a la felicidad.

—Yo no soy un adorador de la muerte —dije.

—Pero sí lo son los cristianos —puntualizó Erik, clavando sus ojos en Pyrlig, que lucía su cruz de madera por encima de su cota de malla.

—No es así —aseguró Pyrlig.

—En ese caso, ¿por qué lleváis la imagen de un hombre muerto? —replicó Erik.

—¡Nuestro Señor Jesucristo resucitó de entre los muertos —le explicó Pyrlig, convencido—, venció a la muerte! Murió para darnos la vida y, gracias a su muerte, recuperó su propia vida. La muerte, mi señor, no es más que una puerta que se abre a la otra vida.

—Entonces, ¿por qué nos da miedo morir? —preguntó Erik, en un tono que daba a entender que no esperaba respuesta.

Unos cuantos fugitivos se habían apoderado de las dos embarcaciones que habíamos utilizado para cruzar la brecha del puente; una de ellas se había ido a pique a pocos metros del embarcadero en el que habíamos acostado, y ahora estaba volcada de lado, medio hundida. Los hombres se habían arrojado al agua, donde muchos debían de haberse ahogado, pero otros se las habían apañado para llegar hasta la fangosa ribera, donde morían a manos de guerreros enardecidos, armados con lanzas, espadas, hachas y azadones. Los supervivientes se aferraban a lo que quedaba de la embarcación, tratando de protegerse de un puñado de arqueros sajones cuyas flechas de caza se estrellaban contra los tablones del barco. Aquella mañana, la muerte merodeaba por todas partes. Las calles de la ciudad conquistada hedían a sangre, recorridas por los gemidos de las mujeres que iban de un lado para otro, bajo un cielo amarillento mancillado por el humo.

—Confiamos en vos, lord Uhtred —afirmó Erik, en tono desabrido—. Ibais a traer a Ragnar, ibais a ser rey de Mercia, nos ibais a entregar la isla de Britania.

—El hombre muerto mintió —repuse—. Björn mintió.

Erik se paró a mirarme, muy serio.

—Dije que no deberíamos poneros a prueba y engañaros, pero el *jarl* Haesten insistió —replicó, encogiéndose de hombros; a continuación se quedó mirando al padre Pyrlig, apreciando en lo que valían su cota de malla y el perfecto acabado de los pomos de sus espadas—. Pero vos también nos engañasteis, lord Uhtred —añadió Erik—, porque estoy seguro de que sabíais que este hombre no era cura, sino guerrero.

—Ambas cosas —afirmé.

Erik esbozó un gesto, como acordándose de la facilidad con que Pyrlig había derrotado a su hermano en el circo.

—Vos mentisteis —continuó con tristeza—, igual que mentimos nosotros; pero, si unimos nuestras fuerzas, todavía podemos apoderarnos de Wessex. ¿Qué me respondéis —preguntó, mientras se volvía a mirar al paso

del puente—, en este instante, en que no sé si mi hermano vivirá o morirá? —dijo haciendo otro gesto.

Sigefrid estaba inmóvil y, por un momento, se me pasó por la cabeza que a lo mejor ya se encontraba en el salón de los muertos pero, en aquel instante, volvió la cabeza y me erigió una mirada funesta.

—Rezaré por él —dijo Pyrlig.

—Sí, hacedlo, os lo ruego —repuso Erik, con sencillez

—¿Qué he de hacer yo? —pregunté.

—¿Vos? —replicó Erik, frunciendo el ceño, como si mi pregunta le hubiese sumido en la perplejidad.

—¿Debo permitir que sigáis con vida, Erik Thurgilson, o he de arrebatárosla? —le pregunté.

—Descubriréis que no es tan fácil acabar con nosotros —contestó.

—Pero lo haría, si fuese necesario —respondí.

Toda la negociación quedaba resumida en esas dos frases. Lo cierto era que Erik y los suyos estaban atrapados y sin salida; pero, para acabar con ellos, tendríamos que abrirnos camino a través de un temible muro de escudos y hacer frente a unos hombres desesperados, que sólo pensarían en llevarse por delante a tantos de nosotros como pudieran. Podía perder veinte o más hombres en el empeño, sin contar con quienes habrían de quedar tullidos de por vida. Era un precio que no estaba dispuesto a pagar y Erik lo sabía, igual que era plenamente consciente del precio que tendría que satisfacer él, si no se avenía a razones.

—¿Anda Haesten por aquí? —le pregunté, sin dejar de mirar al puente en ruinas.

—Le ordené que se fuera —dijo Erik, negando con la cabeza, al tiempo que señalaba río abajo.

—Una pena —comenté—, porque ha roto el juramento de lealtad que me había hecho. De haber estado aquí, os habría dejado marchar a todos a cambio de su vida.

Erik se me quedó mirando durante unos cuantos segundos, preguntándose si sería verdad lo que acababa de decir.

—Matadme a mí, en vez de Haesten —dijo, finalmente—, y permitid que los demás se vayan.

—Vos no habéis roto ninguna promesa que me hubierais hecho —repuse—, así que no me debéis la vida.

—Deseo que estos hombres sigan vivos —afirmó Erik, con voz enérgica—. Comparada con la de ellos, mi vida vale poco, pagaré con ella, lord Uhtred, y, a cambio, dejaréis en paz a estos hombres y les permitiréis que embarquen en el *Domador de olas* —añadió, señalando el barco de su hermano, aún amarrado al pequeño embarcadero en el que habíamos desembarcado.

—¿Os parece justo, padre? —le pregunté a Pyrlig.

—¿Quién se atrevería a ponerle precio a la vida? —replicó el cura.

—Yo —dije, con aspereza, al tiempo que me volvía a mirar a Erik—. Éstas son mis condiciones. Dejaréis todas las armas que blandís aquí en el puente, además de los escudos, las cotas de malla y los cascos. También os desprenderéis de los brazaletes, cadenas, broches, monedas y hebillas; en fin, de todo lo que sea de valor, Erik Thurgilson, subiréis a bordo del barco que yo designe y podréis marcharos.

—¿El barco que vos elijáis? —preguntó Erik.

—Así es.

—Construí el *Domador de olas* para mi hermano —repuso, con una triste sonrisa—. Yo mismo fui al bosque en busca de la madera para la quilla, un tronco de roble tan recto como el palo de un remo, y yo mismo lo talé. Utilizamos otros once robles más, lord Uhtred, para las cuadernas, las bancadas, el tajamar y los tablones de cubierta. Lo calafateamos con la piel de siete osos que maté con mi propia espada, y fabriqué los remaches en mi herrería. Mi madre cosió la vela, yo mismo diseñé la nave y se la dediqué a Thor, sacrificando un caballo al que tenía gran afecto y rociando la roda con su sangre. Desafiando galernas, nieblas y hielos, nos ha llevado a mi hermano y a mí. Es un precioso barco, al que tengo mucho cariño —dijo, volviéndose para verlo.

—¿Más que a vuestra propia vida?

—No —replicó, negando con la cabeza, después de pensárselo.

—En tal caso, será en la embarcación que yo diga —repuse, sin dar mi brazo a torcer, y así debería haber concluido la negociación, pero nos interrumpió un tumulto que se produjo en la arcada donde el muro de escudos aún plantaba cara a mis hombres.

Æthelred había llegado al puente, y exigía acercarse a la puerta. Cuando nos enteramos de lo que pasaba, Erik me dirigió una mirada burlona, pero yo me limité a encogerme de hombros, diciéndole:

—Él es quien está al mando.

—¿Necesitaré que me dé su autorización para partir?

—Así es —repliqué.

Erik envió una orden al muro de escudos para que permitiesen que Æthelred llegase al arco, y mi primo se pavoneó por el puente, tan engreído como siempre. Sólo le acompañaba Aldelmo, el jefe de su guardia. Ignoró a Erik y se encaró conmigo con gesto irritado.

—¿Cómo os atrevéis a negociar en mi nombre? —insinuó.

—No lo hago —contesté.

—Entonces, ¿por qué estáis aquí?

—Para negociar en mi propio nombre —repliqué—. Este es el *jarl* Erik Thurgilson —dije en inglés a modo de presentación. En atención a Erik, en danés, añadí—: El *ealdorman* de Mercia, lord Æthelred.

Tras las presentaciones, Erik le dirigió una leve inclinación de cabeza, pero aquel gesto de cortesía le valió de poco. Æthelred echó un vistazo al puente, y contó los hombres que habían buscado refugio en aquel lugar.

—No son tantos —dijo, en tono desabrido—. Morirán todos.

—Les acabo de decir que seguirán con vida —dije.

Æthelred dio una vuelta a mi alrededor.

—Hemos recibido órdenes —repuso, mordaz— de capturar a Sigefrid, Erik y Haesten y entregarlos como prisioneros al rey Æthelstan.

Observé que Erik abría un poco los ojos. Pensaba que no hablaba inglés, pero acababa de darme cuenta de que había aprendido lo bastante como para entender lo que había dicho Æthelred.

—¿Cómo os atrevéis a contravenir las órdenes de mi suegro? —me preguntó Æthelred, desafiante, al ver que yo no decía nada.

Supe mantener la calma.

—Podéis hacerles frente ahora —le expliqué, armándome de paciencia —, pero sufriréis muchas y muy valiosas bajas, demasiadas. Podéis obligarlos a quedarse aquí pero, en cuanto empiece a subir la marea, aparecerá un barco por el río que vendrá a rescatarlos —tarea harto difícil, desde luego, pero había aprendido a no subestimar jamás la pericia marinera de aquellos hombres—. O podéis optar por echarlos de Lundene, que era la solución que yo había elegido.

Aldelmo se rió con disimulo, dando a entender que mi comportamiento era el propio de un cobarde; le devolví la mirada, pero él, desafiante, ni siquiera apartó los ojos.

—Matadlos, señor —le dijo Aldelmo a Æthelred, sin dejar de observarme.

—Si deseáis pelear con ellos, es cosa vuestra —dije—, que no mía.

Por un momento, Æthelred y Aldelmo estuvieron tentados de tacharme de cobardica. Sus rostros eran un claro reflejo de lo que pensaban, pero también debieron de leer algo más en mi cara, porque no dijeron nada.

—Vos y vuestro afecto por esos paganos —dijo Æthelred, con desprecio.

—Fijaos si les tendré afecto —repuse, furioso, mientras señalaba los trozos desiguales en donde acababa abruptamente la calzada del puente— que llevé dos barcos a través de la brecha del puente en plena noche. Dirigí a mis hombres al interior de la ciudad, primo, y tomamos la Puerta de Ludd donde peleamos como preferiría no tener que volver a hacer lo en lo que me reste de vida, un combate en el que acabé con unos cuantos paganos en honor a vos. A pesar de todo sí, les tengo aprecio.

Æthelred reparó en la fisura, donde se veía una incesante cortina de espuma, producida por la fuerza con que caía el agua a través de la abertura, y que hacía que se estremeciese la antigua calzada de madera y no se oyera otra cosa que el estruendo del río.

—No teníais órdenes de venir hasta aquí en barco —dijo Æthelred, indignado, y caí en la cuenta del resentimiento que sentía por si mis acciones mermasen en algo la gloria que esperaba conseguir por haber conquistado Lundene.

—Mis órdenes eran que tenía que entregaros la ciudad, ¡y ahí la tenéis! —repliqué, señalando el humo suspendido sobre la colina poblada de gritos —. Vuestro regalo de boda —me mofé, haciendo una reverencia.

—Pero no era sólo la ciudad, mi señor —le comentó Aldelmo—, sino también todo lo que hubiera dentro de sus muros.

—¿Todo? —le preguntó Æthelred, como si no acabara de creerse semejante bicoca.

—Todo —respondió Aldelmo taimadamente.

—Si queréis agradecérselo a alguien, dadle las gracias a vuestra esposa —comenté con acritud.

Æthelred se revolvió y me miró con los ojos muy abiertos. Algo de lo que había dicho, le había sorprendido, por que me miró como si le hubiera dado un mazazo. Estaba tan encolerizado que su ancho rostro no parecía dar

crédito a que acababa de oír y, durante un momento, fue incapaz de articular palabra.

—¿Mi esposa? —preguntó, por fin.

—De no haber terciado Æthelflaed —le aclaré—, no habríamos tomado la ciudad. Ella fue quien, anoche, me proporcionó los hombres necesarios para hacerlo.

—¿Estuvisteis con ella anoche? —me preguntó, como si no me hubiera oído.

Me quedé mirándolo; parecía que se hubiera vuelto loco.

—¡Pues claro que sí! Regresamos al islote a por los barcos. ¡Allí estaba ella, que dejó avergonzados a vuestros hombres cuando afirmó que quería venir conmigo!

—Y obligó a lord Uhtred a que pronunciase un juramento —intervino Pyrlig—, la promesa de que defendería vuestro territorio de Mercia, lord Æthelred.

Æthelred pareció no escuchar al galés. No dejaba de mirarme, pero ahora con ojos inflamados por el odio.

—¿Estuvisteis en mi barco —balbució, casi sin poder hablar por culpa de la rabia y del furor que sentía— y visteis a mi esposa?

—Bajó a tierra, acompañada por el padre Pyrlig —dije.

No insinuaba nada. Me limitaba a informarle de lo que había ocurrido, con la esperanza de que Æthelred admirase el coraje de su esposa; pero, en cuanto lo dije, me di cuenta de que había cometido un error. Por un momento, fue tal la furia reflejada en su rostro ancho que temí que me diese un puñetazo. Aldelmo no dejaba de dar vueltas a su alrededor, calibrando hasta dónde llegaba la cólera de mi primo, antes de decidirse a hablar con él. Observé que Æthelred hacía un gesto desairado y colérico, y Aldelmo me dijo en voz alta:

—Haced lo que mejor os parezca —antes de seguir los pasos de su señor hasta cruzar el arco donde el muro de escudos de los hombres del norte les abría paso.

—Como siempre —musité, sin dirigirme a nadie en particular.

—¿Como siempre? —me preguntó el padre Pyrlig, que no apartaba la vista del arco bajo el que mi primo se había esfumado de un modo tan inesperado.

—Lo que me parezca mejor —le respondí, frunciendo el ceño—. ¿Acaso pasó algo allí? —le pregunté a Pyrlig.

—No le gusta que otros hombres hablen con su esposa —contestó el galés—. Ya tuve ocasión de comprobarlo cuando fui con ellos en el barco. Es un hombre celoso.

—¡Pero si conozco a Æthelflaed de toda la vida! —exclamé.

—Tiene miedo de que la conozcáis demasiado bien —repuso Pyrlig—, y eso le saca de quicio.

—¡Qué tontería! —dije, enfurecido.

—Son los celos —respondió el cura—, y los celos son malos consejeros.

Erik, que había observado la marcha de Æthelred, estaba tan confuso como yo.

—¿Ese es vuestro jefe? —me preguntó.

—Es primo mío —repliqué, en tono desabrido.

—¿Y decís que es vuestro comandante? —insistió.

—Lord Æthelred está al frente —le explicó Pyrlig—, y lord Uhtred no ha seguido sus órdenes.

Erik sonrió al oír aquel comentario.

—¿De modo, lord Uhtred, que estamos de acuerdo? —me preguntó en inglés, no sin cierta vacilación a la hora de expresarse.

—¡Vuestro inglés es bastante bueno! —respondí sorprendido.

—Me lo enseñó una esclava sajona —explicó, con una son risa socarrona.

—Confío en que fuera hermosa —repuse—. Pues bien, estamos de acuerdo, pero quiero cambiar algo.

Erik alzó la cabeza sin perder la compostura.

—¿Una modificación? —preguntó, con prudencia.

—Podéis llevaros el *Domador de olas* —le aclaré.

Pensé que Erik iba a darme un beso. Al principio no acababa de creérselo pero, luego, vio que lo decía de verdad y sonrió abiertamente.

—Lord Uhtred... —comenzó a decir.

—Lleváoslo —le atajé, porque no buscaba gratitud—, ¡embarcad y partid!

Había cambiado de idea por lo que había dicho Aldelmo. Tenía razón. Todo lo que quedaba dentro del recinto de la ciudad pertenecía ahora a Mercia. Æthelred era el gobernador de aquel territorio, le gustaban las cosas bellas y, además, si hubiera descubierto que quería el *Domador de olas* para mí, como era mi deseo, habría hecho lo imposible por arrebatármelo. Para

evitar que el barco fuera un objeto más de su codicia, preferí devolvérselo a los hermanos Thurgilson.

Llevaron a Sigefrid al barco. Despojados de sus armas y objetos de valor, los hombres del norte fueron custodiados por mis tropas hasta llegar a la embarcación. Nos llevó bastante tiempo hasta que, por fin, conseguimos que todos estuvieran a bordo; nos hicieron un gesto de despedida con la mano a quienes seguíamos en el embarcadero. Los observé mientras partían río abajo hasta que se internaron en la neblina que aún permanecía remansada sobre los recodos del río.

Entonces, en algún lugar de Wessex, cantó el primer cuclillo.

* * *

Escribí una carta a Alfredo. No me gustaba nada escribir, y hacía años que no había tenido una pluma en mis manos. Los curas de mi esposa son quienes garabatean mis cartas y, como saben que sé leer lo que escriben, se guardan mucho de poner algo que no les haya dictado. La noche que siguió a la conquista de Lundene, escribí a Alfredo de mi puño letra. «Vuestra es Lundene, mi rey —le decía—; me he quedado para reconstruir las murallas.»

Poner aquello por escrito acabó con mi paciencia, pluma me resbalaba entre los dedos; recuerdo la rugosidad del pergamino y los borrones de tinta —la había encontrado en un cofre de madera que contenía el botín robado en monasterio— por toda la vitela.

—Ve en busca del padre Pyrlig y de Osferth —le dije a Sihtric.

—Mi señor... —respondió el muchacho, nervioso.

—Ya lo sé —repuse en mal tono—, ya sé que quieres casarte con tu puta. Pero antes ve a buscar a Osferth y al padre Pyrlig. Esa furcia puede esperar.

Pyrlig apareció un poco después; acerqué la carta al lado de la mesa.

—Quiero que vayáis a ver a Alfredo —le dije—, que le entreguéis esta misiva y que le contéis lo que ha pasado aquí.

Pyrlig leyó la nota, y observé cómo en su espantosa cara se dibujaba una sonrisa, que desapareció casi al instante para no ofenderme con la opinión que le merecía mi caligrafía. No dijo nada sobre mi breve mensaje pero alzó los ojos, sorprendido, cuando Sihtric introdujo a Osferth en la estancia.

—El hermano Osferth os acompañará —le comenté al galés.

Osferth se puso rígido. No le gustaba que le tratasen como a un fraile.

—Quiero quedarme aquí, mi señor —dijo.

—Pero el rey os quiere en Wintanceaster —le conteste sin darle mayor importancia—, y aquí obedecemos las órdenes del rey.

Me hice de nuevo con la carta que había dejado en manos de Pyrlig, mojé en la tinta la pluma, que ya se había puesto marrón y herrumbrosa, y añadí algo más: «Fue Osferth quien acabó con Sigefrid —añadí, haciendo un verdadero esfuerzo—; me gustaría que entrase a formar parte de mi guardia personal».

¿Por qué escribí aquello? Al igual que su padre, Osferth no me caía nada bien, pero había saltado desde lo alto del baluarte y, en ese instante, había mostrado arrojo. Una locura, quizá, pero también un gesto cargado de valor y, si no hubiera dado aquel salto, quizá Lundene seguiría en manos de los daneses o de los hombres del norte. Osferth se había ganado el derecho a participar en un muro de escudos, aunque sus perspectivas de salir con bien fueran, por desgracia, escasas.

—El padre Pyrlig —le dije, mientras secaba la tinta a fuerza de soplar — le contará al rey lo que habéis hecho hoy y, en esta carta, solicito que sigáis a mi lado. Pero ésa es una decisión que debe tomar Alfredo.

—Dirá que no —repuso malhumorado.

—Ya le convencerá el padre Pyrlig —contesté, mientras el galés alzaba una ceja con expresión de duda y yo hacía un leve gesto afirmativo para demostrar que estaba diciendo la verdad. Le di la carta a Sihtric, y me quedé mirándole mientras doblaba el pergamino y lo lacraba. Apoyé en el lacre el sello con la cabeza de lobo y se lo entregué a Pyrlig—. Contadle a Alfredo la verdad de lo sucedido —le insistí—, porque la versión de mi primo será muy diferente, ¡y no os entretengáis por el camino!

—¿Pretendéis que veamos al rey antes que el mensajero que ya habrá enviado vuestro primo? —preguntó Pyrlig con sorna.

—Eso es.

Otra lección que había aprendido es que, normalmente se acepta mejor la primera versión de cualquier acontecimiento. No tenía duda de que Æthelred enviaría un mensaje exultante a su suegro, igual que daba por sentado que, en su relato de los hechos, nuestra participación en la victoria se vería reducida a poco menos que nada. El padre Pyrlig le contaría a

Alfredo la verdad de lo ocurrido; otra cosa era que el rey diese crédito a lo que el cura le contase.

Pyrlig y Osferth partieron antes del amanecer, a lomos de dos de los caballos que habíamos capturado en Lundene. El advenimiento del sol me sorprendió mientras daba una vuelta por la muralla, para hacerme una idea de los tramos que había que reconstruir. Mis hombres montaban guardia. Muchos de ellos provenían del *fyrd* de Berrocscire y el día anterior habían luchado a las órdenes de Æthelred; aún no habían digerido el éxito de aquella batalla, que a ellos se les antojaba fácil.

En la muralla, también se veía a algunos de los hombres de Æthelred, aunque la mayoría aún estaba recuperándose del hidromiel y la cerveza que habían ingerido la noche anterior. En una de las puertas que daban al norte, de cara a las colinas verdes cubiertas de niebla, me encontré con Egberto, el anciano que había tenido a bien aceptar las exigencias de Æthelflaed y había puesto a mi disposición a sus mejores hombres. En señal de gratitud, le regalé uno de los brazaletes de plata que había retirado de alguno de los muertos. Nadie los había enterrado y, aquella mañana, los cuervos y los milanos reales se daban un auténtico festín.

—Gracias —le dije.

—Debería haber confiado en vos —me contestó, azorado.

—Eso fue lo que hicisteis.

—Gracias a ella, sí —dijo, encogiéndose de hombros.

—¿Ha venido Æthelflaed? —le pregunté.

—Aún sigue en el islote.

—Pensaba que erais vos el encargado de custodiarla.

—Lo era —respondió Egberto, con desgana—, pero lord Æthelred decidió anoche que otro ocupase mi lugar.

—¿Os ha retirado el mando? —le pregunté, al tiempo que reparaba en que ya no lucía el collar de plata, símbolo de autoridad sobre otros hombres.

Se encogió de hombros otra vez, como si quisiera decirle que no entendía semejante decisión.

—Me ordenó que viniese aquí —añadió—, pero cuando llegué no me recibió porque estaba enfermo.

—Confío en que fuera algo grave —comenté provocando una fugaz sonrisa en el rostro de Egberto.

—Me dijeron que estaba vomitando. Seguramente, nada serio.

Mi primo había asentado sus reales en el palacio que estaba en lo alto de la colina de Lundene. Yo me había acomodado en la casa romana que se alzaba junto al río. Era un sitio que me gustaba. Siempre tuve debilidad por los edificios de los romanos: sus muros poseen la gran virtud de no permitir la entrada del viento, la lluvia y la nieve. Era una casa amplia, a la que se accedía a través de un arco que, desde la calle, conducía a un patio rodeado de soportales. Tres de los lados del patio los ocupaban unos cuartos de reducidas dimensiones, que debían de haber servido como dependencias de los criados o como despensas. Uno de ellos era la cocina, donde había un horno de pan hecho de ladrillo, tan grande como para cocer hogazas suficientes para dar de comer a tres tripulaciones a la vez. En el cuarto lado de aquel patio, había seis aposentos, dos de ellos lo bastante espacios como para alojar a todos los hombres de mi guardia. Al fondo de aquellas dos enormes estancias, había una terraza pavimentada que daba al río, un sitio muy agradable al anochecer, aunque en horas de marea baja el hedor del Terne llegaba a resultar insoportable.

Podía haber regresado a Coccham, pero decidí quedarme, junto a los hombres del *fyrd* de Berrocscire. Aunque no contaba con su beneplácito, pues era primavera y había mucho que hacer en las granjas, preferí que siguiesen en Lundene para guardar las murallas. Si hubiera visto que Æthelred tenía intención de hacerlo, me habría vuelto a casa pero parecía no darse por enterado del pésimo estado de las defensas de la ciudad. Sigefrid había reforzado algunos tramos, lo mismo que las puertas, pero aún quedaba mucho por hacer. La antigua construcción se venía abajo, incluso había trozos que se habían desplomado, cayendo al foso exterior. Mis hombres se dedicaron a talar y preparar árboles para erigir nuevas empalizadas, allí donde la muralla no estaba en buenas condiciones. Limpiamos el foso que rodeaba el muro, retirando la porquería acumulada y disponiendo estacas afiladas para recibir como se merecía a cualquier posible invasor.

Alfredo envió órdenes para que se reconstruyese toda la ciudad antigua. Había que conservar cualquier edificación del tiempo de los romanos que estuviera en buen estado, y echar abajo aquéllas que estuviesen derruidas, edificando en su lugar recias construcciones con techumbre de paja, pero no disponíamos ni de los hombres ni del dinero para llevar a cabo semejante tarea. El propósito de Alfredo era que los sajones que vivían en la ciudad nueva, carente de defensas, se trasladasen a

la antigua ciudad de Lundene, donde estarían seguros tras las murallas. Pero los sajones seguían teniendo miedo de los fantasmas que, según ellos, poblaban los antiguos edificios, y declinaron con tozudez toda invitación a tomar posesión de las casas deshabitadas. También a mis hombres del *fyrd* de Berrocscire les aterraban los fantasmas, pero más miedo les daba yo, así que se quedaron y pusieron manos a la obra.

Æthelred prefirió no darse por enterado de lo que estaba haciendo. Sus molestias ya debían de ser cosa del pasado, porque sólo se dedicaba a la caza. Todos los días cabalgaba por las arboladas colinas que se alzaban al norte de la ciudad y se dedicaba a cazar ciervos. Nunca llevaba consigo menos de cuarenta hombres, porque siempre había la posibilidad de que hubiese alguna cuadrilla de daneses merodeando por los alrededores de Lundene. Era cierto que había muchas partidas así, pero los hados velaron para que ninguna de ellas se acercase a Æthelred. En cuanto a mí, todos los días veía jinetes hacia el este, recorriendo las oscuras y desoladas marismas que se extienden entre la ciudad y el mar. Era daneses; nos espiaban y, con toda seguridad, mantenían a Sigefrid puntualmente informado.

Tuve noticias de él, por cierto. Aún vivía, me contaron, aunque estaba tan lisiado, como consecuencia de la herida, que no podía andar ni estar de pie. Se había refugiado en Beamfleot, con su hermano y con Haesten. Desde allí, enviaba sus ojeadores hasta la desembocadura del Temes. Ningún barco sajón zarpaba hacia Frankia porque, tras la derrota de Lundene, los hombres del norte estaban sedientos de venganza. Un barco danés, con cabeza de dragón en la proa, se aventuró incluso Temes arriba para mofarse de nosotros desde las agitadas aguas que fluían por la brecha del puente en ruinas. Llevaban prisioneros sajones a bordo; los mataron de uno en uno, ante nuestros propios ojos para que no perdiéramos detalle de las sangrientas ejecuciones. También llevaban consigo mujeres cautivas, que no dejaban de chillar. Ordené a Finan que fuese al puente con un grupo pequeño de hombres; llevaron una artesa con fuego y, una vez en el puente, emplearon arcos de caza para lanzar flechas incendiarias al enemigo. Todos los marineros le tienen miedo fuego y, aunque la mayoría de las flechas no alcanzaron su objetivo, bastaron para que se decidiesen a ir río abajo donde no llegasen las flechas, pero no se alejaron demasiado, los remeros mantuvieron al barco contracorriente mientras daban cuenta de más prisioneros. No se dieron por vencidos hasta que conseguí reunir una tripulación para una de las embarcaciones que habíamos capturado y

permanecían amarradas; sólo entonces se dieron media vuelta y se fueron río abajo, internándose en el anochecer.

Otros barcos procedentes de Beamfleot surcaban el ancho estuario del Temes y transportaban hombres hasta una zona poco conocida del territorio de Wessex que tiempo atrás había sido el reino de Cent hasta que se apoderaron de él los sajones del oeste; aunque los habitantes de Cent eran también sajones, conservaban una peculiar forma de hablar. Siempre había sido un sitio salvaje, próximo a las tierras del otro lado del mar y continuamente castigado por las incursiones de los vikingos. En aquellos momentos, barcos y barcos cargados de guerreros de Sigefrid iban y venían por la desembocadura del río y saqueaban la región, haciendo esclavos y quemando aldeas. Un mensajero me trajo una petición de socorro de Swithwulf, obispo de Hrofeceastre: los paganos estaban en Contwaraburg, me explicó con voz quejumbrosa el emisario, un cura joven.

—¿Han matado al arzobispo? —pregunté, más animado.

—Gracias a Dios, no se encontraba allí, señor —repuso el clérigo, haciendo la señal de la cruz—. Los gentiles andan por todas partes, señor, y nadie está a salvo. Por eso, el obispo solicita vuestra ayuda.

No podía atender al requerimiento del prelado. Tenía que disponer de mis hombres para defender Lundene y Cent igual que precisaba de ellos para proteger a mi familia. Una semana después de la conquista de la ciudad, llegaron Gisela, Stiorra y unas cuantas criadas. Al frente de treinta hombres, había enviado a Finan para que las escoltase sanas y salvas hasta la orilla del río Temes. Las risas de las mujeres hicieron de la casa un lugar más acogedor.

—Podías haberte tomado la molestia de barrer —me echó en cara mi esposa.

—Eso hice.

—Ya, ya —dijo señalando al techo—. ¿Y eso qué es?

—Telarañas; para mantener las vigas ensambladas —repliqué.

Las telarañas desaparecieron y prendieron los fuegos de la cocina. En un rincón del patio, donde se encontraban los tejados de los soportales, había una antigua cisterna de piedra llena de inmundicias. Gisela la limpió y, con la ayuda de dos criadas, restregó la parte de fuera, dejando al descubierto una losa de mármol blanco esculpida con figuras de delicadas mujeres que sostenían arpas y parecían correr una tras otra. A Gisela le encantaban esos motivos ornamentales. Se puso en cuclillas junto a la

piedra y deslizó el dedo sobre las cabelleras de las romanas; más tarde, las criadas y ella trataron de imitar aquel estilo de peinado. Le encantaba la casa, e incluso soportaba el hedor que llegaba desde el río cuando, al atardecer, se sentaba en la terraza para contemplar la corriente.

—Le pega —me dijo en una de esas ocasiones.

Al instante supe a quién se refería, pero no dije nada.

—Está llena de moratones —añadió—; está embarazada y la maltrata.

—¿Cómo dices? —pregunté, con cara de sorpresa.

—Æthelflaed está preñada —continuó Gisela, con serenidad; casi todos los días se daba una vuelta por el palacio y pasaba un rato con Æthelflaed, pero la muchacha no tenía permiso para venir a vernos.

Cuando me contó del embarazo de Æthelflaed, me quedé sorprendido, aunque sin venir a cuento, a decir verdad pero el caso es que así me sentí. Me imagino que seguía pensando que aún era una niña.

—¿Y dices que le pega? —le insistí.

—Sí, porque piensa que anda con otros hombres —me contestó.

—¿Es eso cierto?

—Claro que no, pero él se imagina que eso es lo que pasa —Gisela calló un instante para recoger la lana que hilaba en la rueca—. Está convencido de que es a ti a quien quiere.

Recordé la cólera desproporcionada de Æthelred en el puente de Lundene.

—¡Está loco! —afirmé.

—No; está celoso —dijo Gisela, apoyando una mano en mi brazo y sonriendo, mientras trajinaba con la lana—. De sobra sé que no tiene motivos. Qué forma tan rara de demostrar el amor, ¿verdad?

Æthelflaed había llegado al día siguiente de apoderarnos de la ciudad. Fue en barco hasta el asentamiento sajón y, desde allí, una carreta tirada por bueyes la condujo a través del río Fleot hasta el palacio, donde residía su esposo. Por el camino, hileras de hombres le daban la bienvenida con ramas verdes, un cura iba al frente de la comitiva rociando agua bendita y un coro de mujeres seguía al carromato, engalanado con flores de primavera, al igual que los cuernos de los animales. Acurrucada contra uno de los costados del carro para no perder el equilibrio, no había duda de que Æthelflaed no estaba allí por gusto; aun así, me dedicó una sonrisa desdibujada, cuando el carro rodó por los desparejos adoquines de la calzada y cruzó la puerta de la ciudad.

Para celebrar la presencia de Æthelflaed, dieron una fiesta en el palacio. Estoy convencido de que Æthelred habría preferido que no asistiera, pero no podía evitarlo, habida cuenta de mi rango, así que la tarde anterior a la celebración recibí una hostil invitación. Aunque corría la cerveza a raudales, la fiesta no fue nada del otro mundo. Un montón de curas compartían la mesa de honor junto a Æthelred y Æthelflaed. A mí me asignaron un taburete en un extremo. Æthelred me miraba con malos ojos, los curas me ignoraban y no tardé en retirarme, alegando que tenía que dar una vuelta por las murallas para asegurarme de que los centinelas se mantenían alerta. Recuerdo que aquella noche mi primo estaba pálido, pero era poco después de que hubiera sufrido los cólicos. Le pregunté cómo estaba, pero eludió darme una respuesta, dando a entender que no había sido nada importante.

Gisela y Æthelflaed se habían hecho amigas en Lundene. Yo reconstruía la muralla, mientras Æthelred se daba a la caza y sus hombres saqueaban la ciudad para adornar su residencia. Un día, al llegar a casa, me encontré con seis de sus esbirros en el patio. Entre ellos estaba Egberto, el hombre que había puesto las tropas a mi disposición la víspera del ataque a Lundene. Me miró impasible, mientras yo me dirigía hacia ellos cruzando el patio.

—¿Qué queréis? —les pregunté.

Cinco de aquellos hombres llevaban cota de malla y espadas; el sexto lucía un jubón bordado con motivos de perros persiguiendo a unos ciervos. El hombre lucía también una cadena de plata, señal de que era noble. Era Aldelmo, el amigo de mi primo y jefe de su guardia personal.

—Esto —repuso Aldelmo, que permanecía de pie junto a la cisterna que Gisela había adecentado y que utilizábamos para recoger el agua de lluvia que caía desde el tejado, un agua dulce y de sabor agradable, algo que estaba al alcance de muy pocos en cualquier ciudad.

—Doscientos chelines de plata y es toda tuya —le dije a Aldelmo.

Me miró con desprecio. Era un precio exorbitante. Los cuatro jóvenes habían conseguido volcarla, derramando el agua que contenía, y estaban tratando de enderezarla de nuevo. Al verme, se habían desentendido de su cometido.

Gisela salió de la zona noble de la casa y me dirigió una sonrisa.

—Ya les dije que no podían llevársela —comentó.

—Lord Æthelred la quiere para sí —aseguró Aldelmo

—Vuestro nombre es Aldelmo —repuse—, os llaman Aldelmo, a secas; pero yo soy Uhtred, lord de Bebbanburg, y debéis darme el tratamiento de señor.

—Me temo que no va a ser así —dijo Gisela, con dulzura—. Me acaba de llamar puta entrometida.

Cuatro de mis hombres se acercaron a mí y echaron mano al pomo de sus espadas. Les ordené que se retirasen con un gesto y me despojé del cinturón del que colgaban mis armas.

—¿Habéis llamado puta a mi esposa? —le pregunté a Aldelmo.

—Mi señor desea esta pieza —repuso, sin contestar a la pregunta que le había formulado.

—Primero os disculparéis ante mi esposa y, después, ante mí —le espeté, mientras dejaba caer al suelo el cinturón del que colgaban mis dos espadas.

—Dadle su merecido —ordenó a los otros cuatro, mirándome con desprecio— y echadlo a la calle.

—Exijo dos disculpas —dije.

Al oír mi voz amenazante, se acercó donde yo estaba, asustado.

—Esta casa —comenzó a explicar Aldelmo— pertenece a lord Æthelred. Si vivís aquí, es por su graciosa benevolencia.

Al acercarme a él, se asustó más.

—¡Egberto! —gritó, pero la única respuesta que recibió de aquel hombre fue un pausado movimiento de la mano derecha, un gesto para indicar a sus hombres que no desenfundaran las espadas. De sobra sabía que si alguien blandía un arma, se produciría una pelea entre sus hombres y los míos y, al contrario que Aldelmo, tenía el suficiente sentido común para evitar tan estéril carnicería.

—¡Respondón hijo de puta! —exclamó, blandiendo un cuchillo que llevaba a la cintura y arremetiendo contra mi vientre.

Le rompí la mandíbula, la nariz, las dos manos y hasta es posible que un par de costillas, antes de que Egberto me contuviese. Aldelmo presentó sus disculpas a Gisela, mientras escupía muelas ensangrentadas, y la cisterna se quedó en su sitio. Entregué el cuchillo a las muchachas que se afanaban en la cocina. Me pareció adecuado para pelar cebollas.

Al día siguiente, llegó Alfredo.

* * *

El rey llegó de forma discreta. Atracó su embarcación en un amarradero que había río arriba, antes de llegar al puente derruido. El *Haligast* aguardó a que se fuese una nave mercante, y luego, a golpe de remo, se deslizó como un fantasma. Acompañado por un montón de curas y monjes y custodiado por seis hombres con cotas de malla, el rey pisó tierra sin anunciarse, sin previo aviso. Se abrió paso entre las mercancías desperdigadas por el embarcadero, pasó por encima de un beodo que dormía la mona a la sombra y se internó por uno de los portillos de la muralla, que conducía hasta una plaza de mercado.

Tuve noticias de que se había presentado en el palacio. Æthelred no estaba allí, porque, para variar, andaba de caza El rey se dirigió al aposento de su hija, donde permaneció un buen rato. A continuación, rodeado de aquellos curas fue colina abajo y se acercó a nuestra casa. Yo estaba con uno de los grupos que reparaban las murallas, pero Gisela, que ya se había enterado de que Alfredo estaba en Lundene, imaginándose que vendría a hacernos una visita, había dispuesto pan, cerveza, queso y lentejas cocidas para almorzar. Nada de carne. Alfredo no la probaba. Tenía el estómago delicado, el vientre no dejaba de atormentarlo y, por lo que fuera, había llegado al convencimiento de que comer carne era una abominación.

Aunque Gisela despachó a un criado para que me avisase de la presencia del rey, cuando llegué a casa, mucho después que Alfredo, me encontré con el elegante patio repleto de curas vestidos de negro; allí estaban el padre Pyrlig y, a su lado, Osferth, que otra vez vestía ropas de monje. Osferth me dirigió una mirada cargada de resentimiento, como si yo tuviese la culpa de que se hubiese convertido de nuevo en un hombre de iglesia, mientras Pyrlig me daba un abrazo.

—En el informe que envió al rey, Æthelred ni os mencionaba —me dijo en un susurro, mientras me daba en la cara una vaharada de cerveza.

—¿Acaso no estábamos presentes cuando tomamos la ciudad? —le pregunté.

—No, según vuestro primo —repuso Pyrlig, riendo entre dientes—, pero yo le conté la verdad a Alfredo. Id a verlo. Os está esperando.

Alfredo se encontraba en la terraza que daba al río. Los escoltas permanecían detrás, a lo largo de la pared de la casa. El rey estaba sentado

en una silla de madera. Antes de cruzar el umbral, me detuve sorprendido: en lugar de pálido y mesurado como de costumbre, Alfredo parecía animado. Gisela estaba sentada a su lado, y el rey se inclinaba para hablar con ella, mientras mi esposa, de espaldas a mí, le escuchaba. Me quedé donde estaba, y contemplé algo realmente singular: Alfredo parecía feliz. Incluso en una ocasión le dio un golpecito en la rodilla con su dedo, blanco y largo, como queriendo dejar algo por sentado. Nada de sospechoso tenía aquel gesto, salvo lo poco frecuente que era en él.

Pensándolo bien, quizá se tratase de un gesto muy suyo. Antes de caer en las redes del cristianismo, Alfredo había sido un mujeriego notorio, y Osferth era el fruto de uno de aquellos deslices principescos. A Alfredo le gustaban las mujeres hermosas, y estaba claro que disfrutaba en compañía de Gisela. De pronto, oí reír a mi esposa, mientras Alfredo, halagado de haberlo conseguido, sonreía con timidez. Daba la impresión de que no le importaba que no fuese cristiana ni que llevase un amuleto pagano alrededor del cuello. Se notaba que estaba encantado de estar a su lado y, por un momento, tuve la tentación de dejarlos solos. Nunca le había visto tan feliz al lado de su esposa, Ælswith, una mujer de hocico de comadreja, cara de armiño y voz estridente. Pero en aquel instante, se le ocurrió alzar los ojos por encima del hombro de Gisela, y me vio.

Se le cambió la cara de inmediato. Se irguió, se sentó derecho y me hizo una seña para que me acercase.

Me hice con un taburete de nuestra hija, y escuché el siseo de las espadas de los guardias de Alfredo al desenvainarse. El rey les indicó con un gesto que las enfundasen, dando por sentado que no tenía a mano más que una sillita de niña pequeña si pretendía atacarlo. Observó como entregaba mis espadas a uno de los guardianes, en señal de respeto.

Luego, llevé el taburete hasta las losas de la terraza.

—Lord Uhtred —me dijo, con frialdad.

—Bienvenido a nuestra casa, mi rey —saludé, al tiempo que hacía una reverencia y me acomodaba de espaldas al río.

Guardó silencio un momento. Un capote pardo cubría su cuerpo enjuto. Llevaba una cruz de plata al cuello; el escaso pelo recogido con una tiara de bronce, lo que no dejó de sorprenderme, porque rara vez hacía ostentación de los símbolos de la realeza, vanas fruslerías, según él; en aquella ocasión, sin embargo, debía de haber pensado que era preciso que

en Lundene contemplasen a un rey de verdad. Al reparar en mi cara de extrañeza, se quitó la tiara.

—Confiaba en que los sajones de la ciudad nueva ya habrían abandonado sus hogares y estarían instalados aquí, al amparo de las murallas —comentó, con frialdad—. ¿Por qué no se han mudado?

—Tienen miedo de los fantasmas, señor —repuse.

—¿Y vos no?

Me quedé pensando la respuesta.

—Sí —contesté al cabo de un instante.

—No obstante, vivís aquí —exclamó, señalando la casa.

—Procuramos apaciguar a los espíritus, señor —explicó Gisela, en voz baja. Al ver que el rey alzaba las cejas sorprendido, le contó que dejábamos comida y bebida en el patio como gesto de bienvenida a cualquier espectro que se acercase a nuestra casa.

—Creo que sería mejor que nuestros sacerdotes exorcizasen las calles —replicó Alfredo, frotándose los ojos—. ¡Con oraciones y agua bendita expulsaremos a esos espíritus!

—También podríais poner trescientos hombres a mi disposición para entrar a saco en la ciudad nueva —propuse— les quemaríamos las cabañas y no tendrían otro remedio que venirse a la ciudad vieja.

En su rostro se dibujó una especie de media sonrisa, que desapareció tan pronto como se había esbozado.

—Es difícil conseguir que nos obedezcan sin provocar resentimiento —apuntó—. A veces pienso que sólo tengo autoridad sobre mi familia, ¡y ni siquiera estoy muy seguro! Si permitiese que fuerais a la ciudad nueva con vuestras armas, lord Uhtred, sólo conseguiríais que os odiasen. Lundene tiene que ser una ciudad leal, un bastión de los sajones cristianos. Si nos odiasen, desearían el retorno de los daneses, que les dejaban vivir tranquilos —añadió, negando vigorosamente con la cabeza—. Hemos de dejarlos en paz, pero sin levantar una empalizada a su alrededor. Habrán de instalarse en la ciudad vieja por su propia voluntad. —Y dirigiéndose a Gisela añadió—: Disculpadme, os lo ruego, pero hemos de tratar de asuntos más enrevesados.

Alfredo hizo una seña a uno de los guardias, que se apresuró a abrir la puerta que daba a la terraza. Allí estaban el padre Beocca y otro cura, de pelo negro y cara mofletuda, un personaje ceñudo que atendía por el nombre de padre Erkenwald y que me detestaba. En una ocasión incluso,

trató de acabar conmigo tildándome de pirata y, si bien sus acusaciones no carecían de fundamento, conseguí salir indemne de sus afiladas garras. Me dirigió una mirada cargada de irritación, mientras Beocca movía la cabeza ostentosamente; a continuación, los dos clavaron con atención los ojos en Alfredo.

—Decidme —comenzó Alfredo, mirándome—, ¿a qué se dedican Sigefrid, Erik y Haesten en estos momentos?

—Se han instalado en Beamfleot, señor —contesté—, y están trayendo tropas de refuerzo. Disponen de treinta y dos barcos, con sus respectivas tripulaciones.

—¿Habéis visto el sitio donde están asentados? —me preguntó el padre Erkenwald. En ese instante, caí en la cuenta de que se había requerido la presencia de los dos curas en la terraza para asistir como testigos de nuestra conversación. Como hombre precavido, Alfredo siempre quería conservar un testimonio, escrito o de palabra, de tales discusiones

—No, no lo he visto —repuse, secamente.

—¿Vuestros espías quizá? —apuntó Alfredo, reuniendo las preguntas de los curas allí presentes en una sola.

—Así es, mi señor.

—¿Es posible quemar esos barcos? —me preguntó, tras reflexionar un instante.

—Se encuentran en una cala, señor —contesté, negando con la cabeza.

—Hay que destruirlos —exclamó con rabia; observé cómo se le crispaban sus finas y largas manos en el regazo, para añadir como quien no quiere la cosa—: ¡Han saqueado Contwaraburg!

—Lo sé, mi señor.

—¡Quemaron la iglesia —continuó indignado, furibundo— y se lo llevaron todo, evangelios, cruces, hasta las reliquias! ¡En esa iglesia se guardaba una de las hojas de la higuera ante la que sudó sangre Nuestro Señor! Una vez la toqué, y sentí su poder —añadió estremecido—. Ahora está en manos de esos paganos —concluyó como si fuera a echarse a llorar.

Guardé silencio. Beocca había comenzado a escribir. La pluma arañaba un pergamino que sostenía a duras penas con su torpe mano. El padre Erkenwald aguantaba un tintero con ademán de desprecio, como si no fuera una tarea digna de él.

—¿Treinta y dos barcos, habéis dicho? —me pregunto Beocca.

—Eso es lo último que he sabido.

—Siempre es posible dirigir un ataque contra una rada —comentó Alfredo con cierta acritud; ya no parecía tan compungido.

—Durante la marea baja, la ensenada de Beamfleot se queda seca —le aclaré— y, para llegar a los barcos del enemigo, tenemos que pasar por delante de su campamento, situado en una colina desde donde se domina el embarcadero. Lo último que he sabido es que uno de los barcos permanece amarrado en medio del canal. Podríamos destruir ese barco y abrirnos camino peleando, pero deberíais disponer de un millar de hombres y perderíais no menos de doscientos.

—¡Un millar! —repitió, con un gesto cargado de escepticismo.

—Los últimos informes, mi señor, indican que Sigefrid cuenta con casi dos mil guerreros.

—¿Sigue con vida? —preguntó, cerrando los ojos un instante.

—Más o menos —contesté. Ulf, el comerciante danés que tanto apreciaba la plata que le pagaba, me había puesto al corriente de casi todos estos detalles. Tampoco dudaba de que cobraba otro tanto de Haesten y Erik, por mantenerles informados de lo que yo hacía en Lundene. El precio merecía la pena—. El hermano Osferth le hirió de gravedad —dije para concluir.

—¡Osferth! —exclamó el rey, con voz desmayada, mientras me dirigía una mirada cargada de sagacidad.

—El fue quien ganó la batalla, señor —dije, en el mismo tono, mientras Alfredo no dejaba de mirarme, sin referir lo que pensaba—. ¿Acaso no os lo ha contado el padre Pyrlig? —hizo un leve gesto afirmativo con la cabeza—. Osferth llevó a cabo un acto de valentía —añadí—; no estoy seguro de que yo hubiera tenido tantos arrestos. Se lanzó al vacío desde lo alto de la muralla, se enfrentó con tan temible guerrero y siguió con vida para recordar tamaña proeza. De no haber intervenido Osferth, mi señor, Sigefrid seguiría en Lundene, estaría criando malvas.

—¿Queréis que siga a vuestro lado? —me preguntó Alfredo.

Estaba claro que esperaba una negativa por mi parte pero Beocca hizo un gesto casi imperceptible de su cabeza canosa, y comprendí que Osferth no era grato en Wintanceaster. Aquel joven no me caía bien y, a juzgar por el silencioso mensaje del cura, tampoco querían verlo por Wintanceaster. El caso es que había dado muestras de un arrojo ejemplar. Y parecía que tenía vocación de guerrero.

—Sí, señor —respondí, al tiempo que contemplaba la discreta sonrisa de Gisela.

—Pues que se quede con vos —decidió Alfredo, tajante, mientras Beocca alzaba al cielo el ojo sano dando gracias a Dios—. Quiero que los hombres del norte abandonen el estuario del Temes —añadió el rey.

—¿No es eso tarea de Guthrum? —pregunté, sorprendido, porque Beamfleot pertenecía al reino de Anglia Oriental, un territorio con el que estábamos en buenos términos.

Alfredo me dirigió una mirada furiosa, probablemente por haber empleado el nombre danés.

—El rey Æthelstan ya ha sido informado de la situación —respondió.

—¿Y sigue cruzado de brazos?

—Sólo hace promesas vagas.

—Mientras los vikingos utilizan su territorio con total impunidad —observé.

—¿Pretendéis que declare la guerra al rey Æthelstan? —me dijo con altivez.

—Ya que consiente que los saqueadores se asienten en Wessex, mi señor, ¿por qué no le pagamos con la misma moneda? ¿Por qué no enviamos unos cuantos barcos a Anglia Oriental y hacemos algunas incursiones en los dominios rey Æthelstan?

Alfredo se puso en pie, como si no hubiera escuchado mis preguntas.

—Lo más importante es que no perdamos Lundene —dijo, haciendo un gesto con la mano al padre Erkenwald, que abrió un cartapacio de piel del que extrajo un rollo de pergamino lacrado con cera oscura; Alfredo lo recogió y me lo entregó—: Te he nombrado gobernador militar de la ciudad. No permitáis que el enemigo se apodere de nuevo de ella.

—¿Gobernador militar? —comenté con recelo, al tiempo que tomaba el documento.

—Todas las tropas y los hombres del *fyrd* quedarán bajo vuestro mando.

—¿Y la ciudad, señor?

—Será un lugar de devoción —replicó el rey.

—Hemos de purificarla de toda iniquidad —comentó muy adusto el padre Erkenwald—; la dejaremos más limpia que una patena.

—Amén —concluyó Beocca, piadosamente.

—He designado al padre Erkenwald como obispo de Lundene, y también gobernador civil de la ciudad —concluyó Alfredo.

Sentí un escalofrío. ¿Erkenwald, ese cura que tanto me odiaba?

—¿Acaso no va a estar al frente de la ciudad el *ealdorman* de Mercia?

—Mi yerno no discute mis decisiones —repuso Alfredo con frialdad.

—¿Qué autoridad tendrá? —insistí.

—Esto es Mercia —replicó Alfredo, dando una patada en el suelo de la terraza—, y él es quien está al frente de los deseos de Mercia.

—O sea que podrá designar a otra persona como gobernador militar —remaché.

—Hará lo que le he dicho —concluyó Alfredo, irritado—. Dentro de cuatro días —añadió, tras recobrar el aplomo de inmediato—, nos reuniremos para decidir las medidas que haya que tomar para hacer de esta ciudad un lugar seguro y santo.

Me saludó con brusquedad, hizo una reverencia a Gisela y se encaminó a la salida.

—Mi rey —dijo Gisela, con delicadeza, cuando el rey se disponía a marchar—, ¿cómo está vuestra hija? Ayer fui a verla, y estaba toda magullada.

Alfredo volvió la vista hacia el río. A pesar del tumulto del agua en la brecha del puente, seis cisnes surcaban el agua

—Está bien —repuso distante.

—Esos golpes... —empezó a decir Gisela.

—Siempre fue una niña muy traviesa —le interrumpió Alfredo.

—¿Traviesa? —preguntó mi mujer, tratando de sonsacarle algo más.

—Le quiero —repuso Alfredo, y nadie lo habría dudado al advertir el tono cariñoso con que se expresó—, pero si las travesuras infantiles pueden parecemos divertidas, en la edad adulta son pecaminosas. Mi querida Æthelflaed tiene que aprender a ser obediente.

—O sea que está aprendiendo a odiar —comenté, al recordar lo que antes había dicho el rey.

—Ahora es una mujer casada y su obligación a los ojos de Dios consiste en obedecer a su marido —contestó Alfredo—. Estoy convencido de que lo conseguirá y, con el tiempo, agradecerá la lección. Es desagradable tener que castigar a un niño al que queremos, pero no hacerlo es un pecado. Pido a Dios que la ilumine con su gracia.

—Amén —concluyó el padre Erkenwald.

—Alabado sea Dios —dijo Beocca.
Gisela guardó silencio, y el rey se marchó.

* * *

Debería haber imaginado que asistirían curas a la reunión convocada en el palacio que se alzaba en la cima de la pequeña colina de Lundene. Había confiado en que se tratase de un consejo de guerra, con violentas discusiones en busca de una solución para limpiar el Temes de los salteadores que infestaban el estuario. Por el contrario, al desprenderme de mis armas, fui conducido hasta el salón de columnas, donde habían erigido un altar. Me acompañaban Finan y Sihtric. Finan se santiguó como buen cristiano que era. Pero Sihtric, que era pagano como yo, me miró asustado, como si temiera asistir a algún ritual mágico que tuviera que ver con aquella religión.

Aguanté la misa a mi pesar. Los monjes cantaban, los curas oraban, las campanas repicaban y los hombres permanecían rodilla en tierra. Habría unas cuarenta personas en la estancia, la mayoría curas, y sólo una mujer, Æthelflaed, sentada al lado de su marido. Llevaba una túnica blanca, ceñida en la cintura con una banda azul, y su pelo de un dorado oscuro, recogido en un moño hecho al vuelo. Yo estaba a sus espaldas y, en una ocasión en que se volvió para ayudar a su padre, reparé en el cerco morado que tenía en el ojo derecho. Alfredo no la miró siquiera, y siguió de rodillas. Me fijé en él y en los hombros caídos de Æthelflaed, y me puse a pensar en Beamfleot y en cómo acabar con aquel avispero. Lo primero que se me vino a la cabeza fue que tenía que embarcarme río abajo y estudiar la situación sobre el terreno.

De pronto, Alfredo se puso de pie, y comprendí que, por fin, la misa había terminado. El rey se volvió hacia nosotros y nos endilgó una homilía que, por suerte, fue breve. Nos exhortó a meditar en las palabras de un tal profeta llamado Ezequiel, y leyó: «Y los paganos que vivan a vuestro alrededor reconocerán que yo, el Señor, he reconstruido lo que estaba en ruinas y replantado lo que estaba devastado»

—Aunque en ruinas, Lundene —continuó el rey, mientras apartaba el pergamino que contenía las palabras del tal Ezequiel— ha vuelto a ser una ciudad sajona y, aunque en ruinas, con la ayuda de Dios, conseguiremos

reconstruirla. La transformaremos en un lugar de culto, en un faro que ilumine a los paganos.

Hizo una pausa, esbozó una solemne sonrisa e hizo un gesto al obispo Erkenwald, quien, revestido con una casulla blanca, surcada por bandas de tela roja con cruces bordadas en plata, se puso en pie para pronunciar un sermón. Me llevaban los demonios. En vez de discutir sobre cómo deshacernos de los enemigos que andaban por el Temes, teníamos que someternos a aquella tortura de devoción ñoña.

Como había tenido la mala fortuna de escuchar muchos, hacía ya tiempo que había aprendido a no prestar atención a los sermones, que me resbalaban como la lluvia que cae sobre una techumbre recién instalada. Al cabo de unos pocos minutos, sin embargo, comenzó a interesarme la arenga que, con voz ronca, nos dirigía el obispo. Porque su prédica no versaba sobre cómo reconstruir una ciudad arrasada ni sobre la amenaza que nuestros enemigos representaban para Lundene, sino que estaba dirigida a Æthelflaed.

Puesto en pie, junto al altar, gritaba. Parecía un hombre encolerizado que, en aquel día primaveral y en aquella estancia romana, se expresaba con exaltación apasionada. Nos aseguraba que era Dios quien ponía aquellas palabras en su boca. Dios quería enviarnos un mensaje, y nadie podía hacer oídos sordos a la palabra de Dios, so pena de arder en las llamas sulfurosas del infierno. En ningún momento refirió a Æthelflaed por su nombre, pero no dejaba de mirarla, de modo que todos los presentes entendimos el recado que el dios de los cristianos enviaba a la pobre muchacha, por lo visto Dios hasta se había tomado la molestia de ponerlo por escrito en el evangelio. Erkenwald se apoderó del libro que estaba encima del altar, lo alzó hasta iluminarlo con la luz que entraba por la salida de humos del techo, y leyó en voz alta:

—«¡Discretas —dijo, clavando los ojos en Æthelflaed—, castas, cuidadosas de su casa, buenas, sujetas a sus maridos!» Tal es la palabra de Dios, lo que Dios exige a las mujeres. ¡Que sean discretas, castas, que cuiden de su casa y que sean obedientes! ¡Es palabra de Dios! —añadió, casi en éxtasis, al pronunciar esas cuatro palabras—. ¡Dios se dirige a nosotros! —continuó, mientras recorría el techo con la vista, como si su dios nos observase desde allí arriba—. ¡Dios se dirige a nosotros!

El sermón duró más de una hora. En el halo de luz que entraba atravesando el techo, observábamos las gotitas de saliva que se le

escapaban de la boca, mientras se encorvaba y gritaba estremecido, y repetía una y otra vez las palabras del evangelio sobre cómo las mujeres han de permanecer sujetas a sus maridos.

—¡Obedientes! —chilló, e hizo una pausa.

Escuché un golpazo procedente del exterior del recinto: a un soldado se le había caído el escudo.

—¡Obedientes! —insistió Erkenwald, dando un alarido.

Æthelflaed mantenía la cabeza alta. Desde el sitio en que estaba, detrás de ella, daba la impresión de que no dejaba de mirar a aquel cura exaltado y virulento, que ahora era obispo y gobernador de Lundene. A su lado, Æthelred no dejaba de moverse, y las pocas veces en que alcancé a ver su rostro parecía satisfecho y muy pagado de sí mismo. La mayoría de los presentes escuchaban aburridos. Sólo un hombre, el padre Beocca, no parecía estar conforme con el sermón del obispo. Se dio cuenta de que lo miraba y alzó una ceja con indignación, lo que me llevó a sonreír. Estoy seguro de que Beocca no estaba en desacuerdo con el mensaje, pero cualquiera podía adivinar que hubiera preferido que no se difundiese de un modo tan público. En cuanto a Alfredo, mantenía la serenidad mientras observaba despotricar al obispo; una calma que no disimulaba su complicidad, porque jamás se habría pronunciado un sermón tan lúgubre de no haber contado con la aquiescencia y el permiso del rey.

—¡Obedientes! —gritó de nuevo Erkenwald, alzando los ojos a las alturas, como si aquella exclamación fuera un talismán para todas las inquietudes del género humano. El rey asintió y comprendí que Alfredo no sólo aprobaba la diatriba de Erkenwald, sino que le debía haber pedido que hablase en tales términos. ¿Habría llegado a la conclusión de que una reprimenda en público evitaría que Æthelflaed fuese maltratada en privado? El contenido coincidía, desde luego, con la filosofía de Alfredo, quien opinaba que un reino sólo podía salir adelante si disponía de leyes, de una mano que lo gobernase y de un pueblo que obedeciese la voluntad de Dios y de su rey. Pero ¿cómo podía mirar a su hija, ver sus moratones y dar su aprobación? Siempre había querido a sus hijos. Yo los había visto crecer, y le había visto jugando con ellos. ¿Acaso su religión le dejaba el camino expedito para humillar a aquella hija que adoraba? Cuando rezo a mis dioses, hay ocasiones en las que les doy las gracias con fervor por impedir que cayera en manos del dios de Alfredo.

Por fin, Erkenwald acabó de exponer todo lo que tenia que decir. Se produjo un momento de silencio, Alfredo se puso en pie, se volvió hacia nosotros y, con una sonrisa, dijo:

—Palabra de Dios.

Los curas musitaron unas breves plegarias y, a continuación, el rey sacudió la cabeza como tratando de apartar la devoción de sus pensamientos.

—La ciudad de Lundene ya forma parte de Mercia —añadió, mientras un murmullo de aprobación recorría la estancia—. He pedido al obispo Erkenwald que se encargue del gobierno de la ciudad —continuó, dirigiendo una mirada y una sonrisa al prelado, que inclinó la cabeza con satisfacción— y a lord Uhtred que se haga cargo de su defensa —dijo para concluir, mirando hacia donde yo estaba; pero no hice ninguna reverencia.

En ese instante, *Æ*thelflaed se volvió. Creo que no se había dado cuenta de que estaba presente, pero se giró al oír mi nombre y se me quedó mirando. Le guiñé un ojo y ella me recompensó con una sonrisa desdibujada en su rostro magullado. Obstinado como estaba en ignorar mi presencia, *Æ*thelred no se percató de aquel guiño.

—Por supuesto —prosiguió el rey, que sí había reparado en mi gesto —, la ciudad está bajo la autoridad y el gobierno de mi estimado yerno y, a su debido tiempo, se convertirá en la joya de su territorio. Por el momento, ha comprendido con generosidad que Lundene ha de ser regida por personas con experiencia de gobierno —en otras palabras, que Lundene entraría a formar parte de Mercia, pero que Alfredo no estaba dispuesto a que cayera en manos que no fueran sajonas—. El obispo Erkenwald tiene autoridad para establecer exacciones y recaudar impuestos —añadió—; una tercera parte de esos fondos se destinará al gobierno de la ciudad; otra tercera parte a la Iglesia y el tercio restante se empleará en su defensa. Estoy convencido de que, con los consejos del obispo y la ayuda de Dios Todopoderoso, conseguiremos edificar una ciudad a mayor gloria de Cristo y de su Iglesia.

La mayoría de los allí presentes me eran desconocidos. Casi todos eran *thegns* de Mercia, convocados para presenta sus respetos a Alfredo en Lundene. Allí estaba Aldelmo, con la cara todavía amoratada y ensangrentada por obra de mis puños. Se fijó en mí, pero enseguida desvió la mirada a otro lado. Había sido un llamamiento inesperado y sólo unos pocos señores habían podido llegar hasta la ciudad. Todos escuchaban con

respeto lo que decía Alfredo, pero lo cierto es que se sentían entre dos bandos. El norte de Mercia estaba en manos de los daneses; sólo la parte sur del territorio, la zona colindante con Wessex, podía considerarse libre y sajona, a pesar de los continuados ataques de que era objeto. Todo *thegn* de Mercia que aspirase a seguir con vida, que no desease ver a sus hijas convertidas en esclavas y que no le robasen el ganado, tenía que prestar vasallaje a los daneses y pagar impuestos a Æthelred, quien, por las tierras que había heredado, por matrimonio y linaje, era reconocido como el más noble de todos. Estaba en condiciones de exigir que le diesen tratamiento de rey, si lo hubiese deseado, y no me cabe duda de que eso era lo que quería, pero ésa no era la voluntad de Alfredo, y Æthelred, sin la aquiescencia de Alfredo, no era nada.

—Vamos a liberar Mercia de los invasores paganos —dijo el rey—. Para ello, hemos de afianzarnos en Lundene y poner freno a las incursiones de los barcos de los hombres del norte a lo largo del Temes. Pero lo primero es conservar Lundene. ¿Cómo lo haremos?

La respuesta a esa pregunta estaba más que clara, lo que no evitó un debate general, preñado de divagaciones, mientras discutíamos sobre cuántos hombres necesitaríamos para defender las murallas. No participé en la discusión. Me apoyé en el muro posterior de la estancia, y me dediqué a observar qué *thegns* se mostraban entusiastas y quiénes reticentes. De vez en cuando, el obispo Erkenwald me miraba, como queriendo saber por qué no aportaba mi granito de arena en medio de tamaña confusión, pero preferí guardar silencio. Æthelred escuchaba a todos con interés y, por fin, llegó a una conclusión.

—Mi rey —aseveró muy ufano—, la ciudad necesita una guarnición de dos mil hombres.

—De Mercia, claro está —repuso Alfredo—. Esos hombres han de salir de Mercia.

—Por supuesto —admitió Æthelred, mientras yo observaba que algunos *thegns* mantenían sus reservas.

Alfredo también se dio cuenta, y me preguntó:

—Eso cae bajo vuestra responsabilidad, lord Uhtred. ¿No tenéis nada que decir?

Sentí deseos de bostezar, pero logré controlarme.

—Tengo algo mejor que una opinión, mi rey —repuse—; me atendré a hechos.

Alfredo alzó una ceja, y se me quedó mirando con un gesto de desaprobación.

—¿Y bien? —exclamó irritado, al ver que no acababa de darle una respuesta.

—Cuatro hombres por cada vara —respondí; una vara era el equivalente de seis pasos, unos cinco metros más o menos, una disposición que no me había inventado yo, sino que había impuesto el propio Alfredo. Cuando ordenó que se erigiesen las ciudadelas, había calculado tan meticulosamente como siempre cuántos hombres serían necesarios para defender cada fortaleza, cifra que venía determinada por la longitud de las murallas. Las defensas de Coccham, por ejemplo, medían mil cuatrocientos pasos, así que entre mis tropas y el *fyrd* debíamos proporcionar mil guerreros para su defensa. Pero Coccham no era sino una pequeña ciudadela; Lundene era una ciudad.

—¿Cuánto miden las murallas de Lundene? —quiso saber Alfredo.

Miré a Æthelred, como si confiase en que él le daría la respuesta. Al verlo, también el rey clavó los ojos en su yerno Æthelred se quedó un instante pensativo y, en lugar de decir la verdad, que no tenía ni idea, hizo un cálculo aproximado

—Unos ochocientos pasos, mi rey.

—La muralla que mira a tierra firme mide seiscientos noventa y dos pasos —aseguré tajante—, y la parte que da al río tiene una longitud de trescientos cincuenta y ocho pasos lo que equivale, mi rey, a mil cincuenta varas.

—Cuatro mil doscientos hombres —calculó el obispo Erkenwald de inmediato, lo que me dejó muy impresionado. Yo había tardado mucho más en llegar a esa cifra, y no me sentí seguro de haber hecho los cálculos pertinentes hasta que Gisela se ofreció a repasarlos.

—Ninguno de nuestros enemigos está en condiciones de atacarnos por todas partes al mismo tiempo —continué—, así que he calculado que, para la defensa de la ciudad, nos bastaría con una guarnición de tres mil cuatrocientos hombres.

Uno de los *thegns* de Mercia emitió un silbido, como si aquella cifra le pareciese una quimera.

—Sólo son mil guerreros más que la guarnición que defiende Wintanceaser, mi rey —concluí, aunque, claro está, Wintanceaster estaba

enclavada en un condado sajón leal, acostumbrado a que sus hombres respondiesen a las necesidades del *fyrd*.

—¿De dónde sacaréis esos hombres? —me preguntó uno de los *thegns*.

—Vosotros nos los proporcionaréis —repliqué con afilada sequedad.

—Pero... —comenzó a decir aquel hombre, hasta que desistió. Estaba a punto de evidenciar que el *fyrd* de Mercia era un instrumento inservible, debilitado por falta de uso, y que cualquier intento de reunirlo podía levantar ampollas entre los señores daneses que gobernaban el norte de Mercia. Aquellos hombres estaban acostumbrados a agachar la cabeza y a guardar silencio, como los podencos, que tiritan ocultos entre la maleza para no atraer a los lobos.

—No hay excusas que valgan —repuse en voz alta y aún más cortante —. Si un hombre no contribuye a la defensa de su país es un traidor, que debe ser despojado de sus propiedades, condenado a muerte y su familia reducida a la esclavitud.

Pensé que Alfredo rebatiría aquellas afirmaciones, pero guardó silencio y, por si fuera poco, hizo un gesto de asentimiento. Yo era la espada que colgaba de su cintura, y estaba claro que se sentía satisfecho de que hubiera blandido el acero en aquel instante. Los hombres de Mercia callaban.

—Necesitamos también hombres para los barcos, mi rey —añadí.

—¿Barcos? —preguntó Alfredo, extrañado.

—¿Barcos? —repitió Erkenwald.

—Necesitamos tripulantes —le aclaré; cuando nos apoderamos de Lundene, habíamos capturado veintiún barcos, diecisiete de los cuales eran navíos de guerra; los cuatro restantes eran más espaciosos, naves de carga, pero que también podían sernos de utilidad—. Dispongo de los barcos —continué—, pero necesito marineros, tripulaciones de guerreros avezados.

—¿Pensáis defender la ciudad con barcos? —preguntó el obispo, en tono desafiante.

—¿De dónde si no sacaréis el dinero? —le repliqué—. De los derechos de tránsito. Ahora ningún comerciante se atreve a llegar hasta aquí; así que lo primero que tenemos que hacer es expulsar del estuario a las naves enemigas. Para acabar con esos piratas, he de disponer de tripulaciones aguerridas. Puedo recurrir a mis tropas, pero otros hombres habrán de ocupar sus posiciones en la guarnición de la ciudad.

—Yo también necesito barcos —terció Æthelred, de improviso.

Me quedé tan sorprendido de que Æthelred también necesitase embarcaciones que no fui capaz de articular palabra. La tarea que se le había encomendado a mi primo era la defensa del sur de Mercia: empujar a los daneses hacia el norte, hasta obligarles a abandonar su territorio, es decir pelear en tierra firme. Y ahora se descolgaba con que necesitaba barcos. ¿Para qué? ¿Para surcar pastizales?

—Lo que propongo, mi rey —dijo, con una sonrisa y voz meliflua y aduladora—, es que todos los barcos al oeste del puente queden bajo mi mando para ponerlos a vuestro servicio —añadió, haciendo una reverencia —, y que mi primo disponga de los barcos del otro lado.

—Que... —comencé a decir, pero me interrumpió Alfredo.

—Me parece justo —aseveró el rey con firmeza.

No era justo, era una insensatez. Sólo había dos barcos de guerra en la parte del río que quedaba al este del puente, mientras que del otro lado de la brecha había quince navíos de combate. Aquellas quince embarcaciones me habían llevado a la conclusión de que, antes de que lo derrotásemos, Sigefrid había pensado llevar a cabo una incursión importante en los dominios de Alfredo. Necesitaba aquellos barcos para acabar con los enemigos que surcaban el estuario. Pero Alfredo, deseoso de que todos vieran que apoyaba a su yerno, hizo caso omiso de mis reparos.

—Utilizaréis los barcos de que disponéis, lord Uhtred —insistió—, y os enviaré a setenta hombres de mi guardia personal como tripulación de una de esas naves.

¿Así que dispondría de dos barcos para expulsar a los daneses del estuario? Me desentendí del asunto, y volví a apoyarme en la pared, mientras seguían con su monótona disensión sobre los derechos de tránsito que habrían de aplicar las exacciones que deberían pagar las embarcaciones procedentes de los condados vecinos; entretanto no dejaba de preguntarme por qué no me había ido al norte, donde los hombres manejaban la espada a su antojo, había pocas leyes y mucha diversión.

Al concluir la reunión, el obispo Erkenwald se acercó a mí. Estaba abrochándome el cinturón de la espada, cuando reparé en su mirada acuosa.

—Habéis de saber —me dijo a modo de saludo— que me opuse a vuestro nombramiento.

—Yo también me habría mostrado contrario a vuestra designación —repuse, con acritud, irritado todavía por el modo en que Æthelred me había

arrebatado quince barcos.

—Acaso Dios no dispense sus bendiciones a un guerrero pagano —añadió el recién nombrado obispo—, pero el rey, en su prudencia, considera que sois un buen soldado.

—Todos sabemos lo prudente que es Alfredo —repuse con sorna.

—He hablado con lord *Æ*thelred —continuó, sin prestar atención a lo que le acababa de decir— y está de acuerdo en que ordene a los condados más próximos a Lundene que nos envíen hombres. ¿Tenéis algún inconveniente?

Erkenwald me estaba diciendo que ahora tenía autoridad para convocar el *fyrd*. Habría sido mejor que ese poder hubiera recaído en mí, pero imaginé que contaba con la aprobación de *Æ*thelred. A pesar de lo mal que me caía el obispo, en ningún momento dudé de su lealtad a Alfredo, así que le dije que sí, que me parecía bien.

—En ese caso, informaré a lord *Æ*thelred de que dais vuestra aprobación —añadió, con gran formalidad.

—Cuando habléis con él, decidle que deje de maltratar a su esposa.

Erkenwald se estremeció, como si le hubiera propinado una bofetada.

—Es un deber cristiano inculcar la obediencia a la propia esposa —repuso, sofocado— igual que obligación suya es someterse a los dictados de su marido. ¿Acaso no habéis escuchado mi sermón?

—De cabo a rabo —repliqué.

—Se lo tenía merecido —refunfuñó Erkenwald—. ¡Es orgullosa y le planta cara!

—Pero si no es más que una niña y, además, está embarazada —contesté.

—Caprichoso es el corazón de un niño —repuso Erkenwald—, ¡eso es lo que nos dice Dios! ¿Y qué nos reclama para enmendar esa situación? ¡Que apliquemos la vara de la corrección con el rigor pertinente! —concluyó, estremeciéndose—. ¡Eso es lo que debemos hacer, lord Uhtred! ¡Hay que pegar a un niño para que obedezca! Porque los niños aprenden con dolor y a fuerza de golpes, y esa niña embarazada debe aprender cuáles son sus deberes. ¡Así lo ha dispuesto Dios! ¡Alabado sea!

* * *

La semana pasada me enteré de que quieren elevar a los altares a Erkenwald. Unos curas que pasaron por mi casa, a orillas del mar del Norte, me dijeron que estoy a un paso de abrasarme en el fuego del infierno, pero que si me arrepiento, iré al cielo, donde viviré para siempre en la gloria con los santos.

Prefiero arder como una tea hasta la consumación de los tiempos.

Capítulo VII

El agua corría por las palas de los remos y las gotas que caían se estrellaban en un mar de franjas luminosas y resplandecientes, que tan pronto se agitaban con lentitud, inestables y alejadas, como al unísono y acompasadas. Sin hacer ruido, nuestro barco se mecía en aquel resplandor ondulado.

Hacia el este, el cielo parecía de oro líquido, derramándose alrededor de una nube que cubría el sol; el resto del firmamento era azul, pálido hacia el este y más oscuro hacia el oeste, por donde se ausentaba la noche camino de tierras desconocidas allende el ancho océano.

Por el sur, a corta distancia, veía la costa verde y marrón de Wessex, desnuda de árboles. No podía acercarme más, porque aquellas aguas que iban y venían con suavidad escondían bancos de lodo y arena. Si bien los remos estaban en reposo y no soplaba viento, la nave se desplazaba sin cesar hacia el levante, arrastrada por la marea y la poderosa corriente del río. Estábamos en el estuario del Temes, un colosal espacio abierto, lleno de agua, lodo, arena y terror.

Nuestro barco carecía de nombre y no ostentaba cabezas de animales ni en la proa ni en la popa. Era una embarcación de carga, ancha, remolona, panzuda y lenta, una de las dos que había apresado en Lundene. Disponía de una vela, plegada en un mástil astillado. La marea nos guiaba hacia aquel amanecer dorado.

Yo iba de pie sujetando el gobernalle con la mano derecha. No llevaba casco y tanto la cota de malla como las dos espadas colgadas de mi cintura permanecían ocultas bajo un sucio capote marrón de lana. Doce remeros ocupaban las bancadas, tenía a Sihtric a mi lado y otro hombre iba en el altillo de proa. Ninguno de nosotros parecía llevar armadura o portar armas.

Queríamos parecer un carguero que bordeaba la costa de Wessex, intentando que no lo descubriera ningún barco de los que navegaban por el extremo norte del estuario. Pero ya nos habían visto.

Uno de aquellos depredadores se mantenía al acecho desplazándose rumbo al sureste, a la espera de que virásemos y tratásemos de huir río arriba, a contracorriente. Se hallaba a una milla más o menos de nosotros;

podía distinguir el palo recto, corto y negro de la proa, coronado con la cabeza de un animal. El capitán ya debía de haberse dado cuenta de que nuestros remos no se movían; quizás estuviera pensando que el pánico nos había paralizado. Se imaginaría que estábamos discutiendo sobre lo que había que hacer. Sus remos se movían con lentitud, pero cada golpe acercaba aquel barco lejano al punto en que bloquearía nuestra salida al mar.

Finan, que manejaba uno de los remos de proa de nuestro barco, echó un vistazo por encima del hombro.

—¿Cincuenta hombres? —aventuró.

—Quizá más —le contesté.

—¿Cuántos más? —preguntó, con gesto sonriente.

—No sé; quizás unos setenta —repuse, calculando a ojo. Nosotros éramos cuarenta y tres; todos, menos quince permanecían escondidos en el lugar en que se almacena carga en un barco de esas características. Tapados con retazos de velas viejas, parecía que transportábamos grano, sal o cualquier otro cargamento que hubiera que proteger de la lluvia o de las salpicaduras.

—Si son setenta, va a armarse una buena —exclamó Finan, encantado.

—No habrá tal —le repliqué—, no estarán preparados.

Tenía razón. Parecíamos una víctima propiciatoria: un puñado de hombres a bordo de una nave achaparrada. Los piratas nos abordarían, unos cuantos hombres saltarían y el resto de la tripulación se limitaría a contemplar la carnicería. Eso era, al menos, lo que yo esperaba. Como es natural, la tripulación del barco enemigo iría armada, pero jamás sospecharían que pensábamos presentar batalla, una situación para lo que mis hombres estaban más que preparados.

—¡Recordad que hemos de liquidarlos a todos! —grité, para que me oyesen con claridad los guerreros ocultos bajo los jirones de vela.

—¿A las mujeres también? —preguntó Finan.

—No, a ellas, no —repuse, aunque mucho me temía que no hubiera ninguna a bordo de la nave.

Acurrucado a mi lado, Sihtric alzó la vista y me miró de soslayo.

—¿Por qué hemos de acabar con todos, mi señor?

—Para que aprendan a tenernos miedo —le dije.

El resplandeciente color dorado del cielo se desvanecía por momentos. El sol brillaba sobre un montón de nubes y el agua rielaba con nuevos

destellos. Aquellas aguas poco agitadas y apenas centelleantes nos devolvían una imagen alargada de nuestros adversarios.

—¡Remos fuera y al agua! ¡Con torpeza! —grité.

Los remeros sonrieron, y dejaron caer las palas al agua con desmayo, obligando a nuestra proa a realizar un lento viraje río arriba, como si tratásemos de escapar. Si hubiéramos sido tan inofensivos y vulnerables como pretendíamos que creyesen, lo más sensato hubiera sido remar hacia la ruta sur, encallar el barco y echar a correr como alma que lleva el diablo. En lugar de eso, virábamos y comenzábamos remar río arriba y contra la marea. El chapoteo de nuestros remos no hacía sino confirmar la falta de experiencia de unos pobres necios muertos de miedo.

—Han mordido el anzuelo —les dije a los remeros, aun que como nuestra proa apuntaba al oeste, pudieron ver con sus propios ojos que el barco enemigo remaba con todas sus fuerzas. La nave vikinga se dirigía directamente hacia nosotros; las palas subían y bajaban como las alas de un pájaro salvando la espuma blanca que provocaba cada golpe de remo que impulsaba el barco.

Seguimos fingiendo que estábamos aterrorizados, entrechocando unos remos contra otros, de forma que pareciese que hacíamos poco más que agitar el agua en la que se mecía nuestro torpe cascarón. Dos gaviotas se asentaron en la cúspide de nuestro mástil, lanzando melancólicos graznidos en aquella límpida mañana. Hacia el oeste, en el horizonte lejano, el cielo estaba oscurecido por el humo de Lundene. A pesar de ello, llegué a atisbar el leve y oscuro destello del mástil de otro barco, que también se dirigía hacia nosotros. Pensé que la nave enemiga lo habría visto también y estarían preguntándose si era de los suyos o no.

Poco importaba. En pocos minutos, nuestros enemigos abordarían nuestro pequeño y desmañado barco de carga, en el mejor momento, antes de que el reflujo del mar y la fuerza de los remos acercasen al barco que, por el oeste, se dirigía al escenario del enfrentamiento. La nave vikinga se aproximaba rápidamente, moviendo los remos a un ritmo admirable. La velocidad del barco ponía de manifiesto que sus remeros estarían agotados y en malas condiciones para presentar batalla en el momento en que nos abordasen. La cabeza del animal que tan orgullosamente lucía en la proa era la de un águila con el pico abierto y pintado de rojo, como si estuviera picoteando el despojo sanguinolento de una presa; una docena de hombres

armados se apretujaban en el altillo que estaba a sus pies, dispuestos a abordarnos y a acabar con nosotros.

Veinte remos por cada costado, es decir, cuarenta remeros. La partida dispuesta para el abordaje estaría compuesta por unos doce hombres, aunque era difícil dar una cifra precisa de los guerreros que se apretujaban en la parte delantera, además de otros dos, que permanecían de pie junto al gobernalle.

—Son entre cincuenta y sesenta —grité a los míos.

Los remeros del barco enemigo no llevaban cota de malla. Seguro que no sospechaban lo que se les venía encima; la mayoría tendría las espadas a sus pies y los escudos apoyados en el pantoque.

—¡Dejad de remar! —ordené a los míos—. ¡Remeros, en pie!

El águila de la proa del otro barco estaba ya muy cerca. Podía oír los crujidos de los escálamos de los remos, el chapoteo de las palas y el siseo del mar cuando cortaban el agua. Veía las relucientes hojas de sus espadas, los rostros cubiertos de aquellos hombres que pensaban que iban a despacharnos y el gesto del timonel, concentrado en abordarnos. Simulando estar muertos de miedo, mis remeros parecían estar pasándolas canutas. Los de la nave vikinga hicieron un postrer esfuerzo, y oí cómo el capitán les ordenaba que dejasen de remar y retirasen los remos. El barco avanzaba hacia nosotros a toda prisa, provocando olas con la proa. Estaban muy cerca, lo suficiente como para olerlos. Los guerreros del altillo delantero empuñaron los escudos en el momento en que el timonel maniobró para que la proa se deslizase a lo largo del costado de nuestro barco. Habían recogido los remos y se disponían a matar.

Aguardé un instante hasta que el enemigo no pudiera zafarse de nosotros y di la orden de atacar por sorpresa.

—¡Ahora! —grité.

Retiraron la vela que los ocultaba y, de repente, nuestro barquito se pobló de guerreros armados. Me despojé del capote que llevaba, y Sihtric me entregó el casco y el escudo. Uno de los hombres de la nave enemiga lanzó un grito de advertencia, el timonel se dejó caer sobre el gobernalle y el barco comenzó a virar lentamente, aunque demasiado tarde, hasta que oímos el estruendo que se produjo cuando su proa chocó con los remos de nuestra nave.

—¡Ahora! —grité de nuevo.

Clapa, el hombre que se encontraba en la proa de nuestro barco, arrojó un rezón para acercar la embarcación enemiga a nuestra posición. El gancho hizo un ruido sordo al clavarse en la arrufadura. Clapa jaló y el impulso que llevaba la nave hizo que cabecease en el sentido de la maroma hasta chocar contra nuestro costado. Mis hombres no dudaron en saltar. Las tropas de mi guardia personal, intrépidos guerreros con ganas de pelea, se abalanzaron sobre los desarmados remeros, que no estaban en condiciones de hacerles frente. Los hombres que se aprestaban a abordarnos, los únicos armados y dispuestos para la lucha, dudaron en el momento en que los dos barcos chocaron. Podían haber atacado a los míos, que ya estaban haciendo una escabechina, pero su jefe les ordenó que abordasen nuestro barco, con la esperanza de sorprender a mis hombres por la retaguardia. No estaba mal como táctica, pero aún contábamos con hombres suficientes como para desbaratar sus propósitos.

—¡Matadlos a todos! —grité.

Uno de ellos, supongo que sería un danés, trató de llegar de un salto hasta donde yo estaba. Me bastó con dirigir el escudo hacia él para verlo caer entre las dos embarcaciones, y la cota de malla que llevaba se encargó de arrastrarlo a las profundidades del mar. Otros vikingos habían llegado hasta las bancadas de los remeros de proa y atacaban e insultaban a los nuestros. Yo me encontraba a sus espaldas y por encima de ellos. Sólo tenía a Sihtric a mi lado y podíamos habernos quedado tranquilamente en el altillo del timón, pero ningún jefe que se precie puede eludir el fragor de la pelea.

—¡Quédate donde estás! —ordené a Sihtric, antes de saltar, lanzando un grito desafiante.

Un hombre alto se volvió. Llevaba un casco adornado con un ala de águila, una magnífica cota de malla, los brazos cubiertos de brazaletes y un escudo con un águila pintada. Me imaginé que era el armador de la nave que nos había atacado. Era un vikingo, un señor de la guerra, de barba rubia y ojos castaños; llevaba un hacha de mango largo con la hoja ensangrentada. La blandió contra mí y la esquivé con el escudo; la dirigió después contra mis tobillos pero, gracias a Thor, el barco se balanceó y el hacha fue a estrellarse contra una de las costillas de la nave de carga. Con el escudo, aguantó los mandobles que le propinaba, mientras enarbolaba el hacha de nuevo, pero cargué con todas mis fuerzas contra él, con mi escudo por delante, y le obligué a retroceder.

Tendría que haber caído al suelo, pero chocó con sus hombres y logró mantenerse en pie. Dirigí a *Hálito-de-Serpiente* contra sus tobillos, pero la espada se estrelló contra algo metálico: como yo, llevaba las botas protegidas con unas bandas de metal. Se abalanzó con el hacha y golpeó con fuerza contra mi escudo, al tiempo que detenía mi espada con el suyo; el doble encontronazo me obligó a dar un paso atrás, y me di un golpe en el omóplato contra el borde del altillo del timón. Cargó contra mí de nuevo, tratando de derribarme, apenas me daba cuenta de que Sihtric aún permanecía en aquel sitio, y dirigí la espada contra mi adversario, pero la hoja rebotó contra su casco y fue a parar sobre sus hombres protegidos. Me dio una patada en los pies, perdí el equilibrio y caí al suelo.

—¡Eres un mierda! —me gritó, mientras daba un paso atrás. Sus hombres morían a sus espaldas, pero aún tenía oportunidad de acabar conmigo antes de morir—. Soy Olaf Garra de Águila —proclamó altivo— y me reuniré contigo en el salón de los muertos.

—Uhtred de Bebbanburg —repliqué, tumbado aún cubierta, mientras él alzaba el hacha.

En ese instante, Olaf dio un grito. Me había dejado caer a propósito. Era más fuerte y me tenía acorralado. Estaba seguro de que su intención era la de seguir descargando mandobles contra mí. Como no podía hacerle frente, me dejé caer. Los filos de mi espada se habían mellado al chocar contra su magnífica malla y su casco resplandeciente. Pero ensarté por la entrepierna desprotegida con *Hálito-de-Serpiente* por debajo del faldón de la cota, dirigí la espada hacia arriba, se la clavé y seguí desgarrándole mientras su sangre cubre el trozo de cubierta que nos separaba. Se me quedó mirando, con los ojos y la boca abiertos de par en par, y dejó caer el hacha. Me puse en pie, blandiendo la espada, mientras él caía al suelo temblando. Se la arranqué de un tirón y mi fijé en que buscaba el mango del hacha con la mano derecha. Se la acerqué de un puntapié y aguardé a que sus dedos se crispasen alrededor del mango, antes de rematarlo de rápido tajo en la garganta, derramando aún más sangre sobre las cuadernas de la nave.

Tal como lo estoy contando, parece que fue una pelea fácil. Nada de eso. Es cierto que me derrumbé a propósito, pero Olaf ya me había hecho tropezar, sólo que, en lugar de plantarle cara, me dejé caer. Aunque ya soy viejo, a veces despierto temblando por la noche al recordar las ocasiones en que pude haber muerto pero salí ileso. Si la memoria no me juega una mala

pasada, ésa fue una de ellas. La edad enturbia los recuerdos. Tuvo que escucharse ruido de pasos apresurados en cubierta y jadeos de hombres resollando, además del hedor de los pantoques cubiertos de inmundicias y los gemidos de los heridos. Recuerdo el miedo que pasé, ese pánico que te revuelve las tripas y te ofusca la mente ante la inminencia de la muerte. Fue un breve instante, nada más, una mezcolanza de estertores y de pánico, una pelea que apenas merece recordarse; pero todavía hoy, Olaf Garra de Águila es capaz de despertarme en mitad de la noche, y me quedo tendido, escuchando el mar que bate la arena, seguro de que me estará esperando en el salón de los muertos para preguntarme si lo maté de chiripa o si había planeado la fatal estocada. Pero también me dará las gracias, al recordar que de un puntapié, le permití hacerse con el hacha para que muriera empuñando un arma. Estoy deseando encontrarme con él.

Tras la muerte de Olaf, nos apoderamos del barco y pasamos a cuchillo a todos los hombres. Finan había dirigido el ataque contra el *Águila del mar*. Supe que así se llamaba el barco, porque llevaba escrito el nombre con caracteres rúnicos en la estaca de proa.

—No ofrecieron resistencia —me dijo Finan; parecía disgustado.

—Ya os lo había dicho —repuse.

—Unos pocos remeros llegaron a empuñar las armas —añadió, encogiéndose de hombros, como queriendo quitar la importancia al esfuerzo que habían hecho. Señaló a continuación el pantoque ensangrentado del *Águila del mar*, donde había cinco hombres temblando, hechos un gurruño. Anticipándose a mi pregunta, me explicó la razón de que aquellos nombres siguiesen aún con vida—: Son sajones, señor.

Eran cinco pescadores. Me explicaron que vivían en lugar llamado Fughelness. Me costaba mucho entender que decían. Hablaban un inglés tan peculiar que sonaba como una lengua extranjera, pero llegué a comprender que se trataba de un árido islote situado en una ensenada pantanosa y yerma, un desolado refugio de aves, habitado por unos pobres hombres que vivían rodeados de lodo, y se alimentaban cazando pájaros y pescando anguilas y peces. Me contaron que Olaf los había hecho prisioneros una semana antes y les había obligado a trabajar como remeros. Eran un grupo de once hombres, pero seis habían muerto durante el feroz ataque de Finan, antes de que los cinco supervivientes convenciesen a los míos de que eran cautivos, no enemigos.

Nos apoderamos de todo lo que había en la nave, amontonamos a los pies del mástil del *Águila del mar* cotas de malla, armas, brazaletes y ropas. A su debido tiempo, nos repartiríamos el botín. Todos los guerreros recibirían su parte, Finan tendría derecho a tres, y cinco partes me las que daría yo. Estaba obligado a entregar un tercio del botín Alfredo y otro tanto al obispo Erkenwald, pero rara vez les daba nada de lo que nos quedábamos después de una pelea.

Arrojamos los cuerpos desnudos de los muertos en nuestro barco, horripilante carga de cadáveres ensangrentados: Recuerdo que pensé en el contraste entre aquellos cuerpos lechosos y sus rostros atezados. Oímos los gritos de una bandada de gaviotas, ansiosas por abalanzarse sobre los cuerpos para darse un festín, pero nuestra presencia les había puesto nerviosas y no se atrevían a acercarse. En aquel momento, la nave que, desde el oeste, había seguido el curso de marea se situó a nuestra altura. Era un magnífico barco de guerra, con la proa coronada con una cabeza de dragón, un cabeza de lobo en la popa y, en lo alto del mástil, una veleta con forma de cuervo. Era uno de los navíos de guerra que habíamos capturado durante la toma de Lundene. Ralla lo había rebautizado con el nombre cristiano de *Espada del Señor*, algo que Alfredo habría visto con buenos ojos. Viró hasta detenerse, y Ralla, que iba al frente, utilizando las manos como bocina, gritó:

—¡Buen trabajo!

—Hemos sufrido tres bajas —le contesté.

Tres de los nuestros habían muerto luchando durante el abordaje de los guerreros de Olaf, y habíamos trasladado sus cuerpos a bordo del *Águila del mar*. Hubiera preferido arrojarlos al mar para que el dios de los mares los acogiera en su seno, pero eran cristianos y sus compañeros querían llevarlos de vuelta a Lundene y enterrarlos en un cementerio cristiano.

—¿He de remolcarlos? —me preguntó Ralla a gritos, señalando a la nave de carga.

Contesté que sí, y pasó un rato hasta que anudó una maroma a la estaca de proa del carguero. Más tarde, los tres barcos pusimos rumbo al norte surcando el estuario del Temes. Envalentonadas, las gaviotas se dedicaban a picotear los ojos de los muertos.

Era casi mediodía y la marea había perdido fuerza. La desembocadura del río se mecía con calma perezosa; el sol ya estaba en lo más alto; remábamos despacio, sin malgastar fuerzas, mientras nos deslizábamos por

aquel mar de reflejos plateados. Poco a poco, llegamos a avistar la costa norte del estuario.

Con el calor del día, las bajas colinas parecían resplandecer. Ya había bordeado aquella costa en alguna ocasión, y sabía que las lomas boscosas se alzaban más allá de una zona llana y anegada. Ralla, que conocía el paraje mucho mejor que yo, nos guió, mientras yo trataba de retener en la memoria algunos puntos de referencia en tierra, como una colina un poco más alta, un promontorio escarpado o una arboleda. Estaba seguro de que volvería a verlos, porque nuestros barcos iban rumbo a Beamfleot, madriguera de aquellos piratas, guarida de aquellos depredadores del mar, el refugio de Sigefrid.

Territorio también de los antiguos sajones del este, reino desaparecido hacía mucho tiempo, aunque aún circulaban relatos sobre el temor que aquellos hombres infundían en tiempos remotos: un pueblo de marineros y saqueadores, que acabó sojuzgado por los anglos del norte. Aquella costa estaba enclavada en los dominios de Guthrum, en Anglia Oriental.

Una costa sin ley, lejos de la capital del reino de Guthrum. En aquellas ensenadas, que se quedaban secas duran la marea baja, los barcos aguardaban a que el mar volviese a subir para abandonar semejante barrizal y dedicarse saqueo de las naves de carga que se dirigían Temes arriba En aquel nido de piratas, Sigefrid, Erik y Haesten habían establecido su campamento.

Debieron de darse cuenta de que nos acercábamos, pero, ¿qué fue lo que vieron en realidad? Uno de sus propios barcos, el *Águila del mar*, que se acercaba junto a otra nave danesa, los dos adornados con arrogantes cabezas de animales. Verían un tercer navío, un panzudo buque de carga y pensarían que era Olaf, que volvía a casa después de una correría de provecho. También se imaginarían que el *Espada del Señor* era un navío normando, que acababa de llegar a Inglaterra. En resumen, que nos avistaron pero no sospecharon nada.

A medida que nos acercábamos a tierra, ordené que retirasen las cabezas de animales que llevábamos a proa y popa. Eran detalles que no podían descuidarse cuando el barco regresaba a su puerto de origen, porque el cometido de aquellos animales no era otro que el de ahuyentar a los espíritus hostiles. Si yo hubiera sido Olaf, habría pensado que los seres inmateriales de Beamfleot se mostrarían benévolos y no se me habría ocurrido asustarlos. De modo que los vigías de Sigefrid, al ver que

retirábamos las cabezas esculpidas, debieron de imaginarse que éramos naves amigas regresando a casa.

Me quedé mirando la costa. Sabía que el destino me obligaría a volver allí y acaricié el pomo de *Hálito-de-Serpiente*. Ella también tenía su sino y estaba convencido de que regresaría a aquel lugar, tan adecuado para entonar su canción.

Beamfleot estaba al pie de una colina que descendía abruptamente hasta la ensenada. Uno de los pescadores, un joven que parecía más despierto que sus paisanos, se quedó de pie a mi lado y fue dándome los nombres de los lugares que yo señalaba. Me confirmó que el asentamiento que había al pie de la elevación era Beamfleot, e insistió en que la ensenada era en realidad un río, el Hothlege. Beamfleot se alzaba en la orilla norte, mientras que en la orilla sur había un islote bajo, oscuro, vasto y lóbrego llamado Caninga, según me dijo el pescador.

Repetí los nombres y me quedé con ellos, igual que guardé en la memoria el paraje que contemplaba.

Caninga era un lugar anodino, un islote de ciénagas y cañas, donde no había más que aves y lodo. El Hothlege, que se me antojaba más un arroyo que un río, era una maraña de orillas enfangadas por donde serpenteaba un minúsculo brazo de agua en dirección a la colina que dominaba Beamfleot. Al rodear el extremo norte del islote, tuve ocasión de contemplar el campamento de Sigefrid en lo alto de la loma. Era un montículo verde, de laderas terrosas, en cuya cima, allá en lo alto, como una cicatriz de color pardo, se veía una empalizada. La ladera sur era muy empinada y llegaba hasta un montón de barcos que la marea baja había dejado encallado en el lodo. Un barco guardaba la desembocadura del Hotlege impidiendo la entrada a aquel brazo del río. Ocupaba el cauce de lado a lado, atado con cadenas a proa y a popa para aguantar la marea. Una de las cadenas llegaba hasta un enorme poste hundido en la costa de Caninga; la otra estaba atada a un árbol solitario que crecía en un pequeño islote de la orilla norte de la desembocadura del brazo del río.

—La Isla de los Dos Árboles —me informó el marinero al reparar en el sitio al que miraba.

—Pero sólo veo un árbol —le dije.

—Había dos en vida de mi padre, señor.

La marea había cambiado y comenzaba a subir. El agua del mar penetraba en el estuario, arrastrando las tres naves hacia las posiciones del

enemigo.

—¡Media vuelta! —le grité a Ralla, que respiró tranquilo—. ¡Antes volved a colocar la cabeza de dragón!

Los hombres de Sigefrid tuvieron que observar que poníamos de nuevo la cabeza de dragón y que una torva cabeza de águila ondeaba en lo más alto del mástil del *Águila del mar*. Debieron de sospechar que algo no iba bien, no sólo porque habíamos vuelto a colocar las cabezas de los animales, sino porque nuestros barcos viraban. Ralla cortó la maroma que unía su embarcación a la nave de carga, que era más pequeña. Al avistarnos desde la cima, habrían visto mi estandarte desplegado en lo alto del mástil del *Águila del mar*. Gisela y sus criadas habían bordado la cabeza de lobo en aquella bandera. Lo icé para que los vigías supiesen quién había acabado con la tripulación del *Águila del mar*.

Nos alejamos de allí remando con todas nuestras fuerzas contra la subida de la marea. A la altura de Caninga, seguimos rumbo suroeste, y aprovechamos la fuerte corriente que nos llevaba río arriba, en dirección a Lundene.

La corriente arrastró la nave de carga, repleta de cadáveres ensangrentados y picoteados por las gaviotas, hasta la ensenada, y chocó contra el largo barco amarrado a la entrada de aquel brazal.

Ya disponía de tres barcos de guerra. Mi primo tenía quince, sin embargo. Se había llevado río arriba las naves que nosotros habíamos apresado donde, según mis noticias, se estaban pudriendo. De haber contado con diez barcos más con sus tripulaciones correspondientes, habría podido tomar Beamfleot. Pero no tenía más que tres embarcaciones, mientras que la ensenada al pie del campamento fortificado estaba atestada de mástiles.

Sin embargo, acababa de enviar un mensaje. La muerte se cernía sobre Beamfleot.

* * *

Antes, la muerte se dio una vuelta por Hrofeceastre, una ciudad próxima a Lundene, situada en la orilla sur del estuario del Temes, en el antiguo reino de Cent. Los romanos habían erigido en su día una fortaleza en aquel lugar y, alrededor de aquel antiguo bastión, había crecido una ciudad bastante grande. Cent formaba parte de Wessex desde hacía mucho

tiempo. Alfredo había dado órdenes de reforzar las defensas de la urbe, tarea que pudo llevarse a término sin grandes inconvenientes, porque aún se mantenían en pie las antiguas murallas de adobe de la ciudadela romana. Sólo fue necesario hacer más profundo el foso, levantar una empalizada de roble y derruir unas cuantas construcciones que estaban fuera de las murallas, pero demasiado pegadas a ellas. Fue una suerte que ya hubieran finalizado las obras porque, a principios del verano, se presentó una enorme flota danesa procedente de Frankia. Tras arribar a Anglia Oriental, pusieron rumbo sur, siguieron Temes arriba y acostaron sus barcos en el río Medwaeg, cerca de Hrofeceastre, con la esperanza de asaltar a ciudad y apoderarse de ella a sangre y fuego, pero las nuevas murallas y la numerosa guarnición que la defendía resistieron el envite.

Tuve noticias de su llegada antes que Alfredo. Le envié un emisario para que le informase del ataque y, aquel mismo día, me fui Temes abajo y Medwaeg arriba, en el *Águila del mar* para nada. En la orilla cenagosa del río, descansaban no menos de sesenta barcos de guerra, aparte de otros dos que unidos por una maroma, taponaban el río para impedir cualquier ataque por parte de naves sajonas. Observé cómo los atacantes construían un amarradero de adobe en la orilla, lo que me llevó a pensar que trataban de cercar la ciudad, privándola de todo contacto con el exterior.

El cabecilla de aquellos guerreros era un hombre llamado Gunnkel Rodelson. Más tarde me enteré de que, después de una temporada poco lucrativa en Frankia, se había hecho a la mar con la intención de apoderarse de la plata que, al parecer, guardaban la colosal iglesia y el monasterio de Hrofeceastre. Me alejé de aquellas naves y, aprovechando un golpe de brisa del sureste, icé la vela del *Águila del mar* y pasé al otro lado del estuario, con la esperanza de que nuestros enemigos se hubieran ido de Beamfleot. Si bien muchos de los barcos y guerreros de Sigefrid habían acudido en ayuda de Gunnkel, habían dejado dieciséis naves y, en lo alto de la empalizada que rodeaba su campamento, aún quedaban muchos hombres armados. Así que optamos por regresar a Lundene.

—¿Quién es ese Gunnkel? —me preguntó Gisela, en danés, la lengua en que solíamos hablar los dos.

—No tengo ni idea.

—¿Un nuevo enemigo? —me sondeó sonriendo.

—No paran de llegar desde el norte —repuse—. Acabas con uno, y resulta que otros dos ya están camino del sur.

—Razón de más para dejar de matarlos —me contestó. Fue casi la única vez que Gisela me echó en cara que me dedicase a diezmar a su pueblo.

—He jurado lealtad a Alfredo —fue todo lo que se me ocurrió a modo de explicación.

Al día siguiente, desperté para enterarme de que llegaban barcos por el camino del puente. Me alertó el sonido de un cuerno, procedente de un centinela que había apostado en las murallas de una pequeña ciudadela que estábamos levantando en el extremo sur del puente. Nos referíamos a ella como Suthriganaweorc, es decir, la defensa del lado sur; las obras estaban bajo la custodia de los hombres del *fyrd* de Suthrige. Quince barcos de guerra remaban río abajo. Sorteaban la brecha aprovechando la marea alta, cuando la corriente era más floja en el centro del puente en ruinas. Todos la cruzaron sin sufrir ningún percance. La tercera de aquellas naves exhibía el estandarte con un caballo blanco encabritado de mi primo Æthelred. Tras pasar del otro lado del puente, los barcos remaron hasta llegar a los embarcaderos, donde quedaron amarrados de tres en fondo. Por lo visto, mi primo había decidido regresar a Lundene. A principios de verano, se había ido con Æthelflaed a sus tierras del oeste de Mercia para hacer frente a los ladrones galeses de ganado, que tenían querencia a hacer de las suyas en aquellas tierras fértiles. Al parecer, ya estaba de vuelta.

Se fue derecho a su palacio, sin separarse de Æthelflaed, claro está, porque no soportaba no saber dónde estaba, aunque no creo que fuese por amor, sino por celos. Permanecí a la espera de que me llamase para ir a verlo, pero no recibí ningún recado. Al día siguiente por la mañana, cuando Gisela se acercó hasta el palacio, no le permitieron la entrada. Le dijeron que lady Æthelflaed no se encontraba bien

—No me trataron con rudeza —me dijo—, pero sí con firmeza.

—A lo peor es cierto que está enferma —aventuré.

—Razón de más para ver a una amiga —contestó Gisela contemplando a través de las contraventanas abiertas los destellos plateados que el sol estival arrancaba en las aguas del Temes—. Creo que la tiene encerrada.

La conversación se vio interrumpida por el obispo Erkenwald o, mejor dicho, por uno de sus curas, que nos anunció la inminente llegada del prelado. Como Gisela sabía que Erkenwald no expondría con claridad a lo que venía en su presencia, se fue a las cocinas en el momento en que yo salí a recibirlo.

Aquel hombre me caía mal, incluso hubo una época en que llegamos a odiarnos, pero era leal a Alfredo, además de eficaz y concienzudo. No se anduvo por las ramas y, de entrada, me dijo que había dado la orden de convocar el *fyrd* local.

—El rey —añadió— ha ordenado a los hombres de su guardia personal que pasen a formar parte de la tripulación de los barcos de vuestro primo.

—¿Y yo?

—Vos permaneceréis aquí —me atajó inapelable—; tal es mi voluntad.

—¿Y el *fyrd*?

—Se hará cargo de la defensa de la ciudad, en sustitución de las tropas del rey.

—Por lo de Hrofeceastre.

—El rey ha tomado la determinación de dar a los paganos su merecido —replicó Erkenwald—, pero mientras él continúa la obra de Dios en Hrofeceastre, es posible que otros paganos decidan atacar Lundene. Nosotros somos los encargados de frustrar tales propósitos.

Nadie atacó Lundene, y allí me quedé vegetando mientras en Hrofeceastre se desarrollaban esos acontecimientos de los que, curiosamente, tanto se ha hablado. Son muchos los que vienen a verme a estas alturas de mi vida para preguntarme cosas de Alfredo, porque soy uno de los pocos hombres vivos que llegaron a conocerlo. Todos ellos son clérigos, que pretenden que les hable de lo devoto que era, un asunto del que finjo no saber nada, si bien algunos, aunque muy pocos, me preguntan por hechos de guerra. Todos están al tanto de la época del destierro en los pantanos y de la victoria de Ethandun, pero quieren saber más detalles de lo que ocurrió en Hrofeceastre. Es curioso. Alfredo derrotó a sus enemigos en numerosas ocasiones, y no cabe duda de que Hrofeceastre fue una de ellas. Sin embargo, no fue un triunfo tan resonante como se imaginan esos curas.

Por supuesto que fue un éxito, pero pudo haber sido una victoria aplastante. Se desaprovechó una oportunidad para destruir una flota entera de vikingos y tintar de rojo con su sangre las aguas del Medwaeg. Alfredo confió en la guarnición de la plaza para mantener a raya a los enemigos, y murallas y hombres cumplieron su cometido, mientras él reunía todo un ejército a caballo. Contaba con los hombres de su guardia personal, a los que se sumaron los guerreros mejor adiestrados de todos los *ealdorman* desde Wintanceaster hasta Hrofeceastre, un ejército a caballo que se tornaba más numeroso a medida que avanzaba hacia el este y que se concentró en

Marides Stana, al sur de la antigua ciudadela romana que era entonces Hrofeceastre.

Alfredo había reaccionado bien y con celeridad. La ciudad había rechazado dos ataques por parte de los daneses, y los hombres de Gunnkel no sólo tenían que hacer frente a la guarnición de Hrofeceastre, sino a más de mil de los mejores guerreros de Wessex. Al darse cuenta de que el órdago se le había venido abajo, Gunnkel envió una embajada a Alfredo, que se avino a negociar. Lo que el rey esperaba en realidad era la llegada de los barcos de Æthelred a la desembocadura del Medwaeg para tener a Gunnkel a su merced y alargó las negociaciones cuanto pudo, pero los barcos no aparecieron. Cuando Gunnkel cayó en la cuenta de que Alfredo no le entregaría dinero a cambio de levantar el sitio que las negociaciones no eran más que un subterfugio y que el rey se disponía a plantar batalla, huyó. Una noche, después de dos días de conversaciones dilatorias, los invasores dejaron prendidas las hogueras de su campamento para que sus adversarios pensasen que aún seguían allí, subieron a bordo de sus barcos y aprovecharon la bajada de la marea para llegar al Temes. Así acabó el asedio de Hrofeceastre, considerado como una gran victoria que culminó con la expulsión ignominiosa de Wessex de toda una flota vikinga, pero las aguas del Medwaeg no bajaron teñidas de sangre. Gunnkel salió ileso y los barcos de Beamfleot regresaron a casa, junto con más barcos que reforzaron las tropas de Sigefrid con nuevas tripulaciones de ansiosos guerreros. El resto de la flota de Gunnkel se dirigió a Frankia en busca de presas más fáciles, o encontró algún refugio en las costas de Anglia Oriental.

Mientras estos hechos se producían, Æthelred no se había movido de Lundene.

Se quejaba de que la cerveza que servían en sus barcos era demasiado amarga. Le dijo al obispo Erkenwald que sus hombres no podían pelear con las tripas revueltas y vomitando sin parar, y puso mucho énfasis en que se vaciase el contenido de aquellos barriles y los llenasen con cerveza recién fermentada. En ésas se les fueron dos días, el tercero se empeñó en que quería impartir justicia, una función que correspondía a Erkenwald en realidad, pero que, como *ealdorman* de Mercia, también entraba dentro de sus atribuciones. Es posible que no quisiera verme, igual que era posible que hubiesen despedido sin miramientos a Gisela cuando se acercó al palacio para ver a Æthelflaed. Pero a ningún ciudadano libre se le podía

prohibir que asistiese a un juicio, y decidimos sumarnos a la multitud que atestaba el salón de columnas.

Æthelred estaba arrellanado en un sillón que bien podría haber pasado por un trono: respaldo elevado, brazos con adornos tallados y cojines de piel. No sé si llegó a vernos; si lo hizo, no se dio por enterado. Æthelflaed, que ocupaba un asiento más bajo que el de su esposo, sí que reparó en nosotros. Nos observó y puso cara de no conocernos; luego, fijó la vista en otra parte, como si estuviese aburrida. Los casos que le presentaron eran de lo más banal, pero insistió en escuchar a todos los afectados. La primera demanda era contra un molinero a quien acusaban de engañar en el peso, y Æthelred preguntó a todos los perjudicados. Sentado detrás de mi primo, su amigo Aldelmo no dejaba de susurrarle consejos al oído. El otrora apuesto Aldelmo estaba cubierto de cicatrices a consecuencia de la paliza que le había propinado: tenía la nariz rota y un pómulo hundido. Yo, que había intervenido en tantos casos similares, estaba seguro de que el molinero era culpable, pero Æthelred y Aldelmo tardaron una barbaridad en llegar a la misma conclusión. El hombre fue condenado a que le cortasen una oreja y a que lo marcasen a fuego en una mejilla por ladrón. A continuación, un cura joven leyó en voz alta la acusación contra una prostituta por robar del cepillo de los pobres de la iglesia de san Albano— Mientras el cura leía, Æthelflaed sintió un retortijón, se echó hacia delante y se apretó la barriga con una mano. Pensé que iba a vomitar, pero de su boca no salió más que un leve gemido. Se quedó inclinada hacia delante, con la boca abierta, sin apartar la mano del estómago, aunque aún no le notaba el embarazo.

Cesaron las voces en el salón. Æthelred miró a su esposa, incapaz de hacer nada para aliviar el sufrimiento de la muchacha. Dos mujeres salieron por el arco de una puerta y, tras arrodillarse delante de Æthelred y recibir su aquiescencia, sacaron a Æthelflaed de la estancia. Con la cara pálida mi primo le dijo al cura:

—Volved a leer la acusación desde el principio, padre, porque no estaba prestando atención.

—Ya casi había concluido, mi señor —contestó el cura con la mejor intención—. Los testigos os referirán el delito con pelos y señales.

—¡No, no, no! —exclamó Æthelred, alzando una mano—. Quiero escuchar la acusación. Hemos de ser puntillosos antes de emitir un veredicto.

Así que el cura comenzó de nuevo. Aburridos, los asistentes no sabían cómo ponerse, mientras el cura leía con voz monótona. En ese momento, Gisela me dio un golpe en el codo.

Una mujer acababa de decirle algo a mi esposa. Gisela me tiró de la túnica, se dio media vuelta y siguió a la mujer hasta abandonar el salón por una puerta que había al fondo. Fui tras ellas, confiado en que Æthelred, enfrascado como estaba en ofrecer la imagen del juez perfecto, no se daría cuenta de que nos íbamos.

Tras los pasos de aquella mujer, recorrimos un pasillo que, con anterioridad, había sido el ala porticada de un claustro. Sus arcos habían sido cegados con paredes de adobe en columna y columna, y acababan en una tosca puerta de la que colgaba de una losa ornamental de piedra, con ramas de parra esculpidas. En el otro extremo, había una estancia con un mosaico en el suelo que representaba a un dios romano lanzando un rayo, que daba paso a un jardín en el que lucía el sol: un reducido espacio cubierto de hierba salpicado de margaritas y ranúnculos, resguardado a la sombra de tres perales. Æthelflaed nos esperaba bajo los árboles.

No mostraba ya los síntomas del malestar que, en el salón, le había obligado a encogerse, como si fuera a vomitar. Por el contrario, estaba en pie, muy erguida y con gesto grave, ademán que se trocó en una cálida sonrisa al ver a Gisela. Mientras se abrazaban, me dio la impresión de que Æthelflaed hacía verdaderos esfuerzos para no echarse a llorar.

—¿Estáis bien, señora? —le pregunté.

—Estoy embarazada, que no enferma —me respondió, con los ojos aún cerrados.

—Hace un momento parecía que no os encontrabais bien.

—Quería hablar con vosotros —dijo, apartándose de Gisela—, pero la única forma de disfrutar de un momento de soledad es fingir que me encuentro mal. No soporta las náuseas y, cuando ve que voy a vomitar, me deja sola.

—¿Os pasa a menudo? —preguntó Gisela.

—Todas las mañanas —repuso Æthelflaed—; me siento fatal, como todas.

—Este embarazo ni lo noto —comentó Gisela, tocando el amuleto que llevaba. Era una pequeña imagen de Frigg, esposa de Odín y reina de Asgard, el mundo donde residen los dioses. Frigg es la diosa del embarazo y del parto y, gracias a aquel amuleto, Gisela confiaba en que no se

presentaran dificultades durante el parto de la criatura que llevaba en su seno. Aquella imagen había propiciado el feliz alumbramiento de nuestros dos primeros hijos, y yo le rezaba a diario para que todo fuera bien durante el nacimiento del tercero.

—Todas las mañanas, vomito —continuó Æthelflaed, tocándose la tripa y acariciando a continuación el vientre de Gisela, ensanchado por el fruto que llevaba dentro—; después me encuentro bien el resto del día. Tenéis que contarme cosas del parto. Dicen que es muy doloroso —le dijo, inquieta, a mi esposa.

—Es una alegría tan grande que los dolores no tardan en olvidarse —respondió Gisela.

—No soporto el dolor.

—Hay hierbas para mitigarlo —añadió mi mujer, procurando tranquilizarla—, y no os imagináis la alegría que se siente en el instante del alumbramiento.

Mientras ellas hablaban de partos, yo me apoyé en el muro de ladrillo y me quedé mirando el trozo de cielo azul que se veía por encima de los perales. La mujer que nos había acompañado hasta allí se había ido y nos habíamos quedado solos. Al otro lado de aquella pared de ladrillo, se oían los gritos de un hombre que enseñaba a soldados novatos cómo alzar un escudo y oía los porrazos de los bastones al chocar contra la madera durante la instrucción. Me dio por pensar en la ciudad nueva, en la Lundene que quedaba fuera de las murallas, donde los sajones se habían asentado. Me pedían que levantase una empalizada en aquel lugar, que estuviera defendido por mis hombres pero, cumpliendo las órdenes de Alfredo, me había negado a atender a sus requerimientos. Por otra parte, si erigíamos una defensa en torno a la ciudad nueva, serían demasiadas las murallas que habría que proteger. Intentaba que los sajones se mudasen a la ciudad vieja. Así lo habían hecho algunos, buscando la protección de las antiguas murallas romanas y de los soldados a mi cargo. Pero los más testarudos seguían empeñados en no moverse de la ciudad nueva.

—¿En qué estáis pensando? —me preguntó Æthelflaed, de repente, sacándome de mis cavilaciones.

—Está dando gracias a Thor por haber nacido hombre— comentó Gisela, para no tener que parir.

—Por supuesto —contesté—; también pensaba que si la gente prefiere morir en la ciudad nueva en vez de trasladarse a vivir en la vieja, allá ellos.

Al oír aquella afirmación tan tajante, Æthelflaed esbozó una sonrisa. Se acercó a mí. Con los pies descalzos parecía mucho más baja.

—¿Verdad que vos no pegáis a Gisela? —me preguntó, alzando los ojos hasta encontrarse con los míos.

Miré de reojo a Gisela, y sonreí a mi vez.

—Claro que no, mi señora —repuse, con dulzura.

Æthelflaed no apartaba la vista de mí. Tenía unos ojos azules con motitas marrones, una nariz tirando a chata y el labio inferior más carnoso que el superior. Ya no tenía moratones, aunque aún le quedaba una leve mancha oscura en una mejilla, fruto de la última paliza que había recibido. De la papalina, le salían unos mechones rubios.

—¿Por qué no me lo advertiste, Uhtred? —me preguntó.

—Porque nadie podía decirte nada —respondí.

Se quedó pensativa un momento e hizo un contundente gesto afirmativo con la cabeza.

—Es cierto; tienes toda la razón. Yo sola me metí en la trampa y la cerré.

—Pues, ábrela —repliqué, sin miramientos.

—No puedo —repuso con amargura.

—¿Por qué no? —quiso saber Gisela.

—Sólo Dios tiene la llave.

Al escuchar aquellas palabras, sonreí.

—Nunca me gustó tu dios —le dije.

—Por eso mi marido no deja de decir que eres malo —añadió Æthelflaed sonriendo.

—¿Eso dice?

—Dice que estás hechizado, que no se puede confiar en ti y que eres un traidor.

Sonreí y guardé silencio.

—Cerdo, simplón, animal... —continuó Gisela la retahíla.

—Se refiere a mí —le aclaré a la joven.

—Pero muy cariñoso —concluyó mi esposa. Æthelflaed no apartaba los ojos de mí.

—Te tiene miedo y Aldelmo te odia —continuó—. Si le presenta la ocasión, te matará.

—Que lo intente —repuse.

—Aldelmo quiere que mi esposo sea rey —añadió la joven.

—¿Y qué dice tu marido?

—A él le encantaría —dijo Æthelflaed, cosa que no me sorprendió.

En Mercia no había rey y Æthelred aspiraba a serlo, pero mi primo no era nada sin el apoyo de Alfredo y el rey no quería que nadie se erigiese en rey de Mercia.

—¿Por qué tu padre no le designa rey de Mercia? —le pregunté.

—Algún día lo hará —repuso.

—Pero habrá que esperar.

—Mercia es una tierra de gente orgullosa —dijo la joven, y no todos ven a Wessex con buenos ojos.

—Y te utiliza a ti para que se muestren más benevolentes con Wessex.

—A lo mejor lo que mi padre tiene en mente es que su primer nieto sea el rey de Mercia —aventuró, llevándose una mano a la barriga—, un rey de sangre sajona.

—Y de la sangre de Æthelred —añadí, con acritud.

Dio un suspiro.

—No es un mal hombre —dijo, con melancolía, como tratase de convencerse a sí misma.

—Te pega —aseveró Gisela, de mal humor.

—Aspira a ser un hombre bueno —añadió Æthelflaed, tocándome un brazo—; aspira a ser como tú, Uhtred.

—¡Hay que ver! —dije, con una risotada.

—Aspira a ser un hombre que inspire temor —me aclaró.

—Si eso es cierto, ¿por qué sigue aquí, perdiendo el tiempo? ¿Por que no se pone al frente de sus barcos y se va a luchar contra los daneses?

La muchacha suspiró de nuevo.

—Porque Aldelmo le aconseja que no lo haga. Aldelmo es de la opinión de que si Gunnkel se asienta en Cent o en Anglia Oriental —continuó Æthelflaed—, mi padre tendrá que disponer de más tropas aquí, y su obligación es la de permanecer atento a cuanto ocurra en el este.

—Eso es lo que tiene que hacer, en cualquier caso —repliqué.

—Pero Aldelmo asegura que si a mi padre no le queda otro remedio que estar pendiente todo el tiempo de la horda de paganos que merodea por el estuario del Temes, no prestará demasiada atención a los asuntos de Mercia.

—La tierra en la que mi primo pretende alzarse como rey —dije, como quien no quiere la cosa.

—Ésa será la recompensa que exigirá por haber defendido la frontera norte de Wessex.

—Y tú serás reina —añadí.

—¿Crees que es eso a lo que aspiro? —me preguntó, torciendo el gesto.

—No —tuve que reconocer.

—Claro que no —aseguró—. Lo que quiero es que los daneses se vayan de Mercia, de Anglia Oriental y de Northumbria.

Era poco más que una niña, una frágil muchacha, de nariz chata y ojos resplandecientes, pero del mismo temple que el acero. Eso me lo estaba diciendo a mí, que les tenía afecto a los daneses por haberme criado y porque Gisela era una de las suyas. No tenía pelos en la lengua. Odiaba a los daneses con todas sus fuerzas, un rencor que había heredado de su padre. De repente, se estremeció y el acero se destempló.

—Y también quiero vivir —concluyó.

No supe qué responderle. Muchas mujeres morían al dar a luz. En las dos ocasiones en que Gisela se puso de parto, había ofrecido sacrificios a Odín y a Thor, y ni por ésas dejé de tener miedo, igual que me sentía asustado en aquel momento, embarazada de nuevo como estaba.

—Para eso están las parteras —comentó Gisela—; tienes que tener fe en las hierbas y los bebedizos que te den.

—No —replicó Æthelflaed, con firmeza—; no es eso, no.

—¿A qué te refieres?

—Será hoy, a medianoche, en la iglesia de san Albano —dijo Æthelflaed.

—¿Esta noche? —pregunté totalmente confundido—. ¿En la iglesia?

Clavó en mí sus inmensos ojos azules.

—Podrían matarme —sentenció.

—¡No! —se revolvió Gisela, sin poder dar crédito a lo que acababa de oír.

—¡Quiere estar seguro de que este hijo es suyo! —le interrumpió Æthelflaed—. ¿De quién si no? ¡Pero quieren estar seguros y estoy asustada!

Gisela estrechó a Æthelflaed entre sus brazos y jugueteo con sus cabellos.

—Nadie va a matarte —le musitó, mientras me miraba.

—Id a la iglesia, os lo ruego —rogó la muchacha, con voz queda, sin apartar la cabeza del pecho de Gisela.

—Allí estaremos —le aseguró mi esposa.

—Id a la iglesia grande, la que está dedicada a Albano —continuó Æthelflaed, llorando calladamente—. ¿Es tan doloroso? —preguntaba—. ¡Mi madre decía que era como si te abriesen en canal!

—Lo es —admitió Gisela—, ¡pero no hay una alegría comparable en la vida!

Estrechó a Æthelflaed con más fuerza, y se me quedó mirando como si yo supiera qué iba a suceder aquella noche, pero el caso es que no tenía ni idea de lo que había maquinado la mente enfermiza de mi primo.

En ese momento, se presentó en la puerta la mujer que nos había acompañado hasta el jardín de los perales.

—Señora, vuestro esposo —expuso, apresurada— desea que volváis al salón.

—Ahora voy —repuso Æthelflaed; se secó los ojos con la manga, nos dedicó una sonrisa desdibujada y se fue.

—¿Qué le van a hacer? —me preguntó Gisela, furibunda.

—No lo sé.

—¿Magia? ¿Sortilegios cristianos? —insistió.

—No lo sé —repetí; y así era. Sólo sabía que tendría lugar a medianoche, en plena oscuridad, la hora en que se aparece el diablo, los espectros vagan a sus anchas por el mundo y retornan los Caminantes de las Sombras. A medianoche.

Capítulo VIII

La iglesia de san Albano era antigua. La base de piedra de los muros delataba su origen romano. Sin embargo, con el tiempo, el tejado se había venido abajo y la cubierta se había desplomado, de modo que, en aquella época, sólo se veían vigas, cañas y paja a escasa altura de la cabeza. El templo se alzaba en la calle principal de Lundene, la misma que recorría la ciudad de norte a sur, desde lo que ahora se conoce como Puerta del Obispo hasta lo que quedaba del puente. En una ocasión, Beocca me contó que antiguamente aquella iglesia había sido la capilla real de los soberanos de Mercia. Quizás estuviera en lo cierto.

—Albano también fue un soldado —añadió, encandilado, con el entusiasmo que siempre mostraba cuando hablaba de santos cuyas vidas se sabía al dedillo—. ¡Ojalá lleguéis a ser como él!

—O sea, ¿que tendría que parecerme a él porque también fue soldado? —le pregunté, no sin cierto escepticismo.

—Un soldado valeroso —repuso Beocca, quien, tras guardar un momento de silencio, hecho un manojo de nervios, se acordó un detalle de capital importancia—: ¡Cuando sufrió martirio, al verdugo se le saltaron los ojos de las cuencas! —me aseguró, bizqueando con su ojo sano—. ¡Se le cayeron al suelo Uhtred! ¿Te das cuenta? ¡Se le salieron de la cara! Castigos de Dios. Si matas a un hombre santo, ¡Dios te sacará los ojos!

—De modo que el hermano Jaenberth no era tan santo —aventuré; me refería a un monje a quien había matado en una iglesia, para mayor horror del padre Beocca y de una multitud de clérigos que presenciaron la escena —, porque resulta que aún conservo los ojos —apostillé.

—¡Merecerías haberte quedado ciego! —replicó Beocca—. Pero Dios es misericordioso; hasta la extravagancia en algunas ocasiones, me atrevería a decir.

Recuerdo que me quedé pensando en Albano durante un instante, y le pregunté:

—Si vuestro dios es capaz de sacarle los ojos a un hombre, ¿por qué no libró a Albano de la muerte?

—¡Porque Dios eligió otro destino para él! —replicó Beocca muy digno, la típica respuesta de cualquier cura cristiano cuando se le pide que aclare alguna de las abstrusas decisiones de su dios.

—¿Albano era un soldado romano? —quise saber para no tentar la voluntad caprichosa y cruel de aquella deidad.

—Era britano, un valeroso y santo britano —repuso Beocca.

—¿Queréis decir que era galés?

—¡Por supuesto que sí!

—A lo mejor ésa fuese la razón de que vuestro dios consintiera en su muerte —repuse, mientras Beocca se santiguaba y alzaba su ojo sano al cielo.

De modo que, aunque Albano era galés y los sajones no sentimos demasiado aprecio por los galeses, en Lundene había una iglesia dedicada a él, un templo que, cuando llegamos Gisela, Finan y yo, parecía estar no menos inanimado que el cadáver del santo. La calle estaba oscura. Por las contraventanas de algunas casas, se colaban los leves destellos de algunas fogatas. En alguna calleja de los alrededores, los parroquianos cantaban a pleno pulmón en una taberna, la iglesia, sin embargo, estaba en silencio y en penumbra.

—No me gusta este sitio —musitó Gisela, lo que me dio a entender que se había tocado el amuleto que llevaba al cuello. Antes de salir de casa, había consultado las runas con la esperanza de saber qué nos depararía la noche, pero la forma en que habían caído la había dejado sumida en la perplejidad.

Algo se movió en un callejón cercano. Quizá no fuese más que una rata, pero Finan y yo, espada en mano, dimos media vuelta y el ruido cesó. Enfundé de nuevo a *Hálito-de-Serpiente* en su vaina de lana.

Los tres íbamos embozados en unos capotes oscuros con los capuchones calados hasta las cejas, para que, si alguien nos veía allí de pie, a la puerta oscura y silenciosa de san Albano, pensase que éramos curas o monjes. Intenté abrirla tirando del cordón que alzaba la aldabilla desde el interior, pero la puerta estaba atrancada. Empujé con fuerza por ver si cedía; luego, llamé con vivos golpes, pero nadie respondió. En ese momento, Finan me rozó el brazo y escuché unos pasos.

—Vamos al otro lado de la calle —susurré; cruzamos hasta el callejón donde antes habíamos oído aquel ruido, un pasaje corto y angosto, que apestaba a aguas fecales.

—Curas —me dijo Finan al oído.

A la luz macilenta que salía por el resquicio de una ventana que no estaba bien cerrada, vimos a dos hombres que venían andando por la calle. Reparé en sus vestiduras negras y en el reflejo de las cruces de plata que llevaban colgadas al pecho. Al llegar a la iglesia, se detuvieron; uno de ellos llamó con fuerza a la puerta atrancada. Dio tres golpes; hizo una pausa; a continuación, un golpecito; nueva pausa, y aporreó la puerta otras tres veces.

Oímos cómo retiraban la tranca y el chirrido de los goznes al abrir la puerta. Cuando descorrieron la cortina que cubría la entrada, un haz de luz inundó la calle. Un cura un fraile les franqueó el paso; los dos hombres se adentraron en la iglesia, iluminada con velas. El clérigo miró con atención a un lado y a otro, tratando de saber, me imaginé, quién había llamado a la puerta un poco antes. Desde el interior, alguien debió de decirle algo, porque se volvió y contestó: «No hay nadie, señor», antes de cerrar de nuevo. Oí cómo volvía a colocar la tranca y, durante un momento, vislumbramos un atisbo de luz en el marco de la puerta, antes de que dejase caer la cortina y la iglesia se sumiera de nuevo en la oscuridad.

—Hay que esperar —dije.

Así lo hicimos, escuchando el viento que ululaba en las techumbres de paja, arrancando gemidos en lo que quedaba de las casas que se habían venido abajo. Esperamos bastante rato, hasta que pensé que ya se habrían olvidado de nuestra llamada.

—Ya debe de ser casi medianoche —susurró Gisela.

—Hay que acallar a quienquiera que abra la puerta —dije en voz baja.

No sabía qué estaba pasando en el interior de la iglesia; tan sólo que el templo permanecía cerrado a cal y canto y que había que recurrir a una señal convenida para entrar. También estaba seguro de que no seríamos bien recibidos y de que, si el hombre que abría la puerta daba la voz de alarma, era muy posible que nunca llegásemos a descubrir el peligro que amenazaba a Æthelflaed.

—Dejadlo de mi cuenta —aseguró Finan, encantado.

—¿No os preocupa que sea un clérigo? —musité.

—De noche, todos los gatos son pardos, señor.

—¿Qué queréis decir?

—Que lo dejéis de mi cuenta —insistió el irlandés.

—A la iglesia, pues —dije.

Cruzamos la calle y aporreé la puerta tres veces, di un golpecito y tres toques más. Tardaron mucho en abrir, por fin, la desatrancaron y la empujaron hacia el exterior.

—Ya han empezado —susurró un hombre con traje talar; le eché las manos al cuello, lo saqué a la calle y Finan le pegó en la barriga. El irlandés era bajo, pero de brazos ágiles y extraordinariamente fuertes; el de la sotana se dobló en dos y emitió un grito ahogado. La cortina del interior de la iglesia había cegado de nuevo la entrada; desde el interior no se podía ver lo que pasaba en la calle. Finan se abalanzó de nuevo sobre el clérigo, lo derribó y le clavó una rodilla en el pecho.

—Si quieres salvar el pellejo —le dijo en voz baja—, lárgate de aquí. Aléjate todo lo que puedas de esta iglesia y olvida que nos has visto. ¿Entendido?

—Sí —repuso el hombre.

Finan le propinó un manotazo en la cabeza para que lo tuviese bien presente, se puso en pie y vimos cómo la negra silueta desaparecía colina abajo, trastabillando, a trompicones. Aguardé un momento para asegurarme de que se había ido, y entramos. Finan cerró la puerta y aseguró la tranca en las ménsulas.

Descorrí la cortina. Aunque nos encontrábamos en la parte más oscura del templo, tenía miedo de que alguien pudiera vernos, porque, al otro extremo, el presbiterio estaba profusamente iluminado con velones y cirios. Frente al altar había una hilera de religiosos con sotana, cuyas sombras disimulaban nuestra presencia. Uno de ellos se volvió pero, al ver sólo tres siluetas embozadas y encapuchadas, debió de pensar que éramos también clérigos, y fijó de nuevo la vista en el altar.

Ocultos como estaban entre curas y frailes, tardé un rato en identificar quiénes eran los que presidían desde la amplia y ligeramente elevada tarima donde se alzaba el altar En aquel instante, todos se inclinaban ante un crucifijo de plata, y reconocí a *Æ*thelred y Aldelmo, sentados al lado izquierdo del altar, y al obispo Erkenwald, a la derecha. En medio, estaba *Æ*thelflaed. Llevaba una túnica de lino blanco ceñida a la altura de sus pequeños pechos, con los rubios cabellos sueltos, como si aún fuera doncella. Estaba asustada. Detrás de *Æ*thelred, había una mujer mayor, de mirada dura y con el pelo gris enrollado en un moño apretado a la altura de la coronilla.

Revestido con ornamentos blancos y rojos, bordados con cruces de pedrería, el obispo Erkenwald recitaba unas preces en latín y, de vez en cuando, los curas y frailes presentes, nueve en total, coreaban sus palabras. Su voz, tan desagradable como de costumbre, atronaba los muros de piedra; las respuestas de los clérigos resonaban en un monótono murmullo. Æthelred tenía cara de aburrimiento; Aldelmo parecía deleitarse en los misterios que se desarrollaban bajo su mirada en el tabernáculo iluminado.

El obispo concluyó las oraciones, todos los asistentes respondieron amén y se produjo una breve pausa en tanto que Erkenwald se hacía con un libro que reposaba encima del altar. Abrió las tapas de piel y pasó unas cuantas páginas apelmazadas hasta llegar a un pasaje que había marcado con una pluma de gaviota.

—Esta es la palabra de Dios —dijo en inglés.

—Dispongámonos pues a escucharla —musitaron curas y frailes.

—Si un marido sospecha que su esposa le ha sido infiel —clamó con voz desgarradora, repetida por el eco—, ¡la conducirá ante los sacerdotes y presentará una ofrenda! —añadió, mirando a Æthelred, que lucía una capa de color verde pálido sobre la cota de malla; llevaba también las espadas al cinto, hecho insólito que casi ningún cura toleraría en un recinto sagrado—. ¡Una ofrenda! —repitió el prelado.

Æthelred se despabiló, como si lo hubieran despertado en mitad de una cabezada. Rebuscó en un talego que llevaba colgado del cinturón y extrajo una bolsa que entregó al obispo.

—Cebada —dijo.

—Como Dios nos dejó dicho —contestó Erkenwald, sin recoger la cebada que le tendía.

—Y plata —añadió Æthelred, sacando con premura una segunda bolsa del talego.

Erkenwald recogió las ofrendas y las colocó delante del crucifijo. Se inclinó ante la imagen reluciente de su dios crucificado y tomó de nuevo en sus manos el voluminoso libro.

—Esto nos manda el Señor —dijo con aspereza—, que pongamos agua bendita en una vasija de barro, que el sacerdote recoja polvo del suelo del tabernáculo, y que lo mezcle con el agua.

Dejó de nuevo el libro encima del altar, mientras un cura presentaba al obispo un tosco cáliz de barro que, por lo visto, contenía agua bendita. Erkenwald hizo una reverencia, se agachó y recogió del suelo un puñado de

polvo y barro. Lo mezcló con el agua y dejó el cáliz en el altar antes de volver a tomar el libro.

—Te exhorto, mujer —dijo con animosidad, apartando la mirada del libro y volviendo la vista hacia Æthelflaed—, para que si ningún hombre ha yacido contigo ni te has entregado a la abominación con otro que no sea tu marido, ¡quedes libre de la maldición de esta agua amarga!

—Amén —contestó uno de los curas.

—¡Palabra de Dios! —dijo otro.

—Pero si te has entregado a otro hombre —Erkenwald parecía escupir las palabras a medida que las leía— y te has mancillado, el Señor hará que se pudran tus muslos y que el vientre se hinche —concluyó, dejando el libro en el altar. Habla, pues, mujer.

Aterrorizada, Æthelflaed se quedó mirando al obispo, o los ojos muy abiertos, sin abrir la boca.

—¡Habla, mujer! —bramó el obispo—. ¡Ya sabes lo que tienes que decir! ¡Habla, de una vez!

Æthelflaed estaba tan asustada que no podía articular palabra. Aldelmo le susurró algo a Æthelred, que se limitó a asentir. Aldelmo insistió, y Æthelred dio su aquiescencia de nuevo. Aldelmo se acercó a Æthelflaed y la abofeteó. No fue un golpe fuerte, tan sólo un pescozón en la cabeza, lo suficiente para que, sin querer, yo diese un paso adelante. Gisela me sujetó del brazo y me contuvo.

—Habla, mujer —le ordenó Aldelmo a Æthelflaed.

—Amén, amén —musitó la muchacha.

Gisela no había apartado la mano de mi brazo. Le acaricié los dedos para que supiera que estaba tranquilo. Estaba furioso y atónito, pero me sentía tranquilo. Estreché la mano de Gisela y deslicé los dedos por el pomo de *Hálito-de-serpiente*.

Por lo visto Æthelflaed había dicho las palabras precisas, porque el obispo Erkenwald tomó el cáliz de barro que estaba en el altar. Lo alzó delante del crucifijo, como si quisiera enseñárselo a su dios, y vertió con cuidado un poco de aquella mezcla en un cáliz de plata. Alzó de nuevo el recipiente de barro y se lo presentó a Æthelflaed con gesto solemne.

—Bebe de esta agua amarga —le ordenó.

Æthelflaed pareció dudar; luego, reparó en el brazo cubierto de hierro de Aldelmo, dispuesto a golpearla de nuevo y, sumisa, tendió el brazo para sostener el cáliz. Lo tomo en sus manos, lo mantuvo a la altura de la boca

durante un corto instante, cerró los ojos y, con un gesto de repugnancia, bebió el contenido. Todos los hombres la miraban con atención para asegurarse de que lo apuraba. Las llamas de las velas vacilaron por una corriente de aire que se había colado por el agujero del techo; en alguna parte de la ciudad, a lo lejos, se oyó el aullido de un perro. Gisela me apretó el brazo con fuerza, con unos dedos rígidos como garras.

Erkenwald tomó el cáliz y, tras comprobar que estaba vacío, hizo un gesto de asentimiento a *Æ*thelred.

—La ha tomado —confirmó el obispo. Allí donde sus lágrimas reflejaban la vacilante luz del presbiterio, el rostro de *Æ*thelflaed parecía relucir; en el altar había una pluma, un tintero y un pergamino—. Lo que me dispongo a hacer —dijo Erkenwald, con solemnidad— es cumplir con la voluntad de Dios.

—Amén —contestaron los curas. *Æ*thelred clavó la mirada en su esposa, como si esperase que la carne comenzara a pudrírsele ante sus propios ojos. *Æ*thelflaed temblaba de tal modo que pensé que se iba a desmayar.

—Dios ha dejado dicho que escriba las faltas —anunció el obispo, inclinándose sobre el altar. Los rasguños de la pluma duraron un buen rato. Mientras el prelado escribía, *Æ*thelred, al igual que los curas presentes, no apartaba los ojos de *Æ*thelflaed—. Tras haber cumplido este cometido —añadió Erkenwald, tapando el tintero—, según el mandato de nuestro Padre Todopoderoso que está en los cielos, procederemos a borrarlas.

—Palabra de Dios —dijo un cura.

—Alabado sea su santo nombre —contestó otro.

Erkenwald tomó el cáliz de plata en el que había vertido un poco del agua sucia y lo derramó sobre las palabras que acababa de escribir. Restregó la tinta con un dedo, y alzó el pergamino para que todos comprobasen el borrón que simbolizaba el perdón.

—Ya está —exclamó, muy ufano de sí mismo, para, a continuación, ordenarle a la mujer de pelo gris—: Cumplid con vuestro cometido.

La vieja de cara avinagrada se colocó junto a *Æ*thelflaed. La muchacha trató de dar un paso atrás, pero Aldelmo la sujetó por los hombros. Gritó aterrorizada, y Aldelmo le propinó un fuerte manotazo en la cabeza. Pensé que *Æ*thelred reaccionaría ante la afrenta que otro hombre acababa de perpetrar contra su esposa, pero estaba claro que contaba con su aprobación, porque se limitó a observar cómo Aldelmo sujetaba a *Æ*thelflaed por los

hombros de nuevo para que no se moviese, mientras la vieja se agachaba y le levantaba la túnica de lino.

—¡No! —se revolvió la muchacha, lanzando un grito de desesperación.

—¡Mostrádnosla! —exclamó Erkenwald, con voz desabrida—. ¡Mostradnos sus muslos y su vientre!

Obediente, la mujer levantó la túnica hasta dejar al aire los muslos de Æthelflaed.

—¡Deteneos! —grité en ese momento.

La mujer se quedó paralizada. Los curas ya se habían agachado para contemplar las piernas desnudas de Æthelflaed, a la espera de que alzasen el vestido hasta dejarle el vientre al descubierto. Sin dejar de sujetarla por los hombros, Aldelmo dirigió una mirada de sorpresa hacia la penumbra que rodeaba la puerta de la iglesia, el lugar de donde procedía aquel grito.

—¿Quién anda ahí? —preguntó Erkenwald.

—¡Cabrones, hijos de puta! ¡Miserables cagarrutas, *earslings*! —exclamé echando a andar; mis pasos resonaban en los muros de piedra. Recuerdo la cólera que sentía aquella noche, un furor contenido, estremecedor, me llevó a intervenir sin pensar en las consecuencias. Los religiosos que tanto deleitan a mi mujer predican que la ira es un pecado, pero un guerrero de verdad tiene que mostrarse iracundo. La cólera es la espuela, el aguijón que lleva al hombre a superar el miedo a pelear, y yo estaba dispuesto a luchar por Æthelflaed aquella noche—. ¡Es hija de rey! —bramé—. ¡Cubridla!

—Haced lo que Dios ha ordenado —farfulló Erkenwald, pero la mujer no se atrevió a subirle ni a bajarle más la túnica.

Me adelanté hasta donde estaban los curas inclinados. A uno le di un puntapié tan fuerte en las posaderas que fue a parar de cabeza contra el estrado, a los pies del obispo. Erkenwald, que empuñaba un báculo, rematado en un cabezal de plata alabeado como el cayado de un pastor, lo esgrimió contra mí con cautela, tras reparar en cómo le miraba. Oí el sonido sibilante del largo acero al deslizarse por la embocadura de la vaina y empuñé a *Hálito-de-Serpiente.*

—¿Pretendéis que acabe con vuestra vida? —le grité a Erkenwald y, al escuchar mi voz amenazante, dejó caer lentamente el báculo pastoral—. Bajadle la túnica —le exigí a la mujer, que dudó—; bajádsela miserable puta bruja —le chillé enfurecido; al darme cuenta de que el prelado se

movía, hice un molinete con la espada y le apunté a la garganta—: Decid una palabra, obispo, una sola palabra e iréis a reuniros con vuestro dios aquí y ahora. ¡Gisela! —llamé a mi esposa, que se acercó al altar—. Llévate de aquí a esta bruja y a Æthelflaed. Comprueba también, con discreción y en privado, si tiene el vientre hinchado o se le han podrido los muslos. ¡Y vos —le dije a Aldelmo, apuntándole con la espada al rostro cosido de cicatrices— apartad vuestras manos de la hija del rey Alfredo o, de lo contrario, os colgaré del puente de Lundene hasta que los pájaros os coman a picotazos los ojos y la lengua! —y dejó libre a Æthelflaed.

—No tenéis derecho... —acertó a decir Æthelred.

—He venido a traeros un mensaje de Alfredo —le interrumpí—. Quiere saber dónde están vuestros barcos. Os ordena que despleguéis velas y cumpláis con vuestro deber. También le gustaría saber por qué os habéis quedado remoloneando aquí, cuando tendríais que estar peleando contra los daneses —añadí, mientras procedía a enfundar la hoja de *Hálito-de-Serpiente,* permitiéndole regresar a su morada—. Así mismo desea que os transmita en qué alta estima tiene a su hija —continué cuando el eco del ruido de la espada dejó de resonar por la iglesia—, y que no le gusta que maltraten a las personas que quiere —esta frase me la inventé, por supuesto.

Æthelred me miraba fijamente. No abrió la boca, aunque su rostro de mandíbula prominente sólo revelaba indignación. ¿Se había creído que le estaba transmitiendo un mensaje de Alfredo? No estaba muy seguro, pero debió de entrarle miedo al escucharlo, porque sabía que había faltado a su deber. El obispo Erkenwald también estaba indignado.

—¿Cómo os atrevéis a blandir una espada en la casa del Señor? —me preguntó encolerizado.

—Soy capaz de ir mucho más allá, obispo —repuse—. ¿Sabéis lo que le pasó al hermano Jaenberth, uno de vuestros venerados mártires? Lo maté en una iglesia, y vuestro dios ni lo libró de la muerte ni pudo refrenar mi espada —añadí, sonriendo al recordar la sorpresa que me llevé al rebanarle el cuello; odiaba a aquel monje—. Vuestro rey quiere ampliar la obra de vuestro dios, que exige matar daneses, no solazaros contemplando la desnudez de una joven.

—¡También eso forma parte de la obra de Dios! —gritó Æthelred.

En ese instante quise matarlo. Crispé la mano en la empuñadura de mi espada pero, entonces, regresó la bruja.

—La joven... —empezó a decir, y guardó silencio al reparar en mi mirada de odio hacia Æthelred.

—¡Habla, mujer! —le ordenó Erkenwald.

—No muestra ningún signo, señor —rezongó la mujer—. No se observa ninguna marca en su piel.

—¿Ni en el vientre ni en los muslos? —insistió el obispo.

—Es pura —aseveró Gisela, desde el fondo de la nave de la iglesia. Hablaba con resentimiento, mientras sostenía a la muchacha con un brazo.

Erkenwald pareció desconcertado al enterarse, pero se repuso al instante y, refunfuñando, aseguró que Æthelflaed era pura.

—No ha cometido abominación, señor —le dijo a Æthelred, haciendo caso omiso de mi presencia. Amenazante, Finan permanecía de pie detrás de los curas allí presentes. El irlandés sonreía y no perdía de vista a Aldelmo, quien, al igual que Æthelred, llevaba espada. Cualquiera de los dos podría haberme atacado, pero no se atrevieron a echar mano de las armas que llevaban.

—Vuestra esposa es casta —le dije a Æthelred—. Vos sois quien la deshonráis.

Se le torció la cara como si le hubiera dado un bofetón.

—Vos... —comenzó a decir.

Entonces perdí los estribos: era mucho más alto y fornido que mi primo, lo aparté del altar y lo arrastré a empellones hasta ponerlo contra uno de los muros de la iglesia. Encolerizado, le hablé al oído para que sólo él pudiera oírme. Aldelmo podría haberle ayudado, pero Finan no le perdía de vista. La reputación del irlandés bastó para que no intentase nada.

—Conozco a Æthelflaed desde que era niña —le dije a mi Primo—, y la quiero como si fuera de mi familia. ¿Me has entendido, *earsling*? Para mí, es como una hija y es una buena esposa para ti. Si le vuelves a poner una mano encima, primo, si vuelvo a ver un solo moratón en su rostro, no cejaré hasta encontrarte y acabar contigo.

Callé un momento. Æthelred guardaba silencio. Me media vuelta y me enfrenté con Erkenwald.

—Obispo, ¿qué habríais hecho —le espeté con despreció—, si a lady Æthelflaed se le hubieran podrido los muslos? ¿Habríais osado matar a la hija de Alfredo?

Musitó algo acerca de recluirla en un convento de monjas o una majadería por el estilo. Me acerqué a Aldelmo y le miré a la cara.

—A vos os reservo esto por pegar a la hija de un rey.

Le di tal puñetazo, que lo mandé dando tumbos y trompicones hasta el altar; aguardé un instante para que tuviera la oportunidad de defenderse, pero no se atrevió, así que lo dejé estar y me aparté de él:

—El rey de Wessex ordena que lord Æthelred y sus barcos se pongan en marcha —alcé la voz para que todos pudiesen oírme.

En realidad, Alfredo no había dictado tales órdenes, pero mi primo no se atrevería a preguntarle a su suegro si era verdad o no. En cuanto a Erkenwald, estaba seguro de que iría al rey con el cuento de que había blandido la espada y proferido amenazas en una iglesia, lo que le irritaría: se pondría furioso conmigo por haber profanado un templo con aquellos curas dentro que, sin lugar a dudas, se habían mostrado dispuestos a humillar a su hija. Eso era lo que ye buscaba, que Alfredo montase en cólera, que me castigase liberándome de mi juramento y apartándome de su servicio. Quería que Alfredo me devolviese la libertad, volver a ser un hombre con una espada, un escudo y enemigos con los que enfrentarme. Quería desentenderme de Alfredo, pero el rey era demasiado listo como para permitirlo. Sabía cuál era el mejor modo de castigarme: obligarme a mantener mi juramento.

* * *

Dos días después de que Gunnkel saliera por piernas de Hrofeceastre, y aguijoneado por un mensaje desabrido que Steapa le había entregado, Æthelred por fin izó las velas de sus quince barcos, y la flota más numerosa que jamás hubiera zarpado de Wessex hasta entonces se fue río abajo aprovechando la marea baja. El grandullón había cabalgado desde Hrofeceastre portando una carta de Alfredo en la que el rey exigía explicaciones de por qué la flota permanecía amarrada mientras los vikingos huían. Aquella noche Steapa se quedó en casa.

—El rey está furioso —explicó durante la cena—; nunca le había visto tan encolerizado —Gisela no podía apartar los ojos de él mientras comía: mientras con una mano sostenía unas costillas de cerdo que dejaba mondas a dentelladas, con la otra se embutía un trozo de pan en el otro lado de la boca—. Está fuera de sí —precisó, dejando de masticar para echar un trago de cerveza—. El Sture —añadió con mucho misterio mientras se hacía con otro costillar.

—¿El Sture?

—Gunnkel estableció allí un campamento, y Alfredo piensa que es probable que haya regresado a ese paraje.

El Sture era un río de Anglia Oriental, que discurría al norte del Temes. Una vez había estado en aquellos parajes. Recordaba una vasta desembocadura, protegida de los vendavales del este por una larga lengua de tierra arenosa.

—Allí estará a salvo —comenté.

—¿Seguro? —preguntó Steapa.

—Está en territorio de Guthrum.

—Guthrum le ofreció refugio en sus dominios. Alfredo está disgustado y cree que hay que darle una lección —dijo Steapa, tras callar un momento para quitarse un trocito de carne de entre los dientes.

—¿Acaso Alfredo está decidido a declarar la guerra a Anglia Oriental? —preguntó Gisela, sorprendida.

—No, mi señora. Sólo a darle un escarmiento —contestó Steapa, triturando un chicharrón entre sus fauces; en ese instante, caí en la cuenta de que ya se había comido medio cerdo y no parecía saciado—. Guthrum no quiere la guerra, señora, pero tiene que saber que no puede dar cobijo a paganos. Ha decidido enviar a lord Æthelred para que arrase el campamento de Gunnkel en el Sture y, de paso, le robe unas cuantas cabezas de ganado. Se trata sólo de un aviso —dijo Steapa mirándome con seriedad—. Es una pena que no podáis acompañarnos.

—Ya lo creo —reconocí.

No dejaba de preguntarme cuál sería la razón por la que Alfredo había elegido a Æthelred para conducir una expedición de castigo contra Guthrum. Aunque había prestado juramento de lealtad a Alfredo de Wessex, ni siquiera era sajón. ¿Por qué lo habría elegido precisamente a él? La única explicación que se me ocurría era que Eduardo, el hijo mayor de Alfredo, era sólo un niño, que ni siquiera había cambiado la voz, y el propio rey era un hombre enfermo. Le espantaba la idea de morir y el caos en que Wessex podría verse sumido si Eduardo ascendía al trono, a tan corta edad. Alfredo le ofrecía a Æthelred una ocasión de compensar su fracaso por no haber capturado los barcos de Gunnkel en el Medwaeg y una oportunidad de labrarse la reputación de que, como señor de Mercia, podía ponerse al frente de los destinos de los *thegns* y *ealdormen* de Wessex, en caso de que

él falleciera antes de que su hijo fuera lo bastante mayor como para sucederle.

Así que la flota de Æthelred era una advertencia para los daneses de Anglia Oriental. Alfredo quería que supieran que, si atacaban Wessex, los sajones responderían como era debido: asolaremos vuestras costas, quemaremos vuestras cabañas, hundiremos vuestros barcos y, en vuestras playas, sólo flotará el hedor de la muerte. En definitiva, que Alfredo había convertido a Æthelred en un vikingo, y me reconcomía de celos. Hubiera querido ponerme al frente de mis barcos, pero obedecí la orden que había recibido de no moverme de Lundene. Impresionado, contemplé la salida de la ciudad de aquella flota colosal. Seis de aquellos barcos de guerra, los más grandes, disponían de seis filas de treinta remos a cada lado; los costados del navío más pequeño albergaban bancadas para veinte remeros. Para llevar a cabo aquella incursión, Æthelred ostentaba el mando sobre casi un millar de hombres, todos guerreros avezados, pertenecientes a la guardia personal de Alfredo y de sus propias tropas. Mi primo iba en uno de los mayores buques en los que jamás hubiera ondeado la enseña de la enorme cabeza de un cuervo negro. Sin embargo, ya no lucía tal estandarte, porque el barco había sido rebautizado como el *Rodbora*, que significa «portador de la cruz», y del mástil colgaba una bandera con una enorme cruz. La tripulación estaba compuesta por soldados y curas; cómo no, también estaba Æthelflaed, ya que mi primo no iba a ninguna parte sin ella.

Estábamos en pleno verano. Quienes no hayan pasado esa época del año en una ciudad no pueden imaginarse los olores ni las moscas. Rojos milanos reales invadían las calles, alimentándose de carroña. Cuando soplaba el viento del norte, el olor a orines y a excrementos animales se mezclaba con los de las curtidurías y las aguas sucias de los habitantes de la ciudad. El vientre de Gisela iba a más, igual que mi miedo a que ocurriese algún percance.

Navegábamos hasta el mar tantas veces como podíamos. Salíamos a bordo del *Águila del mar* y del *Espada del Señor* aprovechando la bajada de la marea y regresábamos cuando el mar volvía a subir. Acechábamos a los barcos que venían de Beamfleot, pero los hombres de Sigefrid habían aprendido la lección y sólo abandonaban su refugio de tres en tres. Aunque las naves de nuestros enemigos seguían haciendo de las suyas, la ruta comercial hacia Lundene se había restablecido. Los comerciantes comprendieron que su única posibilidad era formar convoyes. Nunca se

veían menos de doce barcos, defendidos por hombres armados con lo que disminuían las capturas de Sigefrid y también las nuestras.

Tuve que esperar dos semanas antes de tener noticias de la expedición de mi primo. Me enteré de lo que había pasado en el curso de una de mis habituales travesías por Temes. El mejor momento del día era cuando dejábamos atrás el humo y los malos olores de Lundene y sentíamos la brisa fresca del mar. El río serpenteaba entre vastos pantanos donde las garzas reales campaban a sus anchas. Se encaramaban en los mástiles del *Águila del mar* o del *Espada del Señor*, que seguía nuestra estela. Un insecto se posó en un dedo que tenía extendido, abriendo y cerrando las alas.

—Trae buena suerte, señor —observó Sihtric.

—¿Tú crees?

—Cuanto más tiempo se quede ahí, más durará la buena racha —aseguró el muchacho alzando la mano, aunque no apareció ninguna mariposa azul.

—Parece que no tienes tanta suerte —le comenté con indolencia. Me quedé mirando la mariposa que se me había posado en el dedo, y pensé en Gisela y en el parto. Quédate donde estás, le rogué al insecto en mi fuero interno, y no se movió.

—Me van bien las cosas, señor —dijo Sihtric con una sonora risa.

—¿De verdad?

—Ealhswith está en Lundene —añadió refiriéndose a la prostituta de la que el joven estaba enamorado.

—Tiene más posibilidades de trabajo en Lundene que en Coccham —repuse.

—Ya no se dedica a eso, señor —contestó Sihtric furioso.

—¿De veras? —le pregunté sorprendido.

—Así es, señor. Desea casarse conmigo, señor.

Era un joven apuesto, listo como un halcón, de pelo negro y buena complexión. Como le conocía casi desde niño, me imagino que eso influiría en la impresión que tenía de él, porque siempre lo veía como el chico asustado al que le había salvado la vida en Cair Ligualid. Claro que Ealhswith se había percatado de que ya no era un niño. Miré hacia otro lado y descubrí una pequeña columna de humo que se alzaba al sur de los pantanos. Me pregunté quiénes habrían encendido aquella fogata y cómo podrían vivir en aquellas marismas plagadas de mosquitos.

—Llevas mucho tiempo con ella —le dije.

—Sí, señor.

—Dile que venga a verme; quiero hablar con ella —le comenté. Sihtric me había jurado lealtad y yo tenía que darle el consentimiento para casarse, porque su esposa entraría a formar parte de mi casa y quedaría bajo mi responsabilidad.

—Ya veréis cómo os gusta, señor.

—Eso espero —respondí con una sonrisa.

El aleteo parsimonioso de unos cisnes que pasaban entre los dos barcos surcó el aire estival. A pesar de mis temores en cuanto a Gisela, me sentía contento y, por si fuera poco, contaba con aquella mariposa para aliviar mis pesares, aunque al cabo de un rato se despidió de mi dedo revoloteando torpemente hacia el sur en pos de los cisnes. Rocé con los dedos la empuñadura de *Hálito-de-Serpiente* y después mi amuleto, rogando a Frigg que cuidara de Gisela.

Un poco antes del mediodía arribamos a Caninga. La marea estaba baja, y los bancos de lodo se extendían hasta un estuario en calma, tan sólo perturbado por la presencia de nuestras naves. Llevé el *Águila del mar* hasta la costa sur del islote y contemplé la ensenada de Beamfleot. No observé nada destacable, excepto la calima que la envolvía.

—Cualquiera diría que se han ido de aquí —observó Finan mirando hacia el norte como yo.

—No —le dije, pensando que podría ver los mástiles de las naves de Sigefrid, a pesar de la enrarecida atmósfera— todavía quedan unos cuantos barcos.

—No tantos como en otras ocasiones —me contestó.

—Vamos a echar un vistazo —repuse, mientras rodeábamos a golpe de remo el extremo oriental de la isla, para acabar admitiendo que Finan estaba en lo cierto. Más de la mitad de los barcos de Sigefrid no estaban en el río Hothlege.

Tan sólo tres días antes, había contado hasta treinta y seis mástiles en aquella cala; ahora sólo había catorce. Como no nos habíamos cruzado con ellos, me imaginé que los barcos que faltaban no se habían dirigido a Lundene, así que sólo quedaban dos posibilidades: o habían puesto rumbo noreste hacia la costa de Anglia Oriental o, a golpe de remo, se habían dirigido hacia el sur para llevar a cabo otra incursión en Cent. El sol resplandecía en el cénit de su carrera y nos enviaba los fulgores intermitentes de las puntas de las espadas que guardaban el campamento

allá en lo alto. Desde arriba, aquellos hombres no dejaban de observarnos, y seguramente vieron como dábamos media vuelta, desplegábamos las velas y aprovechábamos la leve brisa del noreste que no había dejado de soplar desde el amanecer, para deslizarnos por el estuario hacia el sur. Observé una enorme humareda, señal de que alguna partida había tocado tierra y se dedicaba a saquear o a prender fuego a alguna aldea, sin embargo, el cielo permanecía claro sobre Cent. Recogimos velas y, a fuerza de remos, nos dirigimos hacia la desembocadura del Medwaeg; seguíamos sin ver humo, hasta que Finan, apostado en un costado de nuestra nave, con su mirada de águila, atisbo los barcos. Eran seis.

Como iba buscando una flota de no menos de veinte naves, no una flotilla, en un primer momento no le di importancia. Pensé que se trataba de seis barcos de carga que, juntos, se dirigían a Lundene. En ese instante, Finan acudió presuroso saltando por encima de las bancadas de los remeros.

—Son barcos de guerra —afirmó.

Miré hacia el este. Pude ver los cascos oscuros de las quillas, pero no tenía tan buena vista como Finan y no distinguía con claridad su silueta. En aquel aire cálido, las formas parecían difuminarse.

—¿Hacia dónde se dirigen? —le pregunté.

—No se mueven, mi señor.

«¿A cuento de qué se habrán detenido en este lugar?», me preguntaba. Los barcos estaban apostados en uno de los extremos más alejados de la desembocadura del Medwaeg, en un sitio conocido como Scerhnesse, que significa «tierra esplendorosa», un lugar extraño para echar el ancla porque las mareas provocaban fuertes remolinos al pie de aquel promontorio.

—Creo que están atracados, señor —aventuró Finan. Si los barcos hubiesen echado el ancla, me habría imaginado que esperaban a que la subida de la marea los condujera río arriba; por el contrario, unos navíos amarrados indicaban que los tripulantes habían bajado a tierra, y la única razón para hacer algo así era ir a saquear los alrededores.

—Pero si ya no queda nada en Scaepege —comenté, sumido en un mar de confusiones. Scerhnesse se encontraba en el extremo occidental de Scaepege, una isla situada al sur del estuario del Temes, acosada y asolada por los vikingos en repetidas ocasiones. Allí no quedaba casi nadie y los pocos que habían decidido no moverse procuraban esconderse en las ensenadas. Entre Scaepege y tierra firme discurría el canal de Swealwe. Incontables flotas vikingas se habían refugiado del mal tiempo en aquel

lugar. Scaepege y el canal de Swealwe eran sitios peligrosos, no lugares a los que acudir en busca de plata o de esclavos.

—Acerquémonos —ordené. Finan se fue a la proa de nuestro barco, mientras Ralla, a bordo del Espada del Señor, seguía el rumbo de nuestra nave—. ¡Vamos a echar un vistazo! —grité, a pesar de la distancia, señalando a aquellos barcos. Ralla se mostró de acuerdo, dio unas cuantas instrucciones y los remos de su embarcación se hundieron en el agua.

Tras pasar al otro lado de la ancha desembocadura del Medwaeg, descubrí que Finan había dado en el clavo. Había seis barcos de guerra, más largos y ligeros que los buques mercantes, todos atracados. Hacia el suroeste, observé una columna de humo y deduje que sus tripulantes habían encendido una hoguera en tierra. No llevaban cabezas de animales en la proa, pero eso no quería decir nada. Seguro que las naves vikingas consideraban Scaepege como territorio conquistado por los daneses y habían retirado dragones, águilas, cuervos y serpientes para no asustar a los espíritus que habitaban la isla.

Le pedí a Clapa que se hiciera cargo del timón.

—Rumbo a esos barcos —le ordené mientras me dirigía hacia proa para unirme a Finan; sudoroso y ceñudo, uno de los remeros era Osferth—. Nada como remar para echar músculo —le animé mientras me dirigía una mirada enfurruñada.

A trompicones, me llegué al lado del irlandés.

—Parecen daneses —me dijo a modo de saludo.

—No podemos hacer frente a seis tripulaciones —afirmé.

—Cualquiera diría que están dispuestos a acampar aquí — dijo, rascándose la entrepierna.

Aquello no tenía buena pinta. Bastante malo era ya que los barcos de Sigefrid hubieran abandonado el extremo norte del estuario sin contar con otro nido de víboras dispuesto a acogerlos en la orilla sur.

—No —repliqué; por una vez, lo había visto con más claridad que el irlandés con toda su agudeza visual—. No están levantando un campamento —añadí, echando mano de mi amuleto.

Finan observó el gesto y reparó en el tono irritado que empleaba.

—¿Qué están haciendo entonces? —preguntó.

—Ese barco de la izquierda es el *Rodbora* —dije apuntando a la nave; había visto la cruz que ondeaba en lo alto del mástil.

Finan abrió la boca, pero no dijo nada. Seis barcos, sólo había seis barcos, cuando eran quince los que habían zarpado de Lundene.

—Señor Jesús —exclamó Finan por fin, haciendo la señal de la cruz —. ¿Se habrán ido río arriba los demás?

—Los habríamos visto.

—A lo mejor vienen detrás.

—Más vale que estés en lo cierto porque, de lo contrario, eso significaría que hemos perdido nueve de nuestros barcos —repuse torciendo el gesto.

—No es posible, Dios mío.

Nos encontrábamos más cerca. Al ver la cabeza de águila que ondeaba en el mástil, los hombres que estaban en tierra debieron de imaginarse que éramos vikingos, corrieron basta los bajíos que separaban dos de las naves atracadas y formaron un muro de escudos, desafiándonos para que los atacásemos.

—Es Steapa —dije, al ver al grandullón que permanece en el centro del muro de escudos. Ordené que arriasen el águila, y levanté los brazos con las manos desnudas para que viesen que nos acercábamos en son de paz. Steapa me reconoció; bajaron los escudos y enfundaron las armas. Poco después, el casco del *Águila del mar* se deslizaba lentamente sobre un lecho de arena y lodo. La marea estaba subiendo, así que estábamos a seguro.

Salté desde uno de los costados de la nave; el agua me llegaba a la cintura, y me dirigí a tierra. Reparé en que habría por lo menos cuatrocientos hombres en la playa, demasiados para sólo seis barcos; a medida que me aproximaba a la costa, observé que muchos de ellos estaban heridos. Pálidos, yacían cubiertos de vendas ensangrentadas. Unos cuantos curas estaban arrodillados junto a ellos. Al fondo de la playa, cerca de unas dunas coronadas por unos hierbajos raquíticos, contemplé unas toscas cruces clavadas sobre tumbas recién excavadas. Steapa me estaba esperando, con muy mala cara.

—¿Qué ha pasado? —le dije.

—Preguntádselo a él —repuso con rabia, moviendo la cabeza hacia la playa. Æthelred estaba sentado junto a una hoguera en la que, lentamente, cocían algo en una olla, y rodeado de los suyos. Aldelmo me dedicó una mirada llena de resentimiento. Mientras me acercaba a donde estaban, ninguno de ellos abrió la boca. El fuego crepitaba. Æthelred jugueteaba con

una bota de vino en las manos y, aunque sabía que me dirigía a su encuentro, no se molestó en alzar la mirada. Me detuve junto a la hoguera.

—¿Qué ha sido de los otros nueve barcos? —le pregunte.

Æthelred esbozó un gesto de sorpresa, como si se alegrara de verme, y me dedicó una sonrisa.

—Excelentes noticias —me dijo, con la esperanza de que le preguntase de qué estaba hablando, pero me limité a mirar lo sin abrir la boca—. ¡Hemos conseguido una magnífica victoria! —exclamó exultante.

—Una indiscutible victoria —terció Aldelmo. Reparé en la sonrisa forzada de Æthelred. A continuación, dijo unas palabras entrecortadas, como si le costase mucho pronunciarlas.

—Gunnkel ha probado nuestros aceros.

—Quemamos todos sus barcos —se jactó Aldelmo.

—Una terrible carnicería —concluyó mi primo, con los ojos brillantes.

—Partisteis con quince embarcaciones —dije, paseando la vista por la playa, donde yacían los heridos y agachaban la cabeza quienes habían salido ilesos.

—Quemamos sus barcos —añadió Æthelred, a punto de echarse a llorar.

—¿Dónde están las nueve naves que faltan? —le pregunté.

—Decidimos hacer un alto, porque no podíamos remar en contra de la bajada de la marea —repuso Aldelmo, pensando que iba a criticar la decisión de encallar los barcos en la playa.

—¿Qué ha pasado con los otros nueve barcos? —insistí, sin obtener respuesta. No se me iba de la cabeza lo que estaba viendo ni la explicación que se negaban a darme. Miré otra vez a Æthelred, con la cabeza gacha de nuevo, y, aunque me daba miedo plantearlo, no me quedó más remedio que preguntarle—: ¿Dónde está vuestra esposa?

Silencio.

—¿Dónde está Æthelflaed? —volví a preguntar en voz alta. Se oyó el áspero y lúgubre graznido de una gaviota.

—La han capturado —contestó Æthelred por fin, con una voz tan queda que apenas pude oírle.

—¿Capturado?

—La han hecho prisionera —dijo Æthelred, en voz baja.

—¡Señor Jesús! —exclamé, recurriendo a la expresión preferida de Finan.

Sentí en la cara el humo acre que traía el viento. No daba crédito a lo que acababa de oír. A la vista estaba: todo parecía indicar que la increíble victoria de Æthelred había sido una derrota en toda regla. Nueve barcos perdidos, pero siempre habría otras naves para sustituirlas; las tropas de Æthelred reducidas a la mitad de sus efectivos, pero siempre habría hombres que ocupasen el lugar de los muertos. ¿Quién podría, sin embargo, reemplazar a la hija de un rey?

—¿En manos de quién está? —quise saber.

—De Sigefrid —musitó Aldelmo, lo que explicaba la ausencia de los barcos que no habíamos visto en Beamfleot.

Æthelflaed, la dulce Æthelflaed, a la que había prestado juramento, estaba prisionera.

* * *

Aquella misma tarde, estival, límpida y tranquila, con un sol que parecía flotar como un enorme globo rojo suspendido sobre la capa de humo que cubría la ciudad, al subir la marea, los ocho barcos pusimos rumbo a Lundene, Temes arriba. Æthelred iba a bordo del Rodbora. Cuando ordené que mi barco, el *Águila del mar,* remase al compás de la nave de mi primo, reparé en que los manchones oscuros que se observaban en las cuadernas eran restos de sangre seca. Pedí a mis hombres que remaran más deprisa, y tomé la delantera.

Steapa venía conmigo. El gigante me contó lo que había pasado en el río Sture.

Había sido una gran victoria, desde luego. La flota de Æthelred había sorprendido a los vikingos en el momento en que establecían un campamento en la orilla sur del río.

—Llegamos al amanecer —comenzó Steapa.

—¿Os quedasteis en el mar toda la noche?

—Ésas fueron las órdenes de lord Æthelred —contestó.

—Estupendo —apostillé.

—Una noche tranquila —prosiguió Steapa, haciendo caso omiso del comentario—; al alba, atisbamos los barcos. Eran dieciséis —añadió, guardando silencio de repente; como hombre taciturno que era, no le resultaba fácil hilvanar más que unas pocas palabras de seguido.

—¿Encallados? —le pregunté.

—No, anclados —me dijo.

Lo que indicaba que los daneses habían dejado sus naves dispuestas para cualquier eventualidad, independientemente de la marea, y que los barcos estaban indefensos, porque la mayoría de sus tripulantes se encontraba en tierra firme levantando cercados de tierra para proteger el campamento. La flota de Æthelred no tardó en despachar a los pocos hombres que custodiaban los buques enemigos, alzaron a bordo las piedras que, rodeadas de maromas, hacían las veces de ancla, remolcaron las naves hasta la orilla norte y las dejaron encalladas.

—Pensaba dejarlos allí hasta que hubiera acabado con los vikingos —continuó Steapa—, para recuperarlos más tarde.

—¿Acabado con ellos? —le pregunté.

—Pretendía liquidar a todos los paganos antes de abandonar el lugar —añadió, explicándome cómo la flota de Æthelred había merodeado por el Sture y uno de sus afluentes, el Arwan, dejando en tierra hombres a lo largo de ambas riberas con órdenes de quemar las cabañas de los daneses, acabar con el ganado y, siempre que fuera posible, matarlos. Las Incursiones de los sajones causaron pánico entre los moradores de aquellos parajes, que huyeron como pudieron. Pero Gunnkel se había quedado en el campamento de la desembocadura del Sture, sin barcos, y no se dejó amilanar.

—¿No atacasteis el campamento? —le pregunté a Steapa.

—Lord Æthelred dijo que estaba muy bien protegido

—Pensé que me habíais dicho que aún lo estaban levantando.

—No habían acabado de levantar la cerca, al menos por un lado —dijo Steapa, encogiéndose de hombros—. Podíamos haberlos atacado y haber acabado con ellos, pero habríamos sufrido muchas bajas.

—Es verdad —admití.

—De modo que decidimos atacar las granjas —continuó Steapa. Mientras los hombres de Æthelred saqueaban los asentamientos daneses, Gunnkel envió emisarios hacia otros ríos más al sur, en la costa de Anglia Oriental, en cuyas orillas había otros campamentos vikingos. Gunnkel solicitaba refuerzos—. Al segundo día, le dije a lord Æthelred que deberíamos irnos, que ya llevábamos demasiado tiempo en aquellos parajes —añadió con voz lóbrega.

—¿No os hizo caso?

—Me tachó de necio —dijo Steapa, encogiéndose de hombros. Æthelred pretendía hacerse con un botín, así que permaneció en el Sture, y

sus hombres le llevaron todo lo que encontraron de valor, desde utensilios de cocina hasta hoces y guadañas—. Consiguió algo de plata, pero no mucha —concluyó.

Mientras Æthelred permanecía allí para lucrarse, los hombres del mar enviaron refuerzos.

Llegaron barcos daneses procedentes del sur. Las naves de Sigefrid zarparon de Beamfleot, y se unieron a otras que acudían a golpe de remo desde las desembocaduras del Colaun, el Hwealf y el Pant. Como había recorrido esos ríos en numerosas ocasiones, no me costó mucho imaginarme a esos barcos rápidos y ligeros bordeando los bancos de arena durante la marea baja, con sus altivas proas adornadas con cabezas de animales salvajes y rebosantes de hombres, pertrechados de escudos y toda clase de armas, sedientos de venganza.

Los barcos daneses se encontraron en la isla de Horseg, al sur del Sture, en una vasta bahía poblada de aves salvajes. Una mañana gris, bajo una tormenta de verano que llegaba desde el mar, con una pleamar más fuerte de lo habitual porque había luna llena, treinta y ocho barcos arribaron desde el océano y pusieron rumbo a la desembocadura del Sture.

—Como era domingo —me explicó Steapa—, lord Æthelred insistió en que escuchásemos un sermón.

—Alfredo estará encantado cuando se lo cuenten —comenté con sarcasmo.

—En la misma playa en la que habíamos encallado los barcos daneses —añadió Steapa.

—¿Por qué razón?

—Porque los curas querían expulsar los malos espíritus de las naves —me aclaró, al tiempo que me contaba cómo habían erigido una enorme pira en la arena con las cabezas de animales de los barcos. La rodearon con trozos de madera que encontraron en la playa y la paja de la techumbre de una cabaña próxima y prendieron fuego a la hoguera mientras los curas rezaban en voz alta. Dragones y águilas, cuervos y lobos habían ardido entre enormes llamaradas, y el humo de aquella enorme hoguera debió de desplazarse tierra adentro, bajo una lluvia menuda que siseaba al entrar en contacto con las ascuas. Mientras los curas se dedicaban a sus cánticos y rezos para dar gracias por aquella victoria sobre los paganos, nadie reparó en las oscuras moles que se acercaban con la lluvia que llegaba desde el mar.

No me costó nada imaginarme el terror, la huida precipitada y la carnicería. Los daneses saltando a tierra, armados con espadas, lanzas y hachas. La única explicación de que hubieran conseguido escapar tantos hombres era que un número no menor de ellos había perdido la vida. Tras comenzar la matanza, los daneses comprendieron que tenían tanto trabajo por delante que no persiguieron siquiera a los que huían a los barcos para ponerse a salvo. Entretanto otros navíos daneses atacaban a la flota sajona, pero el *Rodbora* los había repelido.

—Había dejado unos cuantos hombres a bordo —me explicó Steapa.

—¿Por qué?

—No lo sé —repuso, abatido—. Una corazonada.

—Ya te entiendo —repliqué; es como sentir la punta de una espada en la nuca, la vaga sospecha sin fundamento de que un peligro acecha, una sensación que nunca hay que pasar por alto. Cuántas veces no habré visto a mis sabuesos somnolientos alzar la cabeza y emitir un leve gruñido, o un gemido lastimero, sin apartar los ojos de mí, como si me reclamasen. No sé por qué pero suelen hacer eso cuando se acerca una tormenta, que siempre acaba por descargar. Debe de ser una sensación muy parecida, en cualquier caso, a la inquietud ante cualquier peligro que nos acecha.

—Fue un combate singular —comentó Steapa con gesto cansino.

Recorríamos en ese momento el último recodo del Temes antes de llegar a Lundene. Veía las murallas reconstruidas de la ciudad, la madera nueva de los tablones resaltaba contra las antiguas piedras romanas, de las que colgaban estandartes, con santos y cruces pintados en su mayoría símbolos llamativos que desafiaban a nuestros enemigos que todos los días, desde el este, se acercaban para inspeccionar la ciudad, unos adversarios que habían logrado una victoria que dejaría a Alfredo estupefacto.

Steapa se mostró parco en detalles, y agradecí que fuese tan escueto. Según me relató, la mayor parte de los barcos enemigos había tocado tierra en el extremo oriental de la playa, atraídos por aquella enorme fogata, mientras el *Rodbora* y otros siete barcos sajones estaban en la otra punta. En la playa sólo se oía un confuso griterío, mientras los paganos mataban a diestro y siniestro, entre alaridos. Los sajones trataban de llegar a los barcos, mientras Steapa organizaba un muro de escudos para proteger las naves y los fugitivos subían a ellas como podían.

—Æthelred consiguió llegar —comenté con acritud.

—Es muy rápido corriendo —dijo Steapa.

—¿Y Æthelflaed?

—No pudimos volver a por ella —contestó.

—No lo dudo —afirmé; sabía que me estaba diciendo la verdad. Me contó cómo el enemigo había cercado y atrapado a Æthelflaed: estaba junto a la gran hoguera en compañía de sus doncellas, mientras Æthelred acompañaba a los curas que rociaban con agua bendita las proas de los barcos daneses que había capturado.

—No quiso volver a buscarla —admitió Steapa.

—Pero ésa era su obligación —respondí.

—Como no podíamos hacer nada —añadió—, nos alejamos de allí a golpe de remo.

—¿No intentaron atacaros y deteneros?

—Lo hicieron.

—¿Y qué pasó? —le insistí.

—Que algunos llegaron a subir a bordo —repuso, sin darle importancia; me imaginé a Steapa, hacha en mano, tratando de repeler a los asaltantes—. Conseguimos dejarlos atrás —continuó, como quien no quiere la cosa; estaba seguro de que los daneses habían atacado cada nave que trataba de escapar, pero aquellos seis barcos pudieron salir al mar—. Perdimos ocho embarcaciones —finalizó Steapa.

De modo que dos de los barcos sajones habían sido abordados con éxito; me estremecí sólo de pensar en las hacha y en las espadas cumpliendo su cometido, en las cuadernas manchadas de sangre.

—¿Llegasteis a ver a Sigefrid? —le pregunté.

—Iba sujeto a una silla —me confirmó Steapa.

—¿Æthelflaed estaba con vida? —seguí preguntándole.

—Sí —me contestó Steapa—. Logré verla cuando nos íbamos. Estaba en ese barco que vimos en Lundene, el que vos permitisteis que se llevaran.

—El *Domador de olas* —asentí.

—El barco de Sigefrid —continuó Steapa—; hizo lo posible para que la viéramos. La mantenía de pie en el altillo del gobernalle.

—¿Vestida?

—¿Cómo os atrevéis? —repuso, con el ceño fruncido, como si mi pregunta le hubiera parecido fuera de lugar—. Por supuesto que estaba vestida.

—Con un poco de suerte, no la violarán —repliqué, con la esperanza de que así fuera—. Si no la mancillan, será más valiosa.

—¿Por qué lo decís?

—Pedirán un buen rescate —dije, en el momento en que nos llegaba el inmundo hedor de Lundene.

El *Águila del mar* se dirigió al embarcadero. Gisela estaba esperándome; le conté lo que había pasado, y gimió como si le doliera algo. Aguardó hasta que Æthelred bajó a tierra, pero mi primo nos ignoró a ambos. Muy pálido, se dirigió colina arriba, hacia el palacio, rodeado por sus hombres, al menos por aquellos que habían sobrevivido.

La tinta ya estaba reseca, pero afilé una pluma y escribí otra carta a Alfredo.

TERCERA PARTE: La batida

Capítulo IX

Nos prohibieron navegar río abajo por el Temes. La orden me la dio el obispo Erkenwald, quien se ganó un gruñido como respuesta, al tiempo que le replicaba que todas las naves sajonas que surcaban el ancho estuario deberían acosar sin piedad a cualquier barco danés con el que se cruzasen. Aguantó el chaparrón sin decir nada y, cuando hube terminado, hizo como que no me había oído. Impertérrito, siguió escribiendo, copiando un libro que tenía en lo alto de un atril.

—¿A qué nos conducirá tanta violencia? —preguntó al cabo con desdén.

—Aprenderán a tenernos miedo.

—A tenernos miedo —repitió, pronunciando cada palabra con cuidado, en tono de burla, mientras la pluma no dejaba de raspar el pergamino.

Me había citado en su casa, cerca del palacio de Æthelred, un lugar sorprendente por su austeridad recoleta; en el salón, no se veía más que una chimenea apagada, un banco y el pupitre en que escribía el prelado. En el banco, había un cura joven sentado, que guardaba silencio y se limitaba a observarnos con cara de preocupación. Ni por un momento dudé que estaba sólo como testigo, de forma que si, en el futuro, se suscitase alguna controversia sobre lo tratado, el obispo contaría con alguien que avalase su versión. Lo cierto es que no habíamos hablado mucho hasta entonces, porque Erkenwald, inclinado sobre el atril, sin apartar la vista de aquellas palabras que con tanto esfuerzo garrapateaba, me ignoró durante un buen rato.

—Creo que no me negaréis —dijo de improviso, sin apartar los ojos de la escritura— que los daneses han destruido la mayor flota que Wessex haya conseguido reunir jamás. Tengo la impresión, pues, de que poco les asustará que surquéis el agua con vuestros ridículos remos.

—¿Así que es preferible dejarlos en paz? —pregunté encolerizado.

—Me atrevería a decir —continuó, mientras hacía un alto para trazar otra letra— que el rey prefiere que no hagamos nada —otra pausa para perfilar una letra más— que pueda agravar tan penosa circunstancia.

—Lo malo de esta situación —repuse— es que su hija está en poder de los daneses. ¿Habremos de quedarnos mano sobre mano?

—Exacto. Habéis captado el significado de mis órdenes. Os prohíbo que emprendáis cualquier aventura que pueda agravar este trance, de por sí bastante enojoso —añadió, mientras mojaba la pluma en el tintero y sacudía con cuidado el exceso de tinta—. ¿Cómo evitaríais una picadura de avispa? —me preguntó.

—Matándola —repliqué.

—No; quedándoos quieto —subrayó el obispo—. Eso es lo que debemos hacer: nada que pueda complicar la situación. ¿Tenéis alguna prueba de que la joven haya sido violada?

—No.

—Porque la estiman en lo que vale —comentó el obispo, repitiendo el mismo argumento que yo le había dado a Steapa—, y supongo que mucho se guardarán de hacerle nada que deprecie su valor. Vos conocéis mejor que yo las costumbres de los paganos, pero si a nuestros enemigos aún les queda una pizca de sensatez, deberían tratarla con el respeto debido a su rango —añadió, mirándome de reojo y con desdén por primera vez—. Cuando llegue el momento de reunir el rescate, tendremos que disponer de soldados.

Lo que significaba que mis hombres no tendrían más remedio que mostrarse amenazantes con cualquiera que escondiese una moneda desgastada por el uso.

—¿A cuánto ascenderá? —pregunté en tono desabrido, para saber lo que me tocaría apoquinar.

—Hace treinta años, en Frankia —dijo el obispo, que se había puesto a escribir de nuevo—, capturaron a Louis, abad del monasterio de Saint Denis, un hombre piadoso y bueno. El rescate que hubo que pagar por el religioso y su hermano ascendió a seiscientas ochenta y seis libras de oro y tres mil doscientas cincuenta libras de plata. Cierto que lady Æthelflaed es sólo una mujer, pero me imagino que sus captores no pedirán nada que esté por debajo de esa cantidad —me quedé sin palabras; el rescate que había mencionado el obispo era inalcanzable, pero pensé que llevaba razón, que Sigefrid pediría lo mismo o más—. Comprenderéis, pues, el valor que tiene la dama para los paganos —continuó, sin inmutarse—, por lo que mucho se cuidarán de abaratar el precio. Es lo que le he dicho a lord Æthelred, y os quedaría agradecido si me apoyarais en este extremo.

—¿Sabéis algo de Sigefrid? —le pregunté, receloso de que Erkenwald estuviera tan enterado del buen trato que dispensaban a Æthelflaed.

—No, ¿y vos? —pregunta con trampa, que daba a entender que yo mantenía conversaciones con Sigefrid en secreto; así que, tal y como el obispo esperaba, no contesté—. Me imagino —continuó— que el rey en persona deseará llevar las negociaciones. De modo que, hasta que venga o revoque las órdenes que me dio, permaneceréis en Lundene y vuestros barcos no saldrán a navegar.

Así lo hice, mientras las naves normandas campaban sus anchas. El comercio, que se había ido animando durante el verano, se vino abajo, en tanto que huestes de barco con animales en la proa, procedentes de Beamfleot, surcaban el estuario en todas las direcciones. La desaparición de los comerciantes me privó de mi mejor fuente de información, aunque aún contaba con algunos hombres que se aventuraban río arriba, pescadores por lo general, que vendía sus capturas en la lonja de Lundene. Ellos me asegurare que había más de cincuenta barcos encallados en los arenales que se extendían al pie del fortín de Beamfleot. Los vikingos dominaban el estuario.

—Saben que Sigefrid y su hermano serán ricos —le comenté a Gisela la noche en que el obispo me prohibió llevar cabo cualquier acto hostil.

—Muy ricos —repuso cortante.

—Lo suficiente como para reunir un ejército —me lamenté, porque, una vez pagado el rescate, los hermanos Thurgilson dispondrían de tanto oro que atraerían barcos de todos los mares, cuyos tripulantes se trocarían en hordas dispuestas a atacar Wessex. Gracias a la captura de Æthelflaed y sin recibir ayuda alguna del norte, los dos hermanos estaban en condiciones de alcanzar su sueño de conquistar todas las tierras sajonas, el mismo que en su día habían fiado a la ayuda que les prestase Ragnar.

—¿Atacarán Lundene? —me preguntó Gisela.

—Si yo fuera Sigefrid —le contesté—, cruzaría el Temes y hostigaría Wessex desde Cent. Contará con suficientes barcos como para llevar un ejército al otro lado del río, mientras que nosotros no disponemos de ningún territorio cercano desde donde frenar su avance.

Stiorra jugaba con una muñeca de madera de haya que yo le había tallado y que Gisela había vestido con unos trapos. Veía a mi hija jugando tan absorta y feliz que, imaginándome el disgusto que tendría Alfredo, traté de pensar en lo que significaría su pérdida, pero no fui capaz de soportarlo.

—El bebé está dando patadas —dijo Gisela, llevándose las manos a la barriga.

Me asusté, como siempre que pensaba en la proximidad del parto.

—Tienes que pensar en un nombre para el niño —le dije, ocultándole lo que me rondaba por la cabeza.

—O para la niña.

—Será un niño —insistí muy convencido, pero sin ninguna ilusión. Aquella noche el futuro se presentaba sombrío.

* * *

Tal y como había previsto el obispo, Alfredo se presentó en la ciudad y, una vez más, fui convocado a palacio, aunque no hubo sermón en aquella ocasión. El rey llegó acompañado por su guardia personal, o lo que quedaba de ella tras el desastre del Sture, lo que me permitió saludar a Steapa en el patio exterior, donde un mayordomo se hacía cargo de nuestras espadas. Como es natural también había curas, una bandada de cuervos vociferantes, aunque entre ellos también encontré caras conocidas, como el padre Pyrlig o el padre Beocca y, para mi sorpresa, el padre Willibald, siempre animoso y dicharachero, que cruzó el patio a toda prisa para darme un abrazo.

—Parecéis todavía más alto, mi señor —me dijo.

—¿Cómo estáis, padre?

—¡El Señor tiene a bien colmarme de bendiciones! —repuso encantado—. Ahora ejerzo mi ministerio en Exanceaster.

—Bonito lugar —dije.

—Teníais una casa por allí, ¿no es así? Vivíais con... —apurado, Willibald no dijo nada más.

—Con aquella devota amargada, antes de casarme con Gisela —concluí lo que iba a decir el cura; Mildrith permanecía recluida en un monasterio de monjas y hacía mucho que había olvidado los sinsabores de aquel matrimonio desgraciado—. ¿Y vos? ¿Os habéis casado? —le pregunté a mi vez.

—Con una mujer encantadora —me dijo, radiante de felicidad. Willibald había sido tutor mío en un momento determinado; si bien no aprendí demasiado con él, era un buen hombre, afable y servicial.

—¿Y cómo está el obispo de Exanceaster? ¿Sigue trajinándose putas? —me interesé.

—¡Uhtred, Uhtred! —me reconvino —. ¡Decís eso sólo para enojarme!

—Pero si no digo nada que no sea cierto —repuse, por que era verdad —. Recuerdo que había una pelirroja que le hacía tilín —añadí—. Lo malo era que le gustaba que se vistiese con sus hábitos, y...

—Todos somos pecadores —me interrumpió de repente el padre Willibald—, todos nos hemos apartado de las esperanzas que Dios depositó en nosotros.

—¿Vos también? ¿Con otra pelirroja? —le pregunté, mientras me echaba a reír al ver lo incómodo que se sentía—. Me alegro de veros, padre. Pero, decidme, ¿qué os ha traído desde Exanceaster hasta Lundene?

—El rey, que Dios le bendiga, deseaba venir en compañía de viejos amigos —dijo Willibald, meneando la cabeza—. Lo está pasando mal, Uhtred, muy mal. Os suplico que no digáis nada que pueda molestarle. ¡Necesita de nuestras oraciones!

—Lo que necesita es otro yerno —repuse con amargura.

—Lord Æthelred es un fiel servidor de Dios —dijo Willibald— ¡y un noble guerrero! Quizá no goce de tanta fama como vos, pero su nombre inspira terror a nuestros enemigos.

—¿Eso pensáis? —comenté—. ¿De qué podrían tener miedo, de morirse de risa si tiene la ocurrencia de atacarlos de nuevo?

—¡Lord Uhtred! —me regañó de nuevo.

Solté una carcajada y me fui con Willibald hasta el salón de columnas, al que se iban acercando *thegns*, curas y *ealdormen*. Aunque no se trataba de una reunión oficial del *Witan*, el consejo real de nobles que dos veces al año se reunía para asesorar al rey, allí estaban casi todos sus miembros. Habían acudido desde todos los rincones de Wessex, incluso del sur de Mercia. Alfredo los había convocado en Lundene para que cualquier decisión contase con el respaldo de ambos reinos. Sin dirigir la mirada a ninguno de los presentes, Æthelred ya estaba presente, hundido en una silla por debajo del estrado desde el que Alfredo presidiría la reunión. Todo el mundo le evitaba, todos menos Aldelmo, que agachado junto a él, no dejaba de susurrarle comentarios al oído.

Alfredo apareció, por fin, en compañía de Erkenwald y del hermano Asser. Nunca había visto al rey tan demacrado. La mano con que se apretaba el vientre permitía adivinar que no se encontraba nada bien, aunque dudo que tal fuera la causa del gesto de desamparo que revelaba su

rostro macilento y arrugado. Como el pelo también le clareaba, por primera vez y a pesar de que acababa de cumplir los treinta y seis, tuve la impresión de que era viejo. Se acomodó en el sillón que había sobre el estrado, hizo un gesto con la mano para que nos sentásemos los demás y guardó silencio. El obispo Erkenwald rezó una plegaria breve, y cedió la palabra a cualquiera que tuviera una sugerencia.

Hablaron y hablaron sin parar. Lo que más les llamaba la atención era la ausencia de mensajes del campamento de Beamfleot. Uno de nuestros espías había informado a Alfredo de que su hija seguía con vida y que la trataban con los debidos miramientos, como había asegurado Erkenwald, pero Sigefrid no había enviado ningún emisario.

—Es como si aguardase un gesto de nuestra parte —apartó el obispo, pero nadie hizo ningún comentario.

Alguien aventuró que, como Æthelflaed estaba retenido en los dominios del rey Æthelstan de Anglia Oriental, que los daneses que se habían convertido al cristianismo nos echasen una mano. El prelado nos informó de que el rey ya había recibido a una delegación de aquel territorio.

—Guthrum no está dispuesto a pelear —fue lo primero que dije, en aquella ocasión.

—El rey Æthelstan —dijo Erkenwald, subrayando el nombre cristiano de Guthrum— se ha comportado como fiel aliado y estoy seguro de que nos prestará ayuda.

—No está dispuesto a pelear —insistí.

Alfredo hizo un gesto con la mano, indicando que quería escuchar lo que tuviera que decir.

—Guthrum es un hombre ya mayor y no tiene ganas de guerrear —continué—, ni está en condiciones de hacer frente a los hombres que ocupan Beamfleot, que se hacen más fuertes cada día. Si Guthrum se enfrentase a ellos, podría perder, en cuyo caso Sigefrid se alzaría como rey de Anglia Oriental.

A nadie le gustaba semejante idea, pero no estaban en condiciones de negar lo evidente. A pesar de la herida que Osferth le había infligido, Sigefrid era cada vez más fuerte y contaba ya con suficientes hombres como para plantar cara a las fuerzas de Guthrum.

—No es mi deseo que el rey Æthelstan luche contra ellos —dijo Alfredo, en tono dramático—; cualquier enfrentamiento podría poner en

peligro la vida de mi hija. Ciñámonos, pues, a la necesidad perentoria de ofrecer un rescate.

Ante la enormidad de la suma que sería preciso reunir, los hombres convocados en el salón guardaron silencio. Los más ricos evitaban la mirada de Alfredo, y estoy convencido de que todos los presentes trataban de pensar en dónde ocultar sus riquezas, antes de que los recaudadores de impuestos del rey, con el refuerzo de soldados, acudieran a hacerles una visita. El obispo Erkenwald rompió el silencio, para afirmar que, si la iglesia no estuviera empobrecida, estarían encantados de echar una mano.

—El poco dinero de que disponemos es para continuar la obra de Dios —concluyó.

—Así es —insistió un grueso abad, en cuya pechera relucían tres cruces de plata.

—Como lady Æthelflaed ahora pertenece a Mercia —rezongó un *thegn* de Wiltunscir—, el mayor peso debe recaer sobre los habitantes de ese territorio.

—Se trata de mi hija —dijo Alfredo, en voz baja—, así que yo aportaré todo lo que esté en mi mano.

—¿Cuánto dinero necesitaremos? —preguntó el padre Pyrlig, sin andarse por las ramas—. Eso es lo primero que tenemos que saber, mi rey. Alguien tendrá que ir a hablar con los paganos. Ya que no se dirigen a nosotros, nosotros iremos a ellos. Como ha dicho nuestro buen obispo —añadió, haciendo una profunda reverencia a Erkenwald—, están a la espera de un gesto de nuestra parte.

—Pretenden humillarnos —afirmó un hombre, malhumorado.

—¡Pues, claro! —repuso el padre Pyrlig—. Por eso enviaremos emisarios; ellos habrán de sufrir la humillación.

—¿Estaríais dispuesto a ir a Beamfleot? —le preguntó Alfredo, esperanzado.

—Mi rey —contestó el galés, negando con la cabeza—, esos paganos hacen bien en odiarme. No soy la persona más indicada. En cambio lord Uhtred sí —añadió Pyrlig, señalando me con el dedo—, porque Erik Thurgilson le debe un favor

—¿Qué clase de merced? —preguntó de inmediato el hermano Asser.

—Le advertí de lo traicioneros que pueden llegar a se los curas galeses —repuse, mientras se escuchaban algunas risas y Alfredo me recriminaba con la mirada—. Le permití que se fuera de Lundene en su propio barco.

—Un favor que ha sido el desencadenante de esta infausta situación —replicó Asser—. Si hubierais matado a los hermanos Thurgilson como era vuestra obligación, no nos veríamos ahora en este lío.

—Todo esto es consecuencia de haber permanecido más tiempo del necesario en el Sture. Fue una majadería —observé—. ¡Cuando uno tiene un rebaño bien cebado no lo deja pastando junto a una lobera!

—¡Basta! —dijo Alfredo enojado, mientras Æthelred temblaba de ira. Hasta entonces no había dicho nada; en ese momento, se removió en la silla y se me quedó mirando. Abrió la boca y aguardé su respuesta desabrida; en lugar de eso, se retorció y vomitó, de repente, con violencia, vaciando su estómago en una densa y apestosa bocanada. Seguía sufriendo náuseas, mientras aquella vomitona salpicaba ruidosamente el estrado. Alfredo le observaba horrorizado. Aldelmo se apartó de él con premura. Unos cuantos curas se santiguaron. Nadie dijo nada, ni tampoco nadie se acercó echarle una mano. Cuando parecía que la indisposición ya se le había pasado, sintió un nuevo retortijón y otro torrente brotó de su boca. Æthelred escupió lo que le quedaba, limpió los labios con la manga y, con los ojos entornados y la cara pálida, se recostó en la silla.

El rey había observado el repentino ataque que había sufrido su yerno; volvió la vista al salón y no dijo nada sobre lo que acababa de pasar. Tentado de acudir en ayuda de Æthelred, apareció un criado en uno de los extremos de la estancia, que se echó atrás al comprobar que tendría que subir al estrado. Aldelmo contemplaba la vomitona, como si en su vida hubiera visto una cosa igual.

—Lord Uhtred —dijo el rey, rompiendo aquel embarazoso silencio.

—Mi rey —contesté, haciendo una reverencia.

—Hay gente que piensa que tenéis un desmesurado afecto a los normandos —continuó, con el ceño fruncido.

—Os presté juramento de lealtad, mi rey —repuse, con aspereza—, voto que renové ante el padre Pyrlig y también ante vuestra hija. Si esos hombres que afirman que me llevo tan bien con los normandos pretenden acusarme de faltar a ese triple juramento, mucho me complacerá cruzar mi acero con el suyo en el lugar que elijan, para que disfruten de la oportunidad de medirse con una espada que ha matado a más paganos de los que pueda acordarme.

Se hizo un silencio. Pyrlig esbozó una sonrisa. Ninguno de los presentes tenía el menor deseo de enfrentarse conmigo, y el único que podía

haberse atrevido, Steapa, sonreía abiertamente, con un gesto que más parecía un rictus letal, capaz de asustar al mismo diablo en su guarida.

El rey me miró con ojos cansados, después de aquel desahogo.

—¿Estaría Sigefrid dispuesto a hablar con vos? —me preguntó.

—El earl Sigefrid me detesta, mi rey.

—Pero, ¿hablaría con vos? —insistió.

—Igual que me mataría —repuse—. Pero a su hermano le caigo bien, y Haesten tiene una deuda pendiente conmigo, así que supongo que sí, que hablarían conmigo.

—Debería acompañarlo un negociador experimentado, mi rey —terció Erkenwald, zalamero—, un hombre que no caiga en la tentación de hacer más favores a esos paganos. Por ejemplo, la persona que lleva mi tesorería, un hombre sutil.

—Otro cura. Sigefrid odia a los curas. Lo que más le gustaría es presenciar la crucifixión de un cura —repliqué a las palabras del obispo, con una sonrisa—. Podría acompañarme vuestro tesorero, o quizá prefiráis hacerlo vos mismo.

Erkenwald me dirigió una mirada con los ojos en blanco. Me imaginé que rogaba a su dios que enviase un rayo sobre mi cabeza para castigarme, pero éste no parecía dispuesto a darle esa satisfacción. El rey me miró de nuevo.

—¿Podréis llevar a cabo la negociación sin ayuda nadie? —me preguntó, armándose de paciencia.

—He comprado muchos caballos, mi señor, de modo que creo que sí.

—Ajustar el precio de una caballería no es lo mismo que... —comenzó a decir Erkenwald, furioso, para callar la boca al ver que el rey le hacía un gesto pausado con la mano

—Lord Uhtred sólo busca el modo de provocaros, obispo —apuntó el rey—, y es mejor no darle la satisfacción de comprobar que ha conseguido su propósito.

—Puedo hacerlo, mi rey —insistí—, sólo que en este caso voy a regatear el precio de una yegua de gran valor, y no va a ser un precio bajo.

—A lo mejor debería acompañaros el tesorero del obispo —admitió Alfredo, que aún no había tomado una decisión

—Me gustaría que en esta misión me acompañase Steapa, mi señor —dije.

—¿Steapa? —me preguntó el rey sorprendido.

—Si hay que hacer frente a un enemigo, mi señor, me vale ir acompañado de alguien cuya mera presencia constituye toda una amenaza.

—No os acompañará una persona únicamente, sino dos —me corrigió Alfredo—. Por mucho que pueda detestarlos Sigefrid, es mi deseo que mi hija reciba la gracia de los sacramentos. También habrá de acompañaros un sacerdote, lord Uhtred.

—Si ésas son vuestras órdenes, mi señor —repliqué, sin molestarme en ocultar mi desprecio.

—Así es —concluyó el rey, con una voz que había recuperado algo de su antiguo vigor—. Y no tardéis en volver —añadió—, porque deseo saber cómo está.

Se puso en pie; los demás lo imitaron y le hicieron una reverencia. Æthelred no había abierto la boca. Yo me aprestaba a ir a Beamfleot.

* * *

Sólo tres hombres entraríamos en el campamento de Sigefrid, pero no podíamos exponernos a recorrer solos la distancia que separaba Lundene de Beamfleot, así que formamos una partida de cien jinetes. Pertrechados de cotas de malla, escudos y armas para que los lugareños supieran que íbamos dispuestos a enfrentarnos con lo que fuera, nos movíamos por la vasta y agreste llanura fronteriza que se extiende al sur de los límites de Anglia Oriental. Hubiera sido más rápido ir hasta allí en barco, pero había conseguido convencer a Alfredo de que era mucho mejor que fuésemos a caballo.

—He visto Beamfleot desde el mar —le había explicado la noche anterior—; es un lugar inexpugnable: una colina escarpada, coronada por una fortaleza. No he podido ver ese bastión desde tierra firme, mi señor, y no estaría de más.

—¿Es necesario? —me había preguntado el hermano Asser, de pie junto al sillón en que estaba sentado Alfredo, como si tratase de proteger al rey.

—Si llega a producirse un enfrentamiento —repuse—, tendríamos que atacar desde tierra adentro.

—¿Pensáis que las cosas puedan llegar a ese extremo —quiso saber el rey, mirándome con ojos cansados.

—Si hay pelea, lady Æthelflaed podría resultar muerta —comentó Asser.

—Pretendo devolveros a vuestra hija —le dije al rey, si hacer caso de la apostilla del monje galés—, pero sólo un necio mi señor, pensaría que no habremos de luchar contra ellos antes de que acabe el verano. Sigefrid es cada vez más fuerte. Si permitimos que su poder vaya a más, nuestros enemigos podrían llegar a constituir una amenaza para todo Wessex. Así que habrá que ponerle freno, antes de que se torne demasiado poderoso.

—No les plantéis cara en estos momentos —insistió Anido—. Podéis ir por tierra y a caballo, si así lo deseáis, pero hablad con ellos y traedme noticias cuanto antes.

Había insistido en que nos acompañase un cura y, para mi satisfacción, eligió al padre Willibald.

—Soy un viejo amigo de lady Æthelflaed —me comentó el cura cuando dejábamos atrás Lundene—. Siempre me ha demostrado afecto, igual que yo a ella.

Yo montaba a *Smoca*. Finan iba al frente de mis hombres, y Steapa estaba al mando de cincuenta de los mejores guerreros de Alfredo. No portábamos estandarte, aunque Sihtric llevaba una rama verde de aliso en señal de que íbamos a negociar una tregua.

Las tierras que se extendían al este de Lundene le ponían a uno los pelos de punta. Era un paraje llano y desolado, pespunteado de calas, zanjas, carrizales y ciénagas, habitado por aves salvajes. A nuestra derecha, donde en ocasiones llegábamos a atisbar el Temes, como una sábana gris, las tierras pantanosas parecían oscuras incluso a la luz de aquel sol de verano. Escasos eran los habitantes de aquellos parajes desolados y húmedos, aunque atisbamos unas cuantas cabañas de bajas techumbres de paja. Lo cierto es que no nos topados con ninguno. Seguro que los pescadores de anguilas que vivían en las chozas, al vernos llegar, corrieron a ocultarse con los suyos en lugar seguro.

El sendero que seguíamos, ni siquiera podía considerarse camino, ascendía ligeramente al final de los pantanos para internarse entre pequeñas tierras de cultivo arcillosas y rodeadas de espinos. Vimos unos pocos árboles, raquíticos y doblados por el viento. Cuanto más avanzábamos hacia el este, más casas encontrábamos; las construcciones aumentaban de tamaño a medida que seguíamos adelante. Al mediodía, nos detuvimos en una casa, rodeada de una cerca de madera, para abrevar los caballos y darles

un respiro. Un criado se asomó a la puerta, y se interesó por saber qué nos llevaba por allí.

—¿Dónde nos encontramos? —le pregunté, antes de responder a su pregunta.

—En la colina de Wocca, señor —me contestó en inglés.

Esbocé una sonrisa feroz, porque yo no veía colina alguna, si bien la casa se alzaba sobre un minúsculo terraplén.

—¿Está Wocca en casa? —quise saber.

—Su nieto es el dueño de estas tierras ahora, señor, y no, no está aquí.

Liberé a *Smoca* de mi peso, y a continuación le tendí las riendas a Sihtric.

—Dale una vuelta antes de que beba —le dije, para preguntarle después al criado—: ¿A quién ha prestado juramento de lealtad su nieto?

—A Hakon, mi señor.

—¿Y Hakon? —insistí, tras reparar en que el dueño era sajón, pero había prestado juramento a un danés.

—Al rey Æthelstan, mi señor.

—¿A Guthrum?

—Así es, mi señor.

—¿Ha convocado Guthrum a los suyos?

—No que yo sepa, mi señor —repuso el criado.

—Pero si Guthrum se lo ordenase —añadí—, ¿Hakon y tu señor atenderían a sus requerimientos?

—Han ido a Beamfleot —me dijo el sirviente, con cautela. La respuesta tenía miga. Por lo que me explicó el criado, Hakon era dueño de una amplia franja de aquel terreno arcilloso por graciosa concesión de Guthrum, pero, en aquellos momentos, Hakon se sentía dividido entre la lealtad que había jurado a Guthrum y el miedo que le inspiraba Sigefrid.

—¿De modo que Hakon ha acudido a la llamada del *jarl* Sigefrid? —le pregunté.

—Eso creo, señor. Sólo sé que recibimos un mensaje de Beamfleot, y mi señor se fue para allá con Hakon.

—¿Iban acompañados por hombres armados?

—Sólo unos pocos, señor.

—¿No les pidieron que acudiesen con sus hombres?

—No, señor.

Así que Sigefrid todavía no estaba reuniendo un ejército. Se limitaba a convocar a los hombres más ricos de Anglia Oriental para decirles lo que esperaba de ellos: les pediría que aportasen sus tropas en el momento oportuno, engatusándolos con las riquezas de que dispondría cuando recibiese el pago del rescate de Æthelflaed. ¿Qué pintaba Guthrum en todo esto? En mi opinión, se limitaba a guardar silencio, mientras Sigefrid encandilaba a los hombres que le habían jurado fidelidad. Seguro que, tras reconocer el escaso margen de maniobra que le permitían las prodigalidades que prometían los hombres del norte, no hacía nada por evitarlo. Así las cosas, habría pensado, era preferible que las tropas de Sigefrid atacasen Wessex a que éste sintiese la tentación de usurparle el trono de Anglia Oriental.

—¿Es sajón el nieto de Wocca, tu señor? —pregunté al criado, aunque sabía la respuesta de antemano.

—Sí, señor. Pero su hija está casada con un danés.

Todo parecía indicar que los pobladores de aquellas tierras yermas se pondrían del lado de los daneses, quizá porque no tenían otra salida, quizá porque aquellos matrimonios les habían obligado a mudar de lealtad.

El criado nos ofreció cerveza, anguila ahumada y pan duro. Tras el refrigerio, continuamos nuestro camino, mientras el sol declinaba por el oeste, esparciendo sus fulgores por encima de una enorme cadena de colinas que se alzaba abruptamente más allá de las tierras llanas. Las laderas en las que daba el sol eran escarpadas. Las colinas parecían murallas de verdor.

—Eso es Beamfleot —dijo Finan.

—Allá en lo alto —asentí.

Beamfleot se alzaba en el extremo sur de las colinas aunque, a la distancia que nos encontrábamos, no llegábamos a atisbar el fortín. Me dio un vuelco el corazón. Si se tomaba la decisión de atacar a Sigefrid, no quedaría otro remedio que llevar tropas desde Lundene hasta allí, pero la idea de pelear en aquellas laderas empinadas me ponía los pelos de punta. Reparé en que, al ver lo abrupto del terreno, Steapa había pensado lo mismo.

—¡No os inquietéis, Steapa! ¡Si tenemos que luchar —le grité para darle ánimos—, vuestros hombres y vos seréis los primeros en subir por ahí!

A lo que me respondió con una mirada cargada de rencor.

—Ya han debido de percatarse de nuestra presencia —le dije a Finan.

—Llevan más de una hora observando nuestros reconocimientos, señor —me contestó.

—¿De veras?

—El mismo rato que llevo viendo los resplandores de las puntas de sus armas —añadió el irlandés—. No se molestan en ocultarse de nosotros.

La ascensión por la colina marcó el comienzo de un largo anochecer estival. El aire era cálido, y hermosa la luz de los oblicuos rayos de sol al reflejarse en las hojas que cubrían el repecho. Un sendero serpenteaba hacia lo alto y, a medida que subíamos lentamente, atisbé esquirlas de luz en lo alto, reflejos de cascos o de puntas de espadas. Nuestros enemigos no nos habían perdido de vista, y estaban preparados para recibirnos.

Sólo nos esperaban tres hombres a caballo, con cotas de malla y cascos adornados con largas crines de caballo, que les conferían un aspecto más fiero. Mientras íbamos camino de la cima, habían reparado en la rama de aliso que llevaba Sihtric, así que los tres jinetes nos salieron al encuentro. Alcé una mano para que las tropas se detuviesen y, sólo en compañía de Finan, me adelanté para saludar a los empenachados.

—Ya era hora de que llegaseis —dijo uno de ellos, con inglés de acento muy marcado.

—Venimos en son de paz —le contesté en danés.

El hombre se echó a reír. No podía verle la cara, oculta por las baberas del casco; lo más que llegué a discernir fue la barba que le rodeaba la boca y el brillo de sus ojos oscuros.

—Venís en son de paz —replicó—, porque no tenéis arrestos para hacerlo de otro modo. ¿Acaso preferís que le arranquemos las entrañas a la hija de vuestro rey, una vez que todos hayamos gozado entre sus muslos?

—Me gustaría hablar con el *jarl* Sigefrid —repuse, pasando por alto la provocación.

—La cuestión es si él querrá hablar con vos —contestó el hombre, picando espuelas y obligando al caballo a hacer una preciosa cabriola, tan sólo para demostrarnos que era un consumado jinete—. ¿Quién sois vos? —me preguntó.

—Uhtred de Bebbanburg.

—Me suena ese nombre —asintió el jinete.

—Repetídselo, pues, al *jarl* Sigefrid, y decidle que he venido a presentarle mis respetos de parte del rey Alfredo.

—Ese nombre también me suena —dijo el hombre, antes de quedarse callado hasta consumirnos la paciencia—. Seguid por ahí —continuó, por fin, señalando en la dirección en que el sendero desaparecía en la cima de la colina—, hasta que lleguéis a una enorme piedra. Junto a la roca, hay una cabaña. Ése es el lugar en el que vos y los vuestros habréis de esperar. Mañana, el *jarl* Sigefrid os hará saber si desea hablar con vos, si prefiere no veros o si desea pasar un buen rato viéndoos morir.

Clavó las espuelas en el flanco del caballo, y los tres partieron velozmente, mientras el ruido de sus cascos retumbaba en el silencioso aire estival.

Nos pusimos en camino hasta la cabaña, que se alzaba junto a la enorme piedra.

* * *

Era una cabaña muy antigua, de techumbre puntiaguda y de roble, que se había vuelto casi negro con el paso de los años, rodeada de un alto robledal que la protegía del sol. Delante de la choza, en una zona cubierta de altas hierbas, había una columna de piedra sin desbastar más alta que un hombre. En el centro, un agujero lleno de guijarros y fragmentos de hueso, dejados allí por gente que atribuía poderes mágicos a aquel pedrusco.

—Los antiguos habitantes de estos parajes debieron de dejarlos ahí —comentó Finan, santiguándose.

—¿A quién os referís con eso de antiguos habitantes?

—A las gentes que vivían aquí cuando el mundo aún era joven —repuso—, a quienes nos han precedido. Hay piedras así por toda Irlanda —miró la estela con precaución y guió su caballo lejos de aquel lugar.

En el exterior, sólo nos esperaba un criado lisiado. Era sajón. Nos dijo que aquel lugar era conocido como *Thunresleam*, un nombre antiguo también, que significaba «el bosque de Thor». Me contó que aquella cabaña debía de haber sido construida en un lugar donde los antiguos sajones, los que no veneraban al dios crucificado de los cristianos, habían adorado a su dios más antiguo, que también era el mío, Thor. Me incliné desde lo alto de la silla de *Smoca* para tocar la piedra, y pedí a Thor que Gisela saliera con bien del parto y que *Æ*thelflaed recobrase la libertad.

—Dentro hay comida, señor —dijo el tullido, haciéndose con las riendas de mi caballo.

No sólo había comida y cerveza; era un verdadero festín, servido por esclavas sajonas, que servían los platos y escanciaban cerveza, hidromiel y vino de abedul. Había cerdo, vaca, pato, bacalao y abadejo en salazón, anguilas, cangrejos y oca, además de pan, queso, miel y mantequilla. El padre Willibald tenía miedo de que los manjares estuviesen envenenados y mordisqueaba un muslo de oca con mirada intranquila.

—Ya veis que sigo vivo —le dije, limpiándome la grasa de los labios con el torso de la mano.

—Bendito sea Dios —exclamó Willibald, que seguía mirándome con inquietud.

—Bendito sea Thor —repliqué—. Esta colina está dedicada a él.

El cura se santiguó y, más animado, hincó el cuchillo en una tajada de pato.

—Me han dicho —comentó, intranquilo— que Sigefrid odia a los cristianos.

—Así es; sobre todo a los curas.

—En ese caso, ¿por qué nos agasaja tan opíparamente?

—Para mostrarnos su desprecio.

—¿O sea, que no piensa envenenarnos? —insistió Willibald, que todavía no las tenía todas consigo.

—Comed y disfrutad del banquete —le contesté.

No pensaba que los normandos tratasen de envenenarnos. Querían vernos muertos, pero después de agachar la cabeza. Con todo, había dispuesto una discreta guardia en los senderos que conducían a la cabaña. No estaba muy seguro de que el modo de humillarnos elegido por Sigefrid no pasase por prenderle fuego a la cabaña en plena noche, cuando estuviéramos dormidos. Una vez tuve ocasión de ver cómo quemaban una cabaña, un episodio espeluznante. Los guerreros permanecían en el exterior y obligaban a retroceder a sus ocupantes, que trataban de huir muertos de miedo, hasta aquel infierno sobre el que caía la techumbre ardiendo, mientras los moradores gritaban antes de morir. A la mañana siguiente, después de la quema, los habitantes de la cabaña habían quedado reducidos al tamaño de niños, con los cuerpos mermados y ennegrecidos, las manos crispadas y los labios quemados y separados de los dientes, en un terrorífico y eterno grito de espanto.

Sin embargo, aquella corta noche estival, nadie trató de matarnos. Me mantuve alerta durante un rato, escuchando las lechuzas, hasta que

contemplé la salida del sol entre el espeso follaje de los árboles. Un poco después, escuché el sonido de un cuerno, un triste lamento que se repitió tres veces, seguido de otras tres más. Pensé que era Sigefrid, que llamaba a los suyos. Me imaginé que no tardarían en venir a buscarnos, así que me vestí cuidadosamente. Opté por mi mejor cota de malla y mi espléndido casco de guerra y, aunque todo indicaba que iba a ser un día de calor, me puse la capa negra con el rayo bordado a la espalda. Me calcé las botas y me colgué las espadas al cinto. Steapa también llevaba cota de malla, aunque su armadura estaba sucia y deslucida, las botas manchadas de barro y la vaina de la espada torcida, lo que le confería un aspecto más fiero que el mío. El padre Willibald llevaba una sotana negra y una bolsa pequeña, con los evangelios y los sacramentos.

—¿Me traduciréis lo que digan, verdad? —me preguntó muy serio.

—¿Por qué no habrá enviado Alfredo a un cura que hablase danés? —comenté.

—Lo chapurreo —dijo el cura—, aunque no tan bien como quisiera. El rey decidió enviarme a mí porque pensó que sería un consuelo para lady Æthelflaed.

—Confío en que se lo procuréis —repuse, dándome media vuelta, porque Cerdic llegaba corriendo por el sendero que se internaba en la arboleda desde el sur.

—Ya vienen, señor —me dijo.

—¿Cuántos son?

—Seis, señor, seis hombres a caballo.

Los seis jinetes llegaron al claro que se extendía delante de la cabaña. Se detuvieron y echaron un vistazo en derredor. Como las viseras de los cascos les achicaban el campo de visión, ladeaban la cabeza de forma grotesca para comprobar cuántos caballos teníamos atados. Contaban las cabezas, para asegurarse de que no había enviado una partida a inspeccionar el lugar. Satisfechos al ver que no faltaba nadie, jefe se dignó a mirarme. Me pareció que era el mismo hombre que, el día anterior, se había llegado hasta la cima de la colina para recibirnos.

—Sólo vendréis vos —dijo, señalándome a mí.

—Iremos tres —repliqué.

—Sólo vos —insistió.

—En ese caso, ahora mismo nos volvemos para Lundene —contesté, al tiempo que gritaba a los míos—: ¡Recoged, deprisa, a caballo! ¡Nos

vamos!

—Está bien, tres —respondió el hombre, sin darle importancia ni enzarzarse en una discusión—. Iréis caminando a ver al *jarl* Sigefrid, no a caballo.

No me molesté en rebatir semejante imposición. De sobra sabía que Sigefrid tenía la intención de humillarnos, ¿y qué mejor modo de demostrarlo que obligándonos a ir a pie hasta su campamento? Los señores cabalgaban a lomos de sus monturas; sólo los siervos pateaban el terreno. Steapa, el padre Willibald y yo caminamos, pues, con la cabeza gacha, detrás de los seis jinetes, que siguieron un sendero bajo los árboles hasta desembocar en una vasta pradera, desde donde se atisbaban los reflejos que el sol arrancaba de las aguas del Temes, un prado atestado de toscas viviendas en las que se alojaban las mesnadas que habían acudido en apoyo de Sigefrid, atraídas por los tesoros que no tardarían en caer en sus manos y repartirse.

Cuando subimos el repecho que llevaba al campamento de Sigefrid, sudaba a mares. Podía distinguir Caninga y la parte oriental de la ensenada, lugares con los que me había familiarizado desde el mar y que ahora tenía ocasión de contemplar a ojo de pájaro. Comprobé, además, que en aquel momento había muchos más barcos encallados en las marismas del Hothlege. Los vikingos merodeaban por el mundo al acecho de presas indefensas de las que apoderarse con ayuda de sus hachas, espadas y lanzas. La captura de Æthelflaed era una de esas oportunidades. Por eso, eran tantos lo que allí se habían dado cita.

Cientos de hombres nos esperaban nada más cruzar el portalón. Nos abrieron paso hasta la gran cabaña de la ciudadela, y los tres echamos a andar entre hileras de hombres ceñudos, barbudos y armados, hacia dos carros de labranza que habían colocado juntos, a modo de tribuna. En el centro de aquel tablado improvisado, Sigefrid estaba repantigado en un sillón. A pesar del calor que hacía, llevaba su manto de piel de oso negro. A un lado del sillón, de pie, estaba su hermano Erik; al otro, Haesten, exhibiendo una media sonrisa. A espaldas de los tres, una fila de soldados con casco; delante, colgando de la base de los carromatos, estandartes adornados con cuervos, águilas y lobos. En el suelo, ante Sigefrid, las banderas capturadas a la flota de Æthelred. Entre ellas, la enorme bandera del caballo encabritado del señor de Mercia, junto a otras que lucían cruces y santos, todas manchadas; me imaginé que los daneses se habían dedicado

a mear encima de ellas por turnos. Ni rastro de Æthelflaed. Había confiado en que podría verla, ataviada con sus mejores galas, pero debían de tenerla escondida en alguna de las doce cabañas que se veían en la cima.

—¡Alfredo nos ha enviado a sus cachorros para que nos lancen unos cuantos gañidos! —exclamó Sigefrid cuando llegábamos a la altura de las banderas pisoteadas.

—Alfredo os envía saludos —contesté, quitándome el casco. Confiaba en que la reunión con Sigefrid se desarrollase en el interior de la cabaña, pero no tardé en darme cuenta de que prefería recibirme al aire libre para que la mayoría de sus secuaces tuviese ocasión de contemplar mi humillación.

—Gimoteáis como un perrito —comentó Sigefrid.

—También espera que disfrutéis en compañía de lady Æthelflaed —concluí.

Atónito, frunció el ceño. Tenía la cara más rellena, al igual que el resto del cuerpo, señal de que la herida que le había infligido Osferth le había privado del uso de las piernas, pero no le había mermado el apetito. Allí estaba, sentado de cualquier manera, tullido y rechoncho, lanzándome una mirada llena de enojo.

—¿Disfrutar de ella, cachorro? ¿Qué quieres decir con esos ladridos? —rezongó.

—El rey de Wessex —dije en voz lo bastante alta como para que me oyesen los presentes— tiene otras hijas, la preciosa Etelgifu y su hermana, Eftryth. De modo que, ¿para qué querría a Æthelflaed? ¿Cuál es el destino de las hijas, a fin de cuentas? Es rey y tiene hijos, Eduardo y Etelweard. Los varones son la recompensa de un hombre; las mujeres sólo representan una carga. Así que desea que disfrutéis en su compañía, y me ha enviado para que me despida de ella.

—El perrito pretende hacernos pasar un buen rato —respondió, con desprecio. Por supuesto que no se había creído ni una palabra. Pero esperaba haber inoculado en su espíritu un atisbo de duda, que me sirviese como justificación del exiguo rescate que pensaba ofrecer. Al igual que Sigefrid, sabía que el precio final sería incalculable pero, a fuerza de repetirlo, quizá llegase a convencerlo de que a Alfredo no le importaba demasiado la suerte de Æthelflaed.

—¿Habría de convertirme en amante suyo? —apuntó Sigefrid.

Reparé en que Erik, al lado de su hermano, se agitaba con inquietud.

—Podría considerarse afortunada —repuse, como si nada.

—Mentís, cachorro —aunque noté una levísima vacilación en su voz —. Esa zorra sajona está preñada. A lo mejor su padre está interesado en comprar la criatura que vaya a nacer.

—Es posible, siempre y cuando sea un varón —dije, corrió quien duda.

—Hacedme una oferta, pues —dijo Sigefrid.

—Alfredo podría daros algo por tener un nieto —empecé a decir.

—No es a mí a quien debéis convencer de que actuáis de buena fe —me interrumpió Sigefrid—, sino a Weland.

—¿Wayland? —pregunté, pensando que se refería al herrero de los dioses.

—Weland el Gigante —repuso Sigefrid, con una sonrisa, mientras, con la cabeza, señalaba a alguien situado a mis espaldas—. Es danés —añadió — y ningún hombre ha sido capaz de tumbarlo.

Me di la vuelta y me encontré con el hombre más colosal que había visto en mi vida. Un hombre descomunal. Un guerrero, sin duda, aunque no llevaba armas encima ni cota de malla: sólo unos calzones de cuero y botas. Desnudo de la cintura para arriba, dejaba al descubierto unos músculos que, como maromas retorcidas, se extendían bajo una piel tatuada con tinta de color en la que destacaban unos dragones negros que serpenteaban por el pecho y los brazos imponentes de aquel hombre. Sus antebrazos eran enormes, recubiertos de los mayores brazaletes que jamás hubiera visto, porque uno normal no le habría valido. De la barba, tan negra como los dragones que lucía en el cuerpo, le colgaban pequeños amuletos; el cráneo, pelado. Aunque me sonrió cuando le dirigí la mirada, observé que tenía una cara poco amistosa, cubierta de cicatrices, y que evidenciaba escasas luces.

—O convencéis a Weland de que no estáis mintiendo, cachorrito —dijo Sigefrid—, o no hablaré con vos.

Me había esperado una sorpresa por el estilo. Según la idea que Alfredo tenía de las cosas, llegaríamos a Beamfleot, tendríamos una discusión en términos decorosos y cerraríamos un compromiso aceptable del que debería informarle, pero yo estaba más al tanto de las costumbres de los hombres del norte. Querrían diversión. Si había de sentarme a negociar con ellos, antes tendría que brindarles una exhibición de fuerza. No me quedaba más remedio que dar prueba de mi valor pero, al ver a Weland, supe que no tenía nada que hacer. Más alto que los demás, a mí me sacaba

la cabeza. Pero la misma corazonada que me puso en guardia para no someterme a semejante prueba era la que me había convencido de que llevase conmigo a Steapa, que exhibía ya su lúgubre sonrisa. No había entendido nada de lo que habíamos hablado Sigefrid y yo, pero había comprendido la razón de que Weland estuviera allí.

—¿He de enfrentarme con él? —me preguntó.

—No; seré yo quien lo haga —respondí.

—De ninguna manera, mientras yo esté vivo —me dijo. Se desabrochó el cinturón del que llevaba las espadas colgadas y se las entregó al padre Willibald; a continuación, se sacó la cota de malla por la cabeza. Los asistentes, disfrutando de la pelea de antemano, emitieron un sordo grito de aliento.

—Más vale, cachorrito, que sea vuestro hombre quien salga vencedor —dijo Sigefrid, a mis espaldas.

—Ya lo veréis —repuse, con una confianza que estaba lejos de sentir.

—En primavera, perrito —rezongó Sigefrid—, me impedisteis crucificar a un cura. Pero aún tengo curiosidad por ver qué es lo que pasa. Así que si vuestro hombre pierde, os crucificaré a esta mierda de cura y a ti.

—¿Qué está diciendo? —preguntó Willibald, tras observar la malévola mirada de que era objeto, y nervioso, como es natural.

—Dice que no recurráis a vuestra magia cristiana para decidir el combate —le mentí.

—Rezaré de todos modos —aseveró el padre Willibald muy digno.

Weland estiraba sus poderosos brazos y doblaba sus dedazos. Dio unas cuantas patadas contra el suelo y adoptó la pose de un luchador, aunque dudaba de que su modo de pelear se ajustase a las estrictas reglas de la lucha libre.

—Recurre en demasía a la pierna derecha —le dije a Steapa, en voz baja—, señal de que ha sufrido alguna herida en la izquierda.

Podía haberme ahorrado el comentario, porque Steapa ya no me escuchaba. Con ojos entrecerrados y coléricos, su rostro, siempre tenso, se asemejaba a una rígida máscara de furia concentrada, como si estuviera loco. Recordé la vez en que había peleado con él, un día antes de la festividad de Yule, cuando los daneses de Guthrum atacaron Cippanhamm de forma inesperada. Steapa mantuvo la calma. Tal fue la impresión que me llevé en aquel ya lejano día invernal: era un artesano que, fiándose de sus herramientas y de su destreza, cumple con su cometido. Pero no era ése el

aspecto que mostraba en aquellos momentos, en que parecía dominado por una rabia interior, no sé si porque tenía que habérselas con un detestable pagano o porque, en Cippanhamm, me había infravalorado. Qué más daba.

—Recordad —traté de decirle—, el herrero Wayland era la hoja.

—¡Adelante! —gritó Sigefrid a mis espaldas.

—¡Por Dios y por Jesús, por el infierno y por Cristo! —rugió Steapa, quedándose quieto tras la orden de Sigefrid y haciéndome dudar de que la hubiera oído. Pero estaba haciendo acopio de todas sus fuerzas, como el arquero que tensa la cuerda de su arco una pulgada más para que la flecha cumpla su mortal cometido. Steapa lanzó un aullido como un animal y se lanzó contra su adversario. Weland cargó a su vez, y ambos se arremetieron como dos ciervos en época de celo.

Los daneses y los normandos se agolpaban en círculo, alrededor de un espacio delimitado por las espadas de los guardias de Sigefrid, y bramaron en el momento en que aquellos dos hombres, como dos bestias, se encontraron. Steapa había agachado la cabeza, con la esperanza de darle un testarazo a Weland en plena cara pero, en el último momento, éste se apartó, los cuerpos de los dos entrechocaron, y se produjo un momento de confusión mientras ambos trataban de enganchar al contrario. Steapa tenía atrapado a Weland por los calzones, mientras éste le tiraba de los pelos, y los dos recurrían a la mano que les quedaba libre para darse puñetazos. Steapa trató de morder a Weland; Weland le dio un cabezazo; Steapa trató de atraparlo por la entrepierna pero, en un movimiento a la desesperada, Weland le propinó un rodillazo entre los muslos.

—Señor Jesús —musitó Willibald detrás de mí.

Weland consiguió deshacerse de la mano de Steapa y le golpeó en la cara con todas sus fuerzas; el ruido que hizo el puño al encontrar a su adversario sonó como el hachazo sanguinolento del carnicero al cortar la carne. Aunque la sangre le fluía a borbotones por la nariz, a Steapa no parecía importarle. Lanzó unos cuantos golpes contra las costillas y a la cabeza de Weland y, de repente, estiró los dedos y los dirigió contra los ojos del danés con todas sus fuerzas. Weland se las apañó para que no le vaciase las cuencas y descargó un letal puñetazo contra la garganta del sajón, que se fue dando tumbos hacia atrás, incapaz de respirar.

—Dios mío, Dios mío —susurró Willibald, sin dejar de santiguarse.

Weland arremetió de inmediato, dándole golpes a Steapa en la cabeza con los pesados brazaletes que lucía en el brazo, rastrillando el cuero

cabelludo del sajón. Más sangre. Steapa vacilaba, renqueaba, jadeaba, boqueaba; de repente, se dejó caer de rodillas y la multitud lanzó un grito de protesta. Weland descargó un puñetazo con todas sus fuerzas pero, antes de que lo alcanzase, Steapa se lanzó hacia delante y se hizo con el tobillo del danés, que trató de rechazarlo pataleando y retorciéndose, hasta que acabó por caer al suelo como un roble talado. Fue a estrellarse contra la hierba, mientras Steapa, bufando y cubierto de sangre, se dejaba caer sobre su enemigo y comenzaba a golpearlo de nuevo.

—Acabarán por matarse el uno al otro —dijo el padre Willibald con voz horrorizada.

—Sigefrid no permitirá que muera su campeón —le repliqué, aunque no estaba muy seguro de lo que acababa de decir. Me volví para mirar a Sigefrid, y caí en la cuenta de que me estaba observando. Me dedicó una taimada sonrisa, y clavó la vista en los contendientes. Eso es lo que quería que viese, pensé: que fuera cual fuese el resultado final del combate, en nada cambiaría el curso de las negociaciones, salvo en lo referente a la vida del padre Willibald, que dependía de tan salvaje espectáculo. No era más que un juego.

Weland se zafó de Steapa, y los dos se quedaron juntos, tumbados en la hierba. Intercambiaron unas cuantas embestidas que no alcanzaron al contrincante y, como si se hubieran puesto de acuerdo, se separaron rodando por el suelo y se pusieron en pie de nuevo. Hubo un respiro mientras los dos recuperaban el aliento, antes de arremeter uno contra otro por segunda vez. La cara de Steapa era una masa sanguinolenta. Weland sangraba por el labio inferior y el oído izquierdo, tenía un ojo casi cerrado y las costillas molidas, durante un instante, los dos lucharon a brazo partido, tratando de hacerse con el contrario, moviéndose de un lado a otro y resollando. Weland consiguió atrapar a Steapa por los calzones, alzó al enorme sajón, lo zarandeó a la altura de sus caderas y lo estrelló contra el suelo. Weland alzó el pie para estampárselo en la entrepierna, pero Steapa se lo cogió al vuelo y se echó a un lado.

Weland emitió un gemido, un ruido que sonaba raro y chocante en un hombre de tales dimensiones ante una artimaña tan trivial, después del castigo que había soportado. Steapa había recordado, por fin, que Wayland el Herrero, había sido traspasado por el rey Nidung y, al retorcerle el pie al danés, había hurgado en una vieja herida. Weland trató de zafarse de él, pero perdió el equilibrio y cayó de nuevo al suelo. Jadeante y escupiendo

sangre, Steapa se abalanzó sobre él y comenzó a darle puñetazos de nuevo. Descargaba los golpes a ciegas, lo mismo en los brazos que en el pecho o en la cabeza de su adversario. Para defenderse, Weland trataba de sacarle los ojos, pero el sajón mordió la mano que lo atacaba y pude oír con claridad el crujido del dedo meñique del gigante. Weland se retorció, Steapa soltó el dedo y echó las manos al cuello del danés. Comenzó a apretárselo y, al faltarle el aire, Weland comenzó a agitarse y sacudirse como una trucha fuera del agua.

—¡Basta! —gritó Erik.

Nadie se movió. Weland abría los ojos, mientras Steapa, cegado por la sangre y con los dientes apretados, no aflojaba las manos del cuello del danés. Steapa lanzaba una especie de maullidos, seguidos de gruñidos, mientras apretaba los dedos contra la garganta de su oponente.

—¡Basta! —bramó Sigefrid.

La sangre de Steapa caía sobre el rostro de Weland mientras el sajón lo estrangulaba. Por su forma de gruñir, sabía que no se detendría hasta que aquel hombre tan enorme estuviera muerto, así que aparté una de las espadas que mantenían a los espectadores fuera del palenque.

—¡Basta! —le grité a Steapa y, como no me hiciera caso empuñé a *Aguijón-de-avispa* y deslicé con fuerza la parte lisa de su corta hoja contra su cráneo ensangrentado—. ¡Basta! —repetí.

Me soltó un gruñido y, por un momento, pensé que se disponía a arremeter contra mí. Con los ojos entrecerrados, recuperó el sentido, soltó el cuello de Weland y se me quedó mirando.

—¡He ganado! —dijo con furia—. ¡Decidme que he ganado!

—Así es —contesté.

Steapa se puso en pie. Vacilante, con las piernas separadas, se llevó los brazos al pecho y los alzó al aire cálido.

—¡He ganado! —gritó.

Weland no dejaba de resollar. Intentó ponerse en pie, pero cayó de espaldas. Me volví a Sigefrid y le dije:

—El sajón ha ganado; el cura seguirá con vida.

—Así será —fue Erik quien habló. Haesten seguía sonriendo, Sigefrid parecía más animado; Weland emitía unos ruidos estridentes tratando de recobrar la respiración.

—Decidme cuál es vuestra oferta a cambio de la puta de Alfredo —exigió Sigefrid.

Así dio comienzo el regateo.

Capítulo X

Cuatro hombres se las vieron y se las desearon para trasladar el cuerpo de Sigefrid desde el estrado de las carretas y depositarlo en el suelo sin percance. Me miró con resentimiento, como si yo tuviese la culpa de que fuese un tullido. En cierto sentido, no le faltaba razón. Los cuatro hombres llevaron el sillón al interior de la cabaña, y Haesten, que ni me había dirigido el saludo y se había limitado a esbozar una sonrisa para darse por enterado de mi presencia, me indicó con un ademán que fuéramos tras ellos.

—Alguien tendrá que ocuparse de Steapa —le dije.

—Una mujer le limpiará la sangre —repuso Haesten, restándole importancia, antes de romper a reír—: ¿Así que descubristeis que Björn era una triquiñuela?

—Bastante lograda —farfullé entre dientes.

—Está muerto —comentó Haesten, con tanto dolor como si hablase de la desaparición de un perro—. Un par de semanas después de que vos lo vierais, contrajo unas fiebres y ahora ese cabrón ya no es capaz de salir de su propia tumba.

Haesten llevaba una cadena de oro, una ristra de gruesos eslabones que le colgaban sobre el pecho. Le recordé de muchacho, cuando era poco más que un niño al que yo había rescatado. Pero, en aquel momento, tenía ante mí al Haesten adulto, y he de decir que no me gustó lo que vi. Su mirada aún parecía amigable, pero el trasfondo de los ojos revelaba un espíritu dispuesto a revolverse como una serpiente. Me tomó del brazo con familiaridad.

—¿Os habéis hecho a la idea de que esa regia puta sajona os va a costar un montón de plata?

—Siempre y cuando Alfredo decida que quiere tenerla a su lado —respondí con un punto de altivez—, supongo que, algo tendrá que pagar por su rescate.

—De no ser así —repuso Haesten, con una risotada—, la exhibiremos por toda Britania y por Frankia, la llevaremos a nuestro país, y la mostraremos desnuda y atada a unas parihuelas con las piernas abiertas para

que todo el mundo pueda acercarse y contemplar a la hija del rey de Wessex. ¿Ése el destino que queréis para ella, lord Uhtred?

—¿Pretendéis que me convierta en enemigo vuestro, *jarl* Haesten?

—Creo que ya lo somos —contestó Haesten, diciendo la verdad por una vez, aunque sin dejar de sonreír como si tratase de aparentar que no hablaba en serio—. ¿No creéis que la gente pagaría buena plata por ver a la hija del rey de Wessex? Los hombres pagarían en oro por gozar con ella —añadió, a carcajadas—. Me imagino que vuestro Alfredo tratará de evitar semejante humillación.

Estaba en lo cierto, como es de suponer, pero fingí que no le había escuchado.

—¿Ha recibido algún trato ofensivo? —pregunté.

—¡Erik no nos permite ni acercarnos a ella! —comentó con guasa—. Nadie la ha tocado. Cuando uno va a vender una cerda, no la echa a perder azotándola con una rama de acebo.

—Tenéis razón —repuse. Golpear a una cerda con una rama de acebo causa unas heridas tan profundas al animal que su carne tan compacta nunca podría salarse en óptimas condiciones. El séquito de Haesten nos esperaba cerca de allí. Entre ellos, reconocí a Eilaf *el Rojo*, el hombre que había prestado su cabaña para el espectáculo de Björn. Al verme, inclinó levemente la cabeza, pero preferí no darme por enterado de aquel gesto de cortesía.

—Pasemos dentro —dijo Haesten, señalando al interior de la cabaña de Sigefrid—, y sepamos cuánto oro podemos esquilmar a Wessex.

—Antes he de ir a ver cómo se encuentra Steapa —expliqué, para comprobar que unas esclavas sajonas le aplicaban un ungüento de lanolina en los cortes y heridas. Al ver que no precisaba de mi atención, seguí a Haesten al interior de la cabaña.

En torno al hogar, situado en el centro de la estancia, habían dispuesto un círculo de taburetes y bancos. Willibald y yo nos acodamos en dos de los escabeles más bajos, mientras Sigefrid nos observaba desde su sillón, detrás de la despoblada chimenea. Haesten y Erik se situaron a ambos lados del lisiado; otros hombres, con los brazos cargados de brazaletes, ocuparon el resto del perímetro. Eran, a mi entender, los hombres del norte más importantes, aquéllos que habían aportado dos o más barcos; los mismos que, si Sigefrid llegaba a conquistar Wessex, obtendrían como recompensa

suculentas cesiones de terreno. Sus séquitos respectivos atestaban los bordes de la cabaña. Unas cuantas mujeres repartían cuernos de cerveza.

—Presentad vuestra oferta —exigió Sigefrid a bocajarro.

—Como es una de sus hijas, que no un varón —insistí—, Alfredo no se muestra dispuesto a pagar una suma muy elevada. Trescientas libras de plata pueden ser una cantidad apropiada.

Sigefrid no apartó la vista de mí durante un buen rato, antes de echar una ojeada en derredor a los hombres allí reunidos, que asistían al encuentro y escuchaban lo que hablábamos.

—Me ha parecido oír un pedo sajón —comentario que fue recibido con grandes risotadas. Respiró hondo y arrugó la nariz, mientras los presentes hacían ruidos semejantes flatulencias. Sigefrid dio un manotazo en el brazo del sillón que ocupaba y en la cabaña se impuso el silencio—. Esto un insulto hacia mí —dijo con ojos centelleantes de ira—. Alfredo está dispuesto a ofrecer tan poca cosa, no me deja otra salida que traer a la joven aquí y obligaros a contempló cómo nos la tiramos. ¿Quién me lo habría de impedir? —añadió, removiéndose en el sillón, como si tratase de ponerse en pie, antes de recostarse de nuevo—. ¿Es eso lo que pretendes, pedo sajón? ¿Queréis ver cómo la violamos?

Aquel acceso de cólera era puro fingimiento. En la misma medida en que yo había tratado de rebajar el valor de Æthelflaed, Sigefrid tenía que exagerar las amenazas que le tenía reservadas, pero reparé en el destello de disgusto que se reflejó en el rostro de Erik hacia su hermano, que no hacia mí, cuando Sigefrid habló de violación.

—El rey ha confiado a mi discreción la posibilidad de aumentar la oferta —aseveré con voz tranquila.

—¡Qué sorpresa! —comentó Sigefrid con sarcasmo—. Dadme una muestra de hasta dónde podéis llegar en vuestra discreción. A cambio de la muchacha, queremos diez mil libras de plata y cinco mil de oro —calló un momento, para darme la oportunidad de responderle, pero guardé silencio —. Y será el propio Alfredo quien traiga el dinero, tendrá que pagar el rescate en persona —concluyó.

* * *

Fue un día largo, que parecía no acabar nunca, regado con cerveza, hidromiel y vino de abedul. Las negociaciones se desarrollaron entre

amenazas, accesos de cólera e insultos. Bebí poco, sólo algo de cerveza, pero Sigefrid y sus capitanes empinaron el codo de lo lindo. Quizá por eso cedieron más de lo que esperaba. Lo cierto es que querían dinero todo un cargamento de plata y oro para disponer de más hombres, de más armas y lanzarse a la conquista de Wessex. Había hecho un cálculo aproximado de los hombres que había en la ciudadela. Según mi estimación, Sigefrid estaba en disposición de reunir un ejército de unos tres mil hombres, una cifra muy por debajo de los cinco o seis mil guerreros que, como poco, necesitaba para invadir Wessex. Pero si juntase ocho mil soldados, bien podría salirse con la suya. Con un ejército tan numeroso, estaría en condiciones de conquistar Wessex y convertirse en el rey lisiado de sus fértiles campiñas. Para alcanzar esa cifra de hombres a su mando, necesitaba plata y, si no conseguía el rescate que había previsto, hasta los guerreros con los que ahora contaba le darían la espalda para ir en busca de otros señores que, a cambio, les entregasen los brillantes y relucientes metales que tanto anhelaban.

A media tarde, parecieron conformarse con tres mil libras de plata y quinientas de oro. Pero insistían en que el propio Alfredo les entregase el dinero, a lo que me negué en redondo, hasta el extremo de levantarme y tirar del brazo del padre Willibald, explicándole que, como era imposible llegar a un acuerdo, teníamos que irnos. Muchos de los presentes se morían de tedio y unos cuantos más estaban borrachos, de modo que, cuando me puse en pie, se enfurecieron y pensé que nos atacarían. En ese momento intervino Haesten.

—¿Qué hay del marido de la furcia? —preguntó.

—¿Qué tiene que ver él? —contesté, dándome media vuelta, mientras en la concurrencia, poco a poco, se hacía el silencio.

—¿No se llama a sí mismo señor de Mercia? —insistió Haesten, mofándose de tal título con una risotada—. Que traiga el dinero el señor de Mercia.

—Y que me suplique de rodillas la libertad de su esposa —añadió Sigefrid.

—De acuerdo —dije; la rapidez con que accedí a su petición les pilló desprevenidos.

Sospechando que había cedido con demasiada prontitud, Sigefrid frunció el ceño.

—¿Seguro? —preguntó, como si no me hubiera oído con claridad.

—Por supuesto —afirmé, sentándome de nuevo—. El señor de Mercia será el encargado de entregaros el rescate y se pondrá de rodillas ante vos. El señor de Mercia es primo mío —dije, al ver que Sigefrid no las tenía todas consigo— y no puedo ni ver a ese cabroncete —afirmé, mientras Sigefrid se partía de la risa.

—El dinero habrá de estar aquí antes de la luna llena —especificó, señalándome con un dedo temblón—; vos os presentaréis aquí la víspera para decirme que la plata y el oro ya están en camino. Enarbolaréis una rama verde en vuestro mástil, como señal de que venís en son de paz.

Necesitaba todo un día antes de que llegase el rescate para reunir a tantos hombres como pudiera que fuesen testigos de su triunfo. Acepté, pues, presentarme la víspera de que zarpase el barco con el tesoro, no sin advertirle que no sería cuestión de un día para otro, porque llevaría tiempo reunir una suma tan considerable. Sigefrid empezó a refunfuñar, pero le atajé asegurándole que Alfredo era hombre de palabra y que, para la siguiente luna llena, recibiría en Beamfleot todo el dinero que hubiéramos conseguido. En ese momento, insistí, *Æ*thelflaed sería puesta en libertad. Recibirían el oro y la plata que faltasen antes de la siguiente luna llena. Trataron de regatear un poco pero, para entonces, hastiados e irritados, los hombres que nos escuchaban, empezaron a dar muestras de cansancio; de forma que Sigefrid se avino a que el rescate se pagase en dos partes, y yo acepté que *Æ*thelflaed no quedaría libre hasta que se hubiera hecho efectivo el segundo pago.

—Me gustaría ver a lady *Æ*thelflaed ahora mismo —exigí como última condición.

—Nada que oponer. Erik os conducirá hasta ella —repuso Sigefrid, haciendo un gesto desganado con la mano.

Erik apenas había hablado durante todo el día. Se había mantenido tan sobrio como yo, y no se había sumado ni a los insultos ni a las risotadas. Por el contrario, había permanecido sentado y un poco apartado, mientras sus penetrantes ojos iban y venían de su hermano a mí.

—Cenaréis con nosotros —añadió Sigefrid, dirigiéndome una inopinada sonrisa, que aún conservaba algo del encanto que creía haber percibido en él la primera vez que nos vimos en Lundene—. Celebraremos el acuerdo con un banquete —continuó—, al que también están invitados los hombres que habéis dejado en Thunresleam. ¡Podéis ir a ver a la joven! Mi hermano os acompañará.

Erik nos llevó al padre Willibald y a mí hasta una pequeña cabaña, custodiada por doce hombres con largas cotas de malla, pertrechados de escudos y armas. Allí tenían a *Æ*thelflaed cautiva, en una zona muy próxima al lienzo de muralla del campamento que daba al mar. Mientras íbamos andando, Erik no abrió la boca, como si se hubiera olvidado de mí, con la vista tan obstinadamente puesta en el suelo que tuve que tirar de él para que no chocase contra un caballete en el que unos hombres moldeaban unos remos nuevos. Largas y rizadas virutas cubrían la tierra y esparcían su olor dulzón en el cálido anochecer. Nada más dejar atrás los potros de madera, Erik se detuvo y se volvió para mirarme, con el ceño fruncido.

—¿Es cierto lo que habéis afirmado durante todo el día? —me preguntó, con aspereza.

—He dicho un montón de cosas —repuse cautamente.

—¿Es cierto que el rey Alfredo no está dispuesto a pagar mucho dinero porque lady *Æ*thelflaed es mujer?

—Los varones son más valiosos que las mujeres —contesté sin faltar a la verdad.

—¿O se trataba sólo de un regateo? —me insistió furioso.

Dudé cosa de un instante. Me sorprendió que Erik me plantease semejante pregunta, porque era lo bastante inteligente como para darse cuenta de los endebles argumentos a que había recurrido para rebajar el precio de *Æ*thelflaed, pero me formuló la pregunta con tal viveza que pensé que tenía que decirle la verdad. Por otra parte, nada de lo que dijese en aquel momento modificaría el trato que había cerrado con Sigefrid. Los dos habíamos brindado con cerveza escocesa para sellar el compromiso, habíamos escupido en la palma de la mano y las habíamos juntado, y habíamos jurado por el amuleto del martillo que cumpliríamos la palabra dada. Como el acuerdo estaba concluido, bien podía decirle la verdad a Erik.

—Pues claro que estaba regateando —le expliqué—. *Æ*thelflaed es una hija muy, muy querida de su padre, que lo está pasando muy mal a cuenta de este asunto.

—Eso pensaba yo —comentó Erik pensativo. Se volvió para contemplar el ancho estuario del Temes. Aprovechando la pleamar, un barco con cabeza de dragón surcaba las aguas en dirección a la ensenada; sus remos subían y bajaban, perezosamente, centelleando bajo los postreros rayos del sol.

—¿Cuánto habría pagado el rey por su hija? —me espetó.

—Lo que hubiera hecho falta —repliqué.

—¿De verdad? —me preguntó nervioso—. ¿Sin límite?

—Me ordenó —le dije, sinceramente— que ofreciese lo que fuera con tal de que Æthelflaed volviese a casa.

—Para seguir al lado de su marido —rezongó.

—Así es —asentí.

—Que debería morir —repuso Erik, estremeciéndose con violencia, sin poderse contener. Algo me advirtió que, en lo más hondo de su corazón, latía una pavesa de la cólera que dominaba a su hermano.

—Cuando aparezca lord Æthelred con la plata y el oro, no podréis hacerle nada —le advertí—, porque se presentará en tiempo de tregua.

—¡Le pega! ¿Es eso cierto? —me preguntó con rudeza.

—Sí —contesté.

Erik me miró durante un instante, y contemplé la lucha que mantenía en su interior tratando de controlar aquel estallido de ira. Hizo un gesto afirmativo y echó a andar.

—Por aquí —me dijo, llevándome a la pequeña cabaña. Reparé en lo mayores que eran los hombres que la guardaban, y supuse que los habían elegido no sólo para custodiarla, sino también para que no la incomodasen —. No ha sufrido ningún daño —afirmó Erik, como si hubiera leído mis pensamientos.

—Eso es lo que me han dicho.

—Está atendida por tres de sus doncellas —continuó Erik— y, por mi cuenta, he puesto a dos buenas chicas danesas a su servicio. Por si fuera poco, la cabaña está custodiada.

—Por hombres de vuestra confianza —insinué.

—Por mis propios hombres —repuso con cordialidad—, y sí, son de fiar —añadió, indicándome que me detuviese con la mano—. La traeré aquí para que la veáis —me explicó—: le gusta estar al aire libre.

Aguardé, mientras el padre Willibald no dejaba de observar con ojos de preocupación a los hombres que vigilaban nuestros pasos desde el exterior de la cabaña de Sigefrid.

—¿Por qué hemos de verla aquí? —me preguntó.

—Porque Erik dice que Æthelflaed prefiere estar al aire libre — respondí.

—¿Me matarán si le doy el sacramento aquí?

—¿Porque piensen que hacéis magia cristiana? —le pregunté a mi vez —. No lo creo, padre.

Observé cómo Erik alzaba la cortina de piel que hacía las veces de puerta de la choza. Dijo algo a los guardianes, que se hicieron a ambos lados, dejando un espacio despejado entre la fachada de la cabaña y las murallas del fortín. Las murallas eran un grueso muro de tierra de un metro de altura más o menos, aunque me imaginaba que del otro lado serían mucho más elevadas. Una empalizada de sólidos troncos de roble acabados en punta culminaba el muro de tierra. No me hacía idea de cómo subir la colina desde la ensenada para escalar, a continuación, tan formidable muralla. Tampoco me figuraba cómo podría atacarse la ciudadela desde tierra, escalando a pecho descubierto y desde el foso, el muro y la empalizada que protegían el recinto. Era un campamento bien pensado. No inexpugnable desde luego, pero un ataque supondría un número incalculable de bajas.

—¡Está viva! —exclamó el padre Willibald, respirando hondo.

Volví la mirada hacia la cabaña: *Æ*thelflaed se inclinaba para pasar por debajo de la cortina de piel, que una mano invisible mantenía alzada. Parecía más menuda y más joven si cabe y, aunque por fin se le notaba el embarazo, aún se movía con agilidad. Una muchacha ágil y vulnerable, pensé. Luego, me vio, y una sonrisa le iluminó la cara. El padre Willibald echó a andar hacia ella, pero le sujeté por el hombro y le obligué a quedarse donde estaba. Algo en el porte de *Æ*thelflaed me obligó a detenerlo. Había confiado en que, al verme, *Æ*thelflaed echaría a correr encantada; sin embargo, pareció vacilar al cruzar la puerta; su sonrisa había sido de puro compromiso. No hay duda de que estaba contenta de verme pero, antes, miró con cautela a su alrededor hasta comprobar que Erik también cruzaba la puerta. Él le indicó que podía ir a saludarme, pero necesitó de aquel ademán antes de acercarse a donde yo estaba.

Su rostro lucía tan radiante, que no pude por menos de acordarme del día en que había contraído matrimonio en la nueva iglesia que su padre había erigido en Wintanceaster. La misma mirada. Se la veía feliz, arrebolada. Caminaba ligera, como una bailarina, y lucía una sonrisa tan hermosa que pensé lo mismo que en la iglesia, que estaba enamorada del amor, hasta que, de sopetón, comprendí la diferencia que había entre un día y otro.

Aquella maravillosa sonrisa no estaba destinada a mí. Miró atrás una vez más y buscó a Erik con los ojos. Entonces, me di cuenta. Tendría que haberlo notado por la forma de hablar de Erik. Tendría que haber reparado en algo tan evidente como una gota de sangre sobre nieve recién caída.

Æthelflaed y Erik estaban enamorados.

El amor es un asunto peliagudo. Se presenta cuando menos lo esperamos y es capaz de cambiarnos la vida. Hubo un tiempo en que pensé que quería a Mildrith, llegué a imaginar que se trataba de amor, pero era sólo lascivia. A la concupiscencia le toca el papel de burlador: trastoca nuestra existencia hasta el extremo de que sólo nos importa la persona a quien creemos amar. Con engañosas artimañas, nos lleva a matar por ella, a darlo todo por esa persona, hasta que, una vez saciado el deseo, nos percatamos de que era sólo una vacua ilusión. La lascivia es un viaje a ninguna parte que nos arrastra a parajes inhóspitos. Con todo, hay hombres que están encantados de embarcarse en tales andaduras, sin importarles el destino final.

El amor es también un viaje, una travesía, una placentera singladura, cuyo destino final es la muerte. Amaba a Gisela, y ambos éramos afortunados. Nuestras trayectorias se habían cruzado, estábamos juntos, nuestras vidas se entrelazaban y, al menos por una vez, las Hilanderas nos trataban con mimo. Pero hay amor, incluso cuando las hebras de la vida no casan del todo. Había visto cómo Alfredo amaba a Ælswith, a pesar de que era como la leche agria. Quizá se había acostumbrado a ella, quizás el amor sea más parecido a la amistad que al deseo carnal, aunque bien saben los dioses que la concupiscencia siempre está presente. Al igual que Alfredo con Ælswith, Gisela y yo habíamos alcanzado ese grado de satisfacción, aunque creo que nuestra singladura era más feliz, porque nuestra barca se mecía en mares risueños, bajo el impulso de una fuerte y cálida brisa.

¿Y Æthelflaed? Lo adiviné en su rostro. En su cara, radiante de felicidad, observé el ímpetu de aquel amor, y todas las desgracias, lágrimas y congojas que habría de provocar. Se había embarcado en un viaje por amor, pero se dirigía hacia una galerna tan amarga y oscura que casi se me encogió el corazón.

—Lord Uhtred —dijo, cuando estuvo a mi lado.

—Señora —contesté, haciendo una reverencia; los dos nos quedamos callados.

Willibald no dejaba de parlotear, pero no creo que ni ella ni yo prestásemos atención a lo que decía. La miré y me sonrió, y el sol brilló por encima de la hierba alta y fresca, mientras oíamos el canto de las alondras. Pero sólo podía oír el bramido del trueno que desgarraba el firmamento; sólo veía las olas que, con blanca violencia, se estrellaban contra un barco que zozobraba y cuyos tripulantes perecían ahogados. *Æ*thelflaed estaba enamorada. Cuando, por fin, fui capaz de hablar, le dije:

—Vuestro padre os manda todo su cariño.

—Pobre padre —contestó—. ¿Está enfadado conmigo?

—No está enfadado con nadie —repliqué—, aunque debería de estar furioso con vuestro marido.

—Sí —repuso con calma—, tendría que estarlo.

—He venido para negociar vuestra libertad —le dije, dejando a un lado la cuestión de que eso era lo que menos deseaba en aquellos momentos —. Habéis de saber, señora, que hemos llegado a un acuerdo y que no tardaréis en volver a casa.

La noticia no pareció entusiasmarla. Ciego a lo que la joven sentía, el padre Willibald le sonreía afablemente. *Æ*thelflaed le dedicó un remedo de sonrisa.

—Estoy aquí para daros los sacramentos —comentó el cura.

—Me gustaría recibirlos —repuso la muchacha, muy seria, antes de alzar los ojos hacia mí, con un gesto de desesperación—. ¿Podéis esperarnos un momento? —me rogó.

—¿Esperaros? —contesté, sorprendido al escuchar semejante petición.

—Aquí mismo —respondió—, mientras el querido padre Willibald y yo rezamos en el interior.

—Faltaría más —le dije.

Me sonrió agradecida y, en compañía de Willibald, se dirigió al interior de la cabaña. Mientras, me fui a dar una vuelta por las murallas, trepé por el muro, me incliné sobre la empalizada todavía caliente por el sol, y miré a la ensenada, abajo del todo. El barco que había visto ya no llevaba el dragón en la proa y avanzaba a golpe de remo por el canal. Unos hombres desataban la nave que permanecía amarrada para bloquear el acceso al río Hothlege. Unas pesadas cadenas, atadas a unas recias estacas hundidas en las fangosas riberas, sujetaban el barco por proa y por popa. La tripulación retiraba la cadena de proa, que iba unida a una maroma larga. La cadena se fue al fondo de la ensenada, mientras el barco, todavía amarrado de popa,

viraba como una puerta al abrirse, cediendo ante el empuje de la marea. Una vez que los recién llegados lo dejaron atrás, los tripulantes del barco-esclusa halaron la maroma, recuperaron la cadena y arrastraron la embarcación hasta bloquear de nuevo el acceso a la ensenada. Al menos cuarenta hombres estaban allí no sólo para tirar de maromas y cadenas, sino también para ejercer como tripulación. Las amuradas del barco estaban reforzadas con planchas de madera perfectamente ensambladas tan altas como la arrufadura, que superaban con creces la altura de cualquier nave que pretendiera atacarlo. Apoderarse de aquella embarcación era como tomar al asalto la empalizada de una fortaleza. El barco que había exhibido la cabeza de dragón surcó el Hothlege, dejando atrás los buques encallados en la ribera de la ensenada, que unos hombres calafateaban con crines y alquitrán. El humo de las hogueras con que calentaban las calderas de brea ascendía por la ladera mientras, en el cálido atardecer, se oían los graznidos de las gaviotas que volaban en círculo allá en lo alto.

—Sesenta y cuatro barcos —dijo Erik, que había subido hasta donde me hallaba.

—Sí; ya los he contado —repuse.

—La semana que viene habrá cien embarcaciones —añadió.

—Con tantas bocas que alimentar, andaréis escasos de comida.

—Tenemos de todo —afirmó Erik, como quien no quiere la cosa—: disponemos de redes para pescar peces y anguilas, y cazamos aves salvajes. Comida no nos falta. Además, con el oro y la plata que recibamos compraremos montones de trigo, cebada, avena, carne, pescado y cerveza.

—También hombres —supuse.

—Así es —asintió.

—De modo que el pago de Alfredo servirá para acabar con Wessex —concluí.

—Eso parece —repuso Erik con calma. Dirigió la mirada hacia el lejano sur por encima de las verdes tierras de Cent. Por allí el cielo se iba cubriendo de enormes nubes, blancas y plateadas por arriba, oscuras por debajo.

Me volví para echar un vistazo al campamento amurallado. Steapa salía de una cabaña. Mostraba una leve cojera al andar y llevaba la cabeza vendada. Parecía un poco achispado. Al verme, me saludó con la mano, se sentó a la sombra delante de la cabaña de Sigefrid y se quedó dormido.

—¿Creéis —dije, de espaldas a Erik todavía— que Alfredo no ha tenido en cuenta todo lo que podréis comprar con el dinero del rescate?

—¿Qué podría hacer para evitarlo?

—No soy quién para decíroslo —repliqué, dando a entender que sabía la respuesta. Lo cierto era que si en Wessex se presentaban siete u ocho mil hombres del norte, no habría más remedio que plantarles cara y, en mi opinión, la batalla sería una carnicería, más sangrienta que la de Ethandun. Al final, lo más probable era que hubiera un nuevo soberano en Wessex y un nuevo nombre para el reino, Norseland o algo parecido.

—Habladme de Guthred —reclamó Erik de improviso.

—¡Guthred! —repuse, sorprendido ante semejante ruego. Guthred era hermano de Gisela y rey de Northumbria, y no lograba entender qué tenía que ver con Alfredo, con Æthelflaed o con el propio Erik.

—Es cristiano, ¿verdad? —quiso saber Erik.

—Al menos eso dice.

—¿Lo es?

—¿Quién podría asegurarlo? —repliqué—. Afirma que es cristiano, pero dudo que haya renunciado al culto de los verdaderos dioses.

—¿Os cae bien? —me preguntó con gesto preocupado.

—Guthred le cae bien a todo el mundo —contesté, y así era; no dejaba de sorprenderme que un hombre tan afable como indeciso se hubiera mantenido en el trono tanto tiempo. Hasta donde sabía, mi cuñado contaba con el apoyo de Ragnar, mi hermano del alma, y nadie se atrevía a plantar cara a las feroces huestes que éste acaudillaba.

—Era sólo un comentario —dijo Erik, y se quedó callado; aquel silencio bastó para confirmarme que acariciaba un sueño.

—¿Acaso se os ha pasado por la cabeza —le pregunté a bocajarro— que Æthelflaed y vos podríais disponer de un barco, quizá la nave de vuestro hermano, y trasladaros a Northumbria para vivir bajo la tutela de Guthred?

Erik se me quedó mirando como si le hubiera leído el pensamiento.

—¿Os lo ha dicho ella? —me preguntó.

—Vuestros rostros lo dicen todo —repliqué.

—Guthred nos daría protección.

—¿Cómo? —le pregunté—. ¿Imagináis que reunirá su ejército si a vuestro hermano le da por perseguiros?

—¿Mi hermano? —se sorprendió Erik, como si Sigefrid estuviera dispuesto a perdonarle cualquier cosa.

—Sí, el mismo que confía en obtener un rescate de tres mil libras de plata y quinientas libras de oro —repuse con acritud—, y que perderá esa suma, si decidís llevaros a Æthelflaed. ¿Pensáis que no intentará recuperarla?

—Vuestro amigo, Ragnar... —balbució Erik.

—¿Pretendéis que Ragnar dé la cara por vos? ¿Por que debería hacerlo? —le pregunté.

—Porque vos se lo pediríais —replicó Erik, sin dudarlo un instante—. Æthelflaed asegura que os queréis como hermanos.

—Así es.

—Pedídselo, pues —me suplicó.

Alcé la vista y contemplé las nubes en la lejanía, pensando en cómo nos dejamos llevar por la dulce enajenación del amor, aunque nos cambie la vida.

—¿Cómo os defenderéis de los asesinos que, sin duda, se presentarán en mitad de la noche, de esos hombres sedientos de venganza que prenderán fuego a vuestra cabaña?

—Sabré cómo guardarme de ellos —replicó testarudo.

Contemplé de nuevo el cielo anubarrado, y supuse que Thor lanzaría sus rayos sobre los campos de Cent antes de que acabase aquel atardecer de verano.

—Æthelflaed es una mujer casada —sugerí con delicadeza.

—Con un cabrón degenerado —añadió Erik, furioso.

—Su padre piensa que el matrimonio es una institución sagrada —le aclaré.

—Alfredo no la obligará a regresar desde Northumbria —aseguró Erik, muy convencido—. Ningún ejército sajón de Wessex se aventuraría a llegar tan lejos.

—Enviará curas para que le remuerda la conciencia —continué—, y no estéis tan seguro de que no mande hombres en su busca. No tiene por qué ser un ejército. Bastaría con una partida de osados guerreros.

—¡Sólo pido una oportunidad! —exclamó—. Una cabaña en un valle, unas tierras de labranza y unos cuantos animales de cría, ¡un lugar en el que podamos vivir en paz!

Guardé silencio durante un rato. En mi opinión, en sus sueños, Erik, construía un barco, una maravillosa embarcación, una nave exquisita, de airosa quilla. Pero sólo era una ilusión. Cerré los ojos y traté de medir mis palabras:

—Æthelflaed es una recompensa —dije—. Tiene un precio. Es hija de un rey y ha recibido tierras como dote. Es pudiente, hermosa y valiosa. Cualquier hombre que sueñe con hacerse rico deseará saber dónde se encuentra. Cualquier carroñero en pos de dinero fácil sabrá dónde dar con ella —añadí, mientras me daba media vuelta para mirarle—. Cuando atranquéis la puerta cada noche, tendréis miedo de los enemigos que estarán al acecho en la oscuridad, y saldréis a buscarlos cada mañana. No encontraréis un remanso de paz, ni nada que se le parezca.

—Dunholm —dijo, sin alterarse.

—Conozco el sitio —contesté, esbozando una media sonrisa.

—En tal caso, sabréis que allí se alza una fortaleza inexpugnable —continuó Erik con tenacidad.

—Yo la conquisté —repuse.

—Pero nadie será capaz de emular vuestra hazaña —afirmó Erik—, al menos no antes de que el mundo desaparezca. Podemos irnos a vivir a Dunholm.

—Dunholm está en el territorio de Ragnar.

—Le juraré fidelidad —replicó Erik muy convencido—. Seré súbdito suyo y le seré leal de por vida.

Reflexioné un momento, sopesando la viveza de los sueños de aquel muchacho y la dura realidad de la vida. Asentada en un recodo del río, coronando un risco escarpado, Dunholm era una plaza casi inexpugnable. Cualquier hombre que dispusiese de aquel bastión podría soñar con que moriría tranquilamente en su lecho: bastaba con disponer de un puñado de hombres armados para defender la única forma posible de llegar allí, un abrupto sendero rodeado de peñascos. Por otro lado, estaba seguro de que Ragnar se tomaría a bien la peripecia de Erik y Æthelflaed, así que me dejé llevar por la pasión que animaba al joven. Quizá su sueño no fuera tan descabellado como imaginaba.

—¿Cómo os llevaréis a Æthelflaed de aquí sin que se entere vuestro hermano? —le pregunté.

—Contando con vuestra ayuda —me contestó.

Al oír la respuesta, me pareció escuchar las risotadas de las tres Hilanderas. El sonido de un cuerno retumbó en el campamento. Supuse que era la llamada para acudir al banquete que Sigefrid nos había prometido.

—He jurado lealtad a Alfredo —dije con serenidad.

—No os pido que faltéis a vuestro juramento —replicó Erik.

—¡Sí, claro que sí! —me revolví—. Alfredo me encargó una misión, que he cumplido sólo a medias. ¡Lo que me queda por hacer es recuperar a su hija!

Erik apretó y aflojó sus enormes puños en torno a las afiladas puntas de la empalizada.

—Tres mil libras de plata y quinientas libras de oro —dijo—. Pensad cuántos hombres podrían comprarse con ese dinero.

—Ya lo he pensado.

—Basta una libra de oro para comprar una cuadrilla de buenos guerreros —continuó.

—Cierto.

—Disponemos de hombres suficientes como para atacar Wessex.

—Para atacarlo, quizá, pero no para derrotarlo.

—Si disponemos del oro y de los hombres, eso es lo que haremos.

—No lo dudo —admití.

—Además, el oro atraerá a más hombres —añadió Erik, sin darse un respiro— y más barcos, y este otoño o la próxima primavera lanzaremos nuestras hordas contra Wessex. Reuniremos un ejército que dejará tamañito al que vos derrotasteis en Ethandun. Arrasaremos las tierras. Nuestras lanzas, hachas y espadas se adentrarán en Wessex. Quemaremos vuestras ciudades, convertiremos en esclavos a vuestros hijos, abusaremos de vuestras mujeres, nos apoderaremos de la tierra y mataremos a todos los hombres. ¿Tiene eso algo que ver con vuestra idea de servir a Alfredo?

—¿Son ésos los planes de vuestro hermano?

—Para que eso suceda —prosiguió Erik, haciendo caso omiso de mi pregunta, porque de sobra sabía que estaba al tanto de la respuesta—, tendrá que entregar a Æthelflaed a su padre a cambio de dinero.

—Así es —admití. Si no se pagaba el rescate, los hombres acampados dentro y en los alrededores de Beamfleot desaparecerían como el rocío en una mañana de calor. No llegarían más barcos, y Wessex se vería libre de amenazas.

—A mi entender, habéis jurado que serviríais a Alfredo de Wessex —afirmó Erik con respeto—. ¿Creéis, lord Uhtred, que servir al rey pasa por consentir que mi hermano se haga lo bastante rico como para acabar con él?

Se me pasó por la cabeza que el amor había puesto a Erik en contra de su hermano, que su pasión segaría como una daga cualquier juramento que hubiera pronunciado con anterioridad. El amor es más fuerte que todo. Sonó de nuevo el cuerno, apremiante. Raudos, los hombres se encaminaban hacia el gran salón.

—¿Sabe vuestro hermano que amáis a Æthelflaed? —le pregunté.

—Cree que es un capricho, que la dejaré en cuanto la plata esté aquí. Piensa que me lo paso bien con ella, y a él le hace gracia la situación.

—¿Se trata sólo de un capricho? —quise saber de inmediato, mirándole a sus ojos sinceros.

—Eso no os incumbe —repuso desafiante.

—No, ya lo sé —contesté—, pero habéis solicitado mi ayuda.

Dudó un momento y asintió con la cabeza.

—No debería decíroslo —replicó a la defensiva—, pero los dos nos queremos.

Así que Æthelflaed había bebido el agua amarga antes de haber pecado, lo que me pareció muy sensato por su parte. Sonreí, pensando en ella, y me dirigí al banquete de Sigefrid.

* * *

Æthelflaed ocupaba un lugar de honor, a la derecha de Sigefrid, y yo estaba sentado a su lado. Erik estaba alejado de su hermano, junto a Haesten. Observé que Æthelflaed nunca miraba a Erik. Con tantos hombres como había en el salón muertos de curiosidad en cuanto a la hija del rey de Wessex, una sola mirada habría bastado para que cualquiera se diese cuenta de que se había convertido en la amante de Erik.

Los hombres del norte saben lo que es una fiesta por todo lo alto: comida más que abundante, cerveza escanciada con generosidad y espectáculos entretenidos. Había malabaristas, hombres que andaban sobre zancos, músicos, acróbatas y dementes, que provocaban carcajadas en las mesas más retiradas.

—No deberíamos reírnos de los locos —me comentó Æthelflaed, que apenas había probado bocado, aparte de picotear de un cuenco de

berberechos hervidos.

—Les tratan bien —repuse—, y siempre es mejor tener comida y alojamiento que vivir entre animales.

En aquel instante, miraba a un loco desnudo que no dejaba de examinarse la entrepierna. Incapaz de sacar algo en limpio de lo que se traía entre manos, se acercaba a diferentes mesas, mientras los comensales se morían de la risa. Una mujer de pelo enmarañado, incitada por gritos soeces, se quitó toda la ropa que llevaba encima, sin que nadie entendiese a cuento de qué. *Æ*thelflaed no apartaba los ojos de la mesa.

—Hay monasterios en los que cuidan de gente como ellos —comentó.

—No en los territorios gobernados por daneses —repuse.

Se quedó callada durante un rato. Dos enanos empujaban a la mujer desnuda hacia el hombre, también en cueros, mientras los espectadores se desternillaban. *Æ*thelflaed alzó los ojos un instante, se estremeció y volvió a clavarlos en la mesa.

—¿Habéis hablado con Erik? —me preguntó. Podíamos hablar en inglés tranquilamente porque nadie nos oía, y en caso de que alguien hubiera pegado la oreja, tampoco hubiera entendido casi nada de lo que decíamos.

—Tal como me pedisteis —puntualicé, comprendiendo en ese instante la razón de su insistencia en hablar con el padre Willibald en el interior de la cabaña—. ¿Vos os confesasteis como Dios manda?

—No creo que sea asunto vuestro.

—Claro que no —repliqué, echándome a reír.

Me miró, hizo un tímido mohín y se sonrojó.

—¿Vais a ayudarnos?

—¿En qué?

Frunció el ceño.

—¿No os lo ha dicho Erik?

—Me dijo que necesitabais de mí; pero, ¿para qué?

—Para ayudarnos a salir de aquí —repuso.

—¿Qué haría vuestro padre conmigo si lo hiciera? —le pregunté, pero no obtuve respuesta—. Pensaba que odiabais a los daneses.

—Erik es noruego —replicó.

—Daneses, escandinavos, noruegos, vikingos, paganos todos en definitiva y enemigos de vuestro padre —le dije.

Volvió la vista hacia el hogar, donde los dos locos desnudos se peleaban, en vez de hacer el amor como habían pensado los comensales. El hombre era mucho más grande, pero más tonto, y la mujer, animada por gritos estentóreos, le daba golpes en la cabeza con un manojo de juncos que había recogido del suelo.

—¿Por qué consienten que hagan eso? —me preguntó Æthelflaed.

—Porque les parece divertido —contesté—, y porque no cuentan con un montón de curas con sotanas negras que les digan qué está bien o mal. Por eso me caen tan bien, señora.

Miró a la mesa de nuevo.

—No hice nada para que me gustase Erik —dijo casi en un susurro.

—Pero eso fue lo que pasó.

Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—No pude evitarlo —dijo—. Rezaba para que tal cosa no llegara a ocurrir; pero, cuanto más lo imploraba, más pensaba en él.

—Así que estáis enamorada de él —dije.

—Sí.

—Es un buen hombre —afirmé.

—¿De verdad lo creéis? —me preguntó con impaciencia.

—Si os soy sincero, creo que sí.

—Va a convertirse al cristianismo —añadió entusiasmada—. Me lo ha prometido, y piensa hacerlo. ¡De verdad!

No me sorprendió. Erik llevaba mucho tiempo embelesado con el cristianismo, así que supuse que Æthelflaed no habría tenido que insistir demasiado.

—¿Qué será de Æthelred? —le pregunté.

—Le odio —silabeó con tanta fuerza las palabras que Sigefrid se volvió para mirarla. Al ver que no la entendía, se encogió de hombros y volvió a contemplar la pelea que mantenían los dos que estaban en cueros.

—Os veréis privada de familia —le advertí.

—Ya tendré otra —afirmó, muy segura—. Erik y yo constituiremos una propia.

—Y tendréis que vivir entre esos daneses a los que aseguráis odiar.

—Igual que vos entre cristianos, lord Uhtred —repuso, con un ademán travieso, como en los viejos tiempos.

—¿Estáis segura en cuanto a Erik? —le pregunté con una sonrisa.

—Sí —repuso emocionada. El amor hablaba por su boca y suspiré.

—Si está en mi mano, os ayudaré.

—Gracias —me contestó, dejando su mano pequeña sobre la mía.

Había comenzado una pelea de perros, y los comensales azuzaban a los animales. Al ir a menos la luz de aquel crepúsculo de verano, encendieron antorchas y colocaron vela en la mesa principal. Escanciaron más cerveza y vino de abedul, y comenzaron a escucharse las primeras melopeas.

—Pronto empezarán a pelearse entre ellos —le dije a Æthelflaed, y así fue. Antes de que finalizase el banquete, cuatro hombres tenían unos cuantos huesos rotos, mientras otro llevaba un ojo medio colgando porque su contrincante, enardecido por la bebida, había tratado de sacárselo. Steapa estaba sentado junto a Weland y, aunque hablaban lengua diferentes, ambos bebían de un cuerno con rebordes de plata, mientras ponían a caldo a los pendencieros que, ciegos de furor por culpa de la bebida, caían al suelo. No había duda de que el propio Weland estaba borracho, porque pasó su brazo descomunal por encima de los hombros de Steapa y se puso a cantar.

—¡Chillas como un becerro cuando lo castran! —le gritó Sigefrid a Weland; reclamó que llevasen a un juglar de verdad, y un escaldo ciego ocupó una silla junto al hogar.

El invidente tañó las cuerdas de un arpa y entonó una balada sobre las proezas de Sigefrid. Hablaba de los francos que había liquidado, de los sajones que había traspasado con su espada, *Aterradora,* y de las mujeres frisias que había dejado viudas aquel hombre del norte vestido con piel de oso. En la saga, se citaba por su nombre a muchos de los hombres de Sigefrid, recordando el heroísmo de que habían dado muestra en combate; cada vez que salía un nombre a relucir, el hombre se ponía en pie y sus amigos lo jaleaban. Si el héroe aludido ya estaba muerto, los comensales daban tres golpes en la mesa para que el difunto pudiera escuchar desde el salón de Odín la solemne ovación que le dedicaban. Pero los mayores vítores se los llevó Sigefrid, que alzaba un cuerno rebosante de cerveza cada vez que oía su nombre.

Me mantuve sobrio. No fue fácil. Me hubiera gustado retar a Sigefrid, cuerno a cuerno de cerveza. Pero sabía que tenía que regresar a Lundene a la mañana siguiente, y eso significaba que habría de concluir la conversación con Erik esa misma noche. Con todo, el cielo ya empalidecía por oriente cuando decidí ausentarme del banquete. Hacía ya unas cuantas horas que Æthelflaed se había ido a la cama, escoltada por sus guardianes,

sobrios y vetustos. Al salir, tropecé con unos borrachos que, tendidos en el suelo, roncaban bajo los bancos. Sigefrid se había dejado caer sobre la mesa. Cuando me levanté, abrió un ojo y me dijo frunciendo el ceño:

—¿Estamos de acuerdo? —me preguntó, medio despierto.

—Por supuesto —asentí.

—Pues vete a por el dinero, sajón —rezongó, antes de quedarse otra vez dormido.

Erik me esperaba fuera de la cabaña que ocupaba Æthelflaed. Sabía que lo encontraría allí. Volvimos al mismo sitio de las murallas, y contemplamos el gris amanecer que se agrandaba como una mancha sobre las tranquilas aguas del estuario.

—Ahí está el *Domador de olas* —dijo, señalando a los barcos que estaban encallados en el fango. Seguro que él era capaz de distinguir el precioso barco que había construido pero, para mí, aquella flota sólo eran oscuras siluetas recortadas bajo una luz pálida—. Hemos limpiado el casco a fondo, lo hemos calafateado y es tan rápido como antes —me dijo.

—La tripulación, ¿es de confianza?

—Mis remeros son hombres de fiar —Erik calló un momento, mientras una suave brisa agitaba sus oscuros cabellos—. Lo que no se les puede pedir —añadió en un susurro— es que peleen contra los hombres de mi hermano.

—Quizá tengan que hacerlo.

—Se defenderán, pero no atacarán —aseguró—. Hay parientes de ambos lados.

Me estiré, bostecé y pensé en el largo camino de vuelta que me esperaba hasta llegar a Lundene.

—O sea, que vuestra preocupación es ese barco que bloquea el canal —comenté.

—Tripulado por hombres leales a mi hermano.

—¿No a Haesten?

—Si así fuera, no me importaría matarlos; no nos une ningún parentesco —repuso, con voz de pocos amigos.

Ni tampoco el afecto, pensé para mí.

—¿Deseáis que lo destruya? —le pregunté.

—Quiero que no haya obstáculos en el canal —me enmendó.

Contemplé el oscuro barco-esclusa, con las amuradas reforzadas.

—¿Por qué no ordenáis que lo retiren? —pregunté. Me parecía la manera menos complicada y más segura de que Erik consiguiese escapar. Los tripulantes del barco amarrado con cadenas estaban acostumbrados a desplazar el pesado cascarón para que entrasen o saliesen otras naves de la ensenada. ¿Por qué habrían de oponerse a las órdenes de Erik?

—Ningún barco saldrá de aquí hasta que no llegue el rescate —me aclaró Erik.

—¿Ninguno?

—Eso es —afirmó, dejando caer los brazos.

No estaba mal pensado. ¿Quién podría impedir que un aventurero se apoderase de tres o cuatro navíos, los llevase río arriba hasta una cala escondida, esperase la llegada de la flota de Alfredo con el tesoro y se lanzase sobre ella a todo remo, con hombres aullando, espada en mano? El enorme y ambicioso plan de Sigefrid dependía de la llegada del rescate, y no estaba dispuesto a que todo se fuera al traste por culpa de cualquier vikingo que le superara en vileza. Eso me hizo pensar en la persona de quien Sigefrid desconfiaba.

—¿Haesten? —pregunté en voz alta.

—Un canalla —asintió.

—Un bribón, en quien no se puede confiar —convine—. No es hombre de palabra.

—Se repartirá el botín —añadió Erik, sin pararse a pensar en que si se salía con la suya no se pagaría ningún rescate—, pero estoy convencido de que no le importaría quedarse con todo.

—De modo que no zarpará ningún barco, hasta que os hayáis ido. Pero ¿podéis conducir a Æthelflaed hasta el barco sin que se entere Sigefrid?

—Sí —dijo, sacando un cuchillo de la vaina que le colgaba del cinto —. Habrán de pasar quince días antes de la próxima luna llena —continuó, haciendo una profunda muesca en el remate puntiagudo de una de las estacas de roble—. Esta marca representa el día de hoy —dijo, señalando el corte recién hecho, antes hacer otro de igual profundidad con la punta afilada de la daga—. Esta otra señal indica mañana al amanecer —continuó, señalando la nueva incisión, antes de ponerse a acuchillar el reborde erizado de la empalizada hasta grabar siete marcas en otros tantos postes—. ¿Estaréis aquí dentro de una semana, al amanecer?

Asentí con cautela.

—¿Y si cuando ataque —le previne—, alguien hace sonar un cuerno y pone en guardia a todo el campamento?

—Ya habremos embarcado, y estaremos dispuestos para zarpar —respondió—. Nadie podrá alcanzarnos antes de que lleguéis a mar abierto —añadió, al verme dudar—. ¡Os pagaré!

Sonreí al oír sus palabras. El amanecer iluminaba el mundo, tiñendo de oro pálido con ribetes plateados largos jirones de nubes bajas.

—Si eso hace feliz a Æthelflaed —respondí—, me doy por satisfecho. Dentro de una semana —añadí— despejaré el canal para vos. Zarparéis juntos, tocaréis tierra en Gyruum, pondréis rumbo rápidamente hacia Dunholm y saludaréis a Ragnar de mi parte.

—¿Vais a enviarle un mensaje para advertirle de nuestra llegada? —me preguntó intranquilo.

—Vos le llevaréis el recado de mi parte —contesté, negando con la cabeza. Algo me llevó a darme la vuelta, y reparé en Haesten, que nos estaba mirando. Estaba con dos de los suyos, de pie, en el exterior del gran salón, ciñéndose las espadas, que le traía uno de los criados de Sigefrid desde el sitio donde todos habíamos depositado las armas antes del banquete. No había nada de extraño en aquella escena, pero me dio mala espina que nos estuviese observando con tanta atención. Me asaltó la insidiosa sospecha de que estaba al tanto de lo que tramábamos. Continuó mirándome fijamente. No dijo nada; por fin, me hizo una leve y despectiva inclinación de cabeza y se fue. Uno de sus acompañantes era Eilaf *el Rojo* —. ¿Sabe Haesten algo de lo vuestro con Æthelflaed? —le pregunté a Erik.

—Por supuesto que no. Lo único que sabe es que soy el encargado de velar por ella.

—¿Sabe que os gusta?

—Sólo lo que os he dicho —insistió Erik.

Haesten, un bribón en quien no se podía confiar, que me debía la vida, que había quebrantado su juramento, cuyas ambiciones iban más allá incluso de los sueños de Sigefrid. No dejé de mirarlo hasta que cruzó el umbral de una cabaña que supuse que era la suya.

—Tened cuidado con Haesten —le dije a Erik—. Creo que no nos damos cuenta de lo peligroso que es.

—Es una comadreja —repuso Erik, haciendo oídos sordos a lo que le acababa de decir, para añadir—: ¿Qué queréis que le diga a Ragnar?

—Decidle que su hermana es feliz y que Æthelflaed le cuente cómo está —aunque hubiera dispuesto de pergamino y tinta, no habría valido la pena escribir nada porque Ragnar no sabía leer; pero Æthelflaed conocía a Thyra, y que le llevase noticias de la esposa de Beocca bastaría para convencerle de que los amantes fugitivos decían la verdad—. Dentro de una semana, pues —le dije—, cuando los primeros rayos de sol se esparzan sobre el horizonte, estad preparado.

Erik reflexionó un instante, haciendo un rápido cálculo mental.

—Para entonces, la marea estará aún baja, comenzando a subir. Estaremos dispuestos.

Locos o enamorados, pensé. Locura. Amor. Locura.

Qué juerga debían de traerse las tres hermanas allá, junto a las raíces del mundo.

* * *

Hablé poco durante el camino de vuelta. Finan parloteaba alegremente, recordando lo generoso que se había mostrado Sigefrid en cuanto a comida, cerveza y esclavas. Casi no le escuchaba. El irlandés, por fin, se dio cuenta de mi estado de ánimo y guardó un respetuoso silencio. No le dije nada hasta que atisbamos los estandartes que colgaban de las murallas orientales de Lundene. Entonces, hice un ademán para que se acercase a mí sin que se percatasen los demás.

—Dentro de seis días —le dije—, tendréis aparejado el *Águila del mar* para realizar una travesía. Necesitaremos cerveza y comida para tres días —no esperaba estar tanto tiempo fuera, pero más valía prevenir—. Rascad el casco entre marea y marea —continué—, y procurad que, cuando zarpemos, los hombres estén sobrios. Serenos, con las armas bien afiladas y dispuestos a pelear.

Finan esbozó una media sonrisa y se quedó callado. Cabalgábamos entre las chozas que habían proliferado a orillas de los pantanos próximos al Temes. Muchas de las personas que allí vivían eran esclavos que habían escapado de sus amos daneses en Anglia Oriental, y que vivían de lo que encontraban escarbando en la basura, aunque algunos cultivaban minúsculas parcelas de centeno, cebada o avena. Estaban recolectando su escasa cosecha, y oí el silbido de las hoces al cortar las gavillas.

—Nadie en Lundene debe saber que nos disponemos a partir —le dije.

—No se enterarán —repuso con gesto ceñudo el irlandés.

—Dispuestos a pelear —repetí.

—Si llega el caso, lo estarán.

Cabalgué en silencio durante otro rato. Al ver la cota de malla, la gente se apartaba de nuestro camino. Se llevaban las manos a la frente o permanecían arrodillados en el barro; sólo se alborotaban cuando les arrojaba algunas monedas. Ya era tarde y el sol se ocultaba tras la enorme nube de humo que desprendían las fogatas. Los habitantes de Lundene preparaban la cena. Ya se notaba el aire viciado y el hedor acre de la ciudad.

—¿Os fijasteis en el barco que ocluía el canal de Beamfleot? —le pregunté a Finan.

—De pasada, mi señor.

—Si lo atacásemos —continué—, nos verían llegar y nos esperarían protegidos tras la amurada.

—Es casi más alta que un hombre —convino Finan, poniendo de manifiesto que no sólo había echado una ojeada.

—Así que habrá que pensar en un modo de apartar el barco del canal.

—Pero no vamos a hacer nada de eso, ¿no es así, señor? —me pregunto, socarrón.

—Claro que no, pero habría que darle vueltas.

En ese momento, el chirrido de unos goznes desengrasados nos anunció que abrían la puerta más cercana y nos internamos en la tenebrosa ciudad.

Alfredo nos estaba esperando. Había sido informado de nuestro regreso por unos mensajeros. Fui convocado al palacio de arriba, antes incluso de poder saludar a Gisela, y hacia allí me dirigí con el padre Willibald, Steapa y Finan. El rey nos aguardaba en el gran salón, iluminado con unos altos cirios de los que se servía para saber qué hora era. Una cera densa caía por las bandas marcadas en los velones, mientras un criado despabilaba las mechas para conseguir una iluminación uniforme. Alfredo estaba escribiendo, pero se interrumpió al vernos llegar. Le acompañaban Æthelred, el hermano Asser, el padre Beocca y el obispo Erkenwald.

—¿Y bien? —preguntó Alfredo, tajante. Su voz sonaba apremiante, pero no de ira, sino de preocupación.

—Está viva —repuse—, no le han hecho ningún daño, la tratan con el respeto debido a su rango, permanece protegida y custodiada y están dispuestos a devolvérnosla a cambio de dinero.

—Gracias a Dios —dijo Alfredo, santiguándose—. Gracias a Dios —repitió. Por un momento, pensé que iba a postrarse de rodillas. Æthelred no dijo nada; se limitó a observarme con su mirada de serpiente.

—¿Cuánto dinero? —quiso saber el obispo Erkenwald.

—Tres mil libras de plata y quinientas de oro —contesté, no sin aclarar que la mitad habría de entregarse antes de la próxima luna llena y el resto lo haríamos llegar por barco un mes más tarde—. Lady Æthelflaed no será puesta en libertad hasta que no reciban la última moneda de la cantidad acordada —concluí.

El obispo y el hermano Asser se estremecieron al oír la cifra. Alfredo permaneció impávido, sin embargo.

—Vamos a pagarles para que acaben con nosotros —rezongó Erkenwald.

—Mi hija me es muy querida —musitó el rey con ternura.

—Con ese dinero —le advirtió el prelado— lograrán reunir a miles de hombres.

—Si no reciben el dinero, ¿que le harán a mi hija? —me preguntó Alfredo.

—La humillarán —contesté, aunque lo cierto era que Æthelflaed podría encontrar la felicidad al lado de Erik, en caso de que no se pagase el rescate; pero eso no podía decírselo. En cambio, les describí el destino que Haesten me había pintado tan insidiosamente—. La pasearán por todas sus plazas, la exhibirán desnuda para que la gente se mofe de ella —Alfredo se estremeció— y la prostituirán al mejor postor.

Æthelred no apartaba los ojos del suelo; los clérigos guardaban silencio.

—Está en juego la dignidad de Wessex —dijo Alfredo en voz baja.

—¿Sacrificaremos vidas humanas por preservar la dignidad de Wessex? —preguntó el obispo Erkenwald.

—¡Por supuesto! —repuso Alfredo, visiblemente encolerizado—. Un país es la historia que tiene detrás, la suma de todas sus gestas, obispo. Nosotros somos lo que nuestros padres nos legaron, sus victorias nos proporcionaron lo que tenemos. ¿Pretendéis que mis descendientes hereden tan sólo la memoria de una humillación? ¿Deseáis que todo el mundo hable de cómo esos bárbaros paganos hicieron de Wessex un país irrisorio? Son cosas que siempre estarán en boca de la gente, y cuando quiera que se hable

de Wessex, sólo se acordarán de la princesa que fue exhibida desnuda ante los paganos. ¡Cuando piensen en Inglaterra, eso es lo que recordarán!

Ese comentario me llamó la atención porque, en esa época, rara vez recurríamos al nombre de Inglaterra. No era más que un sueño, pero aquel enfurecido Alfredo dejó al descubierto sus intenciones por un momento. Entonces, comprendí que pretendía que su ejército siguiera avanzando hacia el norte, siempre más al norte, hasta que ya no hubiese Wessex, ni Anglia Oriental, ni Mercia, ni Northumbria, sólo Inglaterra.

—Mi rey —dijo Erkenwald con humildad afectada—, si entregamos a esos paganos el dinero para levantar un ejército, no sé si habrá Wessex siquiera.

—Reunir tropas lleva tiempo —replicó Alfredo con firmeza—; ningún ejército pagano estará en condiciones de atacar hasta que recojamos la cosecha. Una vez recolectada, convocaremos al *fyrd*, y dispondremos de hombres suficientes para hacerles frente —en eso llevaba razón, pero la mayoría de nuestros efectivos eran agricultores que poco sabían de armas, mientras que Sigefrid reuniría hordas de hombres del norte, vociferantes y deseosos de utilizar la espada junto a la que se habían criado. Alfredo miró a su yerno y le dijo—: Confío en que el *fyrd* del sur de Mercia se ponga de nuestra parte.

—Así será, señor —contestó Æthelred, animoso. Nada se apreciaba en su rostro de la indisposición que había sufrido la última vez que lo había visto en aquel mismo salón Había recuperado el color y mantenía su buen talante.

—Quizá debamos ver en esto la mano de Dios —le dijo Alfredo a Erkenwald— que, en su misericordia, ha decidido ofrecer a nuestros enemigos la posibilidad de reunirse por millares para que los aniquilemos en una batalla de dimensiones épicas —su voz sonaba más fuerte, a medida que se explicaba—. El Señor está de mi lado —afirmó, convencido— ¡nada he de temer!

—Palabra de Dios —dijo el hermano Asser con devoción, al tiempo que se santiguaba.

—Amén y amén —añadió Æthelred—. ¡Los derrotaremos, mi señor!

—Pero antes de que obtengáis tan clamorosa victoria —interrumpí a Æthelred, disfrutando con antelación de lo que estaba a punto de decirle—, habréis de satisfacer un requisito: vos, en persona, tendréis que entregar el rescate.

—¡Eso no, por Dios! —replicó Æthelred, indignado, hasta que reparó en la mirada que le dirigía Alfredo, para hundirse de nuevo en la silla que ocupaba.

—Y habréis de poneros de rodillas ante Sigefrid —añadí, hurgando en la herida.

Hasta Alfredo se quedó atónito al escuchar semejante exigencia.

—¿Es una condición exigida por Sigefrid? —preguntó

—Lo es, mi señor —contesté—, ¡aunque no penséis que no me opuse cuanto pude! Le rebatí, mi señor, se lo discutí, incluso le rogué, pero no cedió.

Æthelred me miraba horrorizado.

—Sea, pues —dijo Alfredo—. Hay ocasiones en las que Nuestro Señor nos exige más de lo que podemos soportar, pero hemos de cargar con ello para mayor gloria suya.

—Amén —contesté, enfervorizado, lo que me valió una mirada escéptica por parte del rey.

Hablaron durante mucho tiempo, el suficiente como para que dos de los velones marcados de Alfredo indicasen que habían quemado cera durante dos horas. Fue un diálogo estéril. Se dedicaron a discutir cómo conseguir el dinero, cómo llevarlo a Lundene y cómo hacer la entrega en Beamfleot. Aporté algunas ideas, mientras Alfredo no dejaba de escribir en los márgenes de un pergamino. Vanos esfuerzos si culminaba con éxito lo que me proponía, porque no habría que pagar rescate alguno, Æthelflaed no regresaría y el trono de Alfredo estaría a salvo.

Y yo era el único que podía hacerlo. En el plazo de una semana.

Capítulo XI

Negrura. Desvanecidas las últimas luces del día, estábamos inmersos en una nueva oscuridad.

A la luz de la luna, oculta tras nubes de ribetes plateados, bajo el ancho y oscuro cielo argentado en el que parpadeaban las estrellas, el *Águila del mar* surcaba el Temes.

Ralla llevaba el timón. Era un marinero mucho más avezado de lo que, en un primer momento, había imaginado, y había confiado en él para que nos guiase por los traicioneros meandros del río en plena oscuridad. Resultaba casi imposible advertir dónde acababa el agua para dar paso a las marismas, pero a Ralla no parecía inquietarle demasiado. Erguido, con las piernas separadas, movía un pie al lento compás de los remos. No hablaba casi pero, con la larga barra del gobernalle, corregía el rumbo de continuo, de forma que la proa del barco no rozó ni una vez siquiera los fangosos márgenes del río. De cuando en cuando, la luna asomaba detrás de una nube, arrancando inesperados reflejos plateados del agua. En las riberas, aparecían y se ocultaban sin cesar rojizos centelleos de las fogatas que ardían en las chozas del pantano.

Aprovechábamos la última hora de la bajamar para ir río abajo. Los destellos intermitentes de la luna en el agua nos permitían apreciar cómo, de un modo casi imperceptible, se iban separando las orillas del río hasta que llegaba a su encuentro con el mar. Yo no dejaba de mirar al norte, esperando vislumbrar en el cielo el resplandor de las hogueras del campamento de Beamfleot y sus alrededores.

—¿Cuántos barcos paganos había en Beamfleot? —me preguntó Ralla de improviso.

—Hace una semana, sesenta y cuatro —contesté—, así que es muy probable que ahora haya cerca de ochenta, un centenar o más.

—Y el nuestro —comentó con sorna.

—Y nosotros —asentí.

—Aún habrá más barcos costa arriba —añadió—. He oído que estaban levantando un campamento en Sceobyrig.

—Ya llevan un mes allí —le dije—. Habrá más de quince embarcaciones, por no decir treinta.

Sceobyrig era una lengua de tierra desolada, lodo y barrizales, a unos pocos kilómetros al este de Beamfleot; quince barcos daneses habían atracado en aquel lugar y habían erigido un fortín rodeado de muros de tierra y estacas de madera. Me imaginaba que habían elegido aquel sitio para asentarse porque ya no cabían en la ensenada de Beamfleot. La proximidad de la flota de Sigefrid hacía que se sintiesen más protegidos. Sin duda, pagaban en plata el favor que éste les hacía, y confiaban en ir con él a Wessex para hacerse con una parte del botín. A orillas de todos los mares, en los campamentos de tierra adentro, por todos los dominios de los hombres del norte, se había corrido la voz de que el reino de Wessex era vulnerable y los guerreros acudían al reclamo.

—Hoy no pelearemos, ¿verdad? —preguntó Ralla.

—Espero que no. Sería muy arriesgado —repuse.

Ralla rió para sus adentros, pero no abrió la boca.

—No es previsible que haya lucha —dije, al cabo de un rato.

—Si así fuera, no llevamos cura —apuntó Ralla.

—Nunca ha habido curas entre nosotros —repliqué, a la defensiva.

—Pues deberíamos, señor —insistió.

—¿Por qué? —pregunté, ya enojado.

—Porque a vos os basta con morir con la espada en la mano —me recriminó Ralla—; yo prefiero morir confesado.

Aquello me escoció. Había adquirido un compromiso con aquellos hombres y, si morían sin los auxilios que un cura presta a los moribundos, les habría fallado. No supe qué responderle durante un momento, hasta que se me ocurrió una idea.

—El hermano Osferth puede hacer de cura —comenté.

—Claro que sí —gritó desde las bancadas de los remeros. Me encantó oír aquella respuesta. Por fin se avenía a hacer algo que no deseaba. Andando el tiempo, me enteré de que, como sólo había sido un fraile novicio renegado, no tenía capacidad para administrar los sacramentos cristianos, pero los míos pensaban que estaba más cerca de su dios y, tal y como salieron las cosas, nos vino al pelo.

—Confío en que no tengamos que pelear —aseguré de nuevo.

Un puñado de hombres, los más próximos al altillo del timón, escuchaban lo que hablábamos. Finan venía conmigo, como es natural, al

igual que Cerdic, Sihtric, Rypere y Clapa. Eran de mi guardia, mis hombres de confianza, mis compañeros, mis hermanos de sangre, hombres que me habían jurado fidelidad, que estaban conmigo aquella noche porque se fiaban de mí, aun sin saber a dónde nos dirigíamos ni por qué motivo.

—¿A qué vamos entonces? —Ralla volvió a la carga.

Sabiendo que la respuesta bastaría para encandilarlo, callé un momento.

—Vamos a rescatar a lady *Æ*thelflaed —le dije, por fin.

Hubo comentarios entre quienes nos escuchaban; un murmullo de voces susurrantes llevó la noticia hasta las bancadas de proa del *Águila del mar*. Mis hombres sabían que iban a embarcarse en una aventura peligrosa, estaban intrigados por la firmeza con que les pedí que guardasen el secreto y debían de haberse imaginado que habíamos zarpado por algo relacionado con la difícil situación por la que pasaba lady *Æ*thelflaed. En ese momento, se lo estaba confirmando.

Se oyó el crujido del gobernalle, mientras Ralla rectificaba el rumbo levemente.

—¿Cómo? —preguntó.

—A partir de ahora —dije, como si no le hubiera escuchado y hablando en voz lo bastante alta como para que todos los hombres pudieran escucharme—, el rey comenzará a reunir el rescate de su hija. Si tenéis diez brazaletes, os veréis obligados a desprenderos de cuatro. Si tenéis plata guardada, los hombres del rey darán con ella y se llevarán su parte. Lo que hoy nos proponemos evitaría todo eso.

Más murmullos. Entre terratenientes y comerciantes de Wessex ya reinaba el descontento por el dinero que tendrían que desembolsar. Alfredo había comprometido toda su fortuna, pero necesitaría más, mucho más, y las enconadas discusiones que mantenían sus consejeros eran la única razón de que aún no hubiera dado comienzo la recaudación. Algunos exigían una contribución por parte de la Iglesia porque, si bien el clero insistía en que no tenía nada, todo el mundo estaba al tanto de las riquezas que se amontonaban en los monasterios. La respuesta de la Iglesia fue amenazar con la excomunión a cualquiera que osase echar mano de uno solo de los peniques de plata destinados a Dios o, mejor dicho, a los obispos y abades de su dios. Aunque confiaba en que no haría falta reunir el rescate, había sugerido que la Iglesia lo pagase en su totalidad, pero nadie escuchó mi consejo, como es de imaginar.

—Si se efectúa el pago del rescate —añadí—, nuestros enemigos serán lo bastante ricos como para disponer de las espadas de diez mil hombres. La guerra asolará Wessex. Quemarán nuestras casas, violarán a nuestras mujeres, se llevarán a nuestros hijos y se quedarán con nuestras riquezas. Lo que hoy nos proponemos evitaría todo eso.

Cargué un poco las tintas, aunque no demasiado. El precio del rescate bastaría para cinco mil hombres más, pertrechados de lanzas, hachas y espadas. Por eso acudían tantos vikingos al estuario del Temes. Les daba en la nariz que nuestra posición era frágil; nuestra debilidad significaba derramamiento de sangre y, tras la carnicería, vendrían las riquezas. Desde el sur, no paraban de llegar barcos alargados. Sus quillas surcaban el mar rumbo a Beamfleot, pero con la vista puesta en Wessex.

—Pero los normandos son avariciosos —continué—. Saben que Æthelflaed es una joven que vale mucho dinero, y se pelean entre ellos como perros hambrientos. ¡Y hay uno que está dispuesto a traicionar a los suyos! Al amanecer, sacará a Æthelflaed del campamento, nos la entregará y se conformará con un precio mucho más bajo. Prefiere quedarse con tan exiguo rescate para él solo que recibir su parte del total acordado. Por supuesto que será rico, pero no lo bastante como para reunir un ejército.

No se me ocurrió nada mejor que contarles. No podía volver a Lundene y decir que Æthelflaed se había fugado con su amante. Contaría que Erik se había mostrado dispuesto a traicionar a su hermano, que había zarpado para echarle una mano y que, en el último momento, Erik me había traicionado a mí también y no había cumplido su parte del trato. Diría que, en lugar de entregarme a Æthelflaed, se había hecho a la mar y se la había llevado. Alfredo se enojaría conmigo, pero no podría acusarme de haber traicionado a Wessex.

Incluso había cargado a bordo un enorme cofre de madera, repleto de arena, con dos aldabas aseguradas con sendos travesaños de hierro, clavados a los tirantes del arcón, para que nadie pudiese levantar la tapa. Todos los hombres habían visto cómo subíamos un baúl a bordo y lo arrumábamos bajo el altillo del timón. Así que debían de pensar que aquel cofre contenía el precio exigido por Erik.

—Antes de que amanezca —proseguí—, lady Æthelflaed será conducida a un barco. Cuando el sol acaricie el borde del firmamento, la sacarán de allí. Pero, se encontrarán con que una nave bloquea la salida de la ensenada, una embarcación amarrada con cadenas a las dos orillas. ¡Hay

que quitarla de en medio, ni más ni menos! Bastará con que retiremos el barco y lady Æthelflaed será libre. La llevaremos de vuelta a Lundene y seremos recibidos como héroes. ¡El rey nos estará siempre agradecido!

Eso les gustó. Parecían entusiasmados con la idea de que el rey pudiera recompensarlos. Sentí remordimientos, porque sabía que Alfredo montaría en cólera, a pesar de que le hubiéramos ahorrado la molestia de reunir el rescate.

—No os lo he advertido antes, como tampoco he avisado al rey —añadí— porque, si os lo hubiera dicho, y si uno de vosotros o uno de los hombres del rey se hubiera emborrachado y comentado el asunto en cualquier taberna, los espías de Sigefrid no habrían tardado en contárselo y, al llegar a Beamfleot, nos encontraríamos con un ejército para darnos la bienvenida. En cambio, ahora, ellos duermen mientras nosotros nos disponemos a rescatar a Æthelflaed.

Todos se pusieron muy contentos. Tan sólo Ralla guardaba silencio y, cuando se acalló el tumulto, planteó una delicada cuestión.

—¿Cómo vamos a mover ese barco? —preguntó—. Es más alto que el nuestro, le han subido las amuradas, sus tripulantes son guerreros de verdad y, desde luego, no estarán dormidos.

—No iremos todos —le expliqué—. Lo haré yo solo, con la ayuda de Clapa y de Rypere. Entre los tres, retiraremos el barco.

Y Æthelflaed quedaría en libertad, el amor saldría triunfante, siempre soplaría una cálida brisa, ninguno de nosotros envejecería, los árboles darían plata, el oro cubriría la hierba como las gotas de rocío y nunca dejarían de deslumbrarnos las relucientes estrellas de los enamorados.

Todo parecía muy sencillo, mientras poníamos rumbo al este.

Antes de zarpar de Lundene, habíamos arriado el mástil del *Águila del mar* que, en aquellos momentos, reposaba sobre unas horquillas en el centro de la nave. No había adornado la proa ni la popa con cabezas de animales, porque no quería que nadie reparase en nuestro barco. Sólo pretendía que fuese una silueta negra recortada en la oscuridad, sin cabezas de águila que llamasen la atención ni un alto mástil que pudiera atisbarse desde lejos. Sigilosos, llegamos antes del alba. Éramos los espíritus caminantes de la noche, en el mar.

Toqué el pomo de *Hálito-de-Serpiente* y no noté comezón alguna; tampoco cantaba, ni parecía sedienta de sangre, lo que me tranquilizó. Pensé que conseguiríamos desatorar la ensenada y veríamos cómo

Æthelflaed ponía rumbo a la libertad, mientras mi espada reposaba en silencio en su vaina acolchada.

Vislumbré, por fin, un resplandor en lo alto del cielo, un fulgor rojizo que indicaba que, allí en lo alto de la colina, en el campamento de Sigefrid, había hogueras encendidas.

A medida que remábamos, impulsados por el repunte de la subida de la marea, el destello era más intenso; incluso más allá, en las colinas que, perezosas, se deslizaban hacia el este, las nubes reflejaban el fulgor de otras fogatas. Esos rojos destellos revelaban los lugares de los nuevos asentamientos, que se extendían desde lo alto de Beamfleot hasta Sceobyrig.

—Incluso sin rescate —observó Ralla—, podrían acariciar la tentación de atacarnos.

—Podría ser —asentí, aunque dudaba que Sigefrid dispusiera de tantos hombres como para sentirse seguro de obtener una victoria. Gracias a las ciudadelas de reciente construcción, Wessex era un territorio difícil de atacar. Me imaginaba que Sigefrid desearía contar con otros tres mil hombres por lo menos antes de lanzar los dados de la guerra y, para conseguirlos, necesitaba el dinero del rescate—. ¿Recordáis lo que tenéis que hacer? —le pregunté a Ralla.

—Sí —repuso, armándose de paciencia, dándose cuenta de que mi pregunta, más que una simple comprobación, cuadraba mejor con el nerviosismo que sentía—. Pondré rumbo hasta Caninga, y os recogeré en el extremo oriental del islote.

—¿Y si no podemos despejar el canal? —insistí. A pesar de la oscuridad, reparé en que sonreía con sorna.

—En ese caso, os recogeré, y vos tomaréis las decisiones pertinentes.

Si no conseguíamos desplazar el barco que ocluía el canal, Æthelflaed quedaría atrapada en la ensenada y tendría que decidir acerca de si el *Águila del mar* había de enfrentarse a un barco de altas amuradas y dotado de una tripulación encolerizada. Prefería no tener que pelear, porque no tenía claro que saliéramos con bien, lo que significaba que más valía que desbloquease el canal antes de verme obligado a luchar.

—¡Despacio! —gritó Ralla a los remeros. Había puesto rumbo norte y, lentamente y con sigilo, remábamos hacia la negra costa de Caninga—. ¡Vais a empaparos y poneros hecho una sopa! —me dijo.

—¿Cuánto falta para el amanecer?

—Cinco o seis horas —calculó.

—Tiempo de sobra —aseguré, en el momento en que la proa del barco encallaba en el lodo y su largo casco se estremecía.

—¡Remos atrás! —gritó Ralla, y las palas de los remos se hundieron en el agua poco profunda para apartar la proa de aquella costa traicionera—. Daos prisa —me dijo—. La marea bajará pronto por aquí, y no me gustaría quedarme varado.

Fui con Clapa y Rypere hasta la proa. Había dudado si vestir, o no, la cota de malla, con la esperanza de no tener que luchar en aquel amanecer estival; pero, al final, se impuso la cautela y me la puse. Me ceñí las dos espadas pero no el casco, pues temía que el reluciente lobo de la cimera lanzase un destello a pesar de la oscuridad de la noche. En su lugar, me cubrí la cabeza con un verdugo de piel oscura. Llevaba también la capa negra que Gisela me había hecho, aquella capa tan negra como la noche, con el rayo en forma de puñal que recorría la espalda desde el cogote hasta los pies. Rypere y Clapa, embozados también en negras capas, disimulaban las cotas de malla y las espadas; Clapa llevaba, además, colgada a la espalda una enorme hacha de guerra de filo dentado.

—Deberíais permitir que os acompañase —me dijo Finan.

—Os quedaréis al frente de los hombres —repuse—. Si nos metemos en un lío, en vuestras manos está la decisión de abandonarnos a nuestra suerte.

—¡Remos atrás! —gritó Ralla de nuevo, al tiempo que el *Águila del mar* se apartaba unos metros más de la amenaza de encallar por la bajada de la marea.

—No os dejaré aquí —replicó Finan, alzando una mano que yo estreché, antes de dejarme caer por el costado del barco y hundirme en una mezcla esponjosa de agua y lodo—. Os veré al amanecer —grité a la oscura silueta de Finan y, acompañado por Clapa y Rypere, eché a andar por un vasto cenagal. Escuché el crujido y el chapoteo de los remos de nuestra nave, mientras Ralla la alejaba de la orilla; para cuando me volví, el *Águila del mar* había desaparecido.

Habíamos desembarcado en el extremo occidental de Caninga, el islote que lindaba con la ensenada de Beamfleot, y habíamos pisado tierra lejos del lugar donde permanecían amarrados o varados los barcos de Sigefrid. Confiaba en que nos habíamos mantenido lo bastante alejados como para que los centinelas que vigilaban desde las altas murallas del fortín no se

hubieran percatado de la arribada a aquella tierra oscura de nuestro negro barco desmantelado. Teníamos mucho camino por delante. Pasamos al otro lado del amplio trecho de lodo, encrespado y centelleante a la luz de la luna, más grande a medida que se retiraba la marea, por sitios en los que dar un paso nos costaba Dios y ayuda. Anduvimos por el agua, a trompicones, luchando con el barro pegajoso, echando pestes y chapoteando en aquel cenagal, que no era ni tierra ni agua, sino un lodazal pringoso y mugriento. Avivé el paso hasta que, por fin, encontramos más tierra que agua, y escuchamos los graznidos de unos pájaros que habían advertido nuestra presencia. El aire nocturno se llenó de un batir de alas, acompañado de un tumulto de estridentes gritos de protesta. Pensé que tal estruendo alertaría al enemigo, pero lo único que podíamos hacer era seguir tierra adentro con la esperanza de encontrar un suelo más firme, hasta que dimos con un terreno más fácil de patear, que aún olía a sal. Ralla me había dicho que, cuando había mareas fuertes, Caninga llegaba a desaparecer bajo las olas, y pensé en cuántos daneses habría ahogado en las marismas occidentales engañándolos cuando la marea estaba baja. Eran cosas que habían pasado mucho antes de la batalla de Ethandun, cuando Wessex parecía condenado a desaparecer. Pero el reino aún se mantenía en pie y los daneses habían perecido.

Dimos con un sendero. Seguimos la senda abierta por unas ovejas que dormían a la intemperie, un camino difícil y traicionero, que discurría entre zanjas por las que gorgoteaban los restos que había dejado la marea baja. Pensé que el pastor no andaría lejos, aunque era posible que, como las ovejas estaban en una isla, no hubiera que protegerlas del lobo; entonces, no habría pastor y, mejor aún, tampoco perros que pudieran despertarse y ponerse a ladrar. Pero si los hubo estaban durmiendo mientras nosotros nos desplazábamos hacia el este. Traté de avistar el *Águila del mar* pero, aunque en aquellos momentos la luna resplandecía a lo largo y ancho del estuario, no llegué a verlo.

Después de andar un trecho, hicimos un alto. Despertamos a patadas a tres de las ovejas dormidas, y nos tumbamos en los trozos de suelo seco y cálido en que estaban recostadas. Clapa no tardó en quedarse dormido; roncaba. Yo no dejaba de mirar al Temes, tratando de localizar nuestro barco, pero no vislumbré más que sombras. Pensaba en mi amigo Ragnar, y en cuál sería su reacción cuando Erik y la hija de Alfredo se presentasen en Dunholm. Estaba seguro de que la situación le haría gracia, pero ¿por

cuánto tiempo? Sin duda Alfredo enviaría emisarios al rey de Northumbria, Guthred, para que su hija regresase a casa, y ningún guerrero escandinavo dejaría de codiciar la ciudadela de Dunholm, colgada de un risco. Una locura, pensé, mientras el viento susurraba entre las enhiestas hierbas que crecían en la marisma.

—¿Qué pasa por allí, señor?

La pregunta de Rypere me pilló desprevenido. Parecía asustado. Dejé de mirar al agua, y reparé en el colosal resplandor que iluminaba la cima de la colina de Beamfleot. Largas llamaradas se alzaban hacia el cielo oscuro, perfilando el contorno de las murallas del campamento, mientras remolinos de chispas bailaban en lo alto de retorcidas lenguas de fuego, por encima de una espesa columna de humo que salía de la cabaña de Sigefrid.

Lancé un juramento, y desperté a Clapa, que se puso en pie.

La cabaña de Sigefrid estaba ardiendo. Me imaginé que todo el campamento estaría en alerta. No podía saber si el incendio era fortuito o deliberado. A lo mejor se trataba de la maniobra de despiste que Erik tenía pensada para sacar de matute a Æthelflaed de la pequeña choza en que la guardaban. Aun así, no le creía capaz de abrasar a su hermano hasta matarlo.

—Sea cual sea la causa del fuego —dije, con rostro ceñudo—, no augura nada bueno.

El fuego acababa de iniciarse, pero la techumbre debía de estar muy reseca porque las llamas se extendían con inusual rapidez. El incendio adquiría cada vez mayores proporciones, iluminando la cima por completo y proyectando sus sombras hasta el terreno bajo y pantanoso de Caninga.

—Se darán cuenta de que estamos aquí, mi señor —dijo, nervioso, Clapa.

—Habrá que correr ese riesgo —repliqué, confiando en que los hombres que se encontraban a bordo del barco que obturaba el canal estuvieran contemplando el fuego en vez de acechar a posibles enemigos procedentes del islote.

Pensé que era el momento de llegar a la orilla sur de la ensenada, donde, atada a una enorme estaca, reposaba la gran cadena que sujetaba el barco frente a los embates de la marea. Bastaba con cortar o soltar aquella cadena, y el barco, retenido por la cadena que unía la popa al poste clavado en la orilla norte, se dejaría llevar por la marea decreciente, desviándose y dejando el paso expedito.

—Vamos allá —dije. Gracias a la luz que nos proporcionaba tan colosal hoguera, echamos a andar tranquilamente por la senda de las ovejas. No perdía de vista el horizonte por el este, donde el cielo empalidecía por momentos. Pronto amanecería, pero el sol aún tardaría en asomar. En un momento dado, me pareció atisbar nuestro barco, su severa silueta negra recortada contra destellos grises y oscuros, pero no pondría la mano en el fuego por asegurar que lo había visto.

A medida que nos acercábamos al barco-esclusa amarrado, nos apartamos del camino de ovejas para seguir entre altos juncales que nos ocultaban por completo. Los pájaros piaban de nuevo. Nos deteníamos cada poco y echaba un vistazo por encima de los juncos para asegurarme de que los tripulantes del barco no dejaban de mirar a la cima de la colina en llamas. El fuego se había extendido, y las nubes tintadas de rojo hacían que el cielo pareciese un infierno. Llegamos al borde de los juncales, y nos engurruñamos: nos encontrábamos a unos cien pasos del enorme poste al que estaba amarrada la proa.

—Quizá no tengamos que recurrir a vuestra hacha —le comenté a Clapa; la habíamos llevado por si había que cortar los eslabones de hierro macizo.

—¿Acaso pensáis romper la cadena a mordiscos, mi señor? —se interesó Rypere, con tono burlón.

—Si os subís a la espalda de Clapa —le dije, dándole un pescozón afectuoso— podríais sacar la cadena del poste en cuestión de segundos.

—Habría que hacerlo antes de que saliera el sol —recalcó Clapa.

—No debemos dejarles tiempo para que vuelvan a amarrar el barco —contesté, mientras no dejaba de preguntarme si había llevado bastantes hombres conmigo. En ese instante, comprobé que no.

No estábamos solos en Caninga. Me di cuenta de que había alguien más, y le di un manotazo a Clapa en el brazo para que callase la boca. Todo lo que hasta ese momento había discurrido con facilidad se torció en cuestión de un instante.

Unos hombres venían corriendo por la orilla sur de la ensenada. Eran seis, armados con espadas y hachas, y marchaban hacia la estaca que era nuestra meta. Entonces entendí lo que estaba pasando, o me imaginé que así era, porque en aquel momento todo el futuro dependía de mí. Disponía de un fugaz instante para tomar una decisión, y me imaginé a las tres Hilanderas, sentadas al pie de Yggdrasil, que ya sabían que si tomaba la

opción equivocada, ésa que ellas ya conocían, todos mis propósitos se quedarían en agua de borrajas.

Llegué a pensar que Erik había decidido despejar el canal, que no había confiado en que yo apareciese o que había encontrado la manera de dejar expedita la salida sin atacar a los hombres de su hermano. A lo mejor aquellos seis hombres eran guerreros de Erik. A lo peor, no.

—Acabad con ellos —ordené, casi sin saber lo que decía, dándome cuenta apenas de la decisión que acababa de tomar.

—¿Mi señor? —se sorprendió Clapa.

—¡Ahora mismo, rápido, manos a la obra! —grité, dispuesto ya al ataque.

Mientras nosotros corríamos hacia la estaca, los tripulantes del barco-esclusa arrojaban lanzas contra aquellos seis hombres, pero ninguna dio en el blanco. Ágil y rápido, Rypere tomó la delantera, pero lo retuve con la mano izquierda antes de empuñar a *Hálito-de-Serpiente*.

Y a esa hora indecisa que antecede al amanecer, llegó la muerte a orillas de un pantano. Los seis hombres llegaron al poste antes que nosotros; uno de ellos, un individuo alto, descargó el hacha de guerra que llevaba contra la cadena que rodeaba el poste, pero una lanza arrojada desde el barco fue a darle en el muslo, y retrocedió, tambaleándose y maldiciendo, mientras sus cinco compañeros se volvían sorprendidos para encontrarse con nosotros de frente. Los habíamos pillado por sorpresa.

Grité con todas mis fuerzas, lancé un grito incoherente y me planté delante de ellos. Fue una locura atacar así. Podían haberme traspasado la barriga y dejarme en el sitio, retorciéndome en mi propia sangre, pero los dioses estaban de mi parte. Dejé caer mi espada contra el tachón de un escudo, el hombre retrocedió, cayó al suelo y le seguí, confiado en que Rypere y Clapa mantendrían ocupados a sus cuatro compañeros. Clapa blandía su enorme hacha, y Rypere ejecutaba el baile de la espada, que Finan le había enseñado. Cargué con *Hálito-de-Serpiente* contra el hombre caído y su hoja fue a estrellarse contra su yelmo, lo que le hizo caer de espaldas de nuevo. En ese momento, me volví para arremeter contra el hombre alto que había tratado de cortar la cadena.

Me plantó cara blandiendo el hacha. Había luz suficiente como para fijarme en los rizos de pelo rojo que le asomaban por el borde del casco y en la barba pelirroja que le sobresalía por debajo de las baberas. Era Eilaf *el*

Rojo, uno de los hombres leales a Haesten y, en ese instante, me hice una idea de lo que había ocurrido en aquella hora incierta de la mañana.

Haesten había provocado el incendio, se había llevado a *Æ*thelflaed y quería dejar libre el canal para huir con sus barcos.

O sea, que debíamos dejar el canal como estaba, atorado. Habíamos acudido con la intención de abrirlo, pero no nos quedaba más remedio que ponernos de parte de Sigefrid y mantenerlo cerrado. Espada en mano, ataqué a Eilaf, que supo esquivar el tajo y dirigió el hacha contra mi cintura, un golpe asestado con tan poca fuerza que, gracias a la capa y a la cota de malla que llevaba, apenas sentí el impacto del filo. Una lanza cayó más allá de donde yo estaba; la habían lanzado desde el barco; otra más fue a clavarse con fuerza en el poste, y allí quedó vibrando. Dando traspiés en aquel terreno pantanoso, fui a tropezar delante de Eilaf.

Se movió con rapidez, y yo no llevaba escudo. Blandió el hacha y me agaché de espaldas a él; luego apunté la doble hoja de *Hálito-de-Serpiente* contra su vientre, pero paró el golpe con el escudo. Oí que alguien chapoteaba a mis espaldas, y pensé que eran los tripulantes del barco-esclusa, que venían a ayudarnos. Se oyó un grito donde Clapa y Rypere estaban peleando, pero no tuve tiempo de ver qué pasaba. Ataqué de nuevo con la espada, más rápida que cualquier hacha, mientras Eilaf el Rojo aún mantenía el brazo derecho hacia atrás, desplazando el escudo para zafarse de mi acero; pero la alcé con rapidez, la deslicé arañando y rodeando el reborde de hierro y le clavé la punta en la cabeza por debajo del casco.

Oí un chasquido de huesos. El hacha se me venía encima; la atrapé por el mango con la mano izquierda y la mantuve en alto, mientras Eilaf se tambaleaba con los ojos vidriosos a causa del golpe que le había asestado. Le di una patada en la pierna traspasada por la lanza, blandí a *Hálito-de-Serpiente* a mi antojo y se la clavé. Le atravesó la cota de malla y se revolvió como una anguila presa de una lanza; cayó en el barro y trató de arrebatarme el mango del hacha. Con la frente cubierta de sangre, no dejaba de bramar contra mí. Lo maldije, le aparté la mano del mango del arma, le asesté un tajo en la garganta y me quedé a contemplar cómo estiraba la pata. Le arrebaté el casco que cubría su cabeza ensangrentada, mientras los tripulantes del barco-esclusa, decididos a acabar con los hombres de Eilaf, me dejaron atrás. Aunque todavía goteaba, me lo puse por encima del verdugo, con la esperanza de que las baberas me cubrieran el rostro.

Los hombres del barco bien podrían haberme visto durante el banquete de Sigefrid y no dudarían en dirigir sus espadas contra mí, si llegaban a darse cuenta de quién era. Los diez u once tripulantes dieron buena cuenta de los cinco acompañantes de Eilaf *el Rojo*, pero no antes de que Clapa cayese herido de muerte. El pobre Clapa, tan obtuso, tan amable, tan valiente, yacía en el suelo con la boca abierta, mientras la sangre le corría por las barbas. Observé que su cuerpo aún temblaba, me situé de un brinco a su lado, le coloqué en la mano derecha una espada que encontré por allí y le apreté los dedos alrededor de la empuñadura. Un hachazo le había dado de lleno en el pecho, que ya no era sino un amasijo ensangrentado y palpitante de costillas, pulmones y cota de malla.

—¿Quién sois? —preguntó alguien a voz en grito.

—Ragnar Olafson —se me ocurrió decir.

—¿Qué hacéis aquí?

—Encallamos en la costa, y vinimos en busca de ayuda —repliqué.

Rypere lloraba desconsolado. Sostenía la mano izquierda de Clapa y no dejaba de repetir el nombre de su amigo.

Se hacen buenas amistades en combate. Nos gastamos bromas, nos tomamos el pelo y nos insultamos, pero también hacemos amigos. Durante la lucha, llegamos a querernos como hermanos. Clapa y Rypere se habían hecho amigos del alma en esas circunstancias, y en aquellos momentos, cuando Clapa, que era danés, se estaba muriendo, Rypere, que era sajón, lloraba a su lado. No eran lágrimas de tristeza, sino de rabia. Mientras sostenía apretada con fuerza al pomo de la espada la mano moribunda de su amigo, observé que Rypere empuñaba la suya por la hoja y la alzaba al cielo, al tiempo que decía «Señor». Me volví, y comprobé que llegaban más hombres por la ribera.

Haesten había enviado un barco para dejar expedito el canal. La nave había encallado a unos cincuenta pasos de la orilla. A lo lejos, un puñado de barcos se mantenía a la espera, dispuestos a salir al mar en cuanto el canal quedase despejado. Haesten y los suyos huían de Beamfleot, llevándose a Æthelflaed con ellos. Más allá de la ensenada, en la escarpada colina que se alzaba a los pies de la cabaña incendiada, los hombres de Sigefrid y Erik corrían temerariamente por la empinada ladera para dar caza al traidor Haesten, mientras sus nutridas tropas llegaban al sitio en que nos encontrábamos.

—¡Muro de escudos! —gritó alguien. No sé quién lo hizo. Sólo recuerdo que pensé que moriría en aquella cenagosa ribera, que acaricié la mejilla ensangrentada de Clapa, que me fijé en su hacha abandonada en el lodo y que sentí la misma rabia que Rypere. Enfundé a *Hálito-de-Serpiente* y agarré con fuerza aquella enorme y larga hacha de guerra, de anchas hojas.

La tripulación de Haesten llegó dando aullidos, espoleada por las prisas de huir de la ensenada antes de que los hombres de Sigefrid hiciesen una carnicería. Haesten hacía cuanto estaba en su mano por retrasar a sus perseguidores, quemando los barcos de Sigefrid que permanecían varados en el extremo más alejado de la ensenada. Sólo a medias me daba cuenta de aquellos nuevos incendios, de las llamas que se alzaban con rapidez por los aparejos embreados, del humo que flotaba por encima de la marea ascendente. No tenía tiempo de mirar, sólo de abrazarme a los demás y frenar a aquellos hombres vociferantes.

Cargaron contra nosotros en el último momento. Todos podríamos haber muerto en aquel lugar, pero quienquiera que diera la orden de formar un muro de escudos había escogido bien el sitio porque, a nuestros pies, se hallaba una de las muchas zanjas que, serpenteantes, discurrían por Caninga. No era tanto un surco cuanto un riachuelo de lodo, pero nuestros atacantes trastabillaron en sus resbaladizas vertientes, momento que aprovechamos para abalanzarnos contra ellos gritando como posesos, y la furia que sentía en mi interior dio paso al encarnizamiento de la batalla. Blandí mi enorme hacha contra un hombre que trataba de recuperar el equilibrio, y mi grito de guerra se convirtió en un alarido de triunfo, cuando descargué la hoja sobre su casco, le abrí la cabeza y se la partí en dos. Brotó un chorro de sangre negra, mientras yo seguía gritando y agitaba el hacha, dispuesto a blandiría de nuevo. Sólo sentía locura, cólera, desesperación, la euforia del combate, la borrachera de la sangre. Éramos guerreros dispuestos a matar; el muro de escudos había avanzado hasta el borde de la zanja donde se revolcaban nuestros enemigos, y perpetramos una espantosa carnicería: aceros a la luz de la luna, chorros de sangre negra y gritos humanos, tan feroces como los de aves salvajes en la oscuridad.

Nos excedían en número y en todos los frentes. De no haber saltado más hombres del barco amarrado, que echaron a correr por la marisma atacando a quienes nos acosaban por el flanco izquierdo, habríamos perdido la vida alrededor de aquel poste del que pendía la cadena que sujetaba el

barco. Aun así, los hombres de Haesten eran muy superiores en número y, pisoteando a sus compañeros moribundos, los guerreros de las filas posteriores avanzaron dispuestos a todo. Arremetieron con tanta fuerza y tan bien pertrechados que no nos quedó más remedio que retroceder. A pesar de que un lancero que quedaba fuera de mi alcance no dejaba de acosarme con su arma, yo blandía el hacha con las dos manos y, aullando sin parar, acoquinaba con mis mandobles a todo aquél que se me ponía por delante. No llevaba escudo pero a mi lado estaba Rypere, que se había apoderado de uno tirado en el suelo y hacía todo lo que podía para protegerme. Sin embargo, el guerrero se las compuso para esquivarlo y acertó a propinarme un tajo en la pantorrilla. Alcé el hacha y se la aplasté contra la cara, al tiempo que desenvainaba a *Hálito-de-Serpiente* para que berrease a placer su canción guerrera. La herida que había sufrido carecía de importancia, no así las que infligía mi espada. Un hombre cegado de cólera y con la boca abierta, que dejaba al descubierto unas encías desdentadas, trató de propinarme un hachazo, pero *Hálito-de-Serpiente* lo dejó seco en el sitio, con tanta elegancia y desenvoltura que prorrumpí en una risotada triunfal al sacar la espada de su vientre. «¡Ya son nuestros!», bramé en inglés, sin que nadie lo advirtiese. Aunque nuestro pequeño muro de escudos seguía resistiendo al pie del enorme poste, nuestros enemigos nos superaban por el flanco izquierdo, y los hombres que se encontraban en esa posición, atacados por dos frentes, abandonaron el muro y echaron a correr. Retrocedimos a trompicones tras sus pasos. No dejábamos de parar mandobles con los escudos, aunque nos destrozaban los bordes a hachazos, mientras se escuchaba el entrechocar de espadas. Incapaces de aguantar la presión de tantos hombres, retrocedimos hasta más allá del madero que hacía las veces de amarre. Para entonces ya había suficiente claridad, y reparé en el limo verdoso que recubría la base del poste al que seguía atada la cadena herrumbrosa.

Los hombres de Haesten celebraron la victoria con grandes alaridos, con la boca abierta de par en par y los ojos brillantes, en los que se reflejaba la luz que asomaba por el este. Sabían que habían ganado y que nosotros huíamos. No se me ocurre nada mejor para describir aquel momento, justo antes del amanecer. Sesenta o setenta hombres se disponían a liquidarnos, tras haber acabado con unos cuantos tripulantes del barco-esclusa. Los que quedábamos corríamos hacia la playa, un espeso barrizal, y pensé de nuevo que mi vida terminaría allí donde el mar discurre por las ondulaciones de

los bajíos. Pero nuestros atacantes, satisfechos al ver cómo nos retirábamos, se volvieron hacia el poste y la cadena. Algunos nos miraban y nos provocaban para que volviésemos a tierra firme y nos enfrentásemos con ellos, mientras otros la emprendían a golpes de hacha con la cadena. Más allá, en la negrura de la parte más oscura del cielo, mientras desaparecían las últimas estrellas, atisbé los barcos de Haesten a la espera de salir al mar.

Las hachas repiquetearon hasta que resonó una explosión de alegría, y la pesada cadena fue a parar al cieno, enroscada como una serpiente. La marea estaba subiendo con fuerza; el barco viraba hacia el oeste y apuntaba a la ensenada arrastrado por la avenida del mar; y allí estaba yo, mano sobre mano, sin poder hacer nada, salvo constatar que Haesten ya tenía vía libre.

Nuestros adversarios regresaban corriendo a su nave. La cadena había desaparecido bajo el agua arrastrada lentamente por el desplazamiento del barco. Sentí la mano de Rypere en un hombro; recuerdo que di un traspié en el lodo, mientras mi pie izquierdo chapoteaba en la sangre que me inundaba la bota. Eché mano de *Hálito-de-Serpiente*, y me resigné a mi suerte: nada podía hacer para evitar que Æthelflaed fuese víctima de un cautiverio aún peor.

Pensé en que doblarían el rescate exigido, y que Haesten se convertiría en un señor de la guerra, en un hombre más rico incluso de lo que hubiera podido soñar en su desenfrenada codicia. Reuniría un ejército y buscaría la destrucción de Wessex. Se proclamaría rey. Y todo gracias a aquella cadena cizallada, que desbloqueaba la desembocadura del Hothlege.

En aquel instante, pude ver a Haesten en la proa de su barco, el *Dragón errante*, el primero de los que esperaban a la entrada de la dársena. Ufano y sonriente, con cota de malla y capa, Haesten estaba erguido al pie de la cabeza de cuervo que coronaba la proa de su nave, con el casco resplandeciente a la luz del alba, empuñando su espada reluciente. Se había salido con la suya. Estaba seguro de que Æthelflaed iba a bordo de ese barco, al que seguían otras veinte embarcaciones, su flota, su gente.

Los guerreros de Sigefrid y Erik habían llegado a la ensenada; tras subir a bordo de algunas de las barcas que no habían sido pasto del fuego, atacaban ya a los barcos que formaban parte de la retaguardia de la flota de Haesten. Las llamas de los buques que aún ardían arrancaron destellos de armas y pensé que seguían muriendo hombres. Pero ya era demasiado tarde. La ensenada estaba expedita.

Sujeto sólo por la cadena de proa, el barco-esclusa se desplazaba cada vez con mayor rapidez. En pocos instantes, el estrecho canal quedaría abierto de par en par. Se hundieron los remos del barco de Haesten para resistir el flujo de la marea, y caí en la cuenta de que, en cualquier momento, tirarían de ellos con fuerza y vería con mis propios ojos cómo el ágil *Dragón errante* dejaba atrás rápidamente el barco-esclusa varado. Pondría rumbo al este, en busca de un nuevo lugar en el que acampar, a la espera de un futuro que le depararía un reino que, en otro tiempo, era conocido como Wessex.

Ninguno de nosotros abrió la boca. No sabía quiénes eran los hombres con los que había participado en aquel combate. Tampoco ellos me conocían. Nos quedamos allí de pie como extraños, desconsolados, contemplando el canal desatorado mientras el cielo se tornaba más luminoso. El sol estaba a punto de asomar por el horizonte y por el este apuntaban resplandores rojos, dorados, plateados. La luz del sol se reflejaba en las húmedas palas de los remos del barco de Haesten, mientras sus hombres los movían con fuerza hacia delante. Aquellos reflejos me cegaron un instante; a una orden de Haesten las palas se hundieron en el agua y su barco alargado comenzó a moverse.

En ese momento, caí en la cuenta de que la voz de Haesten revelaba que no las tenía todas consigo.

—¡Remad con fuerza! —gritaba.

No entendía la razón de aquel pánico. Ninguno de los barcos de Sigefrid, repletos de hombres armados y nerviosos, estaba cerca del suyo y, ante sí, se extendía el mar abierto. Pero en su voz había un deje de desesperación.

—¡Remad, remad! —chillaba, y el *Dragón errante se* dirigió aún más rápido hacia el esplendor dorado que asomaba por el este. Su cabeza de dragón, con las fauces erguidas y los dientes al descubierto, encaraba desafiante al sol naciente.

Entonces comprendí la razón del miedo de Haesten. El *Águila del mar* no andaba lejos.

Finan había tomado una decisión. Hasta pasados unos cuantos días, no me confesó que no le resultaba fácil encontrar una razón que justificase la determinación que había seguido: se había guiado por una corazonada. Como sabía que trataría de dejar libre el canal, no se le ocurrió nada mejor

que llevar el *Águila del mar* hasta el Hothlege para taponar la salida, y decidió acercarse hasta allí.

—Reparé en vuestra capa —me explicó.

—¿Mi capa?

—La del rayo en la espalda, mi señor. Vi que estabais defendiendo el poste, no atacándolo.

—¿No se te pasó por la cabeza que podía haber muerto —le pregunté —, y que alguno de mis adversarios podría haberse quedado con la capa?

—No, porque reconocí a Rypere. Estaba con vos. ¿Cómo se me iba a olvidar la cara de ese hombre tan bajo y tan feo? —me dijo.

Entonces, Finan ordenó a Ralla que pusiese rumbo al canal. Habían permanecido al acecho en el extremo oriental de la Isla de los Dos Árboles, observando el sendero pantanoso y enlodado que se extendía por la orilla norte a la entrada del canal, y Ralla había aprovechado la subida de la marea, que lo había llevado hasta el Hothlege. Antes de adentrarse en el canal, ordenó que recogiesen los remos y dirigió el *Águila del mar* hasta chocar contra una de las hileras de remos del *Dragón errante.*

Puse mis cinco sentidos y observé que el *Águila del mar* estaba en el centro del canal. El barco de Haesten estaba más cerca y, aunque no pude ver el rápido movimiento de los remos, sí oí el chasquido que hicieron al saltar en pedazos. Oí cómo se astillaban los remos, uno tras otro, y escuché los gritos de los hombres de Haesten al recibir el tremendo y doloroso golpe de los mangos de los remos en el pecho. Aún se oían los alaridos, cuando el *Dragón errante* se detuvo de improviso. Ralla había atorado el timón del barco de Haesten para arrastrarlo hasta la orilla cenagosa de Caninga. Pero el *Águila del mar* se detuvo bruscamente también, atrapado entre el barco varado que cerraba el canal y el *Dragón errante* que trataba de escapar. Con lo que eran tres los barcos que, en aquellos momentos, taponaban la salida.

Centelleante como el oro, el sol se alzó sobre el mar y cubrió la tierra con su luz deslumbrante. Mientras, la ensenada de Beamfleot se convertía en el escenario de una carnicería.

Haesten ordenó a sus hombres que abordasen el desmantelado *Águila del mar* y acabasen con todos los que iban a bordo. Dudo que supiera quién iba en el barco; sólo que habían frustrado sus planes. Cuando sus hombres saltaron a bordo dando alaridos, se encontraron con Finan, que los esperaba al frente de los hombres de mi guardia. Los dos muros de escudos chocaron junto a las bancadas de los remeros de proa. Hachas y lanzas, espadas y

escudos. Al principio, me conformé con mirar. Oí el estruendo de los escudos al chocar, reparé en el destello de la luz del nuevo día reflejado en las espadas alzadas y también que más guerreros de Haesten saltaban a la proa del *Águila del mar.*

El combate tenía lugar a la entrada de la ensenada. Más allá de los tres barcos que la ocluían, la subida de la marea arrastraba hacia atrás al resto de la flota de Haesten, en dirección a los barcos que ardían en la costa. Pero no todas las naves de Sigefrid habían ardido, y eran cada vez más las que se dirigían hacia los navíos de la retaguardia de Haesten. Allí también se trabó otro combate. Más arriba, en lo alto de la colosal colina verde que dominaba Beamfleot, la cabaña seguía ardiendo, igual que los barcos amarrados en el Hothlege. La dorada luz del nuevo día se ocultó tras columnas de humo, bajo las cuales los hombres morían, y remolinos de carbonilla caían desde el cielo como polillas.

Los hombres de Haesten que seguían en tierra, los mismos que nos habían obligado a retroceder hasta el barro y habían destrozado la cadena que sujetaba el barco-esclusa, se lanzaron al bajío con ánimo de llegar al *Dragón errante* y unirse a los que peleaban a bordo del *Águila del mar.*

—¡Tras ellos! —grité.

No había razón alguna para que me siguieran los hombres de Sigefrid. No sabían quién era yo; sólo que había luchado a su lado. Pero se dieron cuenta de lo que pretendía y se sintieron inflamados por el ansia de pelear. Haesten había faltado a la palabra dada a Sigefrid; ellos eran guerreros de Sigefrid, y las huestes de Haesten debían morir.

Pero esos hombres, los mismos que habían provocado aquel enfrentamiento deshonroso, se habían olvidado de que estábamos allí. Desde el *Dragón errante,* se abalanzaban sobre el *Águila del mar,* pensando sólo en matar a sus tripulantes, que habían impedido la huida de Haesten. De modo que nadie nos paró los pies cuando subimos a bordo de la nave. Los hombres que obedecían mis órdenes eran enemigos míos, pero no lo sabían. Me siguieron a ciegas, orgullosos de servir a su señor. Atacamos desde atrás a los hombres de Haesten y, por un momento, nos convertimos en los amos de aquella carnicería. Les acribillamos con nuestras espadas por la espalda, y murieron sin saber que estaban siendo atacados. Cuando quienes aún seguían con vida se dieron media vuelta, vieron que no éramos más que un puñado de hombres frente a un centenar.

Demasiados guerreros iban a bordo de la nave de Haesten, tantos que apenas cabían en la proa del barco para participar en el combate. Pero los hombres del *Dragón errante* tuvieron que enfrentarse con sus propios enemigos: nosotros.

Los barcos son estrechos. Nuestro muro de escudos, que tan poco les había costado desbaratar en tierra, ocupaba la cubierta del *Dragón errante* de lado a lado, y las bancadas de los remeros eran otros tantos obstáculos que les impedían atacar. Se habían acercado con parsimonia, mirando de no tropezar con los bancos que les llegaban a la altura de las rodillas, pero estaban ansiosos. Tenían a *Æ*thelflaed en sus manos, todos luchaban por un sueño, el de ser ricos, y nosotros éramos el único obstáculo que encontraban en su camino. Tendrían que matarnos. Me hice con el escudo de uno de los hombres que habíamos liquidado en el curso de nuestro primer y repentino ataque y, con Rypere a mi derecha y un desconocido a mi izquierda, me dispuse a darles la bienvenida.

Eché mano de *Hálito-de-Serpiente.* En un muro de escudos siempre era mejor recurrir a mi daga, *Aguijón-de-avispa,* pero, en aquel caso, nuestros contrincantes no podían acercarse a nosotros, que permanecíamos detrás de una de las bancadas de los remeros. La bancada no llegaba hasta el centro del barco, donde me hallaba, pero delante tenía las parihuelas del mástil, lo que me obligaba a mirar a ambos lados de la horquilla para ver por dónde me acechaba el mayor peligro. Un hombre de barba enmarañada se encaramó a la bancada que estaba delante de Rypere con intención de darle un hachazo en la cabeza; como mantenía el escudo en alto, desde abajo le ensarté con *Hálito-de-Serpiente* en la barriga, la giré, rasgué con el doble filo y el normando soltó el hacha por detrás de Rypere, gritando y retorciéndose alrededor de la hoja. No sabía si con el escudo paraba las arremetidas de un hacha o de una espada; el hombre que tenía ensartado por el vientre cayó del lado por el que me atacaban y sentí en la mano el calor de su sangre, que corría por la hoja de *Hálito-de-Serpiente.*

Oí el siseo de una espada junto a mí y paré el mandoble con el escudo. El acero se esfumó dispuesto a descargar de nuevo, pero tuve tiempo de proteger con mi escudo a Rypere antes de que volviera a caer sobre nosotros. «Que esto siga así», pensé. Mientras siguieran dando mandobles contra nuestros escudos, no irían a ninguna parte. Para deshacer nuestro muro de escudos, tenían que pasar del otro lado de la bancada y enfrentarse con nosotros cara a cara. Por encima del borde de mi escudo, miré a la cara

de aquellos hombres barbudos. No paraban de gritarnos. No distinguía los insultos con que nos provocaban. Sólo sabía que volverían a la carga de nuevo, y así fue. Estrellé mi escudo contra un hombre que estaba encima de la bancada que quedaba a mi izquierda y le clavé la espada en una pierna, un rasguño sin importancia, pero le enganché por la barriga con el tachón de mi escudo y le di un empellón hacia atrás. Una espada me rozó el bajo vientre pero la cota de malla resistió. Todos regresaban al barco; los hombres de las filas posteriores empujaban a los de delante hasta ponerlos al alcance de nuestras espadas; nos atacaban con tal ímpetu que nos obligaban a retroceder. Apenas me daba cuenta de que algunos de los nuestros nos cubrían las espaldas de un posible contraataque de los hombres de Haesten que habían abordado el *Águila del mar* y trataban de subir a bordo del *Dragón errante.* Dos hombres consiguieron salvar la horquilla y cargaron contra mí con sus escudos. Fue tal la fuerza del impacto que me desplazó a un lado y hacia atrás; tropecé con algo y me caí de culo al borde de una de las bancadas de los remeros. Muerto de miedo, lancé una estocada al ras del escudo y noté cómo *Hálito-de-Serpiente* traspasaba una cota de malla, cuero, piel, músculo y carne. Me llovían golpes de todas partes. Me levanté con esfuerzo, con la espada aún mordiendo la carne de aquel hombre y, por suerte, sin que ningún adversario tratara de impedírmelo. Junté mi escudo con los que estaban a mi derecha y a mi izquierda y lancé un grito desafiante, mientras tiraba y giraba la mano para liberar a *Hálito-de-Serpiente.* Un hacha vino a clavarse en el reborde superior de mi escudo y traté de deshacerme de ella; dejé caer el escudo, me libré del hacha, lo alcé de nuevo y, enarbolando mi espada, ensarté al hombre que la blandía. Corazonadas, rabia, aullidos de odio, todo me resulta confuso en estos momentos.

¿Cuánto tiempo duró aquel enfrentamiento? Nunca lo supe a ciencia cierta; lo mismo pudo haber sido un momento que una hora. Cuando los poetas cantan las batallas del pasado, pienso que no saben lo que dicen. Los combates no eran así y, desde luego, la batalla campal que se desarrolló a bordo del barco de Haesten no guardaba ninguna similitud con sus rimas. No fue un acontecimiento heroico ni digno de recordarse; no había un señor de la guerra que matase a diestro y siniestro. Era sólo pánico, un miedo espantoso. Sólo hombres cagados de miedo, que se meaban encima, que sangraban, gesticulaban y lloraban como niños a los que les han propinado unos azotes. Era una tremenda confusión de espadas por el aire, de escudos

que entrechocaban, de atisbos intermitentes, de quites a la desesperada y estocadas a ciegas. Resbalábamos en la sangre, los muertos yacían con las manos crispadas y los heridos se tocaban sus espantosas y mortales heridas mientras llamaban a gritos a sus madres y las gaviotas graznaban, para mayor regocijo de los poetas que ya tenían algo que cantar. Ensalzado por ellos, sonaba a música celestial. El viento soplaba débilmente mientras subían los remolinos de la marea que inundaba la ensenada de Beamfleot, en la que flotaba la sangre derramada hasta decolorarse y se diluía en las aguas, verdosas y frías, del mar.

En realidad, fueron dos las batallas. Mis hombres a bordo del *Águila del mar,* bajo las órdenes de Finan y con ayuda de los guerreros de Sigefrid que quedaban en el barco varado que bloqueaba el canal, pelearon con todas sus fuerzas contra la guardia de Haesten; y nosotros les ayudamos al abordar el *Dragón errante.* Mientras, al fondo de la ensenada, donde todavía había barcos en llamas, los hombres de los Thurgilson atacaban la retaguardia de la flota de Haesten.

Pero la situación cambió de repente. Erik se había dado cuenta de lo que había pasado en la entrada de la ensenada y, en lugar de subir a bordo de un barco, condujo a sus hombres hasta la orilla sur, vadearon el estrecho canal que los separaba de la Isla de los Dos Árboles y cayeron sobre el barco encallado. De ahí, pasaron al *Águila del mar* y se unieron al muro de escudos que había formado Finan. Aparecieron en el momento preciso, porque los barcos más adelantados de Haesten ya acudían en ayuda de su señor; pronto sus guerreros abordarían el *Águila del mar* mientras otros hacían lo propio con el *Dragón errante.* Cuando los hombres de Sigefrid se percataron de la jugada de Erik, muchos de ellos, entre los que se contaba su hermano, se hicieron con un barco alargado, aunque más pequeño. Encontraron aguas lo bastante profundas como para poder remar contracorriente y dirigieron la nave hacia el lugar donde tenía lugar el combate, es decir, a la entrada de la ensenada, donde tres barcos permanecían bloqueados y los hombres peleaban entre sí sin saber contra quién, como si fuera una lucha de todos contra todos. Recuerdo que, en aquellos instantes, pensé que era como una de esas batallas que libraremos en el salón de los muertos de Odín, ese paraíso eterno en el que los guerreros lucharán todo el día y resucitarán para beber, comer y gozar de sus mujeres toda la noche.

Una vez en el *Águila del mar,* los guerreros de Erik se sumaron a los hombres de Finan para repeler a los asaltantes de Haesten. Algunos se arrojaron a la ensenada que era lo bastante profunda como para que se ahogasen; otros escaparon a nado hacia los barcos de refuerzo de la flota de Haesten, mientras un último retén se empecinaba en mantener un muro de escudos en la proa de nuestra nave. Gracias a la ayuda de Erik, Finan salió con bien del percance, lo que permitió que muchos de sus hombres subiesen a bordo del *Dragón errante* y se uniesen a nuestro renqueante muro de escudos, que era acosado por todos lados. Mientras, en el barco de Haesten, la lucha perdía intensidad a medida que sus guerreros se daban cuenta de que no les quedaba otra salida que la muerte. Retrocedieron, saltando por encima de las bancadas para alejarse de semejante perspectiva, aunque siguieron provocándonos a una distancia prudencial, a la espera de que fuéramos nosotros quienes iniciásemos el ataque.

Durante esa breve pausa en que los hombres de ambos bandos sopesan las posibilidades que tienen de vivir o morir, acerté a ver a *Æ*thelflaed.

Acurrucada bajo el altillo del timón del *Dragón errante,* contemplaba la confusión de espadas y muerte que se desarrollaba en su presencia. No parecía tener miedo. Abrazada a dos de sus doncellas, observaba todo con unos ojos como platos, pero sin miedo. Durante las últimas horas, con todo, tenía que haber estado aterrorizada, porque no habría visto nada que no fuera fuego, muerte y horror. Más tarde, nos enteramos de que Haesten había ordenado que prendiesen fuego a la cabaña de Sigefrid y, en plena confusión, sus hombres arremetieron contra los guardianes que Erik había designado para custodiar la cabaña de *Æ*thelflaed. Mataron a los guardias, sacaron a *Æ*thelflaed de su aposento y se la llevaron monte abajo hasta el *Dragón errante*, que estaba esperándolos. Un plan bien pensado, sencillo y brutal, ejecutado con limpieza, que habría salido bien si el *Águila del mar* no hubiese estado al acecho a la entrada de la ensenada y, en aquellos momentos, no hubiera centenares de hombres que se acuchillaban y apuñalaban entre sí en un confuso combate en el que nadie sabía quién era exactamente el enemigo y se enfrentaban entre ellos sólo por placer.

—¡Matadlos, matadlos! —gritó Haesten a aquéllos de los suyos que participaban en la carnicería. Le bastaba con liquidar a los míos y a los guerreros de Erik para salir de la ensenada, pero el barco de Sigefrid le pisaba los talones.

Éste no tardó en dejar atrás al resto de las naves de Haesten. El timonel había puesto rumbo a los tres barcos que taponaban la entrada del canal. Unos buenos golpes de remo y, en un abrir y cerrar de ojos, la pequeña embarcación se sumó a la lucha. Chocó contra la proa del *Águila del mar,* donde los asaltantes de Haesten formaban el muro de escudos. De resultas del impacto, los guerreros se tambalearon de un lado a otro. Cuando el tajamar de la embarcación de Sigefrid se empotró en el *Águila del mar* levantó los tablones de nuestro barco. Tan violento fue el encontronazo que Sigefrid casi se cayó de la silla, pero se repuso al instante y, con su capa de oso y espada en mano, retó a sus enemigos a que acudiesen a su encuentro para acabar con ellos con su *Aterradora.*

Los hombres de Sigefrid se enzarzaron en el combate, mientras Erik, con el pelo en desorden y blandiendo una espada, ya había dejado atrás la proa del *Águila del mar* y, tras abordar el *Dragón errante,* se abría paso a mandobles para llegar a donde estaba *Æ*thelflaed. Cambiaron las tornas. Tras la aparición de Erik y los suyos, y el choque de la embarcación de Sigefrid, los guerreros de Haesten se pusieron a la defensiva. Los primeros en abandonar fueron los hombres que se encontraban a bordo del *Águila del mar.* Luchaban con tal denuedo para llegar al *Dragón errante,* que pensé que los hombres de Sigefrid los atacaban con tanto ímpetu que huían a la desbandada. Pero, en ese momento, me di cuenta de que mi barco se estaba hundiendo. La embarcación de Sigefrid le había abierto un boquete en un costado y el agua penetraba por los tablones destrozados.

—¡Matadlos, matadlos! —gritaba Erik y, a su voz, cargamos contra los hombres que teníamos delante, que retrocedieron una bancada más. Salvamos el obstáculo y fuimos tras ellos, para ser recibidos con una lluvia de mandobles contra nuestros escudos. Empuñé a *Hálito-de-Serpiente* pero sólo encontró la madera de otros escudos en su camino. Un hacha me pasó silbando por encima de la cabeza; me salvó del golpe una sacudida que, en aquel instante, sufrió el *Dragón errante:* la crecida de la marea lo había sacado del lodo y flotaba.

—¡Remos! —gritó alguien a voz en cuello.

Un hacha vino a clavarse en mi escudo, astillando la madera; un hombre me miraba con ojos de loco, mientras intentaba recuperar el arma. Adelanté el escudo y le clavé la espada con todas mis fuerzas en el pecho. El acero le traspasó la cota de malla, y siguió mirándome mientras *Hálito-de-Serpiente* andaba en busca de su corazón.

—¡Remos! —era Ralla quien gritaba a los míos que ya no tenían que defenderse de los ataques de Haesten—. ¡Remad, cabrones! —chilló, y pensé que se había vuelto loco; a nadie se le ocurre mover a golpe de remo un barco que se está hundiendo.

Pero Ralla no estaba loco. Tenía la mente lúcida. El *Águila del mar* hacía agua, pero el *Dragón errante* estaba a flote y su proa apuntaba al despejado estuario. Ralla se había llevado por delante una de las filas de remos del barco de Haesten y trataba de que algunos de los nuestros sacasen nuestra nave de la embocadura, con la idea de apoderarse del *Dragón errante.*

El *Dragón errante* era un hervidero de hombres enloquecidos. Los guerreros de Sigefrid habían dejado atrás la proa del *Águila del mar,* que se hundía, para hacerse un hueco en el altillo del timón, donde se encontraba Æthelflaed, y, desde allí, acosaban a los hombres de Haesten. Éstos retrocedían por el hostigamiento de los míos y de los guerreros de Erik, que se enfrentaban con ellos como obsesos. Erik no llevaba escudo; sólo empuñaba su larga espada. Mientras peleaba con sus enemigos, muchas veces temí por su vida, pero gozaba del favor de los dioses en aquellos instantes y seguía adelante mientras sus adversarios caían. Desde la popa, seguían llegando guerreros de Sigefrid, hasta que Haesten y los suyos se vieron atrapados entre dos fuegos.

—¡Haesten —grité— ven y muere como un hombre!

Me miró y puso cara de no creer lo que estaba viendo. No sé si llegó a oírme, pero Haesten quería seguir con vida y peleando. El *Dragón errante,* seguido por otros barcos de Haesten, se puso a flote, pero en un agua tan poco profunda, que se oía el ruido del casco al chocar contra el cieno. Saltó por la amurada y fue a parar al agua que le cubría sólo hasta la rodilla. Los suyos fueron tras él, y echaron a correr desde la costa de Caninga buscando refugio en el barco que les seguía. El enfrentamiento, que tan encarnizado había sido, acabó en un periquete.

—¡Tengo a la puta! —gritó Sigefrid, que, por lo visto, había conseguido subirse al barco de Haesten. Desde luego, sus hombres no le habían llevado hasta allí, porque la silla dotada de andas estaba todavía en la embarcación que había conseguido hundir al *Águila del mar.* Sus fuertes brazos le habían permitido saltar desde el barco que se hundía al *Dragón errante.* Y allí estaba, en el suelo, con las piernas paralizadas, una espada en una mano y el cabello enmarañado de Æthelflaed en la otra.

Sus hombres estaban contentos. Habían ganado y habían recuperado su presa. Sigefrid sonrió a su hermano.

—¡Ya tengo a la puta! —repitió.

—Entrégamela —dijo Erik.

—Vamos a llevarla a su sitio —repuso Sigefrid, que aún no entendía lo que estaba pasando.

Æthelflaed no apartaba los ojos de Erik. Estaba en cubierta, con sus cabellos dorados entre las manos enormes de Sigefrid.

—Entrégamela —dijo Erik de nuevo.

No puedo decir que se hiciera el silencio. Imposible, porque la pelea aún arreciaba en los barcos de Haesten, se oía el crepitar de las llamas y los gemidos de los heridos, pero sí se produjo algo parecido. Sigefrid contempló a los hombres de Erik y se detuvo al llegar a mí. Era más alto que los demás y, aunque el sol naciente quedaba a mis espaldas, debió de advertir algo que le llamó la atención, porque empuñó la espada y me apuntó con ella.

—Quitaos el casco —ordenó, con aquella voz estridente que tenía.

—No soy uno de los vuestros para que me deis órdenes —repuse.

Conmigo estaban todavía algunos de los hombres de Sigefrid, los mismos que habían abandonado el barco-esclusa para abortar la primera intentona de Haesten por dejar libre el canal. Con las armas en la mano, aquellos guerreros se volvieron hacia mí; pero allí también estaban Finan y los hombres de mi guardia personal.

—No los matéis —dije—; podéis arrojarlos por la borda, si lo deseáis. Han luchado a mi lado.

Sigefrid soltó el pelo de Æthelflaed, obligándola a retroceder hacia sus hombres, mientras echaba hacia delante su enorme y lisiado corpachón vestido de negro.

—Vaya, vaya. Así que tú y el sajón —le dijo a Erik—, tú y ese sajón traicionero. ¿Pensabas traicionarme, hermano?

—Te pagaré lo que te corresponda del rescate —contestó Erik.

—¿Tú me vas a pagar? ¿Con qué? ¿Con orines?

—Te pagaré —insistió Erik.

—¡No podrías pagar ni a un cabrón que te lamiese tus sucios cojones! —bramó Sigefrid—. ¡Llevadla a tierra! —ordenó a sus hombres.

Erik se abalanzó sobre ellos inútilmente. No había posibilidad de que los hombres de Sigefrid llevasen a tierra a Æthelflaed. La subida de la

marea había arrastrado al *Dragón errante* hasta dejar atrás al *Águila del mar,* sumergido ya a medias, arrastrándonos hacia el más próximo de los barcos de Haesten. Temía que nos abordasen en cualquier momento. Ralla había pensado lo mismo y empujaba a algunos de mis hombres hacia las bancadas de proa.

—¡Remad —gritó—, remad!

Erik se abalanzó sobre ellos, con intención de rajar a los hombres que tenían a Æthelflaed. Tenía que pasar por encima de su hermano que, ceñudo y furioso, seguía sentado en la cubierta bañada en sangre. Sigefrid empuñó la espada. Observé el gesto de sorpresa de Erik al ver que su hermano blandía el arma contra él. Oí el grito de Æthelflaed cuando su amado fue a caer sobre *Aterradora.* Sigefrid no pestañeó; en su rostro no podía leerse ni cólera ni tristeza. Sujetó la espada con firmeza, mientras su hermano se doblaba sobre ella. En ese instante, sin mediar palabra, codo con codo, atacamos los demás, los hombres de Erik y los míos. Nos enzarzamos en una nueva pelea a muerte. Tan sólo me detuve un instante para agarrar a uno de los míos por el hombro, nunca supe a quién, y decirle:

—Quiero a Sigefrid con vida —y empuñé a *Hálito-de-Serpiente* para que participase en la última carnicería de aquella sangrienta mañana.

Los hombres de Sigefrid cayeron rápidamente. Eran pocos, y nosotros, muchos. Resistieron un rato, formando un apretado muro de escudos para frenar nuestra acometida, pero peleamos con esa furia que provocan la amargura y el rencor, y *Hálito-de-Serpiente* graznó como una gaviota. Me deshice del escudo; mi única obsesión era acabar con aquellos hombres. Descargué el primer mandoble contra un escudo y le partí la mandíbula a uno de ellos, que trató de gritar, pero sólo escupía sangre, mientras Sihtric hundía su acero en aquel buche ensangrentado. Nuestro arrebato acabó con el muro de escudos: los hombres de Erik para vengar a su señor; los míos por Æthelflaed que, hecha un gurruño, se cubría la cabeza con los brazos, mientras los secuaces de Sigefrid caían a su alrededor. Gritaba y lloraba desconsolada, como si asistiera a un entierro. Gracias a eso quizá, no perdió la vida, porque aquellos angustiosos gritos aterraron a los hombres que participaban en la carnicería que se desarrollaba en la proa del *Dragón errante.* El estruendo era aterrador, ensordecedor, de una tristeza sobrecogedora, y no cesó ni aun cuando el último de los hombres de Sigefrid saltó por la borda para escapar de nuestras espadas y hachas.

Sigefrid se quedó solo. El *Dragón errante* surcaba el agua en contra de la marea, deslizándose lentamente por el canal con ayuda de unos pocos remeros.

Cubrí los hombros de Æthelflaed con mi capa ensangrentada. El barco bogaba más rápido. Los remeros de Ralla se habían acompasado y, tras dejar de lado escudos y armas, más hombres se disponían a empuñar los remos a los costados de la nave.

—¡Remad —gritaba Ralla, tras recorrer la cubierta ensangrentada y hacerse con el timón—, remad!

Sigefrid seguía allí, con vida. Seguía en cubierta, sentado sobre sus piernas tullidas, vacía la mano con que empuñaba la espada y un acero apuntándole al pescuezo. Lo sostenía Osferth, el hijo de Alfredo, que no dejaba de lanzarme inquietas miradas. Sigefrid maldecía y escupía. Con *Aterradora* traspasándole la barriga, a su lado yacía el cuerpo inerte de su hermano. Unas débiles olas rompían en la costa de Caninga, a medida que la marea cubría las anchas marismas.

Me coloqué junto a Sigefrid, y bajé los ojos hacia él, sin reparar en las invectivas que profería. Contemplé el cadáver de Erik, y pensé que era el de un hombre a quien habría tomado afecto, con quien habría peleado codo con codo y a quien habría llegado a querer como a un hermano. Luego, contemplé el rostro de Osferth, tan parecido al de su padre.

—Os advertí en una ocasión que no os haríais un nombre por matar a un tullido.

—Lo recuerdo, señor —dijo.

—Estaba equivocado —añadí—. Matadlo.

—¡Mi espada! —reclamó Sigefrid.

Osferth vaciló, mientras yo contemplaba de nuevo al hombre del norte.

—Cuando muera, viviré por siempre en el salón de Odín, y lo celebraré con vuestro hermano. Pero ni él ni yo tendremos ganas de veros por allí.

—¡Mi espada! —suplicaba Sigefrid, en aquellos momentos, estirándose para tocar el pomo de *Aterradora.* Le di un puntapié para que no llegase a tocar el cuerpo de Erik.

—Matadlo —le ordené a Osferth.

* * *

Más allá de Caninga, en alguna parte de aquel mar que resplandecía bajo el sol, arrojamos por la borda el cadáver de Sigefrid Thurgilson. Después, seguimos rumbo oeste, para que la subida de la marea nos llevase río arriba. Haesten se las había apañado para subir a bordo de otro de sus barcos y, durante un rato, se dedicó a darnos caza. Pero nuestro barco era más alargado y más rápido, y conseguimos alejarnos de él. Sus barcos dejaron de perseguirnos. El humo que salía de Beamfleot se fue difuminando hasta convertirse en una especie de nube baja y alargada. Æthelflaed seguía llorando.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —me preguntó alguien. Era uno de los hombres de Erik, el jefe de los veintidós supervivientes que venían con nosotros.

—Lo que vosotros queráis —contesté.

—Nos han dicho que vuestro rey cuelga a los nuestros —continuó el guerrero.

—Antes tendrá que colgarme a mí —repuse—. Seguiréis con vida —le prometí— y, cuando lleguemos a Lundene, pondré un barco a vuestra disposición para que os vayáis donde os plazca —para añadir, con una sonrisa— o, si así lo preferís, quedaros y poneros a mis órdenes.

Aquellos hombres cubrieron con respeto el cadáver de Erik con una capa. Extrajeron la espada de Sigefrid del vientre de su señor y la pusieron en mis manos. Se la entregué a Osferth.

—Os la habéis ganado —le dije, y así era, porque el hijo de Alfredo se había comportado como un hombre aquella letal mañana. La mano inerte de Erik sostenía su espada, y pensé que ya estaría esperándome en el salón de los muertos de Odín.

Aparté a Æthelflaed del cadáver de su amado, y me la llevé a proa, donde la estreché contra mí mientras lloraba. Sus dorados cabellos me rozaban la barba. Me apretó con fuerza y lloró hasta que se le secaron los ojos, y continuó gimoteando, con su rostro oculto en mi cota de malla ensangrentada.

—El rey se mostrará satisfecho de lo que hemos conseguido —dijo Finan.

—Sí, así lo creo —repliqué. No habría que pagar rescate alguno. Wessex estaba a salvo. Los invasores se habían peleado y matado entre ellos, sus barcos ardían y de sus sueños sólo quedaban las cenizas.

Sentía los estremecimientos de Æthelflaed contra mi cuerpo, y miré hacia el este, donde lucía el sol por encima de los rescoldos de Beamfleot.

—¿Me llevaréis al lado de Æthelred? —me preguntó, con un deje de reproche en su voz.

—Os conduzco a casa de vuestro padre. ¿A qué otro lugar podría llevaros? —le respondí. No dijo nada. Sabía que no tenía otra elección. *Wyrd bid ful arad*—. Nadie sabrá nada de lo que hubo entre Erik y vos —añadí, en voz baja.

No dijo nada. No podía articular palabra. Sollozaba desconsolada. La rodeé con mis brazos para hurtarla a la vista de los hombres que nos rodeaban, de todo el mundo, también del esposo que la esperaba.

Los remos se hundieron; nos acercábamos a la orilla y, por el oeste, el humo de Lundene tiznaba el cielo estival, mientras yo llevaba a Æthelflaed de vuelta a casa.

FIN

Nota Histórica

La canción de la espada debe más a la ficción que las anteriores novelas protagonizadas por Uhtred de Bebbanburg. Nada refieren las crónicas de la época en cuanto a la captura de Æthelflaed por los vikingos, de modo que la trama del relato es sólo producto de mi imaginación. Cierto es, sin embargo, que la hija mayor de Alfredo casó con Æthelred de Mercia, y que disponemos de muchos testimonios que dan fe de que tal matrimonio no fue un camino de rosas. Mucho me temo que no he tratado al Æthelred histórico con demasiada consideración, pero la ecuanimidad no figura entre las obligaciones primordiales de un escritor de novelas históricas.

Disponemos de una enorme riqueza documental sobre el reinado de Alfredo, gracias a que fue un rey entregado al estudio, que gustaba de dejar constancia escrita de cuanto acontecía. A pesar de eso, hay lagunas. Sabemos que sus ejércitos conquistaron Londres, pero aún sigue la polémica en torno al año en que la ciudad pasó a formar parte del reino de Wessex. Desde un punto de vista administrativo, la ciudad pertenecía a Mercia. Pero Alfredo era un hombre ambicioso: nunca se mostró dispuesto a que hubiese un rey de Mercia, territorio que consideraba bajo su férula. Con la caída de Lundene, dio comienzo la inexorable expansión hacia el norte que, tras la muerte de Alfredo, culminaría con la transformación del reino sajón de Wessex en lo que hoy conocemos como Inglaterra.

No obstante, gran parte del relato se asienta en hechos históricos. Hubo un ataque de los vikingos contra Rochester (Hrofeceastre), en Kent, que concluyó con una amarga derrota. Aquel desastre puso de manifiesto lo acertado de la política defensiva emprendida por Alfredo, consistente en rodear Wessex de fortalezas que, en realidad, eran otras tantas ciudadelas, defendidas por tropas del *fyrd*. Siempre cabía la posibilidad de que un caudillo vikingo decidiese invadir Wessex, aunque sus naves no solían desplazarse con máquinas para llevar a cabo un asedio, y cualquier tentativa en este sentido suponía la presencia de un enemigo temible a sus espaldas. Supongo que la obsesión que Alfredo tenía con el orden no fue ajena a la precisión extrema con que organizó este anillo defensivo. Por suerte, disponemos de una copia del siglo XVI de otra del siglo XI, realizada a

partir del documento original, en que se describe la organización de tales fortalezas. Dicho documento, conocido como el Burghal Hildage, da fe de cuántos hombres se necesitaban en cada bastión, y cómo se reclutaban, proporcionando una idea precisa de aquel colosal despliegue defensivo. Se levantaron y amurallaron de nuevo antiguas ciudades arrasadas. Alfredo esbozó incluso los planos de algunas de ellas, de modo que en la actualidad, cuando nos damos una vuelta por las calles de Wareham, en Dorset, o de Wallingford, en Oxford, pasamos por calles que fueron trazadas por sus topógrafos y que permanecen inalteradas desde hace doce siglos, a pesar de las heredades y transmisiones patrimoniales.

Si bien los planteamientos defensivos de Alfredo constituyeron un éxito notable, no se puede decir lo mismo de sus avances ofensivos. No dispongo de ninguna prueba que atestigüe que Æthelred de Mercia estuviera al mando de la flota que atacó a los daneses en el río Stour, y dudo incluso que aquella incursión tuviera algo que ver con él. Aparte de eso, el relato se ciñe a la verdad histórica, y la expedición contra los vikingos, que comenzó con brillantez, acabó como el rosario de la aurora. Tampoco dispongo de testimonio alguno que me permita afirmar que Æthelred obligó a su joven esposa a pasar la prueba del agua amarga. Quien se sienta tentado a saber algo más acerca de aquella antigua e infame superstición, leerá con provecho las instrucciones divinas dictadas para tal ceremonia, tal y como se recogen en el Antiguo Testamento *(Números,* 5).

Cuando concluye *La canción de la espada*, a Alfredo todavía le quedan unos cuantos años de reinado. Æthelflaed de Mercia alcanzará la gloria, y a Uhtred de Bebbanburg, personaje de ficción, inspirado en un hombre que existió en realidad y que fue uno de mis ancestros, le queda aún mucho camino por delante. A finales del siglo IX, Inglaterra no era más que un sueño que acariciaban unos pocos visionarios. Pero los sueños, como siempre terminan por descubrir mis personajes más mimados, acaban por convertirse en realidad, y Uhtred se dispondrá a vivir nuevas peripecias.

Datos del libro

Edhasa

La canción de la espada
Bernard Cornwell
Edhasa 2009
ISBN: 978-84-350-6153-7

Escaneado por @elfo_oscuro
V.2 Maquetado y corregido por Joseiera
13-02-2011